

RECUERDOS, REALIDADES Y ESPERANZAS

del profesor Manuel Losada Villasante



INFANCIA,
JUVENTUD Y
EDAD MADURA

un
i Universidad
Internacional
de Andalucía
A

RECUERDOS, REALIDADES Y ESPERANZAS

del profesor Manuel Losada Villasante





Edita:

Universidad Internacional de Andalucía
Servicio de Publicaciones
Monasterio de Santa María de las Cuevas.
Calle Américo Vespucio, 2.
Isla de la Cartuja
41092 SEVILLA
www.unia.es
publicaciones@unia.es

Copyright de la presente edición:

Universidad Internacional de Andalucía

© Los autores de los textos y de las fotografías.

Fecha: 2016

ISBN: 978-84-7993-296-1 (obra completa)
978-84-7993-298-5 (vol. 2)

Depósito Legal: SE 1068-2016

Diseño y maquetación: equipoars



**INFANCIA, JUVENTUD
Y EDAD MADURA**



ÍNDICE

PRÓLOGO	9
GRANDES MOMENTOS DE MI VIDA	11
CAPÍTULO 1 RECUERDOS, REALIDADES Y ESPERANZAS. MADRID, SEVILLA, CARMONA (1961-2015)	13
CAPÍTULO 2 BODA DE MANUEL LOSADA VILLASANTE Y ANTONIA FRIEND O'CALLAGHAN EN LA IGLESIA DEL ESPÍRITU SANTO DEL CSIC	49
CAPÍTULO 3 PALABRAS DE AGRADECIMIENTO DEL REY GASPAR A LA PEÑA "LA GIRALDILLA" EN LA CENA DE REYES MAGOS EN CARMONA	53
CAPÍTULO 4 TERTULIA <i>EL GIRALDILLO</i>	61
CAPÍTULO 5 CARTA DE DON SEVERO OCHOA A LOS NIÑOS	65
CAPÍTULO 6 PALABRAS DE AGRADECIMIENTO CON MOTIVO DEL NOMBRAMIENTO DE HIJO PREDILECTO DE ANDALUCÍA	69
CAPÍTULO 7 RECUERDOS DE MI INFANCIA Y JUVENTUD	79
CAPÍTULO 8 EN RECUERDO DE MIS AMIGOS DE CARMONA	93
CAPÍTULO 9 SOCIO DE HONOR DEL ATENEO DE SEVILLA	101
CIENCIA, CONCIENCIA Y CREENCIAS	111
CAPÍTULO 10 NO LA HAGAMOS LLORAR	113
CAPÍTULO 11 EL PESIMISMO DE LA HARTURA	119
CAPÍTULO 12 LA SINCERIDAD DEL CREYENTE	125
CAPÍTULO 13 SANTIFICARSE EN LA VERDAD	131
CAPÍTULO 14 EDUCACIÓN Y CIVISMO	139
CAPÍTULO 15 SEVILLA Y LA ENCARNACIÓN	147
CAPÍTULO 16 REMANSOS DE PAZ, LUZ Y HERMOSURA	151
CAPÍTULO 17 SANTA ÁNGELA, FARO Y CRUZ DE GUÍA	161
CAPÍTULO 18 CARMONA PATRIMONIAL Y MAESE RODRIGO. V CENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA	171
CAPÍTULO 19 EN EL PRINCIPIO DIOS CREÓ LA LUZ...	177
CAPÍTULO 20 DEL SOL Y LOS OLIVARES	195
CAPÍTULO 21 CIENCIA, CONCIENCIA Y CREENCIAS	205
CAPÍTULO 22 ENTRE CÓRDOBA Y SEVILLA	223
CAPÍTULO 23 MARÍA, LLENA DE GRACIA Y LIBRE DE PECADO	241

CAPÍTULO	24	MARÍA, MADRE DE DIOS Y ESPERANZA NUESTRA	259
CAPÍTULO	25	MARÍA, MADRE DE DIOS Y ESTRELLA DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN	281
CAPÍTULO	26	25 RAZONES PARA CONOCER SEVILLA	299
CAPÍTULO	27	PABLO VI Y LA MATERNIDAD DIVINA DE MARÍA	309
CAPÍTULO	28	MARÍA, MADRE DEL HIJO DE DIOS Y DE LA IGLESIA	315

PRÓLOGO

Lo mejor es enemigo de lo bueno

Esta es la frase que acompaña toda la labor de Manuel Losada Villasante, desde que yo le conozco. Ha sido la misma que ha ofrecido a todos cuantos hemos compartido su vida y su trabajo, y lo ha hecho para ayudarnos en nuestras tareas y no decaer si no llegábamos a conseguir la meta que nos habíamos propuesto. Sin embargo, él no sigue esa regla de oro que con tanto cariño nos ofrece. A lo largo de toda su dilatada vida, compartida conmigo más de cincuenta años, se ha esforzado hasta la exageración por conseguir la excelencia en su docencia, investigación y en la trasmisión de sus valores a alumnos, colaboradores y, en especial a sus cuatro hijos y once nietos.

En este segundo tomo de sus Memorias se describen sus creencias, pensamientos, sensaciones y, especialmente, su esperanza en que todo lo que se hace honestamente y con dedicación no se pierde y es lo único que puede perdurar cuando ya no estemos: La *mejor* labor realizada.

Sevilla, 18 de diciembre de 2015

Antonia Friend O'Callaghan



**GRANDES MOMENTOS
DE MI VIDA**



CAPÍTULO I

**RECUERDOS, REALIDADES
Y ESPERANZAS.
MADRID, SEVILLA, CARMONA
(1961-2015)**



Creación del Universo y del Hombre

La mente humana siempre busca el Origen del Universo
Severo Ochoa (1905-1993)

Para que yo Te vea has hecho el mundo que veo
Miguel de Unamuno (1864-1936)

La Encarnación es la cumbre y meta de la Creación
Karl Rahner (1904-1984)



Y separó Dios la luz de las tinieblas

Encarnación y Resurrección de Jesucristo

Que es la vida el camino de la muerte y la muerte el camino de la Vida

Manuel Machado (1874-1947)

El misterio de Jesucristo consiste en que es verdaderamente hombre y a la vez Dios verdadero

Karl Rahner (1904-1984)

Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado

Concilio Vaticano II (1962-1965)



Cristo de la Buena Muerte

Fe infinita y eterna en el Amor, la Verdad y la Belleza

**HÁGASE LA LUZ
HAGAMOS AL HOMBRE: VARÓN Y HEMBRA
HÁGASE EN MÍ ;ALELUYA!**




El Giraldillo



Severo Ochoa y Manuel Losada. Alcázar de Sevilla, 1988

MANUEL LOSADA ILLANAVE



OCHOA
HOMBRE DE CIENCIA Y DE BIEN

Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla
1988

El hombre de Ciencia y de Bien conoce la Historia –la *realidad* de los hechos, las hipótesis y leyendas–, es consciente de sus limitaciones y tiene la grandeza de reconocer con humildad si se equivocó buscando con Fe y Esperanza la Verdad.

SUMARIO

Introducción y Conclusión

Se puede considerar que este misceláneo Álbum de *Recuerdos, Realidades y Esperanzas* inicia su alegre andadura en Madrid con la boda de Manuel Losada Villasante con Antonia Friend O'Callaghan en la Iglesia del Espíritu Santo del CSIC el año 1963 y que culmina su camino con la celebración de las bodas de oro en Sevilla en la Capilla de la Universidad ante el Cristo de la Buena Muerte en 2013. Le sirve de *Introducción* el nombramiento en 1969 de Rey Gaspar de la Cabalgata de Reyes Magos de la Peña “La Giraldirilla” de Carmona –así como el homenaje que le tributan en 1987 sus compañeros sevillanos de la Tertulia “El Giraldirillo”– y de *Conclusión* el Pregón de Reyes Magos 2008 de la misma Peña. El pregonero se despidió entonces de sus paisanos carmonenses con una ilusionada carta a los Reyes que llevaba un mensaje de Buena Nueva a todas las familias, una misiva de buenos deseos de Verdad, Bondad y Belleza que confluían en el Cielo en la luminosa ESTRELLA DEL AMOR. Siempre consideró que la verdadera brújula que guía en paz y con alegría y esperanza a los hombres en la Tierra es, como la del Giraldirillo, la Fe infinita y eterna en el Amor misericordioso de Dios, pues, como dijo San Juan de la Cruz, doctor de la Iglesia: «En el ocaso de nuestras vidas seremos juzgados en el Amor».

El Álbum está integrado por una selección en riguroso orden cronológico de reflexiones –muy realistas, pero impregnadas de utopía e idealismo– sobre la luz, el Universo, la vida y el hombre, descubrimientos científicos y acontecimientos relevantes de su vida, círculo familiar y amistades cercanas. Tras un abigarrado y entreverado conjunto de relatos, termina con un cúmulo de Giraldiras, Giraldirillas y Giraldirillos diseminados por el mundo que han ratificado la gracia y elegancia de *La Giraldira*, la universal torre sevillana cristiano-mora, así como la Fe de su Giraldirillo. Como colofón recuerda con admiración y agradecimiento a los innovadores Papas de su tiempo, varios de ellos Santos, que –siguiendo el rumbo marcado por Pío XI y Pío XII, cuando él nació– iniciaron, continuaron, clausuraron y conmemoraron el Concilio Vaticano II. Todos –Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I, Juan Pablo II, Benedicto XVI y ahora Francisco– han corroborado y enfatizado el misterio increíble de *la Maternidad Divina de María* y la han nombrado Reina, Madre de la Iglesia, Estrella de la Nueva Evangelización y Madre de Misericordia. Por último, el Álbum reproduce la estatua de Juan Pablo II erigida en la plaza de la Virgen de los Reyes. Este Papa Santo, que rezó el *Ángelus* desde un balcón de la Giraldira en su visita a Sevilla en 1993, había beatificado ya a Santa

Ángela –la Santa más sevillana, que guardó su tesoro en una vasija de barro– en una anterior en 1982. El punto final es una cariñosa carta de felicitación en la solemnidad de la *Anunciación* del año 2015 a las monjas del humilde Monasterio de la Encarnación, frente a la Giralda.

Corpus

Cuando ya parecía, siguiendo sin remedio los pasos acelerados de la historia, que los hombres mas ricos y poderosos se olvidaban de los mas pobres y necesitados, los más fuertes y osados se imponían y abusaban de los más débiles y pacíficos, los más instruidos se distanciaban cada vez más de los más ignorantes, apareció a mediados del siglo pasado un hombre de paz –bueno y sencillo, de origen aldeano y campesino pero culto y viajero, ya entrado en años y con los pies en el suelo y la mirada en el cielo– que creía que había que acabar definitivamente con los enfrentamientos y odios entre los hombres. Roncalli estaba convencido de que había llegado el momento de volver a los orígenes del Cristianismo para hacerlo renacer de sus verdaderas raíces, que había que evangelizar de nuevo al hombre de nuestro tiempo y por ello y sin consultar a nadie se propuso de la noche a la mañana modernizar ese mundo viciado y caduco. Este anciano venerable, que ya era Papa, salió en tren del Vaticano hacia el Santuario de Loreto una semana antes de la apertura del Concilio que él mismo había decidido convocar el 11 de noviembre de 1962. Había elegido precisamente esta fecha por ser la festividad de la Maternidad Divina de María, la Madre del Hijo de Dios, del Verbo que se hizo carne, a quienes tanto amó y consagró su vida. Las candelas que encendió Juan XXIII y las campanas que hizo sonar para proclamar a María Madre de Dios y anunciar el Evangelio de su Hijo Jesucristo han llevado ya su luz y su alegría a los confines del mundo de la mano de los excepcionales Pontífices que le sucedieron. Decía Unamuno que «los que no creen en los milagros no se han percatado de que es milagroso todo, absolutamente todo lo que ocurre». Juan XXIII murió durante la celebración del Concilio, pero la semilla que sembró había caído en suelo fértil y la *Nueva Evangelización* sería ya un hecho universal incontestable.

¿Puede y debe un científico de nuestro tiempo, que busca ante todo la verdad total del hombre –no sólo en esta vida sino en la vida perdurable– y ha sido Rey Mago, como le ha caído en suerte, sentirse movido por la Fe y el Amor, como lo fueron en la suya los Reyes Sabios de Oriente? ¿Puede y debe, en consecuencia, pregonar en la solemnidad de la Navidad el milagro del Nacimiento del Salvador, el Emmanuel de la profecía, y ser heraldo de la *Nueva Evangelización*? Para ello

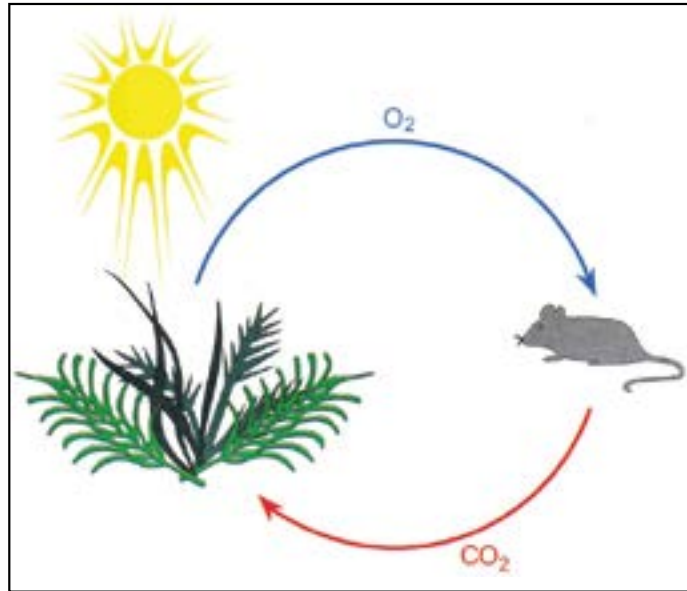
tiene primero que “volver a su infancia y juventud”, donde se pusieron los cimientos firmes y nobles que se consolidaron en su edad adulta y afianzaron en su madurez y vejez. Es sobre todo al final de la jornada cuando hay que meditar los amplios y profundos conocimientos y generosos sentimientos antes adquiridos y dar el toque de gracia a la rica experiencia de la vida en espera de la inevitable llegada de la muerte y de la Eternidad que, como el Principio, todos sabemos que existe, pero no podemos definir, entender ni siquiera imaginar.

Más aún ¿pueden y deben los hombres “progresistas” del siglo XXI siguiendo las “sencillas y prácticas enseñanzas y doctrinas” –no mitos y fantasías– de los últimos Papas –intelectuales y teólogos de primera fila y representantes de una fracción muy significativa de la humanidad– ser también apóstoles de la Nueva Evangelización? No olvidemos que la Evangelización nació precisamente hace dos milenios en Pentecostés para pregonar el misterio inefable de la *Encarnación del Hijo de Dios* en el seno de la Virgen María por obra y gracia del Espíritu Santo, para demostrar a los hombres que *Dios es Amor* y por amor a los hombres envió a su Hijo al mundo para salvarnos.

Y por último ¿deben los mejores cerebros y grandes hombres de la humanidad, los santos y los sabios, unir sus esfuerzos y analizar escrupulosa y objetivamente –no subjetivamente– lo que nos dicen sobre esos hechos “discutibles” la Teología y la Ciencia? Eso es lo que yo –a pesar de mis muchas limitaciones, dudas, *incertidumbre* y escrúpulos– he venido haciendo a lo largo de mi vida con prudencia, buenos deseos y altruismo. Ahora, en este libro de *Recuerdos*, rememoro, discuto y analizo –en el mejor sentido de las palabras *Discusión, Análisis y Síntesis* que usamos los científicos– todo lo que considero es para mí la Nueva Evangelización, partiendo del *SÍ* del *Hágase la luz* bíblico (el “big-bang” científico), del *SÍ* de *Hagamos al hombre* (varón y hembra) y del *sí* del *hágase en mí* de María. Pero ¿fue verdad y cómo fue, si lo fue de hecho, biológicamente la Encarnación en tiempos históricos del Hijo de Dios en María?

No sólo creo sino estoy convencido que *si* Dios ¿cuánto significa este *si* condicional frente al *SÍ* afirmativo! creó el Universo y envió a su Hijo al mundo por Amor a los hombres –como testimonian los Evangelios, apóstoles y discípulos de Jesucristo y corrobora con honestidad la Iglesia– acabará siendo el Amor a Dios y a su Hijo, la solidaridad y no el egoísmo, lo que inflame a la Humanidad y le haga cambiar de rumbo para predicar y practicar el Bien y la Verdad –sus verdaderos pilares y piedras angulares– y no perderse nunca más en discusiones bizantinas ni enfrentamientos de ningún género. Este será el gran y verdadero triunfo de

la Nueva Evangelización y de la Civilización del Mundo Moderno. En las cuestiones consideradas cruciales, todo el mundo sin excepción ni exclusión de nadie, sobre todo los más capacitados e influyentes, tiene la obligación intelectual y moral de contribuir objetiva y desinteresadamente a encontrar la Verdad, sea la que sea.



Fotosíntesis y Respiración

Las fiestas de Navidad y Año Nuevo –solemnidad de la *Madre de Dios* y Jornada de la *Paz*, a partir del gran Papa intelectual mariano Pablo VI– y seguidamente Reyes han sido siempre para mí, desde mi infancia y juventud en Carmona, las más felices, entrañables y familiares, las más llenas de amor, paz y gloria. Y también las más hermosas y solidarias con todos los hombres de buena voluntad, y las más alegres del calendario, pero al mismo tiempo –como la vida misma– tristes, nostálgicas y llenas de agridulces y recuerdos, sobre todo de los padres, hermanos, parientes y amigos más cercanos que ya no están con nosotros.

Esperemos que, en los años venideros, la Paz, la Justicia, el Bien y la Verdad se impongan de manera inapelable e irreversible y que la brillante luz de la Estrella del portal de Belén –la Estrella que también encabeza todas las Cabalgatas– ilumine y ennoblezca cordialmente con su divinidad, sabiduría y encanto a toda la Humanidad, y no sólo a los cristianos, para que siempre haya unión y nunca más desunión entre los hombres. ¿Quién no se ha hecho más niño, más bueno y más artista contemplando un “Nacimiento”, por humilde, rústico y sencillo que sea; o no ha soñado en su infancia con juguetes y regalos la noche de Reyes? ¿Quién no ha leído con embeleso, enriquecido su mente y enternecido su corazón con los cuentos infantiles de Navidad de Bécquer, Dickens, Andersen... o no ha escuchado con emoción y fervor la música popular y deliciosa de los villancicos o la ilustrada y triunfal del Mesías de Haendel?

Mis nietos aprendieron las maravillas de la *Fotosíntesis*, a cuyo estudio he dedicado mi vida de investigador, al contarles en las fiestas de Navidad, frente al hogar de la chimenea, que el fuego y el calor que produce la leña al arder no son sino la *luz del Sol* que habían captado y almacenado a lo largo de su vida las hojas verdes de los árboles. Sentados después alrededor de la mesa antes de ir a Misa del Gallo les explicaba también que el pan, el aceite y el vino de la cena de Nochebuena, procedentes de las *espigas, olivos y vides* de nuestros campos, son igualmente Sol amasado, molturado, exprimido y, finalmente, embotellado para servirnos de sustento y dar alegría y fortaleza a nuestros cuerpos y nuestras almas. Y que a su vez el *Sol es una estrella donde la materia se convierte en luz*.

Gloria a Dios en el Cielo y paz en la Tierra fue la Buena Nueva que recibieron los pastores en Nochebuena cuando hace dos mil años nació en un pobre establo de Belén Jesús de Nazaret, asistido sólo por sus padres, José y María. Y desde entonces, cada año se repite el mensaje de paz y buena voluntad para todos los hombres, que ama el Señor. La historia nos demuestra que los hombres de Ciencia y de Bien han sido en general hombres capaces, de buena fe y buena voluntad, como Galileo y Santo Tomás Moro, que nunca se han dejado llevar y menos vencer por la ignorancia ni tampoco por el mal, y que han buscado siempre afanosa y rectamente la *Verdad* y honrada y generosamente el *Bien*, fieles a su clara *Inteligencia* y buena *Conciencia*. Las *leyes naturales* que gobiernan el Universo –las llamadas constantes físicas universales– y la llamada por antonomasia *ley moral natural* han sido las dos brújulas más fiables que han guiado su quehacer y conducta. Así fueron mis padres y así lo aprendí yo a ser de ellos y de mis buenos maestros. A mí particularmente lo que más me ha desconcertado y desconcierta de la vida es el Mal y la Mentira. Podría decir que tengo horror a mentir.

Nunca podré olvidar las sentidas y meditadas palabras que me dijo mi padre en su lecho de muerte el mismo día, a fines de diciembre, en que mi buen amigo José María Piñero celebraba, con benevolencia y júbilo inusitados, su primera Misa rodeado de sus familiares y amigos íntimos en la grandiosa casa de la Puerta de Córdoba (frente a las Clarisas franciscanas, la Caridad y los Salesianos, tan admirados y queridos por mí en mi adolescencia) de su tía Carmen Carrión, en cuyas espaciosas salas habíamos estudiado mi hermano Pepe y yo asignaturas mercantiles en nuestros años de Bachillerato por libre en el Instituto San Isidoro de Sevilla.

Volvía yo, lleno de contento, contagiado de la felicidad de José María y ajeno al estado de gravedad de mi padre, a nuestra casa –clara, acogedora y siempre

bulliciosa— de la calle Sancho Ibáñez, y entré silencioso en su dormitorio. Todo era sosiego. Con entereza e inmensa ternura y con una mirada tan llena de aceptación y resignación que anulaba la tristeza de su edificante y pacífica agonía, me apretaba la mano mientras con la otra cogía con firmeza la de mi madre, dulce y fuerte. Acercándome cariñosa y suavemente a su lado, musitó con serenidad y bondad, acentuadas por su proverbial equilibrio y clarividencia: «*Hijo mío, ASÍ ES LA VIDA*». Palabras que me llegaron muy hondo e hicieron recordar las *Coplas a la muerte de mi padre* de Jorge Manrique, que él tantas veces me había recitado: «Cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte, tan callando... tan apriesa...». *Así*, sin más, se pasa la vida y se viene la muerte. ¿No es así la vida? ¿No es sueño, como soñó Calderón? ¿No «es apenas un breve y veloz vuelo»? como escribió en su poema *A la rosa* el canónigo y renombrado teólogo sevillano Francisco de Rioja. Mis padres eran también personas de *buena fe y creían con esperanza* en el triunfo de la luz y la *vida eterna* sobre la oscuridad y la muerte, como yo entonces y ahora, y varios miles de millones de cristianos de los cinco continentes.

Efectivamente, hay que saber que *así es la vida*, que *así somos nosotros*, que *así es la vida de los hombres*, que *así son las cosas*, que *así es el Universo*. Pero realmente ¿fue esto lo que quiso decirme mi padre a las puertas de su muerte con ese *así*? Creo que confirmarme en el *sí* a la vida y el *no* a la muerte, simplemente eso: que *así es la vida*, *así* de sencilla y *así* de compleja como la vida misma, y *ASÍ ES LA MUERTE*, *así* de llena o vacía de significado, *así* de conocida y desconocida. ¿Se puede decir tanto, más y mejor, con otras o con menos palabras? *Así* me transmitió para siempre, con una brevísima frase, la realidad definitiva de los hechos decisivos de la vida y de la muerte, la verdad desnuda, desconcertante y llena de interrogantes de lo que *es* vivir y morir. *Así*, con esta sola palabra, tan rica y llena de verdad y significado, me resumió, sin decir nada más, lo que *es* la vida en este mundo, cuando él ya sabía todo sobre ella y yo no sabía nada o casi nada. *Así* aprendí la verdad definitiva de los hechos cumbres y determinantes de la vida, la verdad desnuda y apabullante de lo que *es* vivir y morir: Que merece la pena vivir y que *hay que morir para vivir eternamente*. *Así* pude valorar en su declive final toda la plenitud de la vida de mi padre, para mí tan cercana y querida, tan rica y llena de vigor, dedicación y entusiasmo, tan generosa y solidaria como había sido la suya para con los suyos y para con los demás.

Todo ocurría en religioso silencio, en un abrir y cerrar de ojos, en la paz y penumbra de una silente alcoba, en la misma habitación en que yo había sido alegremente concebido y había nacido prematuramente diecisiete años antes. Ahora, de manera inesperada, y para mí causante de fuerte conmoción y carga-

da de enorme trascendencia y responsabilidad, precisamente cuando volvía lleno de vida e ilusión de una risueña fiesta juvenil, mi padre, a quien tanto quería y admiraba, nos decía a mi madre y a mí adiós para siempre en *esta vida*, pero, como Cervantes en su despedida, se iba para «esperarnos contento en la otra vida». ¡Qué misterio la realidad de la muerte y qué misterio el fin definitivo de todo o la esperanza infinita en *la otra vida*!

Uno de los “pequeños-grandes” disgustos que se llevó mi padre y le afectó sensiblemente en el verano de 1946 fue que –a pesar de mi brillante expediente en el colegio de San Francisco de Paula– me suspendieron con un “cero absoluto” en la materia de Religión del entonces llamado Examen

de Estado o Reválida de ingreso en la Universidad, lo cual impedía que alcanzara la máxima calificación obtenida en las otras disciplinas. Habría de esperar –y él ya no lo vio– para compensar este mal efecto en mi expediente académico hasta el año 1952, en que obtuve el premio Fin de Carrera entre todos los estudiantes de la Licenciatura de Farmacia de España.

Hoy, mi padre José yace en paz en una tumba familiar junto a mi madre Nieves y a mi hermano Fernando –más joven que yo y médico de cuerpos y almas– en el cementerio de San Teodomiro. Mi hermana Nieves, que me seguía a mí, murió en un convento de Linares, donde era Hermana de la Cruz, y allí está enterrada en el cementerio municipal. Y mi amigo José María, trotamundos generoso, entusiasta e incansable, reposa a los pies de la Virgen de Gracia, a la que siempre sirvió con ejemplar devoción y entrega.



Virgen de la Antigua. Capilla del Colegio de Santa María de Jesús. Sevilla

En la *Portada* de este libro figura el precioso relieve de la *Anunciación* del retablo del altar mayor de la Iglesia de Santa María de la Asunción, adornado con los seis medallones del camarín de la Virgen de Gracia en que están escritas las palabras del Ángelus con que San Lucas nos refiere el saludo del Ángel a María: «Ave María, gratia plena, Dominus tecum». Asimismo, en la *Contraportada* figura el relieve de la *Asunción* del recuadro central del altar mayor, que el Venerable Pío XII declaró dogma. Mi madre solía recordarme que a las pocas semanas de mi nacimiento me presentó, como era costumbre después del Bautismo, a la Virgen en la Iglesia de Santa María.



Estatua de Maese Rodrigo.
Patio de la Universidad Literaria de Sevilla

María ha sido universalmente venerada desde tiempos apostólicos y ha sido no sólo objeto privilegiado de devoción sino tema favorito en el arte, la literatura, la música... del mundo occidental, heredero de la cultura greco-romana y judeo-cristiana. Las Anunciaciones de Fra Angélico, Da Vinci, Murillo, Velázquez, El Greco, Goya... conmueven el alma incluso de los más escépticos y duros de corazón. Y qué no decir de la música de Bach, Mozart, Schubert, Gounod... Para muchos escritores y poetas –Alfonso X, Dante, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Lope de Vega, Manuel Machado, Juan Ramón Jiménez, García Lorca...– la Anunciación y la Encarnación han atraído especialmente su atención y

han despertado de manera delicadísima su sensibilidad. Cuando Juan Ramón llega por primera vez a Madrid en 1900 encuentra en su apogeo el modernismo y todo gira en torno a Rubén Darío. Y fue precisamente el poeta nicaragüense quien dio el espaldarazo al futuro Nobel español enviándole un soneto impecable que termina con dos hermosos tercetos: «Escuchas pensativo el sonar de la esquila / cuando el Ángelus dice el alma de la tarde / Sigue entonces tu rumbo de amor. Eres poeta...». Juan Ramón escribiría después uno de sus más bellos poemas, a juicio de su buen amigo y compañero de colegio Rafael Alberti, con el título *Anunciación*:

*¡Trasunto de cristal,
bello como un esmalte de ataujía!*

*Desde la galería esbelta
se veía el jardín.
Y María virgen, tímida,
plena de gracia,
igual que una azucena,
se doblaba al anuncio celestial.*

*Un vivo pajarillo
volaba en una rosa.
El alba era primorosa.*

*Y, cual la luna matinal,
se perdía en el sol nuevo y sencillo
el ala de Gabriel, blanco y triunfal.*

¡Memoria de cristal!



Iglesia de la Anunciación. Casa Profesa de los Jesuitas. Sevilla

Aquel día, 29 de diciembre de 1946, en que murió mi padre me hice de golpe hombre y convencí plenamente en un instante de las múltiples e inquietantes incógnitas de la vida y de la muerte, tan unidas e inseparables como las dos caras de una misma moneda; de que había que coger el toro por los cuernos y enfrentarse cara a cara, valientemente, con inteligencia y conciencia, fe y esperanza, con la pujanza de la vida y su decrepitud, y con la realidad incontestable de la muerte.

Cuántas veces desde entonces no habré recordado y me habré preguntado perplejo y añorante, con ansias infinitas de saber y bien hacer: *¿Qué es la vida? ¿Es así la vida? ¿Puede ser así la vida? ¿Qué es la muerte? May life be like that?* se preguntó también dubitativo James Joyce, el genial autor de *Ulysses* y padre literario, que no físico, de los *quarks* atómicos. El gran poeta y escritor de Moguer creyó, y así lo hizo constar en *Espacio*, que «lo más bello es el átomo último, el solo indivisible; y que por serlo no es, ya más, pequeño». Como tantos hombres sabios, el andaluz universal y poeta soñador no se enteró de que el átomo “indivisible” está hecho de partículas aún más pequeñas; de que los físicos habían jugado tanto con él como niños pequeños con pelotas de juguete y lo habían roto. Aunque crítico, recordé mucho y bien a Juan Ramón, su amor a la vida y su horror a la enfermedad y la muerte, en mi discurso *Bendita sea la Luz* cuando fui nombrado doctor *honoris causa* por la Universidad de Huelva.

Todos los hombres somos muchas veces como niños inocentes, como sabios escépticos, muy incompletos, a veces con halos de puerilidad, llenos de imperfecciones, de claroscuros, de agridulces, de amores y desamores, de sueños y desvelos, de afirmaciones y contradicciones y, en fin, de saber que no sabemos, como entrevió Ortega con su clarividencia andaluza. Juan Ramón, tan amante y admirador de Platero, le explicaba al toque del *Ángelus* y en la procesión del *Corpus Christi* con su sencillo estilo pedagógico, inflamado de poesía, fervor y belleza, los misterios inexplicables de la *Anunciación* y de la *Eucaristía*.

¡Cuántas clases, conferencias, discursos y pregones no habré dado y artículos no habré escrito a lo largo de mi ya larga vida, como recoge la selección de este Álbum de **Recuerdos, Realidades y Esperanzas** sobre la *Creación del Universo y del hombre*, sobre la *Encarnación* y la *Resurrección del Hijo de Dios*, sobre *Luz y materia*, *Vida y muerte*, *Certeza y duda*, *Inteligencia y conciencia*, *Corazón y mente*, *Ciencia y creencias*, *Principio y fin...*! Y ¡cuánto no habré reflexionado sobre el irresuelto dilema de *si* tras la muerte nos espera *la nada absurda* –bien en el fuego fugaz del crematorio o bien en la más fúnebre oscuridad de la tumba– o, por el



X
¡ÁNGELUS!

Mira, Platero, qué de rosas caen por todas partes: rosas azules, rosas, blancas, sin color... Diríase que el cielo se deshace en rosas. Mira cómo se me llenan de rosas la frente, los hombros, las manos... ¿Qué haré yo con tantas rosas?...

Parece, Platero, mientras sueña el Ángelus, que esta vida nuestra pierde su fuerza cotidiana, y que otra fuerza de adentro, más altiva, más constante y más pura, hace que todo, como en surtidores de gracia, suba a las estrellas, que se encienden ya entre las rosas...

Platero y yo (1914).
Juan Ramón Jiménez

contrario, *la eternidad luminosa* en el Paraíso! El ángel andaluz de la verdadera poesía, según Antonio Machado, se preguntaba también:

*¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia, podredumbre y cieno?
¿No sé; pero hay algo que explicar no puedo!...*

Dice San Lucas en su Evangelio que al pedir el buen ladrón lleno de esperanza perdón al Señor en el Calvario recibió de Él la más pronta y reconfortante respuesta de misericordia que nadie haya recibido jamás: «En verdad te digo: Hoy estarás conmigo en el Paraíso». Obviamente no podía ser el cuerpo muerto de Dimas –su cuerpo material inerte– el que acompañara al de su Señor para llegar juntos ¿volando a la velocidad de la luz? el mismo día a la casa del Padre. Tuvo que ser su esencia, lo que llamamos “cuerpo glorioso”, su alma. Según el mismo evangelista, Jesucristo dijo a continuación al expirar: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». ¿Puede alguien sensatamente creer que un hombre

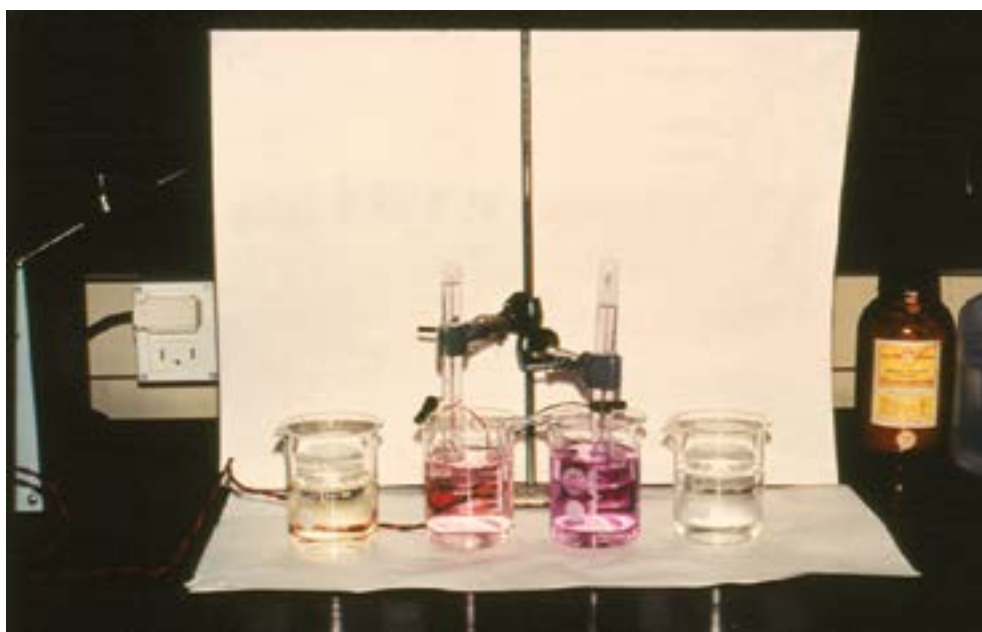
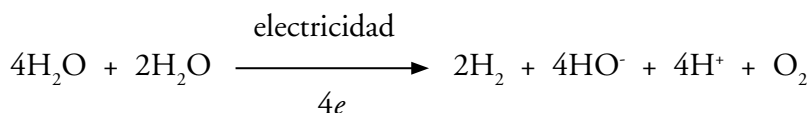
en sus cabales, un hombre bueno y justo en su sangrante agonía, pudo mentir de esa manera tan falaz al borde mismo de la muerte? Pero ¿fueron en realidad los hechos *así*? Los hombres debemos, pues, *creer y esperar* –para consuelo de don Miguel y *que deje ya de ser la vida un sentimiento trágico*– que sólo la fe y la esperanza en la *victoria de la vida* pueden vencer a la angustia y la desesperación de la *derrota de la muerte*. San Dimas es el primer Santo de la Iglesia, que celebra su fiesta el día 25 de marzo, solemnidad también de la Anunciación.

Los cristianos amamos la paz, la libertad y la justicia, y tenemos Fe en el Bien, la Verdad y la Belleza, porque creemos es verdad lo que sobre la verdad nos dijo el mismo Jesucristo: *La verdad nos hace libres*. Los cristianos sólo podemos creer en la verdad, en lo que es verdad, y rechazamos de plano el engaño y la falsedad. Todos, creyentes y ateos, tenemos que convencernos de que no se puede creer lo que no es verdad. Por eso es tan necesario, tan importante, buscar con fe y conocer con seguridad la verdad, por duro, difícil y oscuro que sea el camino. «*Yo soy el camino, la verdad y la vida*», nos dijo también Jesucristo. Y también partir de la base de que hay que distinguir claramente entre lo que es creer y lo que es saber. *Creer es confianza y esperanza. Saber es certeza*. El que cree de buena fe, duda, más o menos, pero busca con fe la verdad y cree con confianza en lo que es bueno y bello, consciente de que un hecho pequeño, ruin y feo puede destruir una doctrina limpia, sana y noble. La fe si no es verdad es un lastre que, como decía Darwin, puede hacer mucho daño. La meta de la FE es la VERDAD, que nos libera, y el AMOR, que nos lleva a DIOS.

Todo lo que acabo de narrar brevemente en este **Sumario** pasó con la velocidad de un rayo por mi mente y quedó marcado desde entonces en mi ser a sangre y fuego, y *así* lo estoy reviviendo también ahora al redactar estas *Memorias*. Todo ocurrió en las Navidades del año 1946, cuando quedé huérfano de padre. Comenzaba y cursaba entonces, con enorme austeridad y loable dedicación y entusiasmo, la carrera universitaria de químico-farmacéutico en el vetusto y noble edificio de la antigua casa profesa de los jesuitas de la calle Laraña. Presidía erguido, profesoral y benévolo, su armonioso patio central el clérigo judeo-converso carmonense maese Rodrigo, muy devoto de la Virgen de la Antigua, como pueden comprobar los que visiten la hermosa Capilla de Santa María de Jesús del Colegio que él ciertamente fundó con anterioridad, a comienzos del siglo XVI. En la anexa y grandiosa *iglesia de la Anunciación* de la Compañía de Jesús –donde se trasladó el Colegio en el siglo XVIII– pronunciaría yo –cuarenta años más tarde de iniciar mis estudios y ya curtido catedrático de Bioquímica de la Facultad de Biología de la *Universidad Literaria Hispalense* con sede en la Fábrica

de Tabacos de la famosa Carmen la cigarrera– el Discurso de Inauguración del curso académico 1987-1988.

También aquel añorado y formativo curso Preparatorio 1946-1947, sentado en un rudo y desvencijado banco de un aula mal acondicionada y destartada de la Facultad de Ciencias, vi extasiado, con los ojos muy abiertos y por primera vez en mi vida, una sencillísima y maravillosa experiencia fisicoquímica de cátedra –realizada con unos cuantos cacharros de laboratorio más bien obsoletos– que tampoco olvidaría jamás, la *electrolisis del agua*: Que *la corriente eléctrica* rompe el *agua líquida* en sus *dos elementos gaseosos* (hidrógeno y oxígeno) y la disocia en sus *dos iones hidrosolubles* (hidrogenión, H^+ , e ion hidróxido, HO^-), fácilmente identificables en la solución salina con indicadores ácido-base:



Electrolisis y electroionización del agua

Los gases (doble volumen de hidrógeno, $2H_2$, que de oxígeno, O_2) se pueden recoger sin problema en tubos de ensayo llenos también de la solución salina e invertidos en los entornos catódico y anódico de las cubetas.

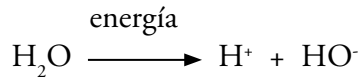
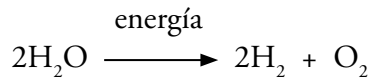
Desde entonces repetiría muchas veces en mi modesto y luminoso laboratorio de alquimista de Carmona, vecino a la botica de mi tío Luis en la Plaza de Arriba, esta simplicísima reacción doblemente endergónica (redox y ácido-base) de la electrolisis del agua. Para mi suerte y la de los demás, la energética de esta reacción y su carácter electroquímico no se apartaría ya nunca más ni un momento de mi memoria ni de mi mente. ¡Es tan importante y formativa, tan simple y tan barata, que después la han realizado uno y otro año todos nuestros alumnos de Bioquímica! Dudo, sin embargo, que este sea el caso en los colegios, institutos e incluso universidades del ancho mundo. Tampoco he olvidado nunca



Laboratorio en la Plaza de Arriba de Carmona

que, con la osadía irreflexiva de la juventud, a mi hermano Pepe y a mí se nos ocurrió imprudentemente, a pesar de ser conocedores de su peligrosidad, aplicar una cerilla a la mezcla explosiva de hidrogeno y oxígeno. De milagro no nos quedamos sin nariz ni tueritos al explotar el recipiente de cristal que contenía “la mezcla detonante” de estos gases. El estampido fue de órdago y Rojas, el mancebo de la cercana botica de mi tío Luis, comentó con filosófico aserto: ¡La juventud es muy atrevida!

También sabía ya que la reacción de neutralización de ácidos y bases fuertes va acompañada de la liberación de grandes cantidades de calor y que la reacción inversa de ionización del agua requiere en consecuencia mucha energía. Para mí sería inolvidable en el futuro haberme iniciado experimentalmente con inesperados golpes de suerte en la relevancia energética de las reacciones endergónicas de *lisis* y disociación iónica y exergónicas de *síntesis del agua*:

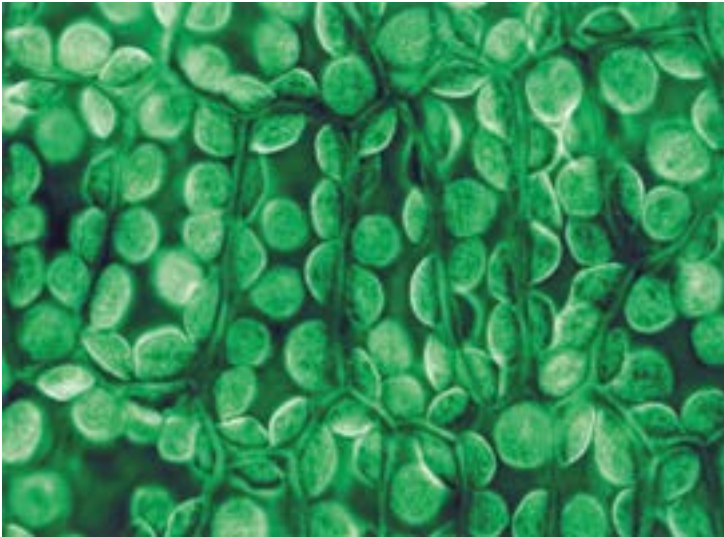


Años más tarde aprendería que estas *reacciones redox y ácido-base* las llevan a cabo en uno y otro sentido, suave y silenciosamente, las plantas y los animales, incluido el hombre, de una manera maravillosa y perfecta, y a partir de entonces dedicaría religiosamente mi vida a la *Bioenergética*.

Otra maravillosa experiencia que dejó en mí profundísima huella y me marcó también para siempre fue la observación con el microscopio –también por primera vez en mi vida, en las clases prácticas de Biología del curso 1946-1947– de la estructura celular de la epidermis del envés de una hoja de lirio. Una nueva dimensión llena de misterio y belleza se abrió entonces ante mis ojos al mirar por lo que Cajal llamaba “la ventana del ocular” y me permitió entrar en el fascinante y monacal mundo de *las células*, “las pequeñas celdas”, del que ya no saldría nunca. En efecto, después de mi licenciatura en 1952, mi *primera salida* como becario al extranjero fue en 1954 a Alemania, al Instituto Botánico de la Universidad de Münster, que tanto me recordaba mi paso el año anterior, como alférez de Milicias Universitarias del Regimiento de Defensa Química, por Ávila, la ciudad de santos y cantos que harían famosa Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Allí investigué, bajo la dirección del profesor Strugger, en un aislado laboratorio a oscuras, con *luz ultravioleta* invisible que se volvía *luz roja* fluorescente, la estructura íntima de *los cloroplastos*. Entonces me enamoré de estos orgánulos celulares verdes que realizan el prodigioso y “cósmico” proceso de la Fotosíntesis, gracias al que hay vida en la Tierra. Las algas y las plantas fabrican a expensas de la luz solar la materia orgánica que da vida al mundo vivo a partir de sustratos inorgánicos.

Profesor de Teología de la Universidad de Münster sería años más tarde el futuro Papa Benedicto XVI, algunos años mayor que yo y ahora ya retirado de su pontificado. Desde hace unos años soy asiduo lector de la obra del profesor Ratzinger, al que he citado frecuentemente en varias de mis publicaciones y me refiero ahora en este libro de *Recuerdos* por sus profundas y determinantes reflexiones sobre la Encarnación. Entre 1967-1971 fue profesor de esta Universidad el jesuita germano-austriaco Karl Rahner, uno de los más destacados teólogos del siglo XX y discípulo del muy discutido filósofo Martin Heidegger. También había sido profesora de Fenomenología en la Universidad de Münster la Santa carmelita

judeoconversa Edith Stein, de la que también he leído mucho y con provecho. Después de mi vuelta de Estados Unidos he visitado con frecuencia esta hermosa ciudad, capital de Westfalia y muy ligada a la historia de España, para dar conferencias sobre nuestras investigaciones en Fotosíntesis y revivir mi inolvidable época de estudiante. Fue entonces, en 1954-55, cuando conocí a fondo Alemania y admiré sus bellísimas iglesias, entre ellas la catedral gótica de Colonia, ciudad famosa por su Carnaval, donde está el sarcófago de los Reyes Magos.



Cloroplastos

Mi *segunda salida* al extranjero fue en 1956 al Laboratorio Carlsberg de Copenhague, del que había sido director el profesor Sørensen —el ocurrente introductor del concepto de *pH* para expresar la acidez o alcalinidad de las soluciones—, donde trabajé en

Genética-Bioquímica de la levadura de cerveza. La levadura —la célula eucariótica más mimada y mejor conocida por los *biólogos celulares y moleculares*— ha sido desde entonces para mí objeto preferente de investigación y estudio. ¡Qué maravilla poder introducir a voluntad *genes* en las células, cuando todavía ni siquiera se habían caracterizado estas macromoléculas bioquímicamente! Con la aguja de un micromanipulador hibridaba las ascosporas de la levadura para seguir, después de la fusión de las células haploides, su crecimiento, división y segregación de los híbridos resultantes. Este trabajo fue presentado por mi maestro, el profesor Winge, en la Academia de Ciencias danesa en sesión presidida por el premio Nobel Niels Bohr, el primero en formular la *estructura del átomo* de hidrógeno, frente al que después de la sesión científica tuve la gloria y alegría de compartir cena.

A mi vuelta de Dinamarca me doctoré por la Universidad Complutense y, con la experiencia adquirida anteriormente en Alemania, realicé en el Instituto

Mutis del Consejo un estudio citogenético de la epidermis de la *cebolla albarrana*, una bellísima liliácea que crece en Los Alcores de Carmona y que yo mismo recolecté en cantidad para llevarla a Madrid y resultó ser una variedad hexaploide.



Scilla maritima. Los Alcores

¿Es posible que la bioenergética de la vida —de todos los organismos vivos— pueda tener como base una reacción tan simple como la *fotolisis del agua*, de hecho *fotoelectrolisis*, paradójicamente ignorada y malinterpretada hasta nuestra época por el mundo científico? ¡Cuántas gracias tengo que darle a Dios de haberme incorporado en 1958, en mi *tercera salida*, ya doctor, al grupo del profesor Arnon de la Universidad de California en Berkeley! Daniel Israel Arnon era judío polaco de origen y yo, su alumno más cercano, tuve el honor de apadrinarle cuando fue investido doctor *honoris causa* por la Universidad de Sevilla en 1992.

A mi llegada a Berkeley, la hipótesis que se seguía para explicar las reacciones fundamentales de la Fotosíntesis era la *fotolisis del agua*, una reacción desconocida en Química propuesta en la década de 1930 por el microbiólogo holandés, nacionalizado norteamericano, Van Niel. Según esta hipótesis, la molécula de agua, H_2O , se escindiría por la acción de un fotón de luz en una mitad oxidada, representada por $[HO]$, y una mitad reducida, representada por $[H]$. En las plantas superiores, la mitad oxidada daría lugar a oxígeno molecular (O_2), mientras que la mitad reducida sería utilizada como *poder reductor* para la asimilación del dióxido de carbono. Anteriormente, Warburg había propuesto la reacción, también desconocida en Química, de la *fotolisis del dióxido de carbono*, CO_2 , que a continuación discutiremos. Para Warburg «la fotosíntesis es un proceso perfecto en una naturaleza perfecta». La *reacción fisiológica* de la fotolisis del agua en poder reductor —ion hidruro (H^-), que no hidrógeno molecular (H_2)— y oxígeno (O_2) fue descubierta simultáneamente en 1951 por Ochoa en Nueva York y Arnon en Berkeley, descubridores también uno y otro de la *fosforilación* respiratoria y fotosintética,

respectivamente, procesos fundamentales en bioenergética –ligados igualmente a la estructura de las membranas celulares– en que se energiza el fosfato inorgánico.

El descubrimiento de que los cloroplastos sintetizan en la luz poder reductor hizo creer a muchos investigadores, entre ellos Ochoa, que el problema de la Fotosíntesis quedaba definitivamente resuelto, pues las mitocondrias, los orgánulos respiratorios, podían quemar parte del poder reductor así sintetizado y suministrar, por fosforilación oxidativa, el fosfato rico en energía requerido para la asimilación del dióxido de carbono. Arnon no aceptó, sin embargo, esta simple conclusión, pues como buen fisiólogo vegetal sabía cuan ricas en cloroplastos y pobres en mitocondrias son las células del parénquima de las hojas, lo que le llevó a descubrir en 1954 la *fosforilación fotosintética*, o *fotofosforilación*. Cuando Arnon vino a Sevilla en 1956 en su primera visita yo le ratifiqué, dada mi experiencia en Citología vegetal, su acierto, que conllevaba el error explicable de Ochoa y su cambio de línea de investigación.

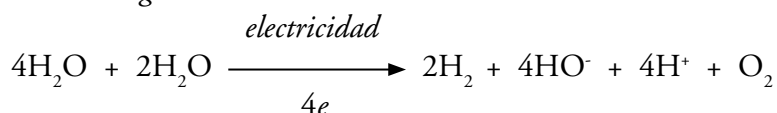
Durante mi estancia en Berkeley *vi la luz* y tuve la feliz idea –después de leer mucho en la Biblioteca, pues me había roto la muñeca de la mano derecha jugando al fútbol y no podía hacer experimentos– de relacionar la *conversión de la luz en electricidad* por las células solares o fotovoltaicas de silicio con la *fotólisis del agua* por los cloroplastos descrita por Arnon y Ochoa; de relacionar los fotones con los electrones y proponer que se trataba de la *fotoelectrolisis del agua* y demostrar experimentalmente esta teoría con bacterias fotosintéticas, algas y plantas verdes.

En 1960 Van Niel me invitó a presentar nuestras ideas y resultados sobre el flujo no-cíclico de electrones en bacterias y plantas en su acreditado Curso de Pacific Grove. Mi querido amigo Carlos Asensio, brazo derecho de Alberto Sols y uno de los bioquímicos de más relieve de nuestro país, asistió ese año al Curso de Van Niel y refirió en sus amenas *Cartas desde América* el juicio con que el sabio microbiólogo resumió la evidencia que presenté en mi conferencia: «Everything fits so nicely». También Stanier, que tenía su laboratorio vecino al de Arnon en el Life Science Building, captó pronto la simplicidad y belleza natural de la nueva propuesta y se sumó a ella con entusiasmo. Stanier, con quien estuvo de becario mi colaborador José Luis Cánovas, fue autor de *El mundo de los microbios*, que tradujimos de sus galeradas Julio R. Villanueva, Isabel García Acha y yo. La feliz ocurrencia de la proposición y posterior demostración de que la *fotólisis del agua* es de hecho su *fotoelectrolisis* y que la Fotosíntesis consiste esencialmente en un flujo de electrones contra gradiente desde el agua hasta el aceptor fisiológico del

ion hidruro llevó a Arnon a escribir con mi colaboración una serie magistral de trabajos y conseguir que la teoría fuese aceptada de inmediato por el mundo científico.

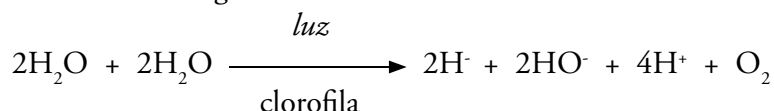
Hoy, la ecuación de la *electrolisis* y de la *biofotoelectrolisis del agua* están escritas en la entrada del laboratorio de prácticas del Colegio de San Francisco de Paula, donde terminé el Bachillerato en 1946. De la primera fui testigo presencial en la experiencia de cátedra que antes he relatado.

Electrolisis del agua:



La segunda fue formulada durante mi estancia en Berkeley y sobre ella nunca he dejado después de rumiar.

Biofotoelectrolisis del agua:



Al final de este Resumen volveré a analizar y discutir algunos aspectos clave de estas reacciones fundamentales de la bioenergética, a las que he dedicado gran parte de mi vida y ahora debo enfatizar. La *biofotoelectrolisis del agua* impulsada por la luz del Sol es sin duda la reacción más simple e importante en la biosfera de nuestro planeta Tierra y de tanta relevancia cósmica como la *ecuación de Einstein* de equivalencia entre masa m y energía E , dos magnitudes sorprendentemente relacionadas entre sí nada menos que por el cuadrado de la velocidad de la luz c : $E = m c^2$.

Es increíble que Warburg –premio Nobel y uno de los más grandes y célebres bioquímicos y fotobioquímicos del siglo XX– defendiera con enorme tesón y obcecación hasta su muerte que la reacción más sencilla y fundamental de la Fotosíntesis, y en consecuencia de la Biología, es la rotura por un fotón de luz de la molécula de dióxido de carbono (CO_2): el oxígeno (O_2) se liberaría y el carbono (C) formaría con el agua (H_2O) el hidrato de carbono (CH_2O). El O_2 de la biosfera, de tanta significación para la vida, no tendría pues su origen en el H_2O sino en el CO_2 . Hace más de cincuenta años, en una relajada cena en el Barrio Latino

de París, a la que nos invitó mi querido amigo Josy Bové, compañero en Berkeley, el propio Warburg contestó radiante y lleno de orgullo a mi pregunta de cuál había sido el descubrimiento más importante de su vida, repleta de fabulosas conquistas y éxitos científicos, con convicción y con las siguientes breves y precisas palabras: «Que un fotón de luz visible absorbido por el pigmento verde clorofila rompa una molécula activada de anhídrido carbónico en carbono y oxígeno».

El empecinamiento de Warburg fue proverbial en el mundo científico y explica que, a pesar de haber tenido en sus manos la evidencia de que el nitrato se reduce fotoquímicamente a amoníaco por células del alga *Chlorella*, jamás admitiera que este proceso es uno de los ejemplos más simples y fundamentales de Fotosíntesis. Los grandes científicos son hombres de excepcional inteligencia y voluntad a prueba, pero de “dura cerviz”, como dice la Biblia del pueblo judío. El Instituto de Información Científica de Filadelfia realizó un estudio acerca del desarrollo científico en España durante los años 1981-1992 en el que daba a conocer que el trabajo “The assimilatory nitrate-reducing system and its regulation”, publicado en *Annual Review of Plant Physiology* por Guerrero, Vega y Losada, fue el más citado en el mundo de los realizados en nuestro país durante ese periodo y firmado exclusivamente por investigadores españoles.

En su biografía sobre Warburg, Krebs –discípulo suyo y judío como él, que tuvo que huir a Inglaterra en la época nazi y fue profesor en Oxford– discutió estas importantes cuestiones en los siguientes términos: «Eventualmente, la clarificación de las reacciones componentes de la fotosíntesis reveló que la reducción del nitrato en la luz está ligada a la fotosíntesis sin la participación de carbohidratos ni de carbono». De las cuatro referencias que citó Krebs en su libro sobre Warburg, tres eran de nuestro Instituto. Krebs, el bioquímico que más admiró Ochoa –según me dijo don Severo en una conversación personal– asistió con otros colegas, también Premios Nobel, al Congreso de Bioquímica que organicé en Sevilla en 1975 y del que hago cumplida mención en este Álbum de *Recuerdos*. Antonia intercambió con él mermeladas caseras de naranja sevillana y membrillo “oxfordiense”. El profesor Calvin, de la Universidad de Berkeley y premio Nobel por su descubrimiento del ciclo de la *asimilación del CO₂*, me felicitó por nuestro descubrimiento de la *asimilación fotosintética del nitrato* con el siguiente comentario: «Manuel, you made a very good choice».

Aunque el caso de Warburg pueda escandalizar a algunos, *así* se ha hecho la Ciencia, a base de traspies, y la Historia de la Ciencia está llena de casos similares e incluso más sorprendentes y significativos que el de Warburg. Sabios de la ca-

tegoría de Aristóteles, Newton, Lavoisier, Pasteur, Einstein... cometieron errores que hoy nos resultan increíbles a los hombres corrientes. ¡Cuánta sabiduría y cuántos experimentos geniales! pero también ¡cuántas hipótesis falsas y conclusiones desacertadas! ¡Cuánto orgullo y pasión en los más capaces y afamados cerebros universales! Sin embargo, al final, a veces tras discusiones exaltadas y cerriles, la *verdad científica*, el *así es*, siempre ha acabado imponiéndose implacable, aunque todavía queda mucho hilo por tejer a este respecto. ¡Cuántas veces hay que tener la grandeza y humildad de decir me equivoqué buscando la verdad! La Religión ha tenido también, al salir de su ámbito, sonados tropezones, como el de la teoría geocéntrica, hasta que Copérnico y Galileo postularon y demostraron la heliocéntrica. Creo que es muy importante en los tiempos presentes, Dios lo quiera, que también la Filosofía, la Ciencia y la Teología confluyan finalmente en sus conclusiones sobre dos de los temas más relevantes del Cristianismo y, *si son verdad*, también para la Humanidad: La *Encarnación* del Hijo de Dios en María y la *Resurrección* de Jesucristo después de su pasión y muerte.

Si impresionante fue para mí iniciar la carrera universitaria con dos prácticas sencillas que me hicieron conocer las bases fisicoquímicas y estructurales de la vida –una, la electrolisis del agua, y otra, la estructura celular de la epidermis de una hoja de lirio– también lo fue, como comento en varios artículos de este libro de Memorias, cambiar de rumbo e iniciar en 1952 mi carrera investigadora con motivo de un viaje a Italia de nuestra promoción de Farmacia de la Complutense. ¡Ya no sería boticario en mi luminoso pueblo, sino biólogo molecular y celular de plantas! Viajábamos bajo la dirección y tutela del profesor José María Albareda y fuimos recibidos en audiencia por el Papa Pío XII. Este discutido e injustamente criticado pontífice por su supuesta inhibición en la persecución de los judíos – que se ha demostrado ser totalmente falsa– acababa de proclamar el año 1950 el *dogma de la Asunción* y nombraría a *María Reina* cuatro años después, el 11 de octubre de 1954. ¿En qué consistió biológica y espiritualmente y cómo fue realmente la Asunción de la Reina de los Cielos? Ya su antecesor Pío XI, fundador de la *Academia Pontificia de Ciencias* –de la que fueron miembros Albareda, Arnon, Lora-Tamayo y Ochoa, y de quienes, en cuanto a los españoles se refiere, he escrito sus biografías para el Diccionario de la Real Academia de la Historia–, había instituido el 11 de octubre de 1931 con su encíclica *Lux veritatis* (Luz de la verdad) la festividad de la Maternidad Divina de María, espoleta del Concilio Vaticano II.

Después de mi paso por Alemania, Dinamarca y Estados Unidos, mi carrera docente e investigadora se consolidó –siempre de la mano firme y leal de don



Centro de Investigaciones Biológicas, CSIC. Madrid

José María— a la vuelta de Berkeley en 1961 con mi instalación en el *Centro de Investigaciones Biológicas* de Madrid, conocido como “El Cajal”, de cuyo *Instituto de Biología Celular* fui fundador y primer director, y con mi labor profesoral en la asignatura de Química Fisiológica en la *Universidad Complutense* durante dos cursos. El día de *nuestra boda*, oficiada por tío José O’Callaghan, jesuita y experto papirólogo, cuya Misa de esponsales celebró don José María, recibimos también la bendición apostólica del Papa Juan XXIII, que acababa de inaugurar el *Concilio Vaticano II* el 11 de octubre de 1962 y moriría meses después. Pablo VI, que le sucedió, nombraría a María Madre de la Iglesia (11 de octubre de 1962-21 de noviembre de 1964) y clausuraría el Concilio el día de la solemnidad de la Inmaculada Concepción en 1965. El Papa Francisco abrirá este mismo día de este año 2015, cincuentenario de aquella efeméride, el año de la Misericordia y nombrará a María Madre de Misericordia.

Durante mi carrera universitaria docente e investigadora me dediqué casi exclusivamente a temas científicos y culturales, a reflexionar sobre la historia del Universo, del hombre y su destino. Sin embargo, en los últimos años después de mi jubilación me volví más filósofo y teólogo, pues fui requerido repetidamente, cuando menos lo pensaba, para escribir artículos o pronunciar conferencias sobre temas exclusivamente humanos y religiosos, comenzando con mi elección

en 2010 para el Pregón de la Inmaculada, Patrona de los farmacéuticos. Estas invitaciones polarizaron desde entonces mi atención y me entregué en cuerpo y alma a profundizar sobre estos temas, en particular sobre los que consideré y considero clave en la Historia humana y del Cristianismo: el misterio de la *Creación del Universo y del hombre*, el sentido de la vida, la *Encarnación del Hijo de Dios* en María y la *Resurrección de Jesucristo*, tras su muerte en la cruz como Rey de los judíos.

Soy pues un científico –biólogo por más señas– cristiano que ha vivido con intensidad y ansiedad la era de la Nueva Evangelización desde Pío XI y Pío XII y el Concilio Vaticano II. Creo que la Nueva Evangelización debe centrarse fundamentalmente, aparte de dar a conocer la *Doctrina cristiana* –otra faceta esencial del Cristianismo–, en estos misterios increíbles pero “discutibles”, de cuyo esclarecimiento puede depender si son verdad el rumbo futuro y la unión no sólo de los cristianos sino de toda la Humanidad. Así lo entendieron en otros tiempos de Evan-



Universidad de Sevilla. Fábrica de Tabacos

gelización hombres de gran fe y muy devotos de la Virgen María, como fueron San Agustín en África, y en el Siglo de los Descubrimientos, Colón y Magallanes en el Nuevo Mundo, los primeros misioneros en Oriente, como San Francisco Javier, y una lista interminable desde entonces. La primera Santa de América fue Santa Rosa de Lima, cuya madre fue bautizada en la iglesia de San Pedro de Carmona, según consta en la lápida de su pila bautismal. América, el continente del Papa Francisco, es hoy el que tiene el mayor número de católicos del mundo, que por otra parte constituyen una quinta parte de la población mundial.

¿Fue el misterio de la *Encarnación del Verbo* un “hecho” histórico, *sí* o no, verdadero o falso? ¿Fue en realidad *así*? Es mi criterio y mi ferviente deseo y esperanza que *sí*, como concluyó el Concilio Vaticano II y han subrayado después

todos los preclaros pontífices, «el misterio del hombre sólo se esclarece realmente con el misterio del Verbo encarnado», todos los cristianos tenemos la enorme e ineludible obligación de tratar de clarificarlo hasta el límite y decirlo sin ambigüedades, pues indudablemente constituye *el punto de partida de la Nueva Evangelización*, de la que *María es la Estrella*. Los teólogos, filósofos y científicos, y también en general los intelectuales de buena fe, los propios eclesiásticos y todos los hombres y mujeres de buena voluntad deberían pues considerar que, *si* efectivamente la Encarnación ha sido el misterio más relevante –y desde luego insondable– en la historia del hombre, a todos nos incumbe profundizar con inteligencia y conciencia en la realidad o ficción, en el *si* o no, de este hecho decisivo para el presente y futuro de toda la *Humanidad* hasta consolidar y demostrar o refutar su verdad, no sólo evangélica sino histórica y científica. ¡*La Verdad* sólo puede ser *una* y verdadera!

Si algún día se demostrara indiscutiblemente la “realidad biológica” del misterio de la Encarnación, de cómo fue de hecho biológicamente, no sólo se despejarían infinidad de incógnitas y se evitarían interminables, estériles y agrias polémicas, sino que dejaría de ser misterio –como ha ocurrido en infinidad de casos en la historia de la Biología–, si bien seguiría siendo un milagro, el milagro más trascendente e impenetrable y esperanzador en la historia humana. Lo mismo podría decirse respecto a la Resurrección de Jesucristo y de los hombres. La *Ciencia* sin Religión es coja, y la *Religión* sin Ciencia es ciega (Einstein, Juan Pablo II). Ni los intelectuales de cualquier campo pueden “pasar” de la Ciencia y la Teología, ni viceversa. Al final, *ambas* acabarán por ser sólo *una*. No podemos andar a tientas, ni cojear y tropezar continuamente. Hay que tender puentes en todas las direcciones y sentidos, guiados por la veleta del *Amor* y movidos por los vientos del *Bien* y la *Verdad*.

La historia nos enseña cómo han sido el Universo y la vida desde sus orígenes y que no sólo es *así* la vida, sino que *así* van pasando los años, siglos e incluso milenios, y que los científicos, y no sólo los científicos, sino todos los hombres de buena voluntad, han sido hombres de enorme fe, no dejándose nunca vencer por la desidia, el mal ni la ignorancia, superando la impotencia, incertidumbre y fragilidad humanas y sus propios errores y vanidades. Siempre he enseñado a mis hijos, alumnos y colaboradores que la verdad hay que buscarla y las ocasiones aprovecharlas y que nunca se puede “asegurar” que es verdad lo que no se sabe “con seguridad” si lo es. Hay que tener verdadera aversión a poder “enseñar” como verdad lo que no lo es, o puede no serlo: lo que es mentira. Hay que saber SI “LOS HECHOS” HAN SIDO *ASÍ*. Y *si* han sido *así*, hay que aceptarlos



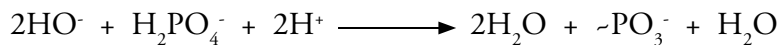
Instituto de Bioquímica Vegetal y Fotosíntesis, Campus de Reina Mercedes. Sevilla.
Daniel I. Arnon, M. Losada y A. Friend

como tales, sin darle más vueltas o dándole muchas más vueltas. Los hombres de buena voluntad son hombres de buena fe, fe en el bien y en la verdad, en la inteligencia y la conciencia de que están dotados, en las leyes que gobiernan el Universo y al propio hombre, y gracias a ellas han ido poco a poco, con fe y pasión sin límites, desvelándose paso a paso, con muchos traspies y una entrega sobrehumana y dolorosa, la armonía y misterios del Universo, de la vida y del hombre, las maravillosas y “sobrenaturales” fuerzas de la naturaleza, dignas de reverencia y adoración, como afirmaron con conocimiento Cajal y Unamuno.

Quisiera terminar este apartado de mi necesariamente breve pero meditado Sumario con una frase que quiere resumir al mismo tiempo la grandeza de la Creación del Universo y del hombre y, por otro lado, ser una breve oración llena de fe, esperanza y agradecimiento a su Autor: «Amor por la obra bien hecha». Una obra que –como la Encarnación del Verbo en Nazaret, la muerte de Jesucristo en el Calvario y su Resurrección al tercer día y, en ínfima escala comparativa, como nuestras mismas vidas e incluso la de la rosa en el rosal– sólo puede ver coronada y colmada su belleza y verse liberada de sus pesares y espinas tras la muerte con «la gloria de la eternidad». Hay, sin embargo, quienes sólo se aferran a «la realidad de esta vida».

Algunos científicos no son necesariamente soberbios y rebeldes –y no les faltaría razón, aunque sí humildad– cuando sienten pudor y resquemor y se resisten a aceptar las “verdades bíblicas y evangélicas” todavía “discutibles”, y se preguntan perplejos que si las cosas han sido *así* ¿por qué han sido *así* y qué lo justifica? ¿Por qué hay tanto mal y tanto odio y tantas guerras en el mundo? El Mal anida en la mente y el corazón del hombre junto al Bien. La realidad es *así*, y *así* hay que aceptarla, pero siempre con *fe* y *esperanza* de mejorarla. *Así* quiso también expresarlo al plantearse el *tema de la muerte*, sin saber clara ni exactamente cómo, don Severo Ochoa en su epitafio: una frase elaborada y esperanzada que me ha hecho pensar mucho en él y cavilar en lo que quiso dejar escrito crípticamente para la posteridad, y que quizás no pudo o no supo expresar mejor: su profundo *amor* y unión a su mujer en *esta vida*, y su vinculación a ella en *la eternidad*. ¿Qué “vinculación” cabe tras la muerte en la vida eterna? ¿También “*el amor*”? Él, como yo, había escrito sobre el tema ¿*QUÉ ES LA VIDA*? El suyo fue un artículo en el periódico ABC. El mío un Discurso en la Academia de Medicina de Sevilla en 1992, con motivo de su fundación el año 1700, que fue publicado *in extenso* en un libro y del que se reproduce en este Álbum sólo la portada. Ambos –bioquímicos– usamos prudentemente interrogantes. Pero tanto, él como yo sólo hemos podido esbozar el tema de la muerte. ¿*QUÉ ES LA MUERTE*? ¿*QUÉ ES LA VIDA ETERNA*? Para los cristianos, el misterio de la muerte sólo se clarifica con la Encarnación del Hijo de Dios y su Resurrección.

La nanotecnología del futuro no debe echar en saco roto que el metafosfato trigonal inestable (-PO_3^-), resultante de la deshidratación ácido-base del ortofosfato tetraédrico estable (H_2PO_4^-), es la moneda energética de todos los seres vivos, y así se indica con el enlace en forma de tilde (-) de los compuestos ricos en energía:



Tampoco la nanotecnología debe ignorar que *el ion hidruro* (H^-) generado en la Fotosíntesis *es el combustible biológico universal* que utilizan después todos los organismos vivos, incluido el hombre, para sus múltiples actividades energéticas y que será, yo creo y espero, el combustible ideal, no sólo biológico, del futuro. No cabe duda que *la vida es perfección, el mejor ejemplo a imitar*, aunque “a veces” requiera algo o mucho de fantasía, nos ocasione muchas preocupaciones, dé muchos disgustos y sea inimitable. He prometido seriamente a mis nietos que si mientras yo viva –una vida llena de *recuerdos*– se inventa el coche de hidruro, aunque sea de juguete, como espero y deseo, y no es demasiado caro, les compra-

ré uno a cada uno. ¡Benditos sueños de noche de Reyes Magos! *La vida es así: una realidad y un sueño, una esperanza.*

Los taxistas sevillanos y “las taxistas sevillanas” que aparcen –o aparcaban– a la sombra de los cobrizos ladrillos de la torre de la Giralda saben que las frondosas hojas verdes de los árboles sirven “también” para “dar” o “hacer” sombra. Saben asimismo que sus taxis (taxas) “andan, corren o vuelan” con gasoil o gasolina. ¡Cómo no iban a saberlo si son sus compañeros (compañeras) inseparables de viaje, gracias a los (las) que viven! Pero NINGUNO (NINGUNA) sabe, al menos a los (las) que yo he preguntado, que son muchos (muchas), jóvenes (jóvenas) y adul-



Centro de Investigaciones Científicas Isla de la Cartuja. Sevilla

tos (adultas), que sus coches necesitan *aire* para quemar el combustible, igual que ellos (ellas) mismos (mismas) saben por experiencia que lo necesitan para respirar. Que conste que con el uso de los géneros pretendo, más que ser irónico, contribuir a que no se extienda ni perdure este chocante “mal

uso” cuando es innecesario. En esto como en todo –hoy más que nunca– hay que acabar con las “sinrazones” y conseguir que se impongan el buen gusto y la razón.

Una vez aclarada la cuestión nada baldía de la necesidad del aire para la combustión viene la siguiente reflexión, que también es obvia: El aire es gratis, no hay que pagar su importe en las gasolineras; “aireneras” si existieran. Y, por si fuera poco, ahí está el aire en el medio ambiente, al alcance de todo y de todos; y entra solo en el motor, sin ayuda de nada ni de nadie, como lo hace inadvertido en nuestros pulmones ¡cuándo lo hace sin necesidad de mascarilla de oxígeno! Y no se ve, ni se oye, ni se toca, ni se huele, ni casi se siente, si está quieto. ¡Ay del día que escasee o que por cualquier causa no sirva para sus funciones energéticas! Todos, no sólo los taxistas, nos íbamos a enterar de lo que vale un peine. Ya sabemos lo que vale el carburante. ¿Sabremos también en el futuro lo que vale el comburente?

Sol, agua, aire y tierra: los cuatro elementos de los griegos. *Así* son muchas cosas de la vida: tan sencillas, abundantes y gratuitas que no se valoran, o tan complicadas, escasas o caras que provocan enormes discusiones, rupturas y hasta revoluciones entre los hombres. Algún día sabrán todos los conductores de coches –quizás algunos lo saben ya– que la energía que mueve sus “automóviles” ¿qué quiere decir “auto”? y enciende sus faros es en último término *luz solar*, y dirán agradecidos, como decían los marineros que salían del Puerto de las Mulas y hacían la Carrera de Indias: «Bendita sea la luz y El que nos la envía». *Luz, agua y aire ¡Qué maravilla!* Yo pronuncié un discurso y escribí el libro *El agua es lo mejor* cuando me hicieron doctor *honoris causa* por la Universidad de Zaragoza. *Así* lo dije, *así* lo escribí, *así* lo creo y *así* es.

Mi padre ¿será él ahora *luz* resplandeciente, como Fray Luis de León –su gran y admirado amigo– deseaba con anhelo? hubiera disfrutado mucho, muchísimo, si hubiera escuchado de su hijo –a quien tanto enseñó, casi todo, cuando era niño– la explicación científica, desde un punto de vista fisicoquímico, de que *así de sencilla, así de difícil y así de enigmática es la vida: Un flujo escalonado de electrones contra gradiente* movido por la energía de la *luz del Sol* desde el agua hasta el agua y, cerrando el ciclo, *un flujo escalonado de electrones a favor de gradiente* del ion hidruro al oxígeno molecular. Este flujo de electrones movido por los fotones ($h\nu$) solares resulta finalmente en la resíntesis del agua y libera energía fisiológica que se acopla, sobre todo en las membranas celulares, con la energización ácido-base del ortofosfato a metafosfato ($-P$):

luz solar \rightarrow lisis del agua \rightarrow síntesis del agua \rightarrow energía fisiológica \rightarrow $-P$

Desde un punto de vista bioenergético, a escala cósmica y a escala cuántica, *la vida es un flujo cíclico de electrones*, un proceso que, en último término, se traduce en *la bioconversión de la energía luminosa de los fotones ($h\nu$) en energía química de enlace (-)*, motor de la vida misma:

$h\nu \longrightarrow -$

Gracias a esta energía química fisiológica convertible en energía mecánica, estructural, eléctrica, osmótica, incluso luminosa... pueden los organismos vivos llevar a cabo sus múltiples actividades vitales y, en el caso del hombre, quizás mentales y anímicas, hasta llegar al amor. Sólo una inteligencia privilegiada superior, un *SER SUPREMO*, sabio y todopoderoso, pudo idear, hacer y seguir haciendo, algo tan difícil, tan imposible y tan sobrenatural –y por otro lado tan sencillo y

natural— para *mantener viva la vida* y que ésta no se extinga ni siquiera con la muerte, *que sea eterna*. Quién, sino ÉL, que es LUZ y AMOR, puede hacer que la *luz solar* mantenga la vida y que *la luz viva de los hombres de buena voluntad* se traduzca en *amor*, no se apague nunca y *brille para siempre*.

Como he escrito en la Introducción de este Sumario, me gustaría terminar con “un toque de distinción” que podría distinguir al ser humano de los demás seres vivos y hacerlo único; Que al cesar la *vida terrenal* tras la muerte, y liberado el espíritu bienaventurado de las ataduras materiales que lo aprisionan en la Tierra, le permitiría volar sin trabas al Cielo para gozar de la *vida eterna* y ver a Dios. Este fue el mensaje de la *carta* ilusionada y llena de Fe que dirigí en Carmona a los *Reyes Magos* en el Pregón de la Cabalgata en 2008 y ha servido de colofón a las figuras que ilustran este Álbum de ***Recuerdos, Realidades y Esperanzas***: Que la Bondad, la Verdad y la Belleza propias de los hombres de buena voluntad muevan e impulsen *nuestras vidas* hasta conseguir que se sublimen y perpetúen eternamente en *estrellas* —infinitud de estrellas de distinto brillo y fulgor—, como la que iluminó a los Magos en Belén: *la estrella del Amor*. Así lo soñó Fray Luis de León: ésta fue su *idea de la vida eterna*. Por ello me gustaría hacerlo yo también adaptando y actualizando la *Oda* que el profundo y místico fraile agustino, realista e idealista, dedicó a su amigo Felipe Ruíz: su *Esperanza* de convertirse «en *luz* resplandeciente... *volar* al cielo y *contemplar la Verdad pura*, sin velo»:

vida terrenal —————> fe, esperanza y bondad —————> luz eterna

¿Será el AMOR al final de nuestras vidas, del que hablaba San Juan de la Cruz, la LUZ ETERNA en que nos convertiremos?

Sevilla, 24 de mayo de 2015
Solemnidad de Pentecostés

CAPÍTULO 2

**BODA DE MANUEL LOSADA
VILLASANTE Y ANTONIA
FRIEND O'CALLAGHAN EN LA
IGLESIA DEL ESPÍRITU
SANTO DEL CSIC**





Beatisimo Padre
 Daniel Losada Villasante
 y Antonia Fred O' Callaghan

humildemente postrados a los pies de Vuestra
 Santidad imploran una especial

Bendición Apostólica

con ocasión de su matrimonio que se celebrará el día 3 de marzo 1963

Quis Dominus benigne amittit peccata.
Le Auditus Vaticanus die 12 Feb. 1963.

Beccini
Archiep. Romanus



Iglesia del Espíritu Santo. CSIC. Madrid

CAPÍTULO 3

**PALABRAS DE
AGRADECIMIENTO DEL REY
GASPAR A LA PEÑA
"La Giraldilla" EN LA CENA
DE REYES MAGOS
EN CARMONA**



PALABRAS DE AGRADECIMIENTO DEL REY GASPAR A LA PEÑA "La Giraldilla" EN LA CENA DE REYES MAGOS EN CARMONA

Sevilla, 6 de enero de 1969

Manuel Losada Villasante

Excmas. e Ilmas. Autoridades,

Queridos amigos y paisanos:

Hace unas semanas, los representantes y directivos de la ilustre Peña carmonense "La Giraldilla", presididos por don Raimundo López, tuvieron la deferencia de visitarme en mi despacho de la Universidad para, con la gentileza que los distingue, ofrecerme su colaboración valiosa y desinteresada, y facilitarme una información preciosa sobre los antecedentes y características propios de la ya famosa, tradicional y magnífica cabalgata, que con tanto gusto como entusiasmo y generosidad organizan con enorme éxito todos los años en nuestra antigua, bella y noble ciudad, y para la que, sin mérito alguno por mi parte, se habían dignado ya previamente distinguirme eligiéndome monarca.

Entre otros útiles detalles, tuvieron también el acierto de avisarme de que, con tan fausto motivo, nos reuniríamos en una comida de hermandad, en la que era costumbre que los Reyes Magos, mis queridos y admirados Paco Caballos, Manolín Fernández y yo mismo, pronunciaran unas palabras conmemorativas. Como rey Gaspar, les agradezco muy sincera y profundamente todas sus atenciones y, en particular, esta última, porque a los científicos, al menos a mí, cuanto más nos especializamos y dedicamos a

la investigación, más difícil nos resulta improvisar y, si intentamos discursar, lo hacemos con tan lastimosa torpeza y tan poca gracia que sólo la amabilidad y paciencia de un auditorio tan escogido y selecto como el que ahora nos escucha nos puede perdonar y tolerar. Nos gusta hablar si tenemos algo nuevo, interesante, necesario o agradable que decir, pero nos gusta más callar si nuestras palabras han de ser frías, inoportunas, vanas o incluso necias.

Para mí, como carmonés de pura cepa, enamorado hasta lo más profundo de mi ser de esta sin para ciudad, tan realista como soñadora, tan formalista como alegre, y tan conservadora como innovadora, es hoy un excepcional honor y una inmensa satisfacción haber sido escogido para ocupar en fecha tan señalada un puesto tan distinguido. No se me oculta, sin embargo, a pesar de vuestra delicadeza, que el verdadero centro de este homenaje debe ser, junto al venerable rey Melchor, el reluciente en su negritud rey Baltasar, artista genial, gloria y honra de nuestro pueblo, creador inigualable de las más hermosas y fantásticas ilusiones que, año tras año, con la formidable ayuda de hombres ejemplares, voluntariosos y altruistas como él, alegran y ennoblecen a peque-



ños y mayores, transportándolos a un mundo inefable, encantador y de ensueño que, aunque hecho realidad solo unos instantes, pervivirá para siempre en sus recuerdos.

Nunca pude imaginar que actuar de Rey Mago en vuestra maravillosa y única cabalgata pudiera despertar en mi corazón, triste y agobiado con frecuencia por la dureza de la lucha de la vida, tanta ternura y bondad, y encender en él tan puro amor. La experiencia vivida en la Noche de Reyes pasada perdurará imborrable en mi alma, pues, habiendo calado en ella muy hondo, me ha hecho sentirme un hombre más niño y un niño más bueno.

El día 5 nos habéis dado un ejemplo inolvidable a todos los que actualmente vivimos estupefactos esta era técnicamente prodigiosa de la humanidad, por desgracia a menudo excesivamente amarga y materialista, demostrándonos que hombres muy hombres, cargados de pesadumbres y trabajos, y perdidos en el anonimato, sabéis hacer el milagro de poner al servicio de los demás vuestra inteligencia, imaginación y capacidad, vuestros esfuerzos y sacrificios, y no con miras personales y egoístas, sino con el exclusivo fin de que triunfen en la Tierra el idealismo más puro y la inocencia, la paz y la felicidad de los ángeles. Os merecéis todos los aplausos

y todos los elogios y todos los reconocimientos, pues habéis conseguido de manera sencilla e increíblemente estupenda plasmar, imitando a las hadas de los cuentos infantiles, las imágenes más queridas y entrañables.

La organización de la cabalgata de los Reyes Magos es, sin embargo, sólo una admirable faceta de vuestras múltiples y laudables actividades en pro del desarrollo social y cultural de Carmona. Así lo han comprendido nuestras más alta autoridades locales y provinciales que han querido, al concederos e imponeros la medalla de plata de la ciudad, premiar públicamente vuestros excepcionales e incomparables méritos.

Como el lucero brilla en la aurora, brilla en Andalucía Carmona y en Carmona "La Giraldilla", símbolo preclaro y armónico de la hidalguía, caballerosidad y simpatía de un pueblo viejo, limpio y sano que unido, hermanado y optimista lucha con fe y esperanza bajo el estandarte de la Virgen de Gracia por conseguir un futuro más justo, más grande y más hermoso.

En fin, como habéis podido comprobar yo, temeroso de que en este banquete que ha resultado tan opíparo y exquisito faltara la carne, me traje mi "chuleta".

CAPÍTULO 4

TERTULIA *El Giraldillo*



TERTULIA *El Giraldillo*

Sevilla, 30 de noviembre de 1987

Manuel Losada Villasante

Creo sinceramente que no hay mejor ni más noble y sentida manera de agradecer un homenaje tan entrañable y altruista como el que hoy me ofrece vuestra tertulia de *El Giraldillo* que la de deciros desde lo más íntimo de mis entretelas: GRACIAS, MUCHAS, MUCHÍSIMAS GRACIAS por vuestra benevolencia y afecto, pues ellos colman con generosidad y en demasía los méritos de que haya podido hacerme acreedor a lo largo de mi carrera científica, dedicada con entusiasmo y sin regateos, durante más de treinta años, al estudio, la enseñanza y la investigación.

“De la abundancia del corazón habla la boca”, dice un bello y sabio salmo. Pues bien, mis sentimientos en estos momentos son de gratitud plena y profunda hacia un grupo de amigos que desinteresadamente me hacen el honor de distinguirme con su amistad y admiración y de premiarme con un obsequio singularmente valioso y querido: “un giraldillo”.

Quiero y debo, además, manifestar aquí y ahora, con satisfacción y júbilo, que me siento en cómoda y vivificante resonancia con todos ustedes, porque ustedes y yo coincidimos en valorar muy alto,

como bienes supremos, muy por encima de muchas cosas, objetivos e ideales que hoy, por desgracia, no cuentan para una abatida y desorientada mayoría. Y es precisamente esta disposición abierta, esperanzadora y progresista la que confiere su genuino carácter e imprime su sello de distinción a vuestra tertulia, la que le depara su talante liberal y la sitúa en posición de adelantada. Siempre he creído con fe firme en la verdad y el bien, en que hay que saber y hay que amar, y por ello soy un ferviente convencido de que hay que curar la ignorancia y la maldad —las más peligrosas y dañinas de las enfermedades del alma— y de que hay que luchar contra el hambre y la miseria, las más tristes e inhumanas de las del cuerpo.

Todo cuanto contribuya a abrir nuevos senderos de civismo y progreso, y a enriquecer el nivel cultural, social y de bienestar de nuestros paisanos, así como a mejorar la calidad de nuestro entorno, es edificante y digno del mayor elogio. Y vuestro ejemplo ciertamente lo es. Podéis estar orgullosos de vuestra tertulia y de lo que vuestro “Giraldillo” representa.

¡Enhorabuena!

CAPÍTULO 5

**CARTA DE
DON SEVERO OCHOA
A LOS NIÑOS**





CENTRO DE BIOLOGIA MOLECULAR
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Universidad Autónoma de Madrid

Campus de Cantoblanco
28041 MADRID

Febrero 10, 1992

Para María, Patricia y Nisus

Mis queridas amiguitas:

Me habéis cautivado con vuestro encanto y simpatía y suscitado con vuestro afecto. Al adieux, para visitar Sevilla, de mi bellera y de mi cariño y admiración a vuestros padres, se unirá ahora el de mi cariño hacia vosotros. Trataré de volver cuanto antes. Mientras tanto sabed que os recuerdo y quiero de verdad vuestro viejo amigo. Siempre -

Manolo: Recibe tu también todo mi afecto y simpatía.

Tel: 734 15 01 - Tele: 27810 ext: 2

The Misses María,
Avenida Republica Argentina
41011 Sevilla



S. Ochoa
CENTRO DE BIOLOGIA MOLECULAR
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Universidad Autónoma de Madrid
Campus de Cantoblanco
28041 MADRID

CAPÍTULO 6

**PALABRAS DE
AGRADECIMIENTO CON
MOTIVO DEL NOMBRAMIENTO
DE
HIJO PREDILECTO DE
ANDALUCÍA**



PALABRAS DE AGRADECIMIENTO CON MOTIVO DEL NOMBRAMIENTO DE HIJO PREDILECTO DE ANDALUCÍA

Publicado en: Revista de la Generación de 1992, nº 4, pp. 62-68, 1993

Manuel Losada Villasante

Excmo. Sr. D. Manuel Chaves, Presidente de la Junta de Andalucía,

Excmo. Sr. D. José Antonio Marín Rite, Presidente del Parlamento Andaluz,

Excmas. e Ilmas. Autoridades,

Señoras y Señores:

Me corresponde hoy, en nombre de mis agraciados y agradecidos compañeros y en el mío propio, expresar a la Junta y al Parlamento de Andalucía nuestra común y más profunda gratitud por haber sido distinguidos en día tan señalado como andaluces que han consagrado ilusionada y animosamente sus vidas al noble empeño de elevar y acrecentar, en sus más variados aspectos, la categoría artística y el bienestar social, cultural, espiritual y científico de nuestro pueblo, y a promover y fomentar el desarrollo y progreso de la hermosa, extensa y varia región andaluza. De Huelva a Almería y de Jaén a Málaga y Cádiz, pasando por Granada, Córdoba y Sevilla, Andalucía es prominente en extensión, variedad y singularidad entre las demás regiones que integran la bien fraguada, recia y formidable nación española, a la que me honro en pertenecer y a la que me siento unido en cuerpo y alma en estos momentos temerariamente disgregantes en que tantos la escarnecen y denigran tanto. Y si excepcional es Andalucía como región, inimitable es también el pueblo andaluz en su idiosincrasia: crisol de razas desde la

prehistoria; sabio, tolerante, digno y sufrido como pocos; muy pegado a sus ciudades y aldeas, a sus campos y dehesas, a sus sierras, montes, parques y jardines, a sus ríos, playas y marismas; alegre y triste a un tiempo, con su manera peculiar de vivir la vida, entender y sentir la religión, y respetar y temer la muerte.

Quisiera ser un artista de la expresión, la comunicación y la palabra, un ángel del cielo con alas de caireles y garganta de flamenco, un compositor de metáforas, un escultor de formas y caprichos, un caleidoscopio de figuras y colores, un torbellino de palomas blancas, un cronista de edificantes sucesos, un narrador de curiosas anécdotas, un crítico de hechos sublimes, para saber elogiar como es de ley los excepcionales méritos, logros y dotes que distinguen y adornan a cada uno de mis afortunados acompañantes, en particular, y a todos, en general: cualidades morales, estéticas y cívicas; de entrega, disciplina, responsabilidad y sacrificios heroicos; de genio y oficio; de saber decir y saber hacer; de dar-

se, en fin, a todo y a todos. Porque ellos sí que han sabido -cada uno en su estilo, ámbito y ambiente- encumbrar y engrandecer el nombre de Andalucía por toda la geografía hispana. Pero a mí me falta duende, pellizco y garra, me falta tacto y medida, me faltan la sal y las especias -que tanto abundan en nuestra tierra- para saber aderezar a punto este discurso de obligado reconocimiento. Y aunque me sobren voluntad y espíritu, no me alcanza la voz, ni encuentro vocablos apropiados, ni se tocar al mágico

D. Francisco Giner de los Ríos, el sevillano D. Antonio Machado y el jienense padre Pedro Poveda.

Y permitidme, ahora, que en nombre propio diga también gracias a todos los maestros y profesores de Andalucía que con su esfuerzo callado, constante y honrado vienen luchando por conseguir que nuestra región se ponga con firmeza y paso seguro a la altura de los tiempos. En mis alegres años infantiles no era, por desgracia, todavía así. Yo fui educado -más que



son que requiere el pregón de tamaña empresa colectiva e individual. Sí sé decir, en cambio, en nombre de todos, abriendo mi corazón hasta romperlo: Gracias, porque desde niño aprendí de la sabiduría y generosidad de los que me enseñaron y educaron en un pueblo luminoso de la baja Andalucía que de la abundancia del corazón habla la boca. Que no en vano hemos tenido los andaluces, desde tiempos remotos a otros recientes, educadores y pedagogos como el cordobés Lucio Anneo Séneca, el rondeño

instruido- en un antiguo, espacioso y limpio convento de monjas de los que tanto abundan en Andalucía, habilitado para la enseñanza con humildes aposentos destinados a clases y labores, y ensartado con patios amplios y recoletos patinillos, adornados con plantas y flores, para los juegos, recreos y expansiones de los niños. Había todavía migas en los pueblos andaluces y, quizás por ello, a mí desde chico me ha producido siempre especial nostalgia recordar la poesía, llena de encanto popular, de D. Luis de

Góngora, que mi padre nos recitaba con frecuencia y que todavía sé de memoria:

Hermana Marica, mañana que es fiesta,
no irás tu a la amiga ni iré yo a la escuela.
Pondraste el corpiño, y la saya buena,
cabezón labrado, toca y albanega;
y a mi me pondrán mi camisa nueva,
sayo de palmilla, media de estameña.
Iremos a misa, veremos la iglesia,
daranos un cuarto mi tía la ollera.
Compraremos dél, que nadie lo sepa,
chochos y garbanzos para la merienda.

Y si deuda tengo de los tiempos de mi infancia con las monjas, mayor la tengo aún de mi adolescencia con los Salesianos, grandes educadores, que tanto y tan noble sentido han dado a la vida de tantos jóvenes andaluces. En mi época escolar, a pesar de ser Carmona un pueblo muy grande, no había Instituto ni Academia para estudiar el Bachillerato, por lo que junto con mis hermanos y un grupo de muchachos y muchachas de nuestra edad íbamos pasando los cursos gracias a las enseñanzas de varios maestros, sacerdotes, funcionarios y profesionales del pueblo, que con ejemplar seriedad y eficacia suplieron las deficiencias que el Estado, la región y la provincia no podían atender. Aunque hoy esto parezca inconcebible, no lo era así hace unos años, y es bueno traerlo a colación para que seamos justos y agradecidos y sepamos apreciar la valiosa labor que la Junta de Andalucía viene realizando por toda la región, tanto en lo que concierne a la enseñanza primaria como a la secundaria. Creo sin embargo que, lamentablemente, no se está procediendo con igual acierto ni eficacia en lo que atañe a la enseñanza profesional, tan útil y necesaria.

Los que en otras ocasiones me precedieron en este panegírico fueron hombres de leyes, de las artes y de las letras, materias en las que siempre sobresalió Andalucía con fuerza propia, con talento, primor y belleza que asombraron al mundo. Pero yo

pertenezco a otra rama de la actividad humana, no mejor pero sí distinta, en la que el rigor y la constancia en la experimentación, el análisis objetivo de los hechos y el enfrentamiento frío con las leyes de la naturaleza, más que la inspiración, el arte y la gracia, son la base para la consecución de resultados fructíferos, y soy consciente de que nuestra situación y peso específico en el panorama internacional ha sido transitoriamente deficiente durante siglos en esta parcela. En los tiempos de mi vuelta de Estados Unidos, España era un país pobre en tradición científica y técnica, y todavía ha de superar la situación crítica de desarrollo en que aún se encuentra, si bien el horizonte y las perspectivas van cambiando y ya se puede ser optimista en algunas áreas frente a Europa. Es verdad que la ciencia es internacional y no tiene patria, ni grande ni chica, ni tampoco fronteras, pero sí la tienen los científicos que, aun siendo universales, son, ante todo, hombres que se desenvuelven en un entorno y viven y conviven con una sociedad a la que se deben y cuyos problemas locales y concretos han de tratar de resolver sin egoísmos, buscando antes que nada su solución y el bien común.

Hace veinticinco años llegaba yo a Sevilla con sólo lo puesto, pero también ilusionadamente dispuesto a poner en marcha en la naciente Facultad de Biología unos laboratorios que permitieran la formación de un centro docente-investigador de excelencia en el área de la bioquímica y la biología molecular, en el que la capacidad, el entusiasmo, la responsabilidad y la entrega primaran por encima de todo. Siempre he creído que se puede hacer mucho con poco, y poco con mucho, y que lo mejor es enemigo de lo bueno. Aunque se sea perfeccionista, y yo creo que lo soy bastante, hay que saber sacar el máximo partido de lo que buenamente se tiene a disposición y no soñar con utopías maldiciendo la cruda y oscura realidad con los brazos cruzados en vez de encender una vela. Las circunstancias hay que buscarlas, esperarlas y, sobre todo, saber aprovecharlas. Nuestro Instituto de Bioquímica Vegetal y

Fotosíntesis acaba de celebrar sus Bodas de Plata con la satisfacción de una labor bien hecha y un saldo humano y científico altamente positivo y prometedo.

Andalucía en España, y España en Europa, Iberoamérica y el mundo son nuestra realidad geográfica e histórica, y pocas regiones reúnen como la nuestra, dentro de sus limitaciones, condiciones tan favorables y diversas para un desarrollo armónico y floreciente basado en la aplicación de la ciencia y de la técnica a la solución de los problemas propios. No olvidemos que es en las Universidades,

político ni económico posible, pero para funcionar bien tiene que estar magníficamente estructurada, impulsada y dirigida; si no, será sólo despilfarro que ni las naciones más prósperas y adelantadas se pueden permitir; semillero de impotencia, frustración e indisciplina. Hay, pues, que alcanzar masa crítica y umbrales de despegue para lograr una enseñanza e investigación de calidad que sean útiles para el desarrollo y la promoción de nuestra región. Por ello, yo le recordaría al Consejero de Educación y Ciencia que nuestras instalaciones y nuestra proporción de becarios e investigadores siguen siendo todavía deficitarias frente a Europa y que todavía tenemos

pendiente, como ineludible exigencia, la instalación para toda Andalucía de una biblioteca unificada que esté a la altura de nuestro tiempo.

La revolución científica y tecnológica que se inició hace ahora cinco siglos con el descubrimiento de América por Cristóbal Colón -huésped entonces de esta bellísima e histórica Cartuja- ha colocado al Sol, a la Tierra y al hombre en su sitio en el Universo. La **ciencia** ha logrado ofrecernos una visión fascinante y realista de nuestro mundo, de la vida y del hombre, y



en las Escuelas Técnicas y en los Centros de Investigación donde se genera y difunde la mayor parte del conocimiento, y que hoy este conocimiento es el fundamento de todo poder. La Junta de Andalucía ha hecho durante estos años un enorme y loable esfuerzo para que se creen por toda la geografía andaluza Centros de Enseñanza y de Investigación, pero es necesario que rindan al máximo y sean rentables, porque ni unos ni otros son en absoluto lujo de pueblos ricos, sino necesidad imperiosa para dejar de ser pobres: pobres de cuerpo y espíritu. La Universidad es uno de los grandes motores del país sin el que no hay desarrollo intelectual, moral, social,

como todas las grandes conquistas humanas ha sido ardua, dolorosa, apasionada y apasionante. La **técnica**, por su parte, ha otorgado al hombre un inmenso poder, que le permite un gobierno casi despótico sobre la naturaleza. Pero el hombre de los albores del siglo XXI, creador de la nueva ciencia y de la nueva técnica -y que ha logrado, en parte, dominar su entorno y ha pasado a ser dueño de su propio destino- advierte que camina sobre el filo de la navaja. El mismo empieza a poner en cuestión su futuro, y la biosfera, que hasta ahora se había prestado dócilmente a sus demandas, protesta una y otra vez, cada vez más airada. Un clamor generalizado ad-

vierte al hombre en duros términos y tono amenazador: "Si el hombre envenena, corrompe y degrada, el propio hombre tiene que depurarse, purificarse y regenerarse a sí mismo, y limpiar y fortalecer la naturaleza que le da sustento, energía y vida".

Quizás sea una utopía creer que la ciencia y la tecnología -que es tanto como decir la soberbia, la inteligencia y la ambición humanas- puedan por sí solas resolver los problemas del hombre moderno -aunque satisfagan sus necesidades materiales- si no se presta igual atención a sus necesidades espirituales. Acaso estamos viviendo demasiado deprisa, demasiado angustiados, crispados y desorientados, sin prestar la suficiente atención a nosotros mismos, a la ilusión de vivir, a nuestra naturaleza humana y a la chispa divina que en ella arde. Quizás no estamos valorando en lo que valen la dignidad y la felicidad humanas, la paz interior, la **buena educación** individual y cívica, la sabia filosofía y la ética de la vida misma. ¡Cuánta luz y cuánta sombra, cuánto esplendor y cuánta miseria, cuánto orden y cuánto caos hay en la sociedad humana actual! Personalmente creo que la única solución definitiva a los problemas que angustian al hombre puede estar grabada desde siempre en su propia inteligencia y corazón, capacitándolo para vencer en todos los trances y continuar avanzando si valora, por encima de todo, la sabiduría y la moral, santificándose en la verdad.

¿Y no será, en cierto modo, otra vez Andalucía -la heredera del equilibrado y floreciente Al-Andalus medieval, la región civilizada de las tres culturas, la cuna del médico árabe Averroes, el filósofo judío Maimónides y el sabio rey cristiano Alfonso- la llamada a dar solución a una parte de los problemas que acabamos de esbozar y que hoy amenazan tan tristemente a la humanidad? Permitidme que, para terminar mi intervención, haga ahora unos comentarios en conexión con estos temas, partiendo de la innata y proverbial educación natural del "analfabeto" pueblo andaluz, que siempre ha sorprendido a propios y extraños y que nunca deberíamos perder.

Cuando el Consejero de Educación y Ciencia, Antonio Pascual, me anunció por teléfono -una plácida mañana del primaveral mes de Febrero que venimos disfrutando y padeciendo- la gratísima noticia de mi nombramiento como hijo predilecto de Andalucía, acababa de releer la noche anterior el delicioso y fascinante libro del más respetado y autorizado hispanófilo inglés, Brenan, "South from Granada", donde el sesudo y brillante escritor nos ofrece su visión sobre la rica cultura, folklore, arqueología e historia de la Andalucía oriental.

Brenan vino a España y descubrió Andalucía en 1919, viviendo desde entonces la misma vida de sus convecinos en el pueblecito de Yegen, situado en un valle al Sur de Sierra Nevada. Al desembarcar en La Coruña, sus primeras impresiones fueron descorazonadoras, dirigiéndose después, con la moral por los suelos, hacia Granada vía Madrid. Camino de las Alpujarras, con el morral a cuestas, su ánimo se sintió, por primera vez, confortado al alojarse, cuando ya anochecía, en un sencillo y encalado mesón de Ventas de Huelma. Dos mujeres, envueltas en chales rojos sobre sus viejos vestidos negros, guisaban arroz con bacalao en la lumbre. Varios arrieros, sentados a corta distancia en un poyete, esperaban pacientes la comida, y Brenan se unió al grupo. Esperaron en silencio y, al fin, la cazuela de bacalao fue servida en una mesa baja, sin platos, vasos, cubiertos, servilletas ni mantel. Cada hombre -cubierta su cabeza a la manera de los Grandes de España para hacer valer su igualdad ante los presentes y los por venir- escogió frente a sí mismo una sección de la cazuela, invitando al inglés a hacer lo mismo. Todos a una dieron un paso hacia delante y metieron con gran formalidad la cuchara en el guiso y empezaron a comer con parsimonia. "Cuchará, paso alante y paso atrás", los comensales continuaron impassibles matando el hambre hasta que la separación que dividía sus porciones en la cazuela llegó a su límite de delgadez. Fueron entonces dejando a un lado las cucharas y finalmente las enjuagaron al chorro de un cántaro para meterlas de nuevo en la faja roja alre-

dedor de la cintura donde las llevaban escondidas. La conclusión de Brenan merece ser meditada y difundida a los cuatro vientos: "Por primera vez desde mi desembarco, mi corazón se llenó de gozo con la gente de este país, que de manera tan admirable sabía combinar la simplicidad con los buenos modales".

Brenan se topó en sus correrías por la Alpujarra y las tierras de Guadix no sólo con pastores y muleros sino con bandoleros como aquellos de Sierra Morena y otras comarcas andaluzas que dieron una imagen romántica de Andalucía a los visitantes extranjeros de la época y que el poeta sevillano Fernando Villalón -el que soñó con criar toros de ojos verdes- plasmó con singular belleza en una de las mejores poesías que se hayan improvisado sobre los salteadores de caminos:

Diligencia de Carmona,
la que por la vega pasas
 caminito de Sevilla
con siete mulas castañas,
cruza pronto los palmares,
no hagas alto en las posadas,
mira que tus huellas huellan
 siete ladrones de fama.
Diligencia de Carmona,
la de las mulas castañas.
Por los alcores del Viso
siete bandoleros bajan.
Siete caballos caretos
los Siete Niños llevaban.

Por el caserón de Brenan en Yegen pasaron, entre otros, los escritores y artistas del distinguido grupo londinense de Bloomsbury: Lytton Strachey, Virginia Woolf, David Garnett y Roger Fry, todos ellos atraídos seguramente "por encontrar -en frase de Brenan- una sociedad que antepone las necesidades más profundas de la sociedad humana a la organización técnica que suministra niveles de vida más altos".

Don Gerardo volvió a Yegen en 1955, después de veinte años de ausencia. Al respirar de nuevo el aire puro, oír el murmullo del agua de los cauces que inundaban el ambiente de frescor y verdura, contemplar las coloreadas cadenas de montañas que se agrupaban a lo lejos tras las grandes llanuras, se dijo a sí mismo: "La imagen que yo me había formado de este lugar no fue una ilusión". Y no, no es tampoco una ilusión la imagen que tenemos los andaluces de Andalucía, del paraíso que nos regaló Dios para nuestro solaz y beneficio. Un paraíso en que el Sol, el agua, el aire, la tierra y el reino vegetal son fuentes de belleza, alegría, energía y vida. Emulando al ínclito Manuel Machado, me gustaría poner punto final a esta disertación declamando una preciosa estrofa del excelso poeta sevillano: "El secreto de Andalucía, su mayor encanto, es la luz", la luz que mueve al mundo y lo vivifica.

CAPÍTULO 7

RECUERDOS DE MI INFANCIA Y JUVENTUD



RECUERDOS DE MI INFANCIA Y JUVENTUD

Sevilla, 2 de junio de 1996. Publicado en: *Carmona y su Virgen de Gracia*, Septiembre 1996

Manuel Losada Villasante

Al pasar con nostalgia revista pausada a los acontecimientos acaecidos en el devenir de nuestras vidas, descuellan con relieve propio, aunque muy de trecho en trecho, en el recóndito "Diario" de nuestras memorias predilectas unos cuantos —sencillos o rutilantes— momentos álgidos, en los que nuestras impresiones y emociones —a veces alegres, a veces tristes— alcanzaron cotas inaccesibles de plenitud y llegaron a abrasarnos, quedando para siempre estampadas en lo más sensible de nuestra retina y grabadas indeleblemente en lo más íntimo de nuestro ser como si nos hubieran marcado a sangre y fuego. Para mí, los momentos más felices e inolvidables de mi vida, los que han dejado en mi alma huellas más imborrables, fueron los que pasé durante mi infancia y juventud en nuestra incomparable ciudad de Carmona. Por ello, soy deudor agradecido y perpetuo de la monumental y "firmissima civitas" y de todos mis queridos paisanos.

Los carmonenses llevamos como barniz a flor de piel y engastados como joyas en nuestros tuétanos rastros de civilizaciones antiguas —tartesios, turdetanos, fenicios, griegos, cartagineses, romanos, visi-

godos, judíos, moros y cristianos—, que tan bien nos definen y tanto nos enorgullecen. Pocas ciudades del mundo pueden presumir de haber sido crisol de tantas razas prepotentes y de haber sido visitadas y elogiadas por figuras de la categoría de Julio César, San Fernando, el rey don Pedro, Cervantes o Villalón.

Tiene Carmona —nombre probablemente de origen semítico— sus comienzos en los remotos albores del Paleolítico Inferior. Después de los monumentos de la colosal arquitectura funeraria y de la cultura del vaso campaniforme de la vetusta ciudad, fechados en el periodo Eneolítico —el más fecundo y original de nuestra comarca, en la transición entre el Neolítico y la Edad del Bronce—, vuelve a ser ingente y rica en nuestro entorno la colección de yacimientos de la Edad del Hierro, como los famosos de "El Acebuchal".

Pero yo quiero rememorar particularmente en esta ocasión a la Necrópolis romana (siglos I a.C.-IV d.C.), pues su atractivo y acogedor recinto era frecuentado y admirado con veneración por nuestra

pandilla durante nuestra deliciosa adolescencia. Estaba entonces bajo la custodia del insigne pintor don Juan Rodríguez Jaldón, íntimo amigo y retratista de mi padre y de quien mi hermano Pepe y yo llegamos incluso a recibir clases de dibujo. Don Juan dejó la impronta de su arte, entre otras numerosas obras, en el precioso cuadro del más célebre y singular guía que haya tenido la Necrópolis: "Fernando" —de modales y ademanes de patricio romano y apodado precisamente "el de la Necrópolis"— avanza erguido en su burro, cubierto con su inseparable sombrero de ala ancha, a la manera de los grandes de España, vista al frente, con su cálida y penetrante mirada de hombre naturalmente bueno y sabio. ¡Cuánto debe Carmona a sus tres grandes pintores de la primera mitad del siglo: Arpa, Rodríguez Jaldón y Valverde Lasarte! De este eminente artista y académico se cumple precisamente este año el primer centenario de su nacimiento.

El descubrimiento casual de la Necrópolis tuvo lugar en 1869, al realizar el Excmo. Ayuntamiento carmonense trabajos de explanación en el "Camino del Quemadero" sobre la calzada romana que iba de Córdoba a Sevilla. Aunque el erudito local don Juan Fernández López practicó algunas excavaciones esporádicas a partir de 1874, la excavación sistemática del yacimiento no se inició hasta 1881, fecha en que don Juan y su hermano don Manuel se pusieron en contacto con el ingeniero y pintor inglés don Jorge Bonsor, naciendo así la *Sociedad Arqueológica de Carmona*, constituida legalmente en 1885.

Mi padre, muy amante de la historia, sería también entusiasta y pujante impulsor de esta Sociedad, transmitiéndonos a nosotros y a muchos adeptos su afición por la arqueología. Su pasión por las artes, las letras y las ciencias y su amor por los hombres le llevaría de manera totalmente desinteresada y desprendida a fundar, con otros amigos igualmente idealistas, el Centro Educativo carmonense, donde, al terminar sus jornadas de trabajo profesional, se dedicaban a enseñar completamente gratis a mu-

chos de nuestros conciudadanos los conocimientos elementales necesarios para instruirles y hacerles hombres formales y de bien.

Fue también mi padre un hombre de empresa avanzado, realista y perfeccionista a un tiempo, creador e impulsor de la Unión Olivarera —moderna fábrica, modelo en su género, de aceites, orujos, jabones y aceitunas, y para cuyo laboratorio de análisis trajo incluso un químico de Suiza—, así como de la Cooperativa Eléctrica, para suministrar luz y energía a Carmona. Su sólida formación en leyes y su clara inteligencia y extrema bondad le permitieron además ejercer la abogacía con ejemplaridad y maestría y realizar una benemérita labor social. Por añadidura, nosotros éramos nueve hermanos, y mi padre tenía que multiplicarse en sus actividades para sacarnos adelante: austeramente y con naturalidad, pero sin escatimar nada esencial para nuestra formación.

¡Cuántas veces nos llevaba al campo, en tropel, en burro, mula o coche de caballos y, al final, en automóvil o en camión, a visitar casillas, cortinales y haciendas, ranchos y cortijos, quintas y huertas, para instruirnos in situ y que fuéramos poco a poco aprendiendo las faenas agrícolas y ganaderas. De esta manera íbamos familiarizándonos y fogueándonos en nuestros primeros contactos con los hombres, las cosas y la naturaleza. Trataba así de inculcarnos, sin forzamiento, el amor a la vida y al Universo. Le gustaba recitar con Fray Luis de León:

*Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera
de bella flor cubierto
ya muestra en esperanza el fruto cierto.*

Yo pertenezco a una generación en la que poder llegar a ser aprendiz de un buen maestro era una vocación anhelada, y el conseguirlo, un verdadero premio. Había un enorme deseo y una dura competencia por lograr estos objetivos, tanto por parte



de los padres como de los hijos. Hoy, por complicaciones laborales y de otra índole, se ha perdido esta hermosa y eficazísima tradición. Corresponde a nuestros políticos, sociólogos, economistas, empresarios, etc. buscar solución urgente y dar respuesta válida a cuestiones muy ligadas a este arduo problema. Todos los esfuerzos y sacrificios que se hagan a este respecto —especialmente la promoción y fomento de la enseñanza laboral y profesional— serán pocos para tratar de resolver el desempleo y paro juvenil, un fenómeno deprimente e incomprensible de las sociedades desarrolladas. Aunque los mayores tengan la experiencia y los conocimientos, son los jóvenes los que tienen el empuje, el vigor y la ilusión para conquistar mundos y mover montañas. ¡No desperdiciemos, esterilicemos ni degrademos a los que poseen tan nobles y potentes cualidades! Ellos son, sin duda, la mayor riqueza de un pueblo, una región o una nación. Es bueno, decía Cervantes, pasar un poquito de hambre y un poquito de frío. En otras palabras, es bueno disciplinar el cuerpo, y

también el alma. ¡Pero no tanto que los matemos por hambre o desilusión, ni tampoco por hartura o exceso de doctrina!

Seguramente, a los adolescentes de hoy les resulte difícil imaginar que, en las fechas en que yo empecé a estudiar el Bachillerato en Carmona, no hubiera en la ciudad —a pesar de su tradición cultural y cuantiosa población— Instituto de Segunda Enseñanza. Gracias de nuevo al interés y esfuerzo de mi padre, un grupo de una docena de jóvenes pudimos, sin embargo, estudiar hasta el quinto curso en un pintoresco y abigarrado colegio itinerante, con profesorado de origen y adiestramiento muy diverso, que ni siquiera dispuso de sede propia; sus clases se impartían, de hecho, en casas particulares, sacristías de iglesias, escuelas, edificios públicos. Doña Isabel Ovín, don Francisco Ruiz Esquivel, don José Martínez, don José Guzmán, don Antonio Mateo, don Jacinto Vaquero, don Manuel García Ruiz, don Miguel Díaz Quinto, don Pascual, la Señorita Pasagali y algunos otros fueron nuestros estimados y queridos profesores. Con más voluntad y entusiasmo que medios, y cada cual un poco a su aire, nos enseñaron a lo largo de varios años, con ejemplar dedicación y seriedad, las asignaturas reglamentarias del Bachillerato y algunas salpicadas de la carrera de Comercio. Doña Isabel Ovín —seguramente la primera licenciada en Ciencias Químicas por la Universidad de Sevilla y a cuyas enseñanzas tanto debemos nosotros y tantos niños y jóvenes carmonenses— fue modelo insuperable de lo que debe ser un verdadero maestro.

De la acertada orientación y magisterio de nuestros profesores locales fue buena prueba el hecho de que, cuando mi hermano Pepe y yo nos trasladamos al colegio de San Francisco de Paula de Sevilla —dirigido por don José y don Luis Rey y considerado entonces y ahora como uno de los mejores de la provincia—, ocupamos desde el principio de nuestra incorporación los primeros puestos de la clase. Las lecciones de Física que recibí en el colegio de San Francisco me sirvieron entonces para escribir un

libro —mecanografiado, ilustrado con figuras y tablas, y encuadernado por mí— que el pasado año doné a su director como prueba de reconocimiento y gratitud.

El año 1946 comencé mis estudios de Farmacia en la Facultad de Ciencias Químicas de la antigua Universidad de Sevilla en la calle Laraña. Era entonces para los carmonenses una satisfacción cruzar el grandioso y armonioso patio y contemplar en su centro la estatua egregia de su fundador, maese Rodrigo de Santaella (1444-1509), nombre que también ostenta hoy con orgullo el Instituto de Enseñanza Secundaria y Formación Profesional de nuestra ciudad, frente al renovado Colegio de los Salesianos de San Juan Bosco, que tanto sentido y motivación dieron a mi vida de niño. Aunque puede considerarse que la primera Universidad de Sevilla fue fundada en 1254 por el rey Alfonso X el Sabio con el nombre de “Estudio e Escuelas Generales de Latino y Árábigo”, hay que reconocer que la nueva Universidad de Sevilla fue, de hecho, fundada en 1505 por el ilustre teólogo, orador sagrado y humanista carmonés maese Rodrigo, que llegó a ser arzobispo de Zaragoza. Fernández de Santaella, que había estudiado en Bolonia y vivió en Roma muy cerca de los papas, mostró también su interés por las Ciencias Naturales con la traducción de un Libro de Marco Polo, de este famoso viajero veneciano.

Del edificio original del “Colegio de Santa María de Jesús”, sólo queda hoy en pie la capilla, un ejemplo bellísimo de estilo gótico-mudéjar tardío, sita en la Puerta de Jerez, donde reposan los restos de su patrono, habiendo pasado su estatua a ocupar su nuevo emplazamiento en la esquina suroeste de los jardines de la Universidad actual, la famosa Fábrica de Tabacos del siglo XVIII. En este siglo, la Universidad de Sevilla recibió precisamente el título de “Universidad literaria”, nombre que aún perdura en su sello y que puede tal vez explicar su pobre tradición en las ramas científicas hasta época reciente, en que las nuevas Facultades de Ciencias y Escuelas

de Tecnología del campus de Reina Mercedes han florecido con pujanza y alto nivel y esperan pronto granar y rendir aún más en la isla de la Cartuja, adonde se trasladarán D.m. en fecha próxima.

La experiencia me ha enseñado que en este mundo se puede disfrutar y hacer poco con mucho, pero, también a la inversa, mucho con poco, si uno se propone objetivos que merezcan la pena, se tiene espíritu de superación y se pone ilusión y buena voluntad en lo que se hace. Cuesta, por lo demás, convencerse de que hay que subordinar lo superfluo a lo necesario y de que hay que sacrificar los caprichos y fortalecer y ennoblecer constantemente el ánimo. La competencia es buena en tanto nos estimula y perfecciona y permite que aflore de lo más íntimo de nuestro ser todo lo que nos depura y enriquece, pero es perjudicial cuando es opresiva y descarnada y nos lleva al límite del egoísmo, haciéndonos menos hombres y más lobos. Las prisas agobiantes, crispaciones absurdas y exigencias desahoradas y desmesuradas de la vida moderna están haciendo que el hombre pierda el sentido de la medida y del equilibrio y ande cada vez más angustiado y desorientado por un mundo que le es hostil y le deja solo, aislado en medio de una inmensa multitud que le es indiferente.

El hombre de nuestro tiempo vive obsesionado buscando cada vez más —con más ansia, preocupación y miedo— una seguridad que no encuentra y siempre le deja insatisfecho, una seguridad que nunca puede encontrar porque no es de este mundo: seguros de enfermedad, de accidente, de robo, de desempleo, de jubilación, de vejez, de vida... No nos damos cuenta de que no hay seguridad mayor ni mejor que la de confiar en Dios, en el hombre y en nosotros mismos: ahí está la verdadera seguridad y el triunfo final de nuestro peregrinar por esta vida, camino de la eterna.

La mejor manera de no hacer nunca nada es querer hacerlo todo de golpe. Cada cosa requiere

su tiempo, y hay un tiempo para cada cosa. Las ocasiones hay que buscarlas, esperarlas y, sobre todo, saber aprovecharlas, y las cosas hay que aprender a hacerlas poco a poco y bien, evitando las chapuzas ¡Cómo me embobaba de chico y me pasaba horas y horas contemplando ensimismado las obras y labores que realizaban con tanto esmero, mesura y perfección en casas, tiendas y talleres nuestros hábiles y laboriosos artesanos: alfareros, barreros, albañiles, carpinteros, pintores, fontaneros, herreros, electricistas, cajistas de imprenta, mecanógrafos, escribientes, etc., así como mi propio padre, fabricando ungüentos (OLISÁN), pomadas (FUSÁN), tinturas y licores en la cocina de casa (Laboratorio "SANAS"), donde mi madre —alma y vida de la familia y excelente cocinera y repostera— era la primorosa artífice.

Yo me formé como químico, biólogo y farmacéutico en la "Casa de la Esquina" de la Plaza de Arriba, o de San Fernando, gracias a haber sabido aprovechar las circunstancias que se me ofrecieron, y soy por ello, en gran parte, autodidacta. Mi tío Luis era un boticario a la antigua usanza: honrado, amable y cumplidor. Tenía en su trastienda, para sanar los cuerpos enfermos y reanimar los espíritus tristes, una rica colección de elixires reconstituyentes y vinos generosos: quinados, ferruginosos y, en fin, milagrosos; ingenua y gustosa manera tradicional de dar vida a la sangre anémica y fortaleza a los órganos decrepitos. Él libaba, con frecuente periodicidad y largueza, de estas pócimas que pulcra y escrupulosamente mezclaba con los mostos que su hermano Juan le traía del "zambullón" vecino, al que Camilo José Cela definió con certera y precisa frase en su *Viaje andaluz*: «Comí de lo que llevaba y bebí de lo que me dieron». A veces mi tío permitía también a sus amigos y a nosotros, sus sobrinos, reconfortarnos moderadamente con los deliciosos caldos de su rebotica. Pero cuando había alguno realmente exquisito o tentador ponía en su etiqueta, para evitar posibles deslices, la efigie de la "canina". ¡Qué hubiera sido de mis tíos y de nosotros sin el cuidado y el cariño maternal de tía

Cristina, una bellísima e inteligentísima mujer de excepcional sentido común, y bondadosa y generosa como un ángel!

Tenía mi tío en los almacenes de su Farmacia varios cajones, todavía sin desembalar, de instrumentos y aparatos de precisión para la instalación de un laboratorio rural de análisis químicos y clínicos, pues era inspector farmacéutico municipal. Por otra parte, mi padre había adquirido —y esto es, en sí, otra historia— la casa vecina de "Pepita la espartera". Yo, entonces, le hacía a mi tío los análisis, y él me daba, a cambio, unas pesetillas, lo que me permitía comprar productos químicos, utensilios y enseres. Así, conseguí ir montando poco a poco, en los pequeños desvanes de la casa-torre, un laboratorio de verdad.

En este laboratorio casero me aislaba, como un monje en su celda, durante los largos días de las vacaciones de verano para mirar multitud de objetos por el microscopio y realizar, con tubos, matraces, pipetas y probetas, infinidad de ensayos y experimentos, movido por la curiosidad del principiante que quiere ver por primera vez con sus propios ojos lo que ha leído en los libros y, sobre todo, por el deseo de llevar a la práctica lo que ha imaginado o intuido su fantasía. Sin prisas ni agobios podía repetir las experiencias cuantas veces quisiera, hasta adquirir la suficiencia y maestría del alquimista experimental, pues esto más que nada es lo que yo soñaba ser en aquella época.

Mi cariño por la vegetación me hizo también salir a herborizar con frecuencia por manchones, matorrales, palmares, vallados, veredas y lugares silvestres del término de Carmona, y enriquecerme de manera natural hasta el delirio con las plantas y flores de la primavera, embriagado por la belleza y la explosión de formas, colores, aromas y vida que representa, en la estación florida, el variadísimo mundo vegetal, a cuyo estudio me fui aficionando y dedicando más y más.



San Francisco de Paula, 6º curso 1944-45

Muy pocos de mis paisanos y amigos saben que mis dos primeros trabajos de investigación, primero en Alemania y después en España, fueron realizados sobre la estructura microscópica de los orgánulos celulares de las hojas y bulbos de dos plantas muy queridas por los carmonenses. Una, *Chlorophytum comosum*, la planta de sombra que adorna nuestros patios, terrazas y jardines, conocida vulgarmente como "cintas" por sus largas hojas lanceoladas, listadas de blanco y verde, los colores de Andalucía. Otra, *Scilla maritima*, o "cebolla albarrana", muy abundante en nuestros alcores. A mi regreso de Alemania, decidí recolectar, como material de laboratorio para el estudio citológico y cariológico de la epidermis de sus gruesas capas carnosas, muchos bulbos escamosos de esta planta liliácea, que crece espontáneamente en los alrededores de Carmona. Se trata efectivamente de un precioso lirio que florece en Septiembre, y es tan vistoso que atrae la atención con la fuerza de un imán. Su erguido tallo

—adornado con flores blancas campaniformes, marcadas con finas vetas lilas— asciende altivo y solitario desde el suelo, porque las verdes y acintadas hojas, muy conspicuas en invierno, se marchitan antes de que aparezca florecida su vara, bella como la de nardo.

Creo, en cambio, que muchos carmonenses sí saben, pues lo han oído o leído repetidas veces, que, a mi vuelta de Estados Unidos, el olivo, las espinacas, el maíz, la remolacha y otras plantas superiores, así como una gran diversidad de bacterias, microalgas y hongos, han sido el material preferido para el estudio de la fotosíntesis, la bioenergética y el metabolismo del nitrógeno inorgánico, que con tanto éxito ha realizado nuestro grupo, primero en Madrid y después en Sevilla.

Estamos a punto de pisar el umbral del tercer milenio de nuestra era, que se inició felizmente, para

gloria de Dios y bien de nuestras almas, con el nacimiento de Cristo. Por ello es muy importante que miremos con conocimiento y confianza hacia atrás, reflexionando sobre el pasado para corregir yerros y contemplar con optimismo y esperanza el futuro. Todo en la historia del Universo y de la humanidad ha tenido su origen en algo anterior, que por un proceso evolutivo ha alcanzado estadios superiores de perfección, madurez y desarrollo, si bien la Creación —que inició su maravilloso caminar hace quince mil millones de años— es todavía, entre tantos enigmas, un misterio insondable para la mente humana.

Gracias a Dios y a los esfuerzos y sacrificios de los que nos precedieron es en la actualidad nuestro pueblo un magnífico logro y, gracias a nuestra dedicación y esmero, será todavía mejor, más culto, próspero y feliz, para los que nos sucedan. Tenemos la obligación moral de superarnos para alcanzar cimas cada vez más altas de progreso y bienestar espiritual y material, conscientes de que la ignorancia, la superstición, el atraso, la pereza y la falta de educación, respeto y tolerancia son males antisociales que corroe y matan a los que no los combaten con valentía y firmeza.

Hay pues que sembrar, cultivar, compartir sin egoísmos, seguir ilusionados el ejemplo de nuestros mejores maestros y educadores, pasar por este mundo haciendo el bien, al modo del Beato, y ya felizmente Santo, Juan Grande (1546-1600) y de tantos santos y santas anónimos que sosegada y sencillamente viven en sus hogares, trabajan honradamente en sus oficios y profesiones o van de aquí para allá, en continuo trasiego, por nuestras soleadas calles y plazuelas. Los hombres de ciencia y buena voluntad creen sinceramente en la Verdad y el Bien, y los cristianos creemos además, confiadamente, en Dios, creador del Universo y señor y dador de vida, y en su Hijo unigénito, encarnado por Amor de la Virgen María por obra del Espíritu Santo y redentor del género humano. En consecuencia, no podemos caer en la tentación de obrar mal, y tenemos, por principio,

que rechazar de plano la mentira y no atentar nunca contra la dignidad humana. Por añadidura, hay que "santificarse en la Verdad", como pidió Jesucristo al Padre para los apóstoles, teniendo siempre muy presente el consejo de Séneca: «No es bueno creer que se sabe lo que no se sabe». De hecho, es tan importante saber lo que se sabe cómo saber qué no se sabe.

Hace sesenta y seis años tuve la dicha de ver la luz en esta sin par ciudad de Carmona, que, como reza su escudo, brilla con fulgor deslumbrante, como el lucero de la aurora, desde los albores de la prehistoria en la varia, extensa y hermosa Andalucía. Una y otra —la ciudad y la región— me han colmado a lo largo de mi vida de bendiciones y dones, y su benevolencia y magnanimidad me complacieron también en extremo, muy por encima de mis merecimientos, hace algunos años, designándome hijo predilecto ¡No cabe mayor honra ni más alto título para un carmonés y un andaluz que se precie de serlo! Siempre he querido compartir con todos los carmonenses y andaluces estos nombramientos, pero soy también consciente de la responsabilidad y obligaciones que estas dignidades entrañan para mí, y pido a Dios Nuestro Señor y a Nuestra Madre la Virgen de Gracia que me iluminen, guíen y den ánimos para hacerme digno de estas distinciones y para saber devolver con creces a Carmona y a Andalucía lo que de ellas he recibido.

Andalucía es parte integrante, con las demás regiones o países, de la bien fraguada e indisoluble nación española, patria común e indivisible de todos los españoles, que entre todos hemos creado a lo largo de más de un milenio y que, como un todo, es mucho más que la suma de sus partes, perfectamente diferenciadas y con personalidad e idiosincrasia inconfundibles. Por ello, en estos momentos críticos, en que algunos insensatos, iluminados y olvidadizos proclaman con necia temeridad y amenazas sangrantes el fraccionamiento y desmembración de nuestra querida España, escarneciéndola y denigrán-

dola hasta límites rayanos en el insulto y la paranoia, los carmonenses y andaluces debemos —al mismo tiempo que procuramos engrandecer y ensalzar, al unísono con nuestros compatriotas, nuestras respectivas autonomías— luchar con todas nuestras fuerzas y con espíritu de autenticidad y solidaridad contra los nacionalismos disgregantes, estériles y esterilizados, que son enfermedades infantiles propias de individuos de mentes raquílicas y horizontes estrechos, carentes de visión histórica y universal.

Hay que eliminar lo que a España oprime, encorseta y debilita e incrementar cuanto da vida, enriquece y fortalece a nuestra patria, sin pretensiones torpes de uniformar a una nación tan exuberante en su diversidad. En palabras del profesor Albareda (1902-1966), mi inolvidable maestro, «España no es un artificio, sino una admirable, compleja y amplia realidad natural... Decir que las regiones libres no pueden vivir unidas es buscar en las amarras el fundamento de la unidad» ¡Qué difícil es mantener en equilibrio las fuerzas centrípeta y centrífuga, las tendencias a la agregación y la rotura, a la fusión y la lisis; aguantar en tensión, pero sin pasarse, ese ten con ten, ese tira y afloja indispensable para la convivencia humana! Los átomos —organizados ellos mismos a base de partículas elementales, e “indivisibles” en cuanto que constituyen los sillares que utilizan la química y la bioquímica para construir sus complejos edificios moleculares y celulares— representan un instructivo ejemplo de cómo hay que mantener la unidad y cuán eficaz es su estructura permanente e indisoluble.

Albareda, aragonés universal como su antecesor Ramón y Cajal, fue también un ferviente patriota y enamorado de España y de sus posibilidades de promoción y desarrollo laboral, profesional y científico. El Instituto de Enseñanza Media de Caspe, su ciudad natal, perpetúa ya para siempre su memoria. Como catedrático de Agricultura en sus inicios, Albareda contribuyó después en muy alto grado desde sus puestos rectores a la expansión y fomento de la

investigación en Edafología y Biología Vegetal por toda la geografía española. Recuerdo como se iluminaba su rostro al referirse lleno de entusiasmo a las feraces “tierras negras” de nuestra riquísima vega. ¡Hay que desarrollar y enriquecer, con el apoyo de la ciencia y la tecnología, nuestro entorno agrícola, forestal y ganadero!

No puedo dejar de rememorar también en este artículo al insigne escritor y científico don Cándido María Trigueros (1736-1798), que vivió en nuestra ciudad el periodo más fecundo de su vida como beneficiado de San Bartolomé y a quien ha dedicado recientemente un magnífico libro el profesor Aguilar Piñal. Trigueros, clérigo de órdenes menores, ocupó la vacante producida por la muerte de don Manuel de Villasante, presbítero, en la Universidad de Beneficiados, que estaba en el patio de los Naranjos de la iglesia Parroquial de Santa María. Durante su estancia de casi treinta años en Carmona residió en el colegio de San José de carmelitas descalzos, llevando a cabo una vida austera, consagrada a la iglesia, al estudio y la investigación, y redactando numerosos escritos científicos y literarios.

Con motivo de la celebración de las bodas de oro de la Peña “La Giraldilla”, he resumido —siguiendo el libro de Aguilar Piñal— la vida y obra de este eminente ilustrado en un artículo para la Revista que ha publicado esta Peña cultural para conmemorar su jubilosa efemérides. Por otro lado, el año 1998 se va a cumplir el segundo centenario de la muerte de Trigueros, lo que nos obliga a todos los hijos de Carmona a reavivar nuestras adormecidas e ingratas conciencias y a rendir un homenaje de gratitud y reconocimiento imperecedero a tan destacada personalidad.

Después de traer a la memoria de los carmonenses la figura de uno de nuestros más ilustres predecesores, quisiera terminar estas evocaciones de mis vivencias infantiles y juveniles en Carmona emulando unos versos de los grandes poetas sevillanos Anto-

nio y Manuel Machado. En primer lugar, del poema Retrato, de Antonio, pues también «Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla y un huerto claro donde madura el limonero» en la amplia y hospitalaria casa de la calle Sancho Ibáñez, con alegres patios, patinillos, azoteas y corrales, al lado de mis queridos padres y de mis numerosos hermanos, desvelado por la emoción expectante en la noche de Reyes, jugando por las tardes con los amigos del barrio con pelotas de trapo, o con bolas de barro cocido —a veces de níquel o cristal—, o con el aro, o saltando a pídola o al burro en la plazuela, frente al colegio de las monjas dominicas de Madre de Dios, donde —día a día y amparado por el cariño de mis tías Gracia y Teresa— aprendí urbanidad y a comportarme como Dios manda, las primeras letras y a tocar el piano.

¡Cuántas veces, después del almuerzo, no habré pasado con mi abuelo y mi hermano Pepe, camino de la huerta, por la plaza de Arriba, los arcos de la Puerta de Sevilla, la torre de la Giraldilla, el mesón del Paseo, el Real! Y en las fiestas de la Feria ¡cómo soñaba, al venir al Real, con los tiouvivos, cochecitos, voladoras, casetas de tiro al blanco y demás atracciones, que se aparecían a mis inocentes e ilusionados ojos de niño como diversiones mágicas e insuperables! ¡Y cómo me aterraban los leones, tigres y demás fieras del circo, dóciles y rebeldes, a un tiempo, al crujir del látigo de los temerarios domadores, y reía a carcajada limpia con las tonterías de los payasos, arrojados en sus estrafalarias y estridentes vestimentas! Así de bella y sencillamente describió Antonio Machado en uno de sus encantadores poemas estas vivencias inolvidables y enternecedoras de la infancia que yo también viví:

*Pegasos, lindos pegasos,
caballitos de madera.*

~~~

*Yo conocí, siendo niño,  
la alegría de dar vueltas  
sobre un corcel colorado.*

*en una noche de fiesta.  
En el aire polvoriento  
chispeaban las candelas,  
y la noche azul ardía  
toda sembrada de estrellas.  
¡Alegías infantiles  
que cuestan una moneda  
de cobre, lindos pegasos,  
caballitos de madera!*

He vuelto a Carmona después de muchos años en Madrid, Alemania, Dinamarca, Estados Unidos, nuevamente Madrid y, desde 1967, Sevilla-Carmona. Como Trigueros, toda una vida dedicada con entrega, honradez e ilusión al estudio, la investigación y la enseñanza. Los frutos de esta labor es lo único que puedo ofrecer humildemente a los carmonenses como prueba de mi cariño y reconocimiento.

En su soneto *Alfa y Omega*, resumió Manuel Machado —con el arte, la sensibilidad y la hondura que son privativos de los poetas exquisitos— las cuatro fugaces etapas de la vida humana, que yo ya he recorrido:

*Cabe la vida entera en un soneto  
empezado con lánguido descuido,  
y, apenas iniciado, ha transcurrido  
la infancia, viva imagen del primer cuarteto.  
Llega la juventud con el secreto  
de la vida, que pasa inadvertido,  
y que se va también, que ya se ha ido  
antes de entrar en el primer terceto.  
Maduros, a mirar a ayer tornamos  
añorantes y, ansiosos, a mañana,  
y así el primer terceto malgastamos.  
Y cuando en el terceto último entramos,  
es para ver con experiencia vana  
que se acaba el soneto... Y que nos vamos.*

Hoy, ya mayor, me siento enriquecido y lleno de añoranzas con el pasar de los años y espero confiado, como Antonio, el poeta solitario: «Converso

con el hombre que siempre va conmigo —quien habla solo espera hablar a Dios un día—.... Y cuando llegue el día del último viaje y esté al partir la nave que nunca ha de tornar, me encontraréis a bordo, ligero de equipaje, casi desnudo, como los hijos de la mar».

Aunque, como la Virgen ante el misterio inefable de la Anunciación del ángel, nos interroguemos con franca sorpresa «¿cómo será esto?», es hermoso y esperanzador aceptar con humildad y espíritu de renunciación, como Ella lo hizo, el sentido trascendental de la vida humana. Los pintores y poetas sublimes, como el Greco —el pintor del conde de

Orgaz— y nuestro Manuel Machado, han ahondado profundamente con su arte en los misterios del tránsito impenetrable y abismal a la eternidad. Siguiendo el ejemplo de estos “increíbles” artistas, voy a poner punto final a este artículo para la Revista de la Virgen de Gracia, Reina y Madre de misericordia, con la estrofa, plena de confianza, de Manuel en el soneto *De profundis* sobre el propósito último de la vida, que animosamente debemos tener siempre presente:

*Que es la vida el camino de la Muerte,  
y la muerte el camino de la Vida.*

---







## CAPÍTULO 8

### EN RECUERDO DE MIS AMIGOS DE CARMONA





## EN RECUERDO DE MIS AMIGOS DE CARMONA

---

Sevilla, 1 de julio de 1999. Publicado en: *Carmona y su Virgen de Gracia*, Septiembre 1999, pp. 51-53

---

**Manuel Losada Villasante**

---

Don Santiago Ramón y Cajal, el más grande y universal hombre de ciencia que haya producido España, recapacitó meditabundo: «Quién no se preocupa de la constitución del Universo y de los problemas de la vida y de la muerte, no pasa de ser un cuadrúmano con pretensiones». Por su parte, el famoso filósofo alemán Schopenhauer hizo notar que «es preciso haber vivido mucho para reconocer cuán corta es la vida». Yo, que gracias a Dios he vivido mucho y con intensidad, reflexiono a menudo sobre el sentido de la vida y el destino del hombre y, más de una vez, me pregunto perplejo: ¡Dios mío, cuántos enigmas y misterios encubren todavía la vida y la muerte de los hombres! Ciertamente, la vida humana es una alegre explosión de amor y esperanza, mientras que la muerte es un triste hecho fallido que no tiene remedio, porque en sí es el remedio para la caducidad de la vida. Científicamente no sabemos aún si la muerte biológica del hombre es el fin definitivo de una vida terrenal caduca o el tránsito glorioso a una nueva vida celestial perdurable.

En este artículo que me brinda la revista de Nuestra Madre y Señora la Virgen de Gracia quisiera rememorar a varios íntimos amigos carmonenses

con los que compartí momentos inolvidables a lo largo de la infancia, juventud y edad madura y a los que me sentí muy unido humana y espiritualmente. Por desgracia, la cruda separación impuesta de manera implacable por la muerte no nos permite disfrutar ya más en este mundo temporal de su amistad y grata compañía, pero este distanciamiento no puede impedimos evocarlos con afecto y enriquecemos con el preciado testimonio que ellos mismos nos legaron. Por lo demás, aunque la ciencia no sabe ni puede darnos todavía respuesta certera y concluyente sobre el más allá, la religión que confiadamente profesamos los cristianos como fuente de verdad y vida nos anima a creer de buena fe, en benevolente solidaridad con todo el género humano, que la vida no termina con la frustración odiosa de la muerte sino que comienza purificada y luminosa tras ella.

Perico Valverde fue para nosotros, los Losada Villasante, como un hermano mayor, y tía Gracia Fredet como una segunda madre ¡qué madres las carmonesas! Bajo su tutela, cuidado y cariño maternal vivimos felices dos años provechosos en las vecindades de la plaza de San Pedro en Sevilla,

mientras estudiábamos los cursos del periodo final del Bachillerato en el Colegio de San Francisco de Paula, situado en la calle de Sor Ángela. En la calle de la Beata fundadora tiene también su sede la casa profesa de las Hermanas de la Cruz, humildes pararrayos que, como ángeles de la Guarda, nos protegen del mal con su abnegación y sacrificio. Curiosamente, en esta sevillana mansión nació en 1881 el poeta Fernando Villalón, autor de la inmortal *Diligencia de Carmona, la que por la vega pasas, caminito de Sevilla, con siete mulas castañas ...*

Pedro Valverde Fredet fue, desde joven, excéntrico, caprichoso y extravagante, pero hombre de bien y un buen alcalde, que como Hermano Mayor dedicó íntegra y ejemplarmente lo mejor de los últimos años de su vida a la Santa Caridad. Asiduo lector y excepcional conocedor de Marañón, fue extraordinariamente respetuoso con la verdad y no cometió jamás la villanía que nuestro insigne médico achacó a los historiadores: «El gran enemigo de la Historia, la ocultación de la verdad». En su magnífica y original *Guía de Carmona*, ilustrada con excelentes fotografías por Juan Rodríguez Osuna, escribió en sus "Notas Previa": «Esta guía no tiene autor, porque cuanto en ella se contiene de acertado está tomado de los siguientes autores: Los profesores Hernández Díaz, Sancho Corbacho y Collantes de Terán, en el *Catálogo Arqueológico y Artístico de Carmona*, y la Srta. Concepción Fernández Chicarro y de Dios, Directora del Museo de Nuestra Necrópolis, en las notas referentes a este Monumento. También debemos mencionar *La Historia de Carmona*, de don Manuel Fernández López».

Pepito Díaz Zabala, que murió a temprana edad, heredó el ingenio, la gracia y la verbosidad de su padre, otro miembro célebre de la familia Villasante, que también fue alcalde. En una de sus últimas visitas a la Caridad, cuando ya sufría un cáncer incurable de colon, la hermana Superiora le dijo para consolarlo: No se queje usted, don Diego, es que el Señor le quiere mucho y le está probando. A

lo que tío Diego respondió con su habitual chispa, al estilo de santa Teresa: ¿Probándome? ¡Comiéndome a bocados!

Pepito y un grupo de amigos y compañeros estudiamos los primeros cursos del Bachillerato en una especie de colegio itinerante (casas particulares, sacristías, escuelas públicas, edificios municipales ...), donde recibíamos las clases de doña Isabel Ovín, don José Martínez, la señorita Isabel Pasagali y una larga lista de maestros altruistas. Eran tiempos de posguerra, de hambre, de escasez de todo y de cartillas de racionamiento; por no haber, no había siquiera dinero corriente, y había que hacer uso para las compras en las tiendas de vales expedidos por los propios comerciantes. Eran también los primeros años del cine, y Pepito, gran aficionado a las Letras y a las Artes, consiguió con enorme esfuerzo y sacrificio una rica colección de pudorosas fotografías de artistas. En ausencia de Pepito y mientras le esperaban en su habitación, Ignacio Villa y Juanito Valverde se distrajeran hojeando sus álbumes y decidieron por su cuenta actuar de bienintencionados inquisidores, rompiendo una tras otra todas las fotos por considerarlas indecentes. Al llegar Pepito y enterarse de la incalificable fechoría cometida por sus amigos del alma, sufrió un furibundo frenesí seguido de un aparatoso patatús.

Ramón Valverde, que también murió joven, compartió conmigo habitación durante muchos años en las pensiones y casas particulares de estudiantes de Madrid, donde nos congregábamos muchos carmonenses, entre ellos Antonio e Ignacio Villa. Antonio –fino, osado, listo y simpático– era el caporal del grupo, al que todos admirábamos por su desenvoltura. Sus ansias de aventura y su espíritu conquistador y fantástico le llevaron más tarde a correr mundo, terminando su periplo en Perú, donde fue relevante autoridad y ejerció una encomiable labor social y cultural. Allí le sorprendió presta la muerte, dejando a su alrededor un vacío difícil de llenar. Antonio Villa, que nunca se olvidó de Carmona, se construyó

sobre una colina de los alcores, gracias a la ayuda insustituible y eficaz de su hermana Carmen, un alucinante caseo de maderas y materiales nobles que debió impresionar y motivar en algunos aspectos de sus novelas a su íntimo amigo José Ma Requena.

Ramón Valverde era culto, inteligente, bien educado, buen conversador (cuando hablaba), exquisito en sus gustos y aficiones y raro en sus manías. Terminó los estudios de Farmacia en Santiago, después de disfrutar de una carrera perezosamente deliciosa, más propia de la época de la *Casa de la Troya* que de los tiempos modernos. Ramón y yo nos llevábamos muy bien y, aunque muy distintos, teníamos muchas cosas en común, que nos hacía inseparables. Unas vacaciones de verano se nos ocurrió dar una broma a la pandilla de mis hermanos más pequeños, que, por aquel entonces y siguiendo el ejemplo anterior de los mayores, excavaba en busca de tesoros, ruinas y restos arqueológicos. La inocentada consistió en grabar con gran picardía una inscripción latina en un trozo de barro de aspecto lapidario para hacerles creer que las palabras escritas eran obra del mismo Julio César durante su estancia en Carmona. El inscrito ladrillo de arcilla fue bien cocido en una barrería, restregado para erosionarlo, como si fuera obra de siglos, y escondido junto a unas monedas romanas en el lugar de las excavaciones al amparo de la oscuridad de la noche. Los aspirantes a arqueólogos, aunque emocionados repentinamente por el maravilloso hallazgo, fueron sin embargo más listos que nosotros y, alertados por mi hermano Alberto, descubrieron pronto el empleo incorrecto, impropio de César, de un ablativo absoluto, poniendo no sólo de manifiesto el inocente fraude sino la incompetencia lingüística de los mayores.

En 1998 se cumplió el segundo centenario de la muerte del insigne académico y erudito escritor Cándido María Trigueros, conmemorado por el Excmo. Ayuntamiento con la publicación de un libro sobre su *Flora carmonense*. También el año pasado

descansaron en la paz del Señor dos ilustres paisanos nuestros del mundo de las Letras: José María Piñero y José María Requena, ambos amables septuagenarios y de casi la misma edad, vecinos de la parroquia de San Pedro y fervientes devotos de la Virgen de Gracia. Cuando hace más de treinta años vine a la Universidad de Sevilla, los primeros invitados que Antonia y yo recibimos en nuestra casa fueron el cura Piñero, el escritor José María Requena y su encantadora mujer Rosita, su más firme y suave báculo. El inmenso amor y la profunda gratitud que sentía José María por su mujer quedaron fiel y preciosamente reflejados en la hermosa dedicatoria de su último libro *Etapa fin de sueño*: «A ti, Rosy, por todo». Las charlas con uno y otro —providencialmente dotados de una memoria prodigiosa y depositarios de una experiencia vital abrumadora— eran siempre amenas, sabrosas y extraordinariamente enriquecedoras. Además, la admiración y el afecto que siempre nos unieron fueron mutuos e insobornables. Con frecuencia releemos los libros que ellos nos dedicaban con gran cariño cada vez que uno nuevo veía la luz.

La gran lección que los dos Josemarías —hombres buenos y cabales— nos dejaron fue la inquebrantable fidelidad a su vocación, de la que nada ni nadie pudieron apartarlos un ápice. No cabe más autenticidad ni dedicación, y así quedó de manifiesto en sus artículos, conferencias, libros, etc., facetas en las que destacaron como maestros consumados y reconocidos. José María Piñero fue sacerdote operario diocesano, consiliario de los equipos de Nuestra Señora, rector del Colegio Español en Roma y canonista de vanguardia, llegando a ser juez del Estado Vaticano. A lo largo de toda su vida mantuvo firme su religiosidad entre la fe y la razón y, como atestigua en su libro *La fe de nuestros padres*, se supo siempre en camino y nacido para una vida sin fin, en busca de la contemplación del rostro de Dios.

José María Requena —al que marcarían de forma indeleble su formación salesiana en Alcalá y

Utrera y las vivencias de la Guerra Civil española y de la Segunda Guerra Mundial— fue, como periodista y escritor de cuentos y novelas, un modelo irrepetible e inimitable: el molde se ha roto con él. Obediente y rebelde a un tiempo a los mandatos previsores de su padre, estudió Derecho, pero su verdadera vocación fueron el periodismo y la literatura. Llegando a ejercer el cargo de director de *El Correo de Andalucía* y a ser galardonado con prestigiosos y numerosos premios, entre ellos el Nadal. Recuerdo el fervor y la pasión con que nos leía allá por los años 50 a Ramón, a Ignacio y a mí, que le escuchábamos fascinados en silencio, en la pensión cercana a la plaza de toros de las Ventas, sus cuartillas sobre las gentes, huertas, haciendas y cortijos de Carmona, así como sobre las bravías hembras sureñas y las esbeltas diosas nórdicas. Eran noches de verano calurosas, en las que él mismo refrescaba su garganta agostada por la lectura ansiosa y por el humo irritante de su perenne cigarrillo con enormes tragos de vino tinto barato de una garrafa que mantenía invariablemente a su vera para apaciguar su sed y su calentura y empuje juveniles y para sedar sus nervios tensos. Al leer y releer algunas de sus mejores obras, como *El cuajarón*, *Pesebres de caoba*, *Las naranjas de la capital son agrias* y *Los ojos del caballo*, he constatado en muchos de sus pasajes las ideas e ilusiones que ya entonces, cuando se iniciaba como poeta y escritor, incubaba en su mente creativa y en su imaginación desbordante. Su embeleso por el campo andaluz y su admiración por

el poderío y la arrogancia del caballo, la bravura y nobleza del toro, las relucientes bicicletas de carreras y los descapotables rojos le obsesionaron hasta la alucinación, impregnando toda su obra.

Requena es, sin duda, un escritor de excepción que ha marcado época con sus novelas. Para mí, sin embargo, más que el rencor, la sangre y la tragedia que afloran en muchas de ellas, lo que más me gusta de él, lo que más me recuerda su esencia carmonense y me transfiere su exquisita sensibilidad son algunos de sus artículos y de sus entrañables cuentos cortos. Los que hayan leído *La cuesta* y *otros cuentos* estarán quizás de acuerdo con mi aserto. Para las jóvenes generaciones, leer en la Biblioteca Municipal de Carmona que lleva su nombre será siempre un reconocimiento al gran escritor y soñador de ilusiones y pesadillas que fue José María Requena. Para finalizar este artículo he escogido dos sentidas coplas del ramillete de dieciocho con que obsequió a Antonia el año antes de su muerte:

La vida, rueda que rueda.  
 Todos nos vamos rodando  
 Por una misma vereda.

Dicen que la muerte es  
 Como un galope de yegua  
 Que se oye y no se ve,  
 Sin que se llegue a saber  
 Que vamos montado en ella.







CAPÍTULO 9

**SOCIO DE HONOR DEL  
ATENEO DE SEVILLA**





## SOCIO DE HONOR DEL ATENEO DE SEVILLA

Sevilla, 19 de abril de 2007. Publicado en: *Ateneo de Sevilla*, 2009. pp. 49-72. Ed. AI

### Manuel Losada Villasante

Ser elegido por el Ateneo con el nombramiento de Socio de Honor significa adquirir la responsabilidad de ser distinguido por la emblemática institución con uno de los más preciados galardones culturales que otorga la ciudad hispalense. Sobre todo cuando se tiene la satisfacción y el privilegio de compartir esta distinción con dos compañeros de la talla de Manuel Clavero y Manuel Olivencia, dos eminentes juristas merecedores de todo mi reconocimiento y estima. Como Manuel de otra rama universitaria que la jurisprudencia —la biología—, pero también de profundas raíces humanistas, me sumo jubiloso al homenaje que se tributa a estos dos insignes “Emmanueles” para con su venia pregonar con complacencia el mensaje bíblico: “Dios está con nosotros”, con los hombres que noblemente le dicen sí, que se comprometen a buscar incansablemente la verdad y a practicar el bien con altruismo. La sabiduría, la justicia y la benevolencia hacen al hombre ser hombre de verdad, en quien

no hay dolo ni maldad. El conocimiento, la bondad y la contemplación y percepción de la belleza nos acercan a Dios —el Legislador del Universo y del linaje humano— y son por añadidura motivos de paz y de alegría.

Hace más de medio siglo inicié los estudios de Ciencias y Farmacia, casi a la par que mi hermano Pepe y mis compañeros laureados los de Derecho, en la Universidad Hispalense, sita entonces en la cercana calle Laraña. Después de una provechosa estancia de veinte años en Madrid, Alemania, Dinamarca y Califor-

nia regresé en 1967 como catedrático de Química Fisiológica a la monumental y renovada Fábrica de Tabacos, donde me reencontré con la estatua de mi paisano carmonense, el judeoconverso maese Rodrigo, ferviente devoto de la Virgen María y fundador de la Universidad hace cinco siglos, y con mis amigos de la añorada casa de los jesuitas del



Siglo de Oro. Venía de fundar en Madrid el primer Instituto de Biología Celular de España en el Centro de Investigaciones Biológicas del Consejo, conocido como "el Cajal", y decidido a crear en Sevilla un Centro Mixto de la Universidad y el Consejo. Se me decía que el Consejo y mi amado Centro "Cajal" quedaban muy lejos, allá en la calle Velázquez de Madrid, y que en la clásica Universidad Literaria Hispalense no había nada que hacer en Biología moderna, pero yo insistía con cabezonería teutónica que lo mejor es enemigo de lo bueno y que estaba todo por hacer y merecía la pena intentarlo. Esta tozudez germánica fue alabada por don Severo Ochoa con la contundente frase: ¡Enthusiastas, luchadores y cabezones como Manolo Losada necesita muchos España! El actual Instituto de Bioquímica Vegetal y Fotosíntesis del Centro de la Cartuja, brote directo del que fundara en Berkeley en la década de los 50 mi maestro Daniel Israel Arnon, judío norteamericano de origen polaco, es ya una magnífica realidad, y su pionera labor fue muy valorada por él cuando al cumplir nuestro Centro sus Bodas de Plata en 1992 recibió el doctorado "honoris causa" por la Universidad.



La naciente Facultad de Biología de los años sesenta no parfía de cero, pues entre sus antecedentes contaba con varios catedráticos de Ciencias que habían desarrollado una obra muy meritoria en la Universidad sevillana del siglo XIX y primera mitad del XX. Uno de los más influyentes y de más empuje fue don Antonio Machado y Núñez, catedrático de Historia Natural desde 1846, padre del folklorista "Demófilo" y abuelo de los poetas Manuel y Anto-

nio. Don Antonio Machado y Núñez nació en Cádiz con "la Pepa" en 1812 y fue médico y destacado darwinista de ideas liberales. Fue también, con el krausista y catedrático de Metafísica don Federico de Castro, uno de los fundadores en 1879 del Ateneo Hispalense de la calle Cuna, así como primer presidente de su Sección de Ciencias y creador del Gabinete de Historia Natural de la Universidad. Los avatares de la guerra civil afectaron profundamente al Gabinete, y las Universidades y Academias sevillanas y la misma ciudad no han conseguido todavía reponer fuerzas para restaurar y promover el

Museo de Ciencias que tanto necesita Sevilla y con tanta insistencia viene reclamando. En el Discurso de Apertura del curso 1873, el moralista y patriota Antonio Machado y Núñez se preguntaba con inquietud: "¿Por ventura, la libertad es el desorden, el menosprecio de la autoridad, el atropellamiento del individuo, la perturbación de la familia por el capricho del ignorante o del fuerte? ¿El amor a la patria es quizás dividirla en fragmentos, romper la unidad de que nace su fuerza, separar a los individuos por antagonismos insuperables?" En el discurso pronunciado un siglo más tarde en la iglesia de la

Anunciación me hacía las mismas reflexiones, y con la esperanza de que mis palabras sean mejores que mi silencio terminaré mi intervención.

Puesto que en la actualidad se habla incluso de Bioderecho y Bioética, debo explicitar sin reticencia que no he dedicado específicamente mi vida al estudio de las leyes divinas ni humanas, sino a las leyes de la naturaleza y de la biología, a las inmutables constantes universales que desde el principio go-

biernan inexorables el Universo, pudiéndose contar con los dedos de una mano, de una mano cariñosa, fuerte, sabia y creadora: A saber, la constante de Planck, la velocidad de la luz, la carga y masa de las partículas elementales, las constantes de la gravitación y de la interacción electromagnética, y un más bien corto que largo etcétera. El Universo no ha existido siempre. Todo lo que existe, incluidos la vida y el hombre, comenzó por no existir y tuvo su origen en la luz, a cuyo estudio he dedicado con pasión y devoción mi vida. San Ambrosio manifestó con clarividencia que "la naturaleza es la mejor maestra de la verdad", y la ciencia ha confirmado sin lugar a dudas el acierto de tan revelador aserto. En nuestro tiempo, don Miguel de Unamuno resumió todo un tratado de teología en esta reflexión tan suya: "Para que yo Te vea has hecho el mundo que veo". De Unamuno es también esta concluyente observación: "Los que no creen en los milagros no se han percatado de que es milagroso todo, absolutamente todo, lo que ocurre".



Don Severo Ochoa escribió como colofón en el libro *En el Umbral del Tercer Milenio* una única frase: "La mente humana siempre busca el origen del Universo". Don Santiago Ramón y Cajal, el más universal de nuestros científicos, había ya escrito: "Al sabio solamente le ha sido dado desentrañar la maravillosa obra de la Creación para rendir a lo Absoluto el culto más grato y acepto, el de estudiar sus portentosas obras, para con ellas conocerle, admirarle y reverenciarle". En efecto, ante la obra ingente de la Razón Creadora, tanto del microcosmos como del macrocosmos, obvia a todas luces y revelada progresivamente en sus más recónditos misterios por la mente humana, hay que ser muy ingenuo y arrogante para endiosarse y ser rebelde e incrédulo.

La ciencia y la técnica constituyen no sólo una fuente fabulosa de conocimiento, sino de poder, riqueza, bienestar y belleza; pero para el hombre no sólo son primordiales las inflexibles leyes matemáticas y fisicoquímicas de la naturaleza, que alcanza a comprender con su inteligencia, sino la magnánima ley moral natural, incrustada en su conciencia, que tan hondamente hizo recapacitar al filósofo Immanuel Kant. La *lex naturalis* tiene como principio fundamental "decir la verdad y no mentir, y hacer el bien y evitar el mal". Las normas salvíficas del Derecho natural están inscritas en la naturaleza humana entreverada de razón y corazón y son inderogables para los que creen en Dios. Pero el hombre es soberbio, potente y exigente, y su desmedido afán de

progreso material puede hacerle caer en la trampa de un pseudoprogreso deshumanizado y zafio. "Nada es más temible que la ciencia sin conciencia", presagiaba con pesadumbre y amargura de hombre de bien el premio Nobel de Medicina argentino Bernardo Houssay. Para el médico y biólogo francés Alexis

Carrel, igualmente premio Nobel, "la atención de la humanidad debe volverse, de las máquinas y la materia inanimada, al cuerpo y al alma del hombre. Realmente el hombre está por encima de todas las cosas". Así lo expresó también con el ingenio de su imaginación fascinante y el genio inimitable de su arte el cineasta Charlot: "Los hombres no son máquinas, sino hombres que tienen el poder de amar a la humanidad y de crear máquinas... Pensamos demasiado y sentimos demasiado poco".

Pensar y dudar, creer y saber es propio del hombre. No es pues un simple juego de palabras constatar a la luz de los conocimientos actuales que es casi impensable pensar que la maravilla de la Crea-

ción pueda haber tenido lugar sin Algo o Alguien, lo Quequiera o Quienquiera que sea, todopoderoso, sabio y misericordioso detrás, a quien muchos llamamos Dios. Asimismo, todavía es quizás más absurdo pensar que la mente humana y más aún el corazón, la obra magna y broche de oro de la Creación, hayan sido productos "casuales" y azarosos de una complejísima evolución sin ningún plan preconcebido ¡No sonó la flauta por casualidad! Dios no es una hipótesis, sino una tesis. El concibió, fue "causa" y puso en marcha el Universo, según las leyes irrevocables por Él establecidas. El proceso creador evolutivo culminó, hace unas decenas de miles de años, con el prodigio increíble del *Homo sapiens sapiens*. Todo aparentemente tan sencillo, pero de hecho tan sumamente lleno de misterio como nuestras propias vidas.

Max Planck descubrió en 1900 la constante universal que lleva su nombre y dio inicio a la Física cuántica y a la Ciencia moderna. Unos años más tarde,

en 1905, Einstein formulaba la ley más importante del Universo desde su inicio: la equivalencia entre materia y energía por medio del cuadrado de la velocidad de la luz, otra inefable constante universal. La ecuación de Einstein fue corroborada experimentalmente en los años treinta. El astrofísico y sacerdote belga Lemaitre, gran amigo de Einstein, postuló, también hacia esa fecha, que el Universo no es estático, como había deducido el genial físico judío alemán, sino dinámico y en expansión y que había tenido su origen hace unos quince mil millones de años en un "átomo o huevo primigenio" con el "big-bang". Esta teoría ha sido igualmente demostrada experimentalmente y así lo atestiguan los dos

premios Nobel concedidos en 1978 y 2006 a los físicos que han visto ahora los restos de la tremenda explosión de luz que tuvo lugar al nacer el Universo. Como reconocen los más prestigiosos teólogos y científicos, el descubrimiento más relevante en la historia de la Ciencia ha sido quizás haber podido contemplar el estallido inicial que dio origen al Universo, un acontecimiento tan simple y grandioso y de tal belleza, envergadura y alcance que algunos lo han descrito con admiración y respeto diciendo que "el hombre ha visto a Dios". Hoy podríamos decir que igual o mayor fascinación nos causa el que el Universo naciera programado para su posterior evolución fisicoquímica, biológica y humana por las



constantes universales definidas y acuñadas por una primera Causa y Verdad última cuya esencia desconocemos aunque "sea El que es". ¡Qué milagro que de una célula huevo microscópica haya nacido el cerebro de Newton, el corazón de Santa Ángela, el genio de Goya...! ¡Y qué milagro de los

milagros la Encarnación del Hijo de Dios de una célula virgen de María, la llena de gracia, por obra del Espíritu Santo! misterio insondable, en el que los cristianos —conscientes como Ella de su excepcionalidad biológica— creemos confiadamente.

Es muy importante distinguir entre saber y creer. Los científicos tenemos, por principio, que aspirar a conocer a fondo y con certeza la realidad de las cosas, de la vida y del hombre, no pudiendo aceptar como verdad positiva nada que no se apoye en la verdad rotunda e incuestionable de los hechos. Hay que enfrentarse objetiva y lúcidamente con la Historia real y única del Universo y de la Humanidad, y no

rechazar jamás la evidencia ni mirar para otro lado. Las leyes de la ciencia son incontrovertibles, pero la ley natural que gravita sobre la conciencia obliga también a los hombres a su riguroso cumplimiento. No se puede hacer el mal ni se puede mentir. Tanto los científicos como los no científicos debemos vivir intensamente la misteriosa e intransferible realidad de ser hombres, practicando sin descanso el bien y cumpliendo la obligación moral de buscar afanosamente la verdad y de proclamarla universalmente por encima de todo: de nuestros intereses, ideologías e incluso creencias, por doloroso que pueda sernos. No debemos nunca olvidar que la iniquidad de la mentira, aunque no sepa lo que hace, está en función de la naturaleza y alcance de la verdad que intenta suplantar y del daño que causa, sobre todo a los inocentes y a los que creen de buena fe.

Impacta profundamente por su espíritu de amor y veneración el primero y más trascendente mandamiento de la ley moral mosaica de hacia el siglo XIII a.C.: "Amarás a Yahvé, nuestro Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu ser", y tanto o más, por más cercano y humano, el que resume el segundo, reafirmado y encarecido hasta el sumum por Jesucristo en la ley de su evangelio hace sólo dos milenios: "Amarás a tu prójimo, e incluso a tu enemigo, como a ti mismo". No es la aplicación de la ley del talión, sino el amor y la gracia quienes vencen al odio. También es sobrecogedora la rectitud de conciencia que atesora el octavo precepto del Antiguo y Nuevo Testamento, que obliga a los hombres a testimoniar con honradez la verdad desnuda, la verdad sin tapujos que condena y excluye la maledicencia y el engaño. ¡Nos engañamos y nos engañan tanto, a veces en cosas tan gordas, tantos de nuestros congéneres y tantas veces en la vida! Para los cristianos, la verdad y el bien son primordiales e indeclinables: el propio fundamento de la moral cristiana, pues Cristo vino al mundo para ser testigo de la verdad y testimoniarla pacíficamente con su amor. La verdad de la que Jesucristo dio pleno testimonio con el sacrificio de su vida en

el Calvario es el amor. Según el diccionario de la Academia Española, la expresión "a ley de cristiano" asegura la verdad de lo que se dice. Si Jesús no mintió, si no mintieron su Madre ni sus apóstoles y discípulos en los Evangelios, Epístolas y Hechos, si pasaron iluminando el mundo con su luz, predicando la verdad y el amor, y haciendo el bien ¿por qué tantos reniegan de su palabra y de su ejemplo, a veces con tanto ardor, en vez de seguirlos? Cualquiera que sea la respuesta definitiva a estos inquietantes



interrogantes podemos estar seguros de que al final la Verdad y el Amor de Dios acabarán triunfando entre los hombres.

Hace tan sólo unos días, el Papa Benedicto XVI ha afirmado ante los miembros de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París que "es necesario, tanto en la vida personal como en la vida pública, tener la valentía de decir la verdad y de seguirla". Su predecesor, Juan Pablo II, también paladín de la libertad y el diálogo interreligioso, había ya enfatizado que "la moral se basa en la verdad, y no hay paz sin justicia, ni justicia sin perdón". To-

dos los humanos gozamos y sufrimos una vida muy corta en la Tierra, que debemos vivir con realismo e idealismo, lo que no es nada fácil sino muy difícil. A pesar del trepidante progreso en que vivimos, y aunque a veces nos creamos dioses, el hombre de nuestro tiempo sigue desconcertado y perplejo ante la realidad de la vida, el hecho insalvable, irreversible y lleno de incógnitas de la muerte y la esperanza —científicamente cuestionable y confiadamente cristiana— en la resurrección y la eternidad. La vida no es el poder ni el éxito, la ciencia ni la filosofía, sino el amor.

Quisiera aprovechar esta memorable ocasión para hacer, en recuerdo de mi ilustre antecesor en la Facultad de Ciencias don Antonio Machado, unas consideraciones finales que me parecen oportunas en el momento actual que vive España. Los científicos somos hombres de un mundo sin fronteras, en el sentido de que la Ciencia es universal; pero sí tenemos raíces y una familia, ciudad, provincia, región y nación con historia en las que nacimos y vivimos y a las que debemos amar y contribuir a desarrollar. En el atrio del vecino Instituto San Isidoro se puede leer en un azulejo, situado enfrente del que recuerda el paso de Severo Ochoa como estudiante en 1920, el *Laus Spaniae* del enciclopedista arzobispo sevillano del siglo VII, donde alaba la gran nación recién fraguada. Según el sabio historiador don Ramón Menéndez Pidal, “la autoridad de San Isidoro hizo que el himno natalicio del pueblo hispanogodo quedase entre los connacionales del obispo hispanense como el credo nacionalista profesado durante muchos siglos”. Nunca deben los pueblos hispanos olvidar su identidad ni la hermosa realidad de su compleja grandeza histórica, ya patente en los comienzos del Medioevo.

Andalucía es, junto con las demás regiones y comunidades autónomas, parte integrante de España, nuestra bien consolidada nación, la patria común e indivisible de todos los españoles, una realidad

que hemos creado entre todos con renovado ánimo y vigor a lo largo de milenios. Como un mosaico bien conseguido y definido, la nación española es mucho más que la mera suma de sus piezas, por lo demás perfectamente diferenciadas y con personalidad e idiosincrasia inconfundibles. Por ello, en estos momentos críticos, en que algunos iluminados proclaman con necia temeridad el fraccionamiento y la desmembración de nuestra querida España, los españoles de las distintas autonomías debemos reaccionar y luchar juntos contra los nacionalismos disgregantes, estériles y esterilizadores, que son más bien sarampiones infantiles, propios de individuos de mentes carentes de visión histórica y universal. Al mismo tiempo debemos procurar todos al unísono respetar y fortalecer física y moralmente cada comunidad en particular y todo el país en su conjunto, sin pretensiones negativas de uniformizar a una nación tan exuberante en su diversidad, pero cuidando de no privilegiar ni menospreciar a ninguna de sus regiones. ¡Que ninguna trate de imponer su ley a las demás, ni ninguna se sienta subestimada! Los biólogos sabemos bien que un organismo vivo superior, como el hombre, sólo marcha bien cuando lo hacen integrados estructural y funcionalmente todos sus órganos bajo la dirección de su cerebro.

España no es un artificio, sino una admirable realidad natural de sanos y solidarios empeños, habitada por un pueblo noble, repetidamente entrecruzado y enriquecido que merece vivir en paz y libertad su esperanzador futuro. Ni la unidad familiar —una unión natural— ni la unidad nacional —otra realidad natural— deben romperse. A muchos españoles sí que se nos rompería el corazón si tuviéramos que ver como normal la separación de las familias, el desguace de España y la rotura de nuestra unión en el consorcio de Europa. En vez de dividirnos y enfrentarnos con espíritu reivindicativo tenemos que transmitir con ilusión a las generaciones jóvenes que el amor a la verdad, el bien y la belleza nos salvarán no sólo a los españoles sino al mundo.









**CIENCIA, CONCIENCIA  
Y CREENCIAS**





CAPÍTULO 10

**NO LA HAGAMOS  
LLORAR**





## NO LA HAGAMOS LLORAR

---

Sevilla, 20 de julio de 1972. Publicado en: *Carmona y su Virgen de Gracia*. Septiembre 1972

---

**Manuel Losada Villasante**

---

No hay nada que, como hombres, como españoles y como carmonenses, más nos conmueva y entristezca que ver a nuestra Madre transida de dolor llorar con desconsuelo. ¿Quién puede contemplar sin estremecimiento la imagen atribulada de su Madre con el corazón deshecho en torrente incontenible de lágrimas de angustia y amargura? Y, sin embargo, hemos sido nosotros, los hijos de Carmona, los mismos que ahora la vamos a sacar en procesión solemne, entre clamores y vítores, con alegría desbordante, los que en circunstancias mal-ditas la hemos afligido infame y brutalmente y la hemos hecho sufrir sin piedad. Sí, hemos sido nosotros, los hijos de Carmona, los que, al caldearse los ánimos y no saber sujetar ni controlar nuestras bajas y torpes pasiones, hemos permitido que nuestros instintos perversos y traidores se desatasen histérica y trágicamente hasta llegar al paroxismo de la barbarie y el encanallamiento.

Reflexionemos ahora, en los momentos de calma, lucidez y júbilo, para arrepentirnos de nuestras maldades, prevenir nuevos desastres e impedir que nunca jamás puedan repetirse en nuestro pueblo situaciones extremas y violentas que, al menor chis-

pazo, se inflaman en hogueras infernales. Cuando el iracundo fuego de las pasiones se enardece, nadie puede ya, por ningún medio, sofocarlo; como bestia salvaje, devora con cruel tortura todo cuanto encuentra a su paso.

Todos hemos sido víctimas de una situación desequilibrada e injusta, de la que también todos hemos sido responsables, y de todos ha sido la culpa del daño ocasionado. Todos hemos recibido el castigo de nuestro egoísmo e intransigencia, por nuestro atraso e incultura, por nuestra dejadez e incompetencia. Por eso, todos, en comunidad, tenemos que hacer, con conocimiento, humildad y vergüenza, examen colectivo de conciencia, analizando objetivamente nuestro actual estado, rompiendo barreras de incomprensión, y creando el clima conciliador y fecundo de cooperación, convivencia y amor que la doctrina cristiana, que decimos practicar, no sólo nos demanda, sino nos exige.

Espontáneamente, la naturaleza humana se resiste a darse a los demás, a esforzarse en lo que no redunde en beneficio suyo, a ir cuesta arriba o por senderos estrechos y espinosos, a regalar sus bienes,

aunque sean superfluos, a rehusar prebendas, y ni siquiera le es fácil opinar contra sus propios intereses, tanto si son razonables como inicuos, parcos como abundantes. Ante tanta flaqueza y egoísmo hemos de aprender, aunque cueste trabajo, a ponernos en el lugar del prójimo, a comprender sus sufrimientos, a ayudarle a remediar, o al menos aliviar, sus necesidades. Sólo así puede haber concordia y solidaridad, como nos enseña el precepto evangélico.

Para evitar las caóticas convulsiones sociales sólo hay un medio: que imperen la verdad y el bien, el trabajo y la justicia, la libertad y el orden, para que así sea realmente estable el complejo y heterogéneo equilibrio cívico existente, impuesto por el respeto a los derechos y obligaciones en vigor, tanto propios como ajenos. Si no, aunque el equilibrio alcanzado sea aparentemente estable, puede pasar en cualquier momento a ser tan peligrosamente inestable como un polvorín. Y conste que su estabilidad no aumenta aunque se apliquen medidas de seguridad para retardar su inevitable cambio. Por otro lado, como en el mundo aparecen cada día nuevos factores, nuevas variables, nuevas motivaciones, que hacen mudar a los propios equilibrios, hay también que adaptarse a las nuevas exigencias para satisfacerlas honestamente, y no atrincherarse en postura rígidas e intolerantes contrarias al bien común.

Consciente de lo delicado del asunto, quiero dejar constancia aquí, aunque sea sólo de pasada, de la actitud intolerante que hay, no obstante, que adoptar, por mucho que nos cueste y por abierta que sea nuestra liberalidad, ante ciertas viciosas tendencias que sólo cabe considerar como aberraciones humanas. Intolerantes son, que duda cabe, la tiranía y la anarquía, la mentira, la irresponsabilidad, la ineficacia, la malicia, y tantas formas de gamberrismo, violencia y degradación que absurdamente practica hoy día un sector desorientado, nefasto y mimado de la juventud, al que hay que meter en vereda. Porque también la tolerancia tie-

ne un límite en que, si cede a lo que no debe, deja de ser virtud. No se puede abusar del débil, pero tampoco exasperar al fuerte, ni permitir que la peor parte, aunque sea la mayor, se imponga a la mejor.

El hombre no vive aislado, sino en comunidad, y cada vez dependemos más los unos de los otros. Acepten la carga de los cargos los que se sientan con capacidad, fortaleza y entusiasmo para soportarla, pensando más en el bien común que en la propia vanidad y ambición, y cuiden los demás de que así sea, porque es deber de todos, y no de unos cuantos, superarse, ser generosos y luchar con constancia y mesura, cada uno en su puesto, por conseguir armónicamente el desarrollo cultural, económico y social, del que todos también debemos ser partícipes. Hoy, gracias a Dios, la ciencia y la técnica han puesto en nuestras manos, si sabemos hacer buen uso de ellas, los medios para poner fin a muchos de nuestros males tradicionales. Nuestra es la obligación de producir más y mejor, y de repartir los beneficios equitativamente para terminar con pasados conflictos y miserias.

Creo que hay pocos pueblos en el mundo tan privilegiados en potencia como el nuestro, y que posean una aureola histórica tan brillante. Pero si de verdad queremos, para el presente y para el futuro, un pueblo noble, bello, rico y acogedor, en el que poder vivir digna y felizmente, somos nosotros, los carmonenses de hoy, los que en primer lugar tenemos que preocuparnos seriamente de que así sea, conservando y mejorando nuestro legado incomparable, trabajando todos al unísono, con organización, disciplina y eficacia, en paz y gracia de Dios y dando ejemplo, naturalmente, los que ocupan los puestos principales y responsables. ¿Cómo puede cumplir bien su labor un aprendiz si no le instruye ni le sirve su maestro de modelo que imitar? La indolencia y el abandono no sólo envilecen, sino que desgastan más que el trabajo. Decía San Jerónimo: «trabaja en algo para que el diablo te encuentre siempre ocupado», y genios de la talla de Goethe,



Beethoven y Edison concedían mucha más importancia a la laboriosidad que al talento. Ganarás el pan con el sudor de tu frente no es un castigo bíblico, sino una hermosa condición que eleva la dignidad del alma humana y colma sus aspiraciones más puras. Dios nos lo premia con el descanso, el bienestar y la satisfacción del deber cumplido, perfeccionándonos y acercándonos a El.

Trabajar manual o intelectualmente es son y necesario, so pena de vivir esclavizados en condiciones infrahumanas al margen de la civilización. Hay,

además, muchas actividades recreativas (artísticas, musicales, deportivas, literarias) que, sin excluir la práctica de otras más banales, estimulan y desarrollan el cuerpo y el espíritu, y dan categoría y alegría a los pueblos y a sus habitantes. El día que los jóvenes de Carmona descubran que se aburren menos y disfrutan más al cultivarlas, el lucero de nuestra aurora brillará más limpio y radiante y la Virgen de Gracia nos sonreirá desde el Cielo.

**Manuel Losada Villasante**

---

---



## CAPÍTULO II

# EL PESIMISMO DE LA HARTURA





## EL PESIMISMO DE LA HARTURA

---

Publicado en: *Carmona y su Virgen de Gracia*. Septiembre, 1973

---

**Manuel Losada Villasante**

---

Uno de los descubrimientos de la moderna Biología ha consistido en poder explicar —incluso a los niveles más íntimos de la maquinaria orgánica— porque, pongamos por caso, los apetitos se sacian al ser satisfechos *ad libitum* o porque las ilusiones se desvanecen al ser poseídas en demasía. Y conste que los mecanismos que operan en la regulación de los procesos biológicos son, en último término, extremadamente simples, y se basan esencialmente en el fenómeno bien conocido de que, por ejemplo, basta con interrumpir mediante un termostato la corriente eléctrica que pasa por un calentador para que la temperatura de un recinto no rebase el nivel elegido o de que es suficiente con cortar la entrada de agua en un recipiente mediante una válvula de cierre accionada por la propia presión hidrostática para que dicho recipiente no rebose.

Es decir, que los sistemas biológicos se regulan y defienden a sí mismos por medio de controles automáticos, consistentes en circuitos específicos de retroalimentación similares a los ideados por los ingenieros especializados en la teoría de control.

Naturalmente que yo, en esta ocasión conmemorativa de la festividad de nuestra Virgen de Gracia, no voy a describir los fabulosos hallazgos que los científicos están realizando en el campo del control de los procesos biológicos, a pesar de que yo mismo llevo muchos años dedicado a su estudio con especial cariño, concretamente en relación con la regulación de las plantas. Creo sin embargo que la Biología, como la Historia, es gran maestra de la Vida, y que sus enseñanzas son de mucho valor y provecho no sólo para los especialistas en particular sino para el hombre en general. Con el ánimo de enseñar lo que yo he aprendido y de contribuir a que los carmonenses, fieles al modelo de nuestra Señora, vivamos más felices, he escrito las líneas que siguen.

Cuando un organismo pierde su control es víctima de sus propios excesos. En el caso del hombre, la pérdida del control es el más grave, humillante y doloroso de los daños, porque a él le ha sido dado, además del control biológico, común a los otros organismos vivos, el libre albedrío, que lo distingue y

eleva sobre los demás animales, haciéndolo responsable de sus propios actos.

Hasta ahora, la humanidad, salvo minorías, ha vivido en condiciones de escasez y sacrificio que la han obligado, día a día, a luchar heroica y humildemente para dar abasto a sus necesidades más elementales y para hacer confortable, dentro de límites razonables su existencia. Pero hoy, la abundancia masiva de objetos de consumo cada vez más asequibles y superfluos, proporcionados por las conquistas de la Ciencia y de la Técnica, así como la filosofía imperante de gozar hasta el fondo de la vida, está acabando rápidamente con muchas de las dificultades y limitaciones existentes en otras épocas, y colocando al hombre en una situación embriagadora, enormemente peligrosa para su cuerpo y para su alma a menos que reflexione honestamente y aprenda a gobernar sus apetencias y caprichos con sabiduría, fortaleza y mesura. Sólo así podrá disfrutar con alegría y sin remordimientos de los bienes puestos a su alcance.

Todos los excesos, incluso los e las cosas más sanas y buenas, hastían y perjudican. Al hombre aterido de frío puede resultarle inconcebible que el calor que tanto añora pueda llegar a hacersele sofocante e insoportable, pero acabará reconociendo su error después de experimentar sus ardientes efectos en su propio ser.

¡Que la soberbia y la inconsciencia no le hagan, pues, olvidar, que, en exceso, el fuego quema, la luz ciega, el agua ahoga, la carne envilece y esclaviza, los estimulantes y narcóticos enloquecen, y la velocidad mata!. Las inocentes y bellas mariposas perecen abrasadas al ser atraídas con fuerza irresistible por la propia luz que las deslumbra.

Muchos ignoran que la necesidad que' tiene el hombre de ingerir vitaminas a diario obedece en su origen a haber perdido este, por excesos de mimos, al recibirlo todo hecho, la facultad de sintetizarlas;

en cambio, los vegetales y los organismos más elementales, que no se nutren de manjares tan escogidos y exquisitos, conservan intacta la capacidad de fabricar las sustancias más complejas a expensas de alimentos muy simples. Es también maravillosa, aunque la mayoría no se pregunte porqué, el que las plantas de secano produzcan los frutos más jugosos y gustosos, luchando contra la sequía.

No es pues la abundancia sino, paradójicamente, la escasez lo que más ayuda a superarse y triunfar, y son la gula y la glotonería, y no la sobriedad, las que causan el asco y la fatiga de la plenitud a ultranza. Sin llegar a situaciones extremas, tener apetito es un bendición, mientras que estar ahito es una desgracia.

Sirvan, por tanto, de advertencia estas lecciones a los bienintencionados padres que, con el mayor cariño, labran inconscientemente la ruina de sus hijos al saturarles con toda clase de regalos y gustos y evitarles contratiempos que les enfrente sería y noblemente con la realidad de la vida. ¡Quien bien te quiere te hará llorar!. Es decepcionante ver despojos de muchachos, hartos y hastiados de todo en plena juventud, por no carecer de nada. Están amargados de sólo degustar cosas dulces, embotados de pensar muy poco, triste de disfrutarlo todo, y cansados de no trabajar en nada.

Aún recuerdo la impresión que me producía cuando yo era muy joven contemplar los rostros hundidos, macilentos y cansados de algunos muchachos que habían pasado la noche de juerga, palabra andaluza muy expresiva, pletórica de excesos y desórdenes, y ribeteada de picardías y ruindades. Hay que ser un escritor nato, un excepcional y experimentado artista, como nuestro José María Requena, para saber narrar, con la sensibilidad, maestría y lujo de detalles que él lo ha hecho, una orgía carnavalesca. Las pesadillas y bacanales del torero son descabelladas y espeluznantes, llegando en su desenfreno y brutalidad hasta el paroxismo del encana-

llamiento de que sólo es capaz el hombre borracho y alucinado, que, al perder todos sus controles, se convierte en bestia.

Como conclusión tengamos siempre muy presente que la hartura produce un pesimismo sólo comparable al del vacío y mucho peor, más amargo y horrible, que el de la escasez. Decía nuestro gran Unamuno al comentar estos temas: "No lo dudéis: pueblo en que apenas se hable sino de negocios y de placeres es pueblo donde no tardará en brotar y arraigar un triste pesimismo".

Pidamos al Cielo y procurémosnos con nuestro trabajo el agua que tanto necesita nuestro pueblo para sus casas y para su vega, pero sin que el materialismo y la avaricia nos hagan olvidar los consejos de nuestra Madre. Podría llegar a obcecarnos, de manera absurda, la ambición desmedida de una riada o un diluvio que, indefinidamente, inundara viviendas y anegara nuestros campos, lo que sería aún más funesto que la angustiada sed que padecemos.

**Manuel Losada Villasante**

---

---

---

---





CAPÍTULO 12

**LA SINCERIDAD DEL  
CREYENTE**





## LA SINCERIDAD DEL CREYENTE

Publicado en: *Carmona y su Virgen de Gracia*, Septiembre, 1976

**Manuel Losada Villasante**

Fe es, ante todo, lo que nos mueve a la búsqueda honesta, consciente y entusiasta de la verdad y el bien, por lo que sus más seguras guías son tanto la razón como el corazón. Tener fe no es saber con certeza absoluta, ni poseer la verdad suprema, ni creer ciegamente lo que no se entiende, ni estar libre del mal y la concupiscencia. Tener fe es creer, con confianza y fortaleza, en el triunfo de todo lo que es bueno, justo y verdadero, luchando abnegadamente por la consecución de tan hermosos ideales, y sacrificando a ellos, con rectitud y lealtad, nuestro egoísmo, nuestra existencia y nuestro ser. No tener fe —o mejor dicho, tener fe negativa— es, por el contrario, combatir, ridiculizar y profanar estos nobles anhelos de perfección del alma humana con el más abyecto escepticismo. La vida nos da cada día tantas y tan profundas lecciones de humildad que la soberbia de querer saberlo todo, abarcarlo todo y dominarlo todo se nos muestra como una loca ambición, deformada y deformante. Los grandes aliados de la fe son el amor, la esperanza, la ciencia, la libertad, la tolerancia, y sus grandes enemigos, el odio, el materialismo, la ignorancia, la superstición, el fanatismo.

La fe responsable y buena, que incondicionalmente busca la verdad y el bien, no puede por ra-

zones obvias, ser ignorante, irracional ni perversa. La fe sincera busca la razón, pero no presume de tenerla, ni trata avasalladoramente de imponer la suya a otros. Había mucha más fe en Galileo que en los inquisidores que le obligaron a abjurar de ella, y hay igualmente mucha más fe y más íntegra en el hombre que, buscando sin tregua la verdad, duda con sinceridad de lo que no comprende que en el que ciega y malintencionadamente cree sólo en lo que le conviene. Aunque parezca una perogrullada, sólo tiene fe el que cree de buena fe. Es también hombre de fe sincera el que cae y se levanta, el que peca y se arrepiente, el que yerra y reconoce su error.

El hombre de buena fe duda con honradez de todo cuanto no sabe a ciencia cierta, porque no quiere, absurdamente, engañar a nadie ni engañarse o ser engañado, pero no teme a la verdad ni a la justicia, si no que incansablemente las persigue, porque cree sin titubeos que éstas rigen al Universo y acabarán imponiendo su ley. Bendita, que no maldita, la duda que provoca y mantiene en vilo y vigilia al alma enamorada de la verdad y el bien en búsqueda incesante de la luz por laberintos sin fin, mostrando unas veces, cual caleidoscopio caprichoso, la imagen brillante, optimista y gozosa de la

claridad, la armonía y la paz, y otras, la deprimente, pesimista y triste de las sombras, la turbación y el caos.

El hombre de buena fe cree también que la verdad puede estar sobre la razón, ser sobrenatural, pero no ir contra la razón, ser irrazonable, antinatural. Cuando la razón y la pasión entran en conflicto con el bien, confía más en el corazón limpio y sencillo que en la inteligencia soberbia y ofuscada, porque sabe que “los sueños de la razón engendran monstruos”, y que la fe no puede ser injusta, inhumana, arrogante ni despiadada. Tampoco puede la fe ser interesada, aunque esto escandalice a muchos. Así lo entendió y supo bellamente expresarlo con hondo sentimiento el gran poeta de la lengua castellana en el soneto que da rienda suelta a su amor inflamado: “No me tienes que dar porqué te quiera, pues aunque lo que espero no esperara, lo mismo que te quiero te quisiera”.

El hombre de buena fe no es altivo ni intransigente, porque conoce los límites de sus conocimientos y reconoce que, en cuestiones de fe, no hay nada suficientemente demostrado, definitivamente establecido, y que todo es discutible. En cualquier situación sabe ponerse en el sitio de los demás, respetar su opinión, aunque no coincida con la suya propia, y admitir que su verdad puede ser falsa, que puede estar equivocado en lo que más valora y fielmente cree. ¿No sería doloroso para un hijo que adora a su padre —o viceversa— y que ha depositado en él toda su confianza convencerse de que no es tal o que le traiciona? Personalmente pienso que el más hermoso y ejemplar acto de humildad y sinceridad del creyente es aceptar que aquello en lo que firmemente cree, por lo que está dispuesto a sacrificarlo todo, puede no ser verdad; y si efectivamente es así, reconocerlo abiertamente por mucho que le cueste, porque nadie puede hacer de la verdad mentira ni de la mentira verdad; y, aunque sea una prueba heroica y algunos lo consideren en cierto modo un contrasentido o una incongruencia,

seguir creyendo hasta el fin, como don Quijote, en la victoria definitiva de la verdad y el bien.

Puesto que la fe no se puede imponer, no se puede tampoco excluir o abusar de quienes no comparten una ideología. Nadie tiene derecho a cerrar las puertas de los jardines ni a abrir las de las cárceles a quienes no comulguen con sus ideas. Hay que respetar mucho, muchísimo, la fe de los demás, en tanto no vaya en contra de los principios de la ley natural. Y cuando se tengan pruebas convincentes e incontrovertibles de que hay error —en cuyo caso la fe deja de ser tal y se convierte en certeza— se debe proceder con la máxima delicadeza y caridad, en evitación de daños y humillaciones antihumanas. ¿Quién que no sea un maldito insensato, un tirano sin escrúpulos —individuo, institución o gobierno— puede atreverse, sin estar terminantemente seguro, a despojar a un creyente de su fe, por la que es capaz de darlo todo, causándole un vacío que no puede suplir y unas heridas que no puede curar? Pues ha habido, hay y habrá déspotas de esta ralea, aquí y allá, de este o de aquel ideario, porque al mundo le falta amor y medida, y le sobra fanatismo y crueldad, y los que así piensan no se conforman con tratar de quitar la fe a quienes consideran heterodoxos, sino que llegan a ponerles sambenitos humillantes y a arrebatarles violentamente la vida.

Cristo nos dijo: Yo soy el camino, la verdad y la vida, y nos pidió que le siguiéramos, que creyésemos en Él y que viviéramos en Él. Seguir su senda, aunque sea estrecha y llena de espinos, buscar la verdad, aunque sea difícil e inasequible, vivir de amor, aunque mate nuestro egoísmo, he aquí lo que Cristo, el buen pastor, el que es manso y humilde de corazón, el que da la vida por sus ovejas, nos ha enseñado y nos ha pedido. Su doctrina es un mensaje de amor y verdad, incompatible con la soberbia, la mentira y la maldad. La fe cristiana no puede, pues, ser una fe hipócrita, vacía y derrotista, sino una fe pura, plena y ferviente, una fe a ultranza en el amor y en la busca de las grandes verdades que

angustian y desafían al hombre: "Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo unigénito. Yo para esto nací, para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Yo soy el principio de todas las cosas Yo, que soy la luz, he venido al mundo para que quien cree en mí no permanezca en tinieblas". Efectivamente el Evangelio es un canto a la verdad, a la esperanza y al amor, las grandes fuerzas, las invencibles fuerzas del cristianismo, universalmente valoradas y reconocidas.

Pero la fe –como el amor– es inconstante, lábil y voluble, y si no mira continuamente al Cielo tiene tendencia a mudar, a dar giros bruscos y repentinos, a apagarse y romperse, a caer de los estadios más luminosos, sublimes y ardientes a los más tenebrosos, fríos y decaídos. En la noche oscura, cuando le abruma el desconsuelo y se encuentra perdida ante el inmenso, profundo, impresionante silencio de Dios, exclama afligida como Cristo en el Calvario: "Padre mío, Padre mío ¿por qué me has desamparado?". Porque para enseñanza nuestra, ésta fue ciertamente la voluntad del Padre para con su Hijo, cuando Éste, al límite de sus fuerzas y entre sudores de sangre, le entregó generosamente la suya en el Monte de los Olivos. Después, en la Cruz, Cristo siente en lo más íntimo de su ser la ausencia de su Padre, y su naturaleza humana, desfallecida y deprimida, se rebela impotente ante la agonía indescriptible de la soledad y de la muerte, y no puede menos de proferir esas terribles –y siempre repetidas– palabras de queja, tristeza y angustia, al creerse abandonado de su Padre, que no le socorre en el último y más amargo trance de su existencia terrena, cuando su cuerpo y su espíritu se desgarran agotados. Ejemplo a la vez doloroso y consolador para la frágil criatura humana que sufre más de lo que puede soportar y se cree desasistida y olvidada éste que le ofrece el mismo Dios, pues no cabe al hombre esperar que el Padre le quiera y atienda más que a su propio Hijo, cuando para redimirnos bajó a la Tierra a padecer el mas trágico y penoso viacrucis. La pasión de Jesús nos enseña no sólo el valor inestimable del sufri-

miento, sino el limitado del sufrimiento en soledad, el más formidable a los ojos de Dios.

Es evidente que el mundo sufre hoy una profunda crisis de fe. Pero, afortunadamente, la chispa divina que nos impulsa a buscar la verdad y el bien por encima de todo continúa siendo para muchos la máxima y más noble virtud, distintivo de los hombres de bien y fundamento de su condición de tales. Todos cuantos empeños se dirijan a entibiar o destruir la fe, a debilitar o matar el espíritu privándole de su más precioso don, a alejar al hombre de Dios son torpe sinrazón y desvarío, que inevitablemente conducen al vacío, la confusión y la desesperación.

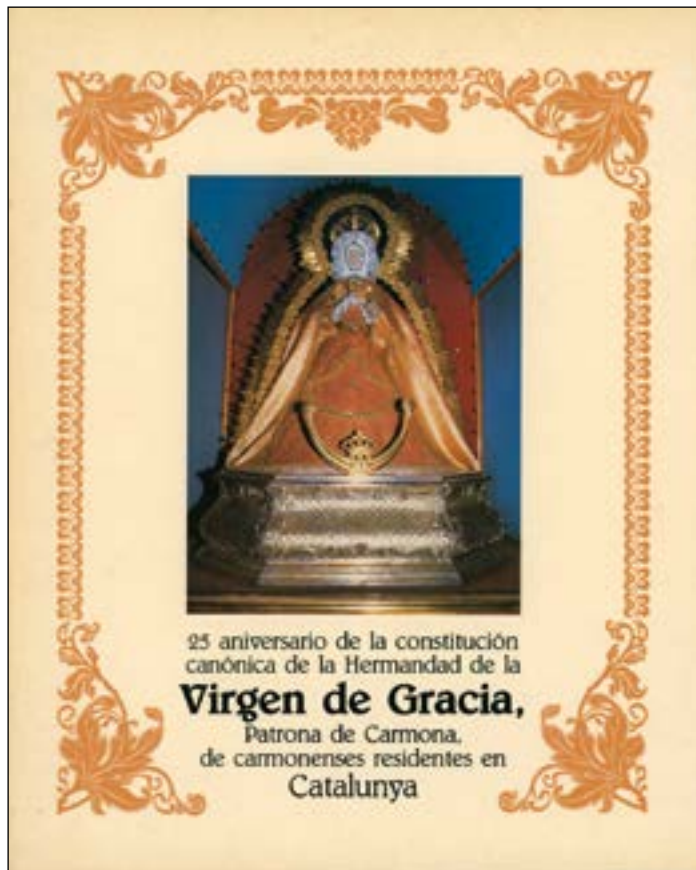
Quisiera terminar estas líneas con una especie de oración de Goethe, uno de los más grandes genios de la humanidad, súplica que resume y alienta las aspiraciones que todo hombre debe hacer suyas: "SALUD bastante para hacer del trabajo un placer. BIENESTAR suficiente para satisfacer nuestras NECESIDADES. FORTALEZA para luchar contra las dificultades y vencerlas. GRACIA bastante para confesar nuestros pecados y reprobarlos. PACIENCIA suficiente para trabajar hasta conseguir algún bien. CARIDAD bastante para ver algo bueno en nuestro prójimo. FE bastante para hacer realidad las cosas de Dios. ESPERANZA bastante para librarnos del miedo angustioso respecto al futuro".

Y finalmente, quisiera dedicar este artículo a nuestra Madre, la Virgen de Gracia, cuya fe humilde y magnífica quedó reflejada en la más bellas y entrañables palabras que jamás haya pronunciado creyente alguno sobre la Tierra: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra".



CAPÍTULO 13

**SANTIFICARSE EN LA  
VERDAD**







## SANTIFICARSE EN LA VERDAD

Publicado en: *25 Aniversario de la Constitución Canónica de la Hermandad de la Virgen de Gracia en Cataluña*, pp.23-28. 1992

**Manuel Losada Villasante**

Este año de 1992 se conmemora en Sevilla el V Centenario del Descubrimiento de América por Cristóbal Colón, una proeza histórica y universal llevada a cabo con una nao, dos pequeñas carabelas y ciento veinte tripulantes después de tres meses de viaje. Este descubrimiento geográfico y otros igualmente importantes, aunque de otra índole, que llevó consigo impresionaron y estimularon la mentalidad de Europa más que ninguno de los descubrimientos científicos realizados hasta entonces. La gloria de esta gran hazaña, que Colón supo agradecer con humildad cayendo de rodillas y entonando el *Te Deum*, corresponde no sólo al Almirante sino a la recién unificada España y, en gran parte, a los andaluces. A los hombres materialistas de nuestro siglo les impresiona también saber que la noble actitud de reconocimiento y gratitud de Colón a su llegada al Nuevo Mundo volvió a repetirse al regreso de su viaje ultramarino, cuando devotamente fue a postrarse ante Nuestra Señora de la Antigua de Sevilla para dar gracias por la feliz culminación de su portentosa gesta.

La Revolución Científica, que habría de colocar a la Tierra y al Sol en su sitio en el Universo y de poner al hombre en camino, era ya inminente. El hombre, creador de la nueva ciencia y de la nueva técnica, pasaría a dominarlas y, en cierto modo, a ser dueño, para bien y para mal, de su propio destino. El año de 1543 es fecha clave en la Historia de la Ciencia, hasta el punto que marca el comienzo de la Revolución Científica. En dicho año, el astrónomo

polaco Copérnico, canónigo de la catedral de Frauenburg, dedicaba en su lecho de muerte su obra magna "De Revolutionibus Orbium Coelestium" al papa Paulo III. Copérnico, un genio universal formado en Italia, concluyó que el sistema geocéntrico de Ptolomeo (siglo II d.C.) era demasiado complicado e improbable, y consideró al Sol, en vez de a la Tierra, como centro del Universo, a cuyo alrededor girarían todos los planetas. La tesis heliocéntrica de Copérnico aceptaba el doble movimiento de la Tierra -de rotación diaria sobre su eje y de traslación anual alrededor del Sol- y desplazaba no sólo a la Tierra sino al hombre del centro del Universo, poniendo en entredicho la teología cristiana, o así al menos lo entendieron los que inexplicable y lamentablemente la consideraron herética.

Turbación causa todavía tener que recordarlo, pero más vergonzoso sería aún ocultar la verdad, pues, como escribió el padre de la Iglesia San Agustín, "negar la verdad es el adulterio del corazón". La Verdad es difícil de encontrar, pero no cabe duda que es una de las metas más ciertas, dignas y anheladas por el hombre, la que nos hace libres y nos ayuda a abrimos camino en la vida. Con valentía e insobornable rectitud de conciencia, que todos deberíamos imitar, proclamó también ya en el siglo VI, sin rodeos ni ambages, el papa y doctor de la Iglesia San Gregorio Magno: "Si la verdad escandaliza, dejemos que se produzca el escándalo antes que renunciar a la verdad". Y en pleno siglo XX, el papa intelectual y dubitativo Paulo VI reafirmó con toda la

responsabilidad y autoridad de su cargo y con una rotundidad que no admite titubeos: "El cristiano no rechaza nunca la verdad". Y si difícil es buscar con fe y rectitud la Verdad, más difícil es practicar el Bien con justicia y caridad. Es triste pero cierto que la mayoría de los que nos decimos seguidores de Cristo no hemos sabido seguir su mensaje de verdad y amor. ¿Por qué los cristianos hemos hecho y hacemos tantas veces caso omiso de su sublime oración al Padre al despedirse de sus apóstoles: Santificalos en la Verdad? ¿Es que puede haber algo más noble, bello y auténticamente humano que dudar para encontrar la Verdad, que santificarse en la Verdad? ¿Es que hay alas que permitan volar más alto en este mundo que la Inteligencia y el Amor?

Como hombre y como científico yo creo ante todo en la Verdad y el Bien, y creo firmemente —"a ciegas", me atrevería a decir— que éstas son las dos brújulas —inseparables, por otra parte, como el alma del cuerpo— que sirven de guía al hombre en esta vida, impidiéndole perderse en las tinieblas de la ignorancia y del error y caer en la tentación del mal. Sinceramente creo que el ideal de la vida humana debería ser la santificación en la verdad. Y cuando se está prudente y juiciosamente "seguro" de que algo es "indudablemente" cierto, bueno y trascendente, hay que entregarse con confianza, amor, y lealtad sin límites al cumplimiento de tan excelsos y sublimes fines, como lo hiciera santa y humildemente María al aceptar ser la Madre del Redentor del género humano en la más pura y hermosa "rendición" que haya hecho jamás criatura alguna: "He aquí la esclava de Señor; hágase en mi según Tu palabra".

Es por tanto muy importante y necesario saber qué se cree, qué se sabe y qué se ignora del Universo, de la vida y del hombre, y cómo han evolucionado nuestros conocimientos y sentimientos desde los albores de la prehistoria, y es también primordial esforzarse en discernir la verdad de la mentira, lo bueno de lo malo. Los problemas complejos y cuestionables requieren ser examinados y matizados sin

apasionamiento, prejuicios ni egoísmos, de cerca y de lejos, acercándose y alejándose de ellos, dándoles muchas vueltas, con visión clara de la realidad pero sin excesivo realismo ni idealismo, y con perspectiva, comprensión y amor. No se puede tener una visión incompleta ni parcial de las cosas; hay que esforzarse en ver el mosaico en su conjunto. Sabemos mucho, pero ignoramos mucho más, y no sabemos todavía si, alguna vez, nosotros, o los que nos sucedan, sabremos toda la Verdad.

Hay que insistir en que es muy bueno, justo y necesario distinguir entre lo que se sabe y lo que se cree, pues como decía San Agustín: "No todo lo que creemos lo sabemos". Esta simple distinción puede unir —mucho más que separar— a los hombres de buena voluntad, y potenciar el esfuerzo de todos los humanos por un mundo mejor, estimulándonos a hacer frente común en vez de enfrentarnos unos contra otros. Judíos, budistas, cristianos, musulmanes, agnósticos, ateos, y todos, sin excepción, tenemos mucho que reflexionar a este respecto, con desapasionamiento, comprensión, tolerancia y humildad, conscientes, al menos, de que todos debemos buscar los valores supremos de la sabiduría y la moral, y de que no podemos engañar ni engañarnos, ni hacer daño ni mal a nadie.

Yo sinceramente creo que hay que vivir y convivir entre los que sienten y piensan como nosotros y entre los que no sienten ni piensan como nosotros, haciendo lo posible y lo imposible para que triunfen los ideales más nobles y elevados del ser humano: la Verdad y el Amor, la Inteligencia y el Corazón. La verdad y el bien son, efectivamente, las supremas aspiraciones del alma humana, y, en contraposición, la ignorancia y la maldad, las mayores humillaciones y negaciones de nuestra naturaleza, y los peores enemigos que, desde su origen, atentan y amenazan al hombre. La mentira es tan nefasta y odiosa, y su perfidia es tal, que envilece cuanto toca, llegando a ensuciar al propio bien si tiene acceso a él. Con exquisita sensibilidad y profunda sabiduría escribió

el genial pintor e ingeniero florentino Leonardo da Vinci, típico hombre del Renacimiento: "Supone tanto vilipendio la mentira que, si ella afirmase grandes cosas de Dios, restarla gracia a la deidad, y es tan excelsa la verdad que, si alabase cosas ínfimas, las ennoblecería".

La ciencia ha logrado ofrecernos una visión fascinante y realista del pasado del Universo, de la vida y del hombre; sin duda, una de sus más admirables conquistas. Y, como todas las grandes conquistas humanas, ha sido ardua, dolorosa, apasionada y apasionante, y es, todavía, fragmentaria y muy incompleta, sobre todo en lo que atañe al propio hombre. Es indudable que los más espectaculares avances científicos en cosmología y biología se han producido —y continúan produciéndose a ritmo vertiginoso y pasos agigantados— mediante el abordaje físico y químico del estudio del origen y la evolución del Universo y de la vida.

Sabemos que el Universo se originó con un gran estampido, el big-bang, hace unos 15000 millones de años, a partir de un huevo cósmico constituido por las tres clases de partículas subatómicas (electrones, protones y neutrones) que han dado origen a los tomos que constituyen toda la materia; también sabemos que los miles de millones de galaxias —cada una con billones de estrellas— que surgieron del "átomo primigenio" se encuentran desde entonces en expansión. Sabemos que el Universo se compone fundamentalmente de hidrógeno y que los demás elementos químicos —hacia un centenar— se sintetizaron a altísimas temperaturas por fusión nuclear en el interior de las estrellas gigantes. Sabemos que nuestro Sistema Solar se formó hace unos 5000 millones de años, y que la vida se originó en nuestro planeta —cuando su atmósfera era todavía reductora— a partir de unos pocos átomos y de unas sencillas moléculas primigenias (hidrogeno, agua, amoniaco, metano, etc.) que dieron lugar a los sillares moleculares (aminoácidos, nucleótidos, azúcares y ácidos grasos) y a las macromoléculas (proteínas, ácidos

nucleicos, polisacáridos, lípidos), que, a su vez, se organizaron en células —hace 3000 millones de años— y eventualmente en organismos pluricelulares. Sabemos que todas las especies presentan una sorprendente unidad bioquímica, estructural y funcional, utilizando el mismo código genético de cuatro letras y veinte tripletes, y que las más sencillas evolucionaron y se diversificaron a lo largo de los siglos para dar lugar a otras más complicadas. Sabemos que la vida en la Tierra sería imposible sin el suministro continuo de la energía radiante procedente del Sol que en cantidades ingentes y de manera admirable captan las plantas gracias al pigmento verde que les da su hermoso y sedante color, y, por último, sabemos que sin reino vegetal no habría habido vida respiratoria ni hubiera sido posible la aparición y evolución del hombre hasta llegar al *Homo sapiens sapiens* hace unos 50000 años.

En resumen, sabemos que la vida es orden, eficiencia, complejidad, adaptación y belleza y que supera a todas las maravillas de la moderna tecnología, pero no sabemos si existió alguna vez la nada o hubo algo siempre, si hay un principio y un fin, si hay un Creador detrás de tanta grandeza, perfección y hermosura, si la gloria y la miseria humanas empiezan con la vida y terminan con la muerte, si, en fin, no hay nadie superior al hombre en este mundo.

Según el Génesis, "Dios creó los cielos y la tierra...y dijo "¡Haya luz! y hubo luz". El Evangelio de San Juan comienza recordando el gran misterio de la religión cristiana: "Al principio era el Verbo, y el Verbo era Dios....Todo se hizo mediante él, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres....Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros", y "la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo". San Juan de la Cruz, a quien el padre Javierre acaba de dedicar un extenso y documentado estudio en el IV centenario de su muerte, hizo un hermoso y elevado Romance Sobre el Evangelio *In principium erat Verbum*: "En el principio moraba el Verbo, y en Dios vivía.... El

mismo Verbo Dios era, que el principio se decía; El moraba en el principio, y principio no tenía. El era el mismo principio; por eso del carecía; el Verbo se llama Hijo que del principio nacía... Como amado en el amante uno en otro residía, y aquese amor que los une, en lo mismo convenía con el uno y con el otro en igualdad y valía; tres Personas y un amado entre todos tres había, y un amor en todas ellas, y un amante las hacía”.

Yo creo, como escribí al comienzo de mi artículo, que no hay nada más noble, digno y auténtico en el hombre y para el hombre que buscar a toda costa la Verdad —donde quiera que ésta nos lleve—, pero practicando siempre el Bien, por mucho que tengamos que sacrificar nuestra vanidad y nuestros instintos y egoísmos. La realidad científica forma parte del fondo idealista de la vida humana. Hay que seguir pues adelante, cueste lo que cueste, santificándose en la Verdad, es decir, luchando heroicamente por descubrir los secretos y misterios del Universo y de la vida, y cumpliendo honesta y alegremente nuestra misión de hombres de bien mientras vivamos.

Esta, creo yo, es ciertamente la misión más hermosa, prometedora y reconfortante del hombre de nuestro tiempo, el horizonte más puro y despejado que se abre ante sus ojos, algo por lo que vale la pena nacer, vivir y morir. Vivir y luchar con confianza, entusiasmo y esperanza, mirando sin angustia ni temor al futuro; vivir para ser sabios y santos, para mejorar nuestro mundo y descubrir y explorar otros nuevos. Vivir, en fin, con ansias de superación y agradecidos, como lo fuera Colón, hace cinco siglos, al coronar su empresa ultramarina y caer de rodillas entonando el *Te Deum*.

La historia nos enseña que hay que alejarse por igual de la fe soberbia e irreflexiva y del racionalismo intransigente y materialista, del fanatismo idólatra y cruel y del negativismo derrotista y desagradecido. Como sabia y sentidamente reconoció el gran físico judío-alemán Einstein: “La ciencia sin religión es

coja; la religión sin ciencia es ciega”. En términos similares se manifestó recientemente el papa Juan Pablo II: “La ciencia puede purificar la religión del error y la superstición, mientras que la religión puede purificar la ciencia de la idolatría y absolutos falsos”.

Al reflexionar sobre el origen y la evolución del Universo, así como de la vida misma, una de las cosas más sorprendentes, aparte de la Creación en sí, es la tendencia a la complejidad creciente, la perfección y la belleza que desde un principio le caracterizan, mueven e impulsan. El que esto sea así —así de sencillo y así de difícil— representa la culminación de lo inefable. También es muy importante constatar que, aunque los procesos bioquímicos, fisiológicos y biológicos se manifiesten macroscópicamente, ocurren en su esencia a nivel atómico y molecular. La luz está cuantizada, y también la materia, es decir, no son continuas sino que están constituidas por partículas ultramicroscópicas. Para comprender la físico-química de la vida hay pues que tratar de entrar en el interior de las células, de las moléculas y de los átomos.

Las constantes universales que rigen el mundo imponen su ley desde el nivel de partículas. El Universo inició efectivamente su “construcción programada” con unas simplicísimas partículas —marcadas, por decirlo así, con caracteres y valores indelebles— que, por ser lo que son y valer lo que valen, determinaron a la larga su propia evolución, su portentosa arquitectura, su armonía, perfección y belleza, su dinamismo imparabile. El hombre ha sido capaz, gracias a la increíble inteligencia y voluntad de que está magnánimamente dotado, de descubrir tamaña grandeza y hermosura hasta quedar cada vez más boquiabierto. Como escribió San Ambrosio, el padre de la Iglesia que convirtió a San Agustín, “la naturaleza es la mejor maestra de la verdad”.

Pero ¿es el hombre sólo una especie biológica más, un capricho de la materia y de la naturale-

za más o menos logrado, o una criatura creada a imagen y semejanza del Creador? En fin de cuentas ¿un ser insignificante, como la propia materia, o la justificación misma de la Creación? No sólo excepcionales científicos fueron guiados en su fe en Dios por la exactitud y fiabilidad de la ciencia, sino también artistas de primera fila, como Leonardo da Vinci, fueron llevados hasta El por la belleza. De éste último es el pensamiento: "No existe diferencia esencial entre la ciencia y el arte. Una y otro son los medios para descubrir el Universo creado por Dios".

Como hombres y como cristianos, también nos reconforta y eleva el constatar que han sido santos, como San Francisco de Asís, la madre Teresa de Calcuta o nuestra Sor Ángela de la Cruz, los que han encontrado el más directo camino hacia Dios por la estrecha, empinada y pedregosa senda de la bondad, el sacrificio y el sufrimiento. Ellos son los mensajeros que primero llegan a Dios, pues sus frágiles, menudos y desvalidos cuerpos sirven de cobijo a almas tan puras y espirituales que, sin esfuerzo, ascienden al Cielo movidos por alas angelicales. Los que creemos que se puede ir a Dios por el amor, por la bondad, por la ciencia, por la filosofía, por el arte, por la música, por las letras, por el trabajo de cada día, tenemos la obligación de procurar que todas estas enormes fuerzas que, en definitiva, mueven y elevan al hombre, potencien su acción en lugar de destruirse mutuamente.

Basándome en mis firmes certezas científicas y en mis esperanzadoras creencias religiosas, voy a poner punto final a mi artículo expresando mi gratitud y homenaje al Creador y mi solidaridad con todos los hombres de buena voluntad, y consagrándolo confiada y humildemente y de todo corazón a quién, encarnándose en la naturaleza humana en María, nuestra Madre llena de Gracia, y diciéndose "Hijo de Dios y del hombre", abrió el Camino de la Verdad y la Vida con su mensaje universal de Amor y Perdón y derramó su sangre por todos nosotros.

Hace treinta años, Dios me dio por esposa a una encantadora mujer catalana, que ha sido desde entonces la compañera ideal e inseparable de mi vida. Para nosotros y para nuestros hijos, madrileños y sevillanos, lo que más importa en esta vida es vivir trabajando con alegría como hombres de bien, vivir agradecidos dando gracias a Dios, nuestro Padre, que, por amor, hizo el milagro de que la Madre del Verbo fuera también nuestra Madre.

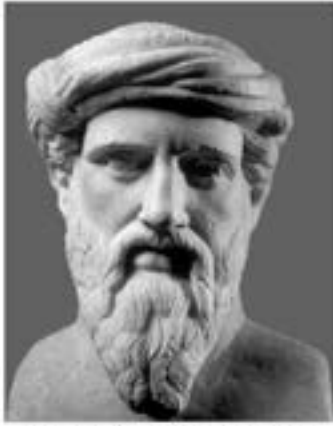
Vivamos, pues, como María misma nos enseñó al entonar el Magnificat, el más bello canto de acción de gracias al Creador: "Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se llena de gozo en Dios, mi Salvador. Porque ha puesto sus ojos en la pequeñez de su sierva. Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones, porque ha hecho en mí maravillas el que es todopoderoso, cuyo nombre es santo, y derrama su misericordia de generación en generación sobre los que le invocan".

Con serena e intensa emoción y con profundo fervor y agradecimiento quiero terminar con una oración a nuestra Patrona, la Santísima Virgen de Gracia, al cumplirse el XXV aniversario de la Constitución Canónica de la Hermandad de Carmonenses Residentes en Cataluña: "Hace dos mil años, para redimir al mundo, nuestro Padre misericordioso y omnipotente fijó desde el Cielo sus ojos en Ti, dulcísima María, concediéndote el privilegio de que fueras la Madre de Jesús, fruto bendito de tu vientre. Hoy, para celebrar las bodas de plata de tu Hermandad, tus hijos de Carmona elevamos a Ti, suplicantes, nuestra mirada desde la Tierra, con la esperanza de que seamos dignos de alcanzar las gracias de Nuestro Señor Jesucristo".



## CAPÍTULO 14

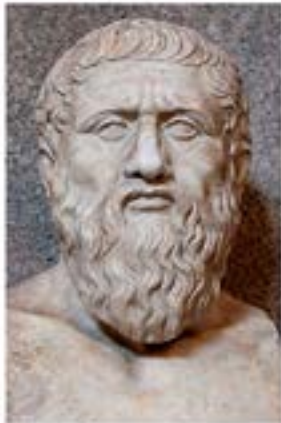
# EDUCACIÓN Y CIVISMO



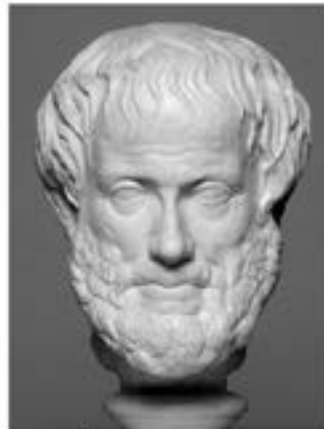
PITÁGORAS (570-495 a.C.)



SÓCRATES (470-399 a.C.)



PLATÓN (427-347 a.C.)



ARISTÓTELES (384-322 a.C.)





## EDUCACIÓN Y CIVISMO

Publicado en: *Carmona y su Virgen de Gracia*, Septiembre 2000, pp. 58-60

**Manuel Losada Villasante**

El sabio matemático y filósofo griego del siglo VI a.C. Pitágoras, fundador de una fecunda escuela que tuvo gran influencia en el sur de Italia y en Grecia, aconsejaba: "Educad a los niños, y no será necesario castigar a los hombres". Los pitagóricos, de estricta moral e intensa vida religiosa y para quienes "todo es número", aprendieron a reconocer en todos los ámbitos la armonía universal y consideraban la anarquía el mayor de los males.

Pitágoras merece además un recuerdo especial de gratitud por parte de los carmonenses por haber reconocido que el lucero del alba, al que bautizó con el nombre de "phosphoros" (portador de luz), es el mismo del atardecer. Este luminoso planeta fue llamado después Afrodita por los griegos y Venus por los romanos. ¿Hay algo más reconfortante que el amanecer, que nuestro pueblo sabe gozar sana e intensamente en las fiestas de la Virgen de Gracia con el alegre canto del rosario de la aurora camino de la ermita? Después de beber el agua bendita y de disfrutar del merecido descanso, el romero siente renacer su espíritu y ve levantarse majestuoso por el oriente, como una gigante flor de fuego, al esperado Sol, la benefactora estrella de nuestra galaxia que ilumina y vivifica la Tierra y, en particular, las mie-

ses de nuestra vega y los frutos de nuestros olivares. El secreto y la gracia de Carmona y de Andalucía, su verdadero encanto, es la luz.

Los principios de la escuela pitagórica influirían en el pensamiento de los posteriores filósofos griegos y en el desarrollo de la filosofía de Occidente. La Edad de Oro de Grecia, que abarca los siglos V al IV a.C., supuso ciertamente el comienzo de un sistema de filosofía natural que habría de dominar el sistema educativo y el pensamiento científico a lo largo de los tiempos. En este periodo glorioso de la historia de la humanidad vivieron Sócrates, Platón y Aristóteles, tres de las más destacadas personalidades del pensamiento humano, constituyendo la más famosa secuencia maestro-discípulo del saber filosófico.

Los tres insignes filósofos helénicos creyeron en la existencia de verdades universales o absolutas, que el hombre podía descubrir aplicando los métodos apropiados mediante un sistema de lógica, y consideraron el conocimiento como un medio para encontrar la verdad y satisfacer la curiosidad humana más bien que como un instrumento para ser utilizado desde un punto de vista utilitario. Aristóteles, sin

embargo, se distinguió de Platón y Sócrates por su marcado interés en los fenómenos naturales y su alta estima por los problemas prácticos. A veces se le ha llamado el “enciclopedista de la ciencia antigua” por sus cuidadosas observaciones sistemáticas.

Es usual considerar a la Grecia antigua, a través de Roma y de la Cristiandad, como la cuna de la educación en los países occidentales, y a los antiguos maestros griegos como nuestros maestros. Los griegos consideraron la educación como un instrumento esencial para la formación de los ciudadanos. El proceso educativo se dividía en dos periodos: la enseñanza primaria, de los 6 a los 14 años, y la secundaria, de los 14 a los 18, siendo las principales materias de estudio la música, la literatura y el arte, así como la gimnasia. A partir de los 18 años, los jóvenes seguían cursos de filosofía y de literatura. Platón fundó hacia el año 387 a.C. la “Akademia” en unos jardines de las afueras de Atenas como un instituto para el estudio sistemático de la filosofía y de la investigación científica. Aparentemente, la Academia recibió este nombre porque el terreno en que estaba situada perteneció a un griego legendario llamado “Akademos”.

Aunque Platón trató de la educación en varios de sus diálogos, su principal tratamiento del tema fue en *La República* y en *Las Leyes*. El escritor, pedagogo y filósofo franco-suizo Juan Jacobo Rousseau, que vivió en el siglo de las Luces y planteó sobre nuevas bases el problema de la educación en su famosa obra *Emilio o De la Educación*, escribió: “Si quieres saber lo que significa la educación pública, lee *La República* de Platón”. En sus *Leyes*, el propio Platón había ya observado: “Si preguntas lo que es bueno en la educación general, la respuesta es fácil: la educación produce hombres buenos, y los hombres buenos actúan noblemente”. Para Platón, la idea del Bien está por encima de todo, y toda la educación debe conducir a la promoción del Bien en intimidad con el orden eterno. Dios es el principio, el medio y el fin de todos los seres.

No obstante, Platón exageró al considerar que la educación de la “polis” (ciudad-estado) es la principal fuerza creativa en la vida en comunidad, al margen de la familia, mientras que algunos simpatizantes de sus ideas, como Aristóteles y Rousseau, enfatizaron la importancia del hogar, un estado en miniatura en las tareas educativas. La familia es efectivamente el más admirable de los gobiernos, la primera escuela, y debe generar y transmitir valores morales, cívicos y culturales. Rousseau, de carácter idealista, apasionado e inestable, pero uno de los más importantes escritores y moralistas del siglo XVIII y uno de los más influyentes durante todo el siglo XIX, partió de la idea de que “todo es perfecto al salir de las manos del Creador y todo degenera en manos de los hombres” y de que el hombre en su estado natural es bueno. Este año 2000, en el umbral del tercer milenio, con motivo de su peregrinación a Tierra Santa, el papa Juan Pablo II ha propuesto en Nazaret, donde, según los Evangelios, el mismo Dios se encarnara milagrosamente en las entrañas virginales de María y donde todo habla de la familia humana de Dios, que la familia es la realidad fundamental de todas las restantes posibilidades humanas.

En una época de supercinecismo (tempestad de movimiento), en que las fabulosas conquistas de la ciencia y de la técnica nos asombran cada día por doquier, la educación ha de seguir primándose y no puede resentirse ni en la vida familiar ni en la vida social, aunque muchos vicios del mundo moderno (materialismo excesivo, promiscuidad, alcoholismo, drogadicción, medios de comunicación violentos e inmorales, etc.) tiendan a degradar más que a desarrollar y promover la dignidad humana y las facultades intelectuales, éticas y cívicas del hombre. Somos sólo hombres, no ángeles, y, a veces, demonios. Hay, sin embargo, que tener fe en Dios (*Lumen de lumine*) y en el hombre (*Homo sapiens*) y cuidar con esmero, mimar, la educación en los hogares y en los distintos niveles de enseñanza: preescolar, primaria, secundaria, profesional, superior y universitaria. Padres, educadores, profesores, empresarios, dirigentes, políti-

cos, todos somos responsables del bienestar y de la buena educación de niños, adolescentes y jóvenes, pues ellos constituyen la mejor y más prometedora reserva de nuestra civilización y han de ser hombres de bien. En *Los Miserables*, el célebre escritor francés Víctor Hugo afirmó que "el porvenir está en manos de los maestros de escuela". Hay que empeñarse en que nuestros hijos aprendan desde niños a leer y escribir bien la hermosa y rica lengua española y, puesto que ya estamos integrados en Europa y hemos de abrirnos a ella, otra lengua al menos para entendernos, preferentemente el inglés, que se ha impuesto por múltiples razones.

La ignorancia y la mala educación son dos de los peores enemigos del hombre. En cambio, la cultura y la educación son sus mejores aliados. Otro tanto cabe decir del civismo, es decir, del celo y de la generosidad al servicio de los demás ciudadanos, sin limitaciones raciales, religiosas, nacionales o nacionalistas. No podemos ser hipócritas, pedantes ni presuntuosos. La cortesía y la buena educación son como el aceite que lubrica las piezas de una máquina para que trabaje bien y sin asperezas. Personalmente creo que la respuesta definitiva a los problemas que angustian al hombre está dentro de sí mismo, grabada en su propia inteligencia y conciencia desde que hace 50.000 años apareciera su especie sobre la Tierra, capacitándolo para vencer en todos los trances y continuar avanzando con confianza si valora, por encima de todo y en solidaridad con todos, la sabiduría y la moral y se santifica en la verdad. ¡El hombre, no la máquina, su alma y cuerpo, es lo importante! Como aseveró en el siglo V a.C. el filósofo griego Anaxágoras, "el hombre es la medida de todas las cosas".

Andalucía la heredera de Tartessos, de Roma, de Vandalia y del equilibrado y floreciente Al-Andalus medieval, la región civilizada de las tres culturas, la cuna de los médicos-filósofos el árabe Averroes y el judío Maimónides y del muy sabio rey cristiano Alfonso debe tomarse muy en serio los problemas que

acabamos de esbozar y procurar darles solución. No en vano hemos tenido los andaluces, desde tiempos remotos a otros recientes, educadores y pedagogos de primera línea como el cordobés Lucio Anneo Séneca, el sevillano San Isidoro, el carmonés maese Rodrigo, el rondeño D. Francisco Giner de los Ríos, el burgalés-granadino padre Manjón, el jienense padre Poveda y el también sevillano D. Antonio Machado.

Machado, en particular, colaboró constantemente en las empresas destinadas a la educación y la renovación social y puso todo su afán en cultivar la mente y el corazón propio y ajeno. Quien no lo haya leído todavía, enriquezcase y disfrute con la lectura pausada del entrañable profesor apócrifo Juan de Mairena. Como él, el maestro debe ante todo sembrar y enseñar, con entrega y con amor. Al mismo tiempo, tiene que reprender las faltas, por el daño que hacen y por el mal ejemplo que dan, y alabar la buena conducta. El sentido común de Mairena, sus verdades de Pero Grullo, tan sabidas y tan claras, siempre nos sirven de referencia cuando andamos sumergidos en un mar de dudas. Como él, los problemas difíciles y profundos hay que explicarlos con claridad y sencillez. El buen educador es el que hace que las cosas difíciles parezcan fáciles.

Quisiera ahora, para terminar mi artículo, expresar mi agradecimiento, admiración, respeto y simpatía a todos los maestros y profesores de Carmona y de Andalucía que, con su esfuerzo constante, callado y sacrificado, vienen luchando con ilusión, honradez y competencia para enseñar al que no sabe y para conseguir que nuestra ciudad y nuestra región se pongan con firmeza y paso seguro a la altura de los tiempos y de las regiones y naciones más adelantadas de nuestra querida España y de Europa. La grandeza del hombre ha de medirse por su amor al prójimo, su objetividad y su capacidad de renunciación y de justicia.

Yo fui educado, más que instruido, en mi infancia una infancia sobria y feliz en el colegio de las

monjas dominicas de Madre de Dios, enfrente de la casa donde nació en la calle Sancho Ibáñez. Como en otros pueblos andaluces, había todavía migas en Carmona y, quizás por ello, a mí me ha producido siempre desde chico especial nostalgia recordar la letrilla del insigne cordobés D. Luis de Góngora que mi padre muy aficionado a las mejores poesías y a las fábulas nos recitaba con frecuencia y que todavía me sé de memoria:

*Hermana Marica, mañana, que es fiesta,  
no irás tu a la miga ni iré yo a la escuela.  
Pondraste el corpiño y la saya buena,*

*cabezón labrado, toca y albanega;  
y a mí me pondrán mi camisa nueva,  
sayo de palmilla, media de estameña.  
Iremos a misa, veremos la iglesia,  
daranos un cuarto mi tía la ollera.  
Compraremos dél (que nadie lo sepa)  
chochos y garbanzos para la merienda.*

En estos sencillos y encantadores versos, llenos de sabor popular, así como en otros de distinto estilo de su magistral obra, demuestra D. Luis que fue un gran poeta, un poeta genial con ráfagas de verdadera poesía.

---

---





## CAPÍTULO 15

# SEVILLA Y LA ENCARNACIÓN







tribuna

## UN CIENTÍFICO ANTE EL INSONDABLE MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN DEL VERBO

La festividad de la Anunciación debería ser la más trascendente para el mundo cristiano, pero pasa inadvertida incluso en la tierra de María Santísima

## Sevilla y la Encarnación



Manuel  
Losada  
Villasante

SE celebra hoy en Sevilla la festividad de la Anunciación del Señor: el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios en el seno de la Virgen María. Normalmente, la fecha de esta solemnidad es el 25 de marzo (santo de Anunciaci3n y Encarnaci3n), nueve meses antes de la Navidad, pero este a3o, por coincidir con el Lunes Santo, se ha pospuesto al 8 de abril.

En cualquier caso, creo que para la mayoría es una fiesta que pasa desapercibida a pesar de tratarse del acontecimiento de más trascendencia para el mundo cristiano y en particular para los andaluces y sevillanos, que no en vano es Sevilla mariana, y nuestra tierra, la de María Santísima. ¡Cuántas advocaciones tiene la Virgen entre nosotros: Esperanza, Inmaculada, Reyes, Rocío...! Lamentablemente nos hemos olvidado de la que es primera en el tiempo y en su significaci3n en la historia del pueblo cristiano.

Yo nací en la luminosa ciudad de Carmona y recibí mi primera educaci3n en el colegio de Madre de Dios. Desde mi infancia, he visitado muchas veces a la Virgen de Gracia en su grandiosa iglesia de Santa María. En mi coraz3n de ni3o se mezclaban sentimientos de inocencia, respeto y adoraci3n cuando mi abuelo se levantaba de su sill3n al toque del Ángelus y con enorme dignidad comenzaba su rezo, al que respondíamos en el mayor silencio sus hijas y nietos: "El ángel del Señor anunció a María, y concibió por obra del Espíritu Santo...". Ante el insondable misterio de la Encarnaci3n del Verbo, el mayor para los cristianos tras la creaci3n del Universo, sólo cabe turbarse, dudar, emocionarse y dar gracias, como lo hizo María antes de dar su consentimiento al ángel Gabriel profiriendo las palabras más bellas que haya pronunciado criatura humana: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra".

María ha sido universalmente venerada desde los tiempos apostólicos y ha sido no sólo objeto privilegiado de devoci3n sino tema favorito en el arte, la música y la literatura del mundo occidental, heredero de la cultura greco-romana y judeo-cristiana. ¡Quién no se ha exaltado de rodillas ante las Anunciaci3nes de fray Angélico, Murillo, el Greco... o no ha escuchado embelesado el Ave María de Schubert! Cuando María entonó el Magnificat, ella misma predijo lo que después ratificaría a lo largo de los siglos gran parte de la humanidad: "Me lla-

marán bienaventurada todas las generaciones, porque el Todopoderoso ha hecho en mí maravillas".

Para muchos escritores y poetas —Alfonso X, Fray Luis, San Juan, Lope, Manuel Machado, Juan Ramón Jiménez, Lorca...— la Anunciaci3n ha atraído especialmente su atenci3n y ha despertado de manera delicadísima su sensibilidad. Yo recomendaría a los que gustan de la literatura escogida que se deleiten con estas preciosas lecturas sobre la Anunciaci3n y la Encarnaci3n.

Cuando Juan Ramón llega por primera vez a Madrid en 1900 encuentra en su apogeo el modernismo, y todo gira en torno a Rubén Darío. Y fue precisamente Rubén quien dió el espaldarazo al futuro Nobel enviándole un soneto impecable que termina con dos hermosos tercetos: *¿Escuchas persuasivo el sonar de la esquila / cuando el Ángelus dice el alma de la tarde / Sigue, entonces, tu rumbo de amor. Eres poeta... Rafael Alberti, el compañero del poeta de Moguer en el colegio de los jesuitas de El Puerto de Santa María, seleccionó como piezas maestras del "andaluz universal" el poema Anunciaci3n y el capítulo 'Ángelus' de Platero y yo.*

Estamos celebrando el segundo milenio del crucial evento de la Encarnaci3n de Jesucristo, el Hijo de María, en Nazaret. Por otro lado, la Ciencia —del Bien y del Mal—, el más fiable de los saberes humanos, impresionante en su

progreso y desarrollo, ha construido ya un formidable y bien cimentado edificio, inamovible en sus bases, sobre el origen y la evoluci3n del Universo y de la vida, y su culminaci3n en el hombre. Sin embargo, el hombre sigue preguntándose angustiado y perplejo en un mundo cada vez más complicado y convulso cuál es su destino y cuál es el sentido de la

vida, sin que la ciencia pueda todavía responder a sus acuciantes preguntas con certeza irrefragable.

Nuestras vidas son encrucijadas de muy diversos caminos y de innumerables dudas que nos desorientan y torturan y nos hacen andar perdidos por laberintos sin fin. Dios nos ha dado, creyéndonos a su imagen y semejanza, la inteligencia y la conciencia como las mejores guías para enfrentarnos noblemente a los problemas que el mundo nos plantea, y María es la respuesta para muchas almas que buscan confiadamente el Amor, el Bien y la Verdad con sinceridad y humildad. ¡Ave María!

➔ Manuel Losada Villasante es premio Príncipe de Asturias de Investigaci3n Científica.

*Nuestras vidas son encrucijadas  
de muy diversos caminos  
y de innumerables dudas  
que nos desorientan y  
torturan y nos hacen andar  
por laberintos sin fin*



## CAPÍTULO 16

# REMANSOS DE PAZ, LUZ Y HERMOSURA





## REMANSOS DE PAZ, LUZ Y HERMOSURA

Publicado en: *Carmona y su Virgen de Gracia*, Septiembre 2003, pp. 28-31

**Manuel Losada Villasante**



Considero que ha sido una venturosa y providencial coincidencia recibir la cordial invitación anual del Hermano Mayor, don Daniel Nadal, para escribir un artículo para la Revista "Carmona y su Virgen de Gracia" justamente cuando renombradas ciudades de rancio abolengo —como Sevilla, Toledo y Granada— y también otras más pequeñas —como nuestra querida Carmona—, que no le van a la zaga en relevancia histórica ni tradiciones seculares, celebran con el esplendor acumulado de siglos la solemne procesión del *Corpus Christi* para conmemorar eclesial y cívicamente la institución de la Eucaristía hace dos milenios, uno de los acontecimientos más frecuentemente representados por el arte cristiano. El Día de Caridad es especialmente apropiado para meditar a fondo sobre los inescrutables misterios del Amor de Dios y del Amor Fraternal, ambos insepara-

bles y profundamente enraizados en el corazón del hombre, que sólo encuentra verdadera paz y sosiego cuando los practica. Ciertamente, el camino hacia la reconciliación y la paz y hacia la plena unión de todos los hombres sólo podrá lograrse confiando sincera y noblemente en el Amor y la Verdad, los únicos que pueden vencer al mal y a la mentira.

En la clara y serena mañana del Corpus todo es siempre gravedad ceremonial y protocolaria, fervor popular, ordenado bullicio y esperanzada alegría. Desde el radiante amanecer, las campanas voltean y disipan al aire sus vibrantes repiques, y las bandas de música y los coros llenan con sus acompasados sonos, himnos y cánticos el ambiente engalanado de colgaduras y flores y perfumado de incienso de una de las más grandes fiestas litúrgicas del año. En Sevilla, los innumerables altares instalados en plazas, calles y avenidas, así como el baile y desfile de los Seises, añaden excepcional elegancia, compostura y belleza a la exaltación de la celebración del acto eucarístico y a la brillantez del multitudinario cortejo procesional. Con legítimo orgullo, se exhibe, junto a selectas y preciosas imágenes, el arte admirable de la monumental custodia de Arfe, coronada por una representación de la Fe, donde se manifiesta el

Santísimo Sacramento entre las hileras de luz de los goteantes cirios amarillos y rojos que porta la devota y encopetada comitiva.

Juan Ramón Jiménez describió el Corpus de Moguer en su *Platero* con la fina y exquisita sensibilidad de poeta de uno de los bellísimos pueblos blancos de Andalucía: "La calle, recién encalada y ribeteada de almagra, verdea toda, vestida de chopos y juncias. Lucen las ventanas colchas de damasco granate, de percal amarillo, de celeste raso, y, donde hay luto, de lana cándida, con cintas negras... La bandera carmín, y San Roque, Patrón de los panaderos, cargado de tiernas roscas; la bandera glauca y San Telmo, Patrón de los marineros, con su navío de plata en las manos; la bandera gualda y San Isidro, Patrón de los labradores, con su yunfita de bueyes; y más banderas de más colores, y más Santos, y luego, Santa Ana, dando lección a la Virgen Niña, y San José, pardo, y la Inmaculada, azul... Al fin, entre la Guardia Civil, la Custodia, ornada de espigas granadas y esmeraldinas uvas agraces, su calada platearía, despaciosa en su nube celeste de incienso".

Joaquín Romero Murube, uno de los mejores intérpretes del alma de Sevilla, a la que amó tanto, y heredero de la prosa mágica de Juan Ramón, recordó siempre con nostalgia la bella y cálida mañana del Corpus, en que la ciudad ofrece la verde alfombra perfumada de sus calles para el paso de Dios: "Toda Sevilla en la fiesta de Dios: sus santos dilectos; aquí Fernando, con el Mundo y la espada, manto de armiño, y precedido de su brillante corte militar; aquí Justa y Rufina, mocitas buenas de Sevilla que, en su virtud, pueden levantar esta Giralda de Gracia, con campanillas y esquilas como zarcillos de vírgenes,

tintineantes; Isidoro y Leandro con inseguras mitras en la plata gótica de sus esculturas; la Pastora en su monte idílico de esquilas y rebaños; el Niño de Dios, la Custodia chica, y detrás, —vino, sangre, pan— Dios en su trono de gloria".

La fiesta del Corpus nació en Lieja a mediados del siglo XIII —precisamente en la época de la conquista de Carmona por San Fernando— y se extendió por toda la Iglesia cuando el papa Urbano IV, que había sido arcediano de la ciudad, ordenó su observancia, llegando a convertirse en una de las solemnidades de mayor devoción del mundo católico. Aunque comenzó a celebrarse después de la octava de Pentecostés, el Corpus se celebra actualmente el jueves o el domingo después del domingo de la Santísima Trinidad.



Pero el Corpus es fiesta anual de un solo día, en tanto que la Eucaristía es vida perenne de la Iglesia, manantial luminoso que vivifica infinidad de cauces, entre ellos el del culto a este Sacramento del Altar que en su blancura inmaculada de Hostia Consagrada es para los cristianos el cuerpo de Cristo, personificación del Amor de Dios y del Amor Fraternal. En la ciudad de Sevilla, la Adoración Eucarística

tiene lugar todos y cada uno de los días del año en un Jubileo circular que se sucede con callada humildad y discreta devoción, sin casi apenas ser notado, por los refulgentes Sagrarios de oratorios, capillas, iglesias, conventos y monasterios.

Estos Reservados santuarios constituyen verdaderos remansos de paz, luz y hermosura, casi siempre en deliciosa penumbra, salvo el palpitante aleteo de las llamitas de las velas, y se ofrecen al visitante primorosamente adornados con preciosos ramos de

rosas y flores y conjuntos de ramas verdes y frutos de la tierra. Aquí, en no turbado y celestial silencio, a solas con Jesucristo Sacramentado, encuentran las almas el ambiente ideal para examinar sus conciencias en la intimidad, dar gracias y glorificar a Dios, descansar de la agitada, y a menudo crispada, vida del entorno ciudadano y reflexionar profundamente sobre todo lo real e imaginable: las maravillas de la Creación y especialmente de la vida humana, con sus dolores y gozos, penas y alegrías; los enigmas recónditos de la muerte y la eternidad, y, en fin, todo lo inefable que creemos, sabemos o ignoramos.

¿Qué significa ser hombre? ¿Es la vida humana un acaecer lleno de trascendencia o una frivolidad individual y colectiva que a nada obliga? ¿Termina la vida con la muerte o comienza entonces la vida eterna? Verdaderamente, en todas estas cuestiones hay interrogantes que inquietan y torturan el alma y hay que ser humildemente conscientes de este saber que no sabemos, "la docta ignorancia", que decía Ortega y Gasset. Por su parte, el eminente histólogo



y explorador inquisitivo del cerebro humano don Santiago Ramón y Cajal dejó escrito con inmenso sentimiento y conocimiento: "Terrible enseñanza de la muerte, la más profunda y angustiosa de todas las realidades de la vida. Este temor tan profundamente humano parecen ignorarlo los animales". De Cajal es también la siguiente reflexión: "Verdades tan trascendentales y decisivas como la existencia de Dios y la inmortalidad del alma debieran constituir, al modo de los axiomas matemáticos, indiscutibles postulados de la razón".

En una época en que lamentablemente es tan difícil tener la oportunidad de contemplar los emblemáticos monumentos sagrados de nuestros pueblos

y ciudades, tan cargados de historia y de belleza, por estar casi siempre cerrados, la visita escalonada y sin prisas a sus Sagrarios cuando está expuesta la Eucaristía ofrece a los hombres de buena voluntad de nuestro tiempo una ocasión sin par para enriquecerse culturalmente y perfeccionarse humana y religiosamente.

Igual que el corazón necesita de la inteligencia para su complementación y el alma del cuerpo, así la religión necesita de las humanidades, del arte y de la ciencia, y viceversa. La ciencia ha logrado ofrecernos una visión objetiva y fascinante del Universo y de la vida totalmente fiable y convincente, si bien todavía de manera muy incipiente e incompleta sobre las verdades que más interesan al hombre, pues

todavía sabemos muy poco del sentido de la vida y de nuestro destino. Uno de los más grandes sabios de la humanidad y que mejor conoció las leyes que gobiernan el Universo, el físico y pacifista judío-alemán, más tarde nacionalizado suizo y después norteamericano, Albert Einstein, dejó escrito: Aunque es cierto que los

resultados científicos son enteramente independientes de cualquier tipo de consideraciones morales o religiosas, también es cierto que justamente aquellos hombres a quienes la ciencia debe sus logros más significativamente creativos fueron individuos impregnados de la convicción auténticamente religiosa de que este universo es algo perfecto y susceptible de ser conocido por medio del esfuerzo humano de comprensión racional".

Nadie ha visto jamás el alma ni la inteligencia, pero tampoco nadie duda de que constituyen la esencia y son los atributos más preciados del ser humano, al que sirven de guía. Nuestra civilización, que ha buscado ante todo la Verdad y el Bien, es



no sólo material sino espiritual y se fundamenta en la cultura griega, el derecho romano, el humanismo judeo-cristiano y la ciencia moderna. Por ello debe seguir abierta a todos los horizontes y fronteras —excepto a los que contravengan la ley natural— y cerrada a cal y canto a todo lo que sea deformación, mitificación, superstición —religiosa o científica— y sobre todo aberración. Lo que no cabe duda es que hay que escudriñar a fondo y sin miedo la Naturaleza, pues, como decía San Ambrosio, el gran arzobispo de Milán que convirtió a San Agustín, “la Naturaleza es la mayor maestra de la verdad”.

Numerosos Santos de muy distinto carácter y formación, y entre ellos la madre Angelita y los padres Poveda y Rubio, los tres andaluces canonizados recientemente por Juan Pablo II, nos han hablado de la renovada necesidad de estar en conversación espiritual y adoración silenciosa ante el Santísimo para encontrar luz, fortaleza, consuelo, ánimo y esperanza. El Papa intelectual Paulo VI aconsejaba en su carta encíclica *Mysterium fidei* del año 1965: “Durante el día, los fieles no omitan el hacer la visita al Santísimo Sacramento, que debe estar reservado en un sitio dignísimo con el máximo honor en las iglesias, conforme a las leyes litúrgicas, puesto que la visita es prueba de gratitud, signo de amor y deber de adoración a Cristo, Nuestro Señor, allí presente”.

La Eucaristía (etimológicamente, acción de gracias) es el memorial de la muerte y resurrección del Señor y fue instituida por Cristo mismo en el Cenáculo de Jerusalén en la tarde del Jueves Santo durante la celebración de la Pascua con sus doce discípulos en la Última Cena. La Eucaristía anticipa la angustia de Jesús en Getsemaní cuando sudó sangre, su agonía y muerte en la cruz el Viernes Santo y su glo-

riosa resurrección al tercer día, y así lo proclama el pueblo después de la consagración: “Anunciamos Tu muerte, proclamamos Tu resurrección”. En el diálogo introductorio de la Plegaria eucarística participa también el pueblo en la acción de gracias a Dios del Prefacio y con la recitación o el canto del himno del *Sanctus*: “Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del Universo, llenos están el Cielo y la Tierra de Tu gloria”. El Papa Juan Pablo II ha subrayado en su relevante decimocuarta carta encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, publicada el Jueves Santo del presente año en su veinticinco aniversario de pontificado, que la Eucaristía es verdaderamente “mysterium fidei”, un misterio impenetrable de fe y de luz que supera nuestro conocimiento y que es “fuente y cima de toda la vida cristiana”, según proclamó el Concilio Vaticano II.



Los acontecimientos del misterio eucarístico que tuvieron lugar en la noche antes de la pasión y crucifixión de Jesús han sido descritos por San Mateo, San Marcos y San Lucas en sus respectivos evangelios y por San Pablo en su primera carta a los Corintios: Tomó en sus manos el pan, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: «Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros». Después tomó en sus manos el cáliz del vino y les dijo: «Tomad y bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi Sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía». El “mysterium paschale” —en él que se inscribe también el “mysterium eucharisticum”— se enmarca en el “triduum sacrum”, es decir, en el lapso que va de la tarde del jueves hasta la mañana del domingo, y concierne a lo que ocurrió durante la Última Cena en el Cenáculo y después en el Huerto de los Olivos y en el Gólgota.



San Juan, el discípulo predilecto, inició la narración del sermón de Jesús en la Última Cena comentando que el que había amado tanto a los suyos los amó hasta el fin, dándoles la más suprema lección de amor que puede darse. Repetidas veces en su discurso Jesús da a sus discípulos, cada vez con más ternura, un mandamiento nuevo: "Que os améis los unos a los otros como yo os he amado". Jesús pone también especial énfasis en afirmar que Él es la verdad cuando durante la cena dice a Tomás: "Yo soy el camino, la verdad y la vida". Por último, en su oración al Padre, Jesús ruega por sus discípulos antes de despedirse de ellos con esta hermosa petición: "Santifícalos en la verdad; tu palabra es verdad".

El Amor y la Verdad están grabados en lo más íntimo del corazón y de la mente humana y, como enseñó Jesús en sus predicaciones, son el único camino en la vida para ser hombres libres y de bien. Así lo ratifican los cuatro evangelistas y San Pablo en sus epístolas a los Romanos y Gálatas. El amor —no sólo a los amigos sino a los enemigos— vence al egoísmo y al odio y la verdad nos hace libres. Según refiere San Juan, Jesús manifestó a los

judíos que habían creído en él que la libertad se funda en la verdad: "Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres". En su carta encíclica *Veritatis splendor* (1993) Juan Pablo II trató sobre la fundamentación de la moral y concluyó que existe un vínculo insondable entre libertad y verdad y que la libertad se realiza en el amor y la moral se basa en la verdad.

Según expone también San Juan en su Evangelio, Jesús declaró en el primer interrogatorio de Pilatos que había venido al mundo para dar testimonio

de la verdad, pero no respondió a la pregunta del gobernador romano ¿Qué es la verdad?. La verdad es siempre un tema candente que ha sido abordado abiertamente y con valentía por los pontífices, empezando por San Pedro después de sus tres negaciones indignas antes de que cantara el gallo. En el siglo VII, San Gregorio Magno, doctor de la Iglesia y gran amigo de San Leandro, proclamó sin rodeos ni ambages: "Si la verdad escandaliza, dejemos que se produzca el escándalo antes que renunciar a la verdad". Y en nuestro tiempo, Paulo VI —el Papa dubitativo del "sí, pero"— reafirmó con toda

la responsabilidad y autoridad de su cargo y con una rotundidad que no admite titubeos: "El cristiano no rechaza nunca la verdad". Decía San Agustín que "negar la verdad es el adulterio del corazón", de lo que se infiere que si miserable y traidor es el engaño, más triste y deplorable aún es el desengaño que a la larga genera su desenmascaramiento.

Crear es confiar más que dudar, pues el que cree tiene esperanza e ilusión. La verdad está en la certeza de lo poco que sabemos y en la duda de lo mucho que ignoramos, y el amor es un pozo sin fondo, un

horizonte sin límites para la práctica del bien. Por ello, los cristianos tenemos que ser al mismo tiempo muy realistas e idealistas, lo que no es nada fácil, vivir con los pies en el suelo y la mirada en el cielo, buscar con franqueza y conocimiento la verdad, por encima incluso de nuestros intereses, ideologías y creencias, y practicar honestamente el bien para con el prójimo. Vivir sin rencor, sacrificarse por los demás y sufrir con resignación son excelsas virtudes cristianas, pero la soberbia es un pecado muy grave y, en cuestiones discutibles, ningún ser humano pue-



de tener la presunción de arrogarse estar en posesión de la verdad.

Juan XXIII, el "Papa bueno", apóstol de la unidad de los cristianos y de la paz entre los pueblos y elevado a los altares por Juan Pablo II, dejó al mundo el legado del Concilio Vaticano II y la encíclica *Pacem in terris*, publicada en 1963, en la que sostiene que las relaciones internacionales han de basarse en la verdad, la justicia, la libertad y el amor; ¡Qué bendición, si este idealismo llega algún día a ser realidad en nuestro mundo! Este convencimiento ha sido aceptado plenamente por Juan Pablo II, que está haciendo un esfuerzo enorme y bienintencionado en defensa de la paz y de la dignidad y solidaridad de todos los hombres, del derecho a la libertad religiosa y del respeto de la conciencia en su camino hacia la verdad y el bien, y ha reunido con estos fines en Asís a los jefes y representantes de las más importantes religiones del mundo, tan cercanas y tan lejanas entre sí, tan humanas y, a veces, tan inhumanas. Este Papa pasará también a la historia por pedir perdón por las ofensas causadas y reconocer los errores cometidos por la Iglesia. Ser paladines del amor y la verdad, de la justicia y la libertad, portando sus estandartes, obliga a mucho, sobre todo si tenemos que reconocer humildemente que nuestras

acciones no han sido buenas o justas o que estamos equivocados en asuntos graves o de bulto. El buen cristiano tiene que estar dispuesto a darlo todo por tan nobles y elevados ideales.

La carta encíclica de Juan Pablo II *Ecclesia de Eucaristía* fue publicada dentro del Año del Rosario, que se inició el 16 de octubre de 2002 con la publicación de su carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, que incluía entre los "misterios luminosos" la institución de la Eucaristía. Juan Pablo II hace notar en su carta encíclica sobre la Eucaristía que "María practicó su fe eucarística incluso antes de que ésta fuera instituida, por el hecho mismo de haber ofrecido su seno virginal para la encarnación del Verbo de Dios... La Eucaristía, como el canto *Magnificat* de María, es ante todo alabanza y acción de gracias... En María Santísima, el misterio eucarístico se muestra, más que en ningún otro, como *misterio de luz*".

Como colofón a este artículo sobre la Eucaristía digamos que para los carmonenses que tienen por Madre a la Virgen de Gracia es consolador y edificante que al comenzar el nuevo milenio Juan Pablo II haya proclamado con entusiasmo al mundo que la Encarnación de Jesús en María, "la llena de Gracia", supera a todas las maravillas que Dios ha hecho en la historia de la salvación.





CAPÍTULO 17

**SANTA ÁNGELA, FARO Y  
CRUZ DE GUÍA**





## SANTA ÁNGELA, FARO Y CRUZ DE GUÍA

Publicado en: *Carmona y su Virgen de Gracia*, Septiembre 2004, pp. 35-38.

*Boletín de Cofradías de Sevilla* 549, Noviembre 2004, pp. 857-858.

**Manuel Losada Villasante**

*Si alguno quiere venir en pos de mí,  
niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.*

Mateo 16, 24; Marcos 8, 34



Sí, ella efectivamente quiso olvidarse por completo de sí misma, cargar complaciente con su cruz y seguir con lealtad y devoción al Maestro, y así de sencilla y rotundamente lo hizo, predicando con la palabra, pero sobre todo ¡y de qué manera! con el ejemplo. “Qué distinto es enseñar con los libros y la teoría a enseñar con la práctica”. Un día, la zapaterita Angelita Guerrero, nacida en 1846 en el seno de una humilde y honrada familia en la plazuela sevillana de Santa Lucía, decide consagrar sin paliativos su vida a Jesús, ser su discípula fiel e ir incondicionalmente tras Él, y elige voluntariamente su distintivo, la cruz, convencida de que en el amor a la cruz, que endulza todas las amarguras, está la felicidad: “¡Oh

cruz santa y bendita! qué pocos seguidores tienes; no quieren probar tus dulzuras por no saborear tus amarguras... ni saben que el secreto de las riquezas está en la pobreza”.

Sor Ángela empuña con entereza el estandarte de la cruz como medio eficaz de santificación y, decidida y valiente, se pone delante a la cabeza de su procesión; tras ella caminan en filas interminables, con paso firme y suave, silenciosas, sonrientes y alegres, sus hermanas en Cristo, sin retroceder ni volver la cara atrás, desafiando todos los acontecimientos de la vida, les pase lo que les pase. Humildad, caridad, esperanza, abnegación, privaciones de todo género, sensibilidad exquisita, mansedumbre, prudencia, obediencia, honradez, trabajo, responsabilidad, recogimiento, fortaleza, gratitud... son sus invencibles y pacíficas armas angélicas. En la vida del Maestro encuentra madre Angelita todos los caminos que llevan a la perfección, pero ninguno como el de la cruz. Las Hermanas de la Cruz no desprecian tampoco, en palabras de su fundadora, ninguna de las pruebas que les presenta el Señor, sino que las ven como perlas preciosas venidas de las manos de Dios para formar la corona eterna.

Sor Ángela prototipo de mujer andaluza a carta cabal, de mente clara y equilibrada, corazón grande, puro y limpio, y voluntad y generosidad a prueba aprendió de Cristo en la cruz que, por encima de todo, está la voluntad de Dios: "Padre, que no se haga mi voluntad, sino la tuya". Hermosa es la frase "voluntad de Dios", pero acompañada de obras, y la madre alerta así a sus hijas: "Sed muy constantes en la oración; en ella estudiad mucho la voluntad de Dios, y una vez conocida entregaos de lleno a su cumplimiento, y la paz inundará vuestras almas y se la comunicaréis a todos los que os traten... Trabajad sin recompensa, sin querer ni desear más que trabajar por amor a Dios, y en el amor está la recompensa... El amor, y no el premio, debe ser el móvil de nuestras acciones".

La verdad indiscutible para madre Angelita que las Hermanas de la Cruz deben tener siempre presente es inconcebible para el que sólo cree en la vida material y terrena: "Que nada santifica como hacer la voluntad de Dios". No hacer nunca nuestra propia voluntad, sino la de Dios, pero abrasadas siempre en deseos de consolar a nuestros prójimos. Nuestro Señor se complace en vernos practicar con sentimiento de solidaridad lo que a la naturaleza le cuesta, nada más que porque vemos es su santa voluntad. Es entonces, dice sor Ángela, cuando la cruz se nos hace muy ligera y todo parece poco: la pobreza, la mortificación, las humillaciones. ¡Qué dulce es para una Hermana de la Cruz la voluntad de Dios, en la que está toda la felicidad de la vida espiritual! Sor Ángela termina proclamando: "Levantaría un altar a la voluntad

de Dios, para estar siempre adorándola". No cabe duda de que Santa Ángela de la Cruz es un faro de luz y bondad, una fuente inagotable de misericordia y ternura que buscó la gloria de Dios en todo y ante todo y sacrificó heroicamente y de manera insobornable su vida en aras de los más elevados ideales de amor al prójimo.

Nunca podremos agradecer bastante a las Hermanas de la Cruz el precioso regalo que nos han hecho a todos los que consideramos a Santa Ángela

un dechado inalcanzable de virtudes cristianas con la publicación de *Un tesoro en vasija de barro* (Roma 1997). En la Presentación de este valiosísimo librito escribe el padre José María Javierre que el "pronunciario" de sor Ángela surge como un corolario natural de la fe vivida y practicada, que evita plantear inquietudes. A continuación añade el prolífico escritor de vidas escogidas: «Me hubiera gustado saber qué opinaba de estos "pensamientos" el ilustre "cavilante" que se llamó Pascal». Personalmente creo, como hombre y como científico,



que ciertamente es muy bueno y recomendable para orientar y fortalecer nuestras mentes y ennoblecer nuestros corazones buscar la verdad siguiendo las enseñanzas recibidas de los sabios y practicar el bien siguiendo el ejemplo de los santos; éstas son nuestras más seguras, preciosas y preciadas guías. Según sor Ángela, "al prójimo se le ayuda mucho haciéndole comprender con ejemplos prácticos lo que es la verdad y las ventajas de seguirla para ser honrados y útiles en la sociedad... ¡Quién tuviera la ciencia de saber ser bueno!".



Blaise Pascal (1623-1662) ha sido uno de los más grandes escritores religiosos de la humanidad, además de un genio científico como matemático y físico, que en plena juventud asombró a sus contemporáneos en el inicio de la Revolución Científica como “niño prodigio” con el invento de la primera máquina digital de calcular. En las cartas conocidas como *Las Provinciales*, Pascal enfatiza la unión del alma con el Cuerpo Místico de Cristo a través de la caridad, alineándose con los que creen que el ideal de perfección es inseparable de la vida cristiana. En su *Apología sobre la Religión Cristiana* –que la terrible enfermedad que sufrió con ejemplar resignación y su temprana muerte no le permitieron publicar, si bien sus seguidores lo hicieron posteriormente en repetidas ediciones con el inapropiado título de *Pensées* (Pensamientos)– Pascal, entregado ya a la ayuda a los pobres y a una vida de piedad, insiste en que los hombres sólo pueden llegar a Dios por Jesucristo, puesto que ninguna criatura hubiera podido nunca conocer lo Infinito si el Verbo no hubiera asumido la naturaleza humana encarnándose en María Virgen.

Según Pascal, la luz y las tinieblas se entremezclan y entreveran tan estrecha e íntimamente en nuestras vidas que sólo puede salir triunfante quien tiene la pura visión del que ha vencido al egoísmo y a la ambición y posee la fe del humilde, que no necesita pruebas. Pascal resumió gran parte de su filosofía en su clarividente metáfora: “El corazón tiene razones que la mente ignora”, y son precisamente las razones del corazón las que busca en vano la mente si se autolimita y sólo se atiende a razones científicas. Frente a los que, con comprensible engreimiento, sólo admiten lo que a *priori* les dicta la diosa razón, hay quienes, como don Francisco de Goya (1746-1828), sopesan los triunfos, limitaciones y desviaciones de la soberbia humana y objetan que, si bien es cierto que “todo se vuelve visiones cuando los hombres no oyen el grito de la razón”, también lo es que “el sueño de la razón produce monstruos”.

Es indudable que para el científicismo no hay más razón que la razón científica, pero como hombres no podemos sustraernos a otras verdades igualmente válidas, entre ellas, y muy por encima de todas, la razón moral. La Verdad y el Amor están profundamente enraizados en la mente y el corazón del hombre. Una gran parte de la humanidad valora los nobles sentimientos de altruismo, concordia y paz incluso por encima de la inteligencia y la sapiencia, y considera que la ciencia y la técnica –fuentes invaluable e indiscutibles de conocimiento, progreso, poder y bienestar– no bastan si en su arrogancia y prepotencia ignoran o desprecian los valores humanos. Con razón afirmaba el premio Nobel argentino de Fisiología o Medicina Bernardo Houssay (1887-1971) que “nada es más temible que la ciencia sin conciencia”.

La misma razón que pide al hombre creer en la inmortalidad del alma le impide que así lo crea y se empeña en desengañarle, como si se tratara de una falsa ilusión, de que le espera otra vida más allá del tránsito de la muerte, después del ineludible “paso”, el más definitivo, desconcertante y angustiante de la vida individual. Entre ambas actitudes no hay conciliación posible. El hombre es un ser racional y mortal y sabe que la vida es un viaje sin retorno, en una sola dirección y sin ninguna parada, y que la propia muerte que para muchos es la separación del alma del cuerpo es la única puerta posible para entrar en la vida eterna, si es que ésta existe. Razón y corazón, vida y muerte, temporalidad y eternidad ¡qué enigmas!

Santa Teresa (1515-1582), una de las pocas doctoras de la Iglesia, tuvo una concepción alegre y esperanzadora de la muerte y expresó con sabiduría y su peculiar gracia y donaire la perplejidad a que le conducían las cavilaciones entre sus pensamientos y sentimientos: “Mientras menos lo entiendo más lo creo”. Pero la mística santa de Ávila –la caballerosa ciudad medieval de santos y cantos– no dudó que la vida empieza con la muerte: “Vivo sin vivir en mí y tan

alta vida espero que muero porque no muero". En *La vida es sueño*, acaso uno de los dramas más famosos del teatro español del Siglo de Oro, Calderón de la Barca (1600-1681), estricto teólogo cristiano, subraya que la vida es sueño y que hacer el bien no se pierde ni aún en sueños. También Cervantes (1547-1616) escribió en *La Galatea* que "es nuestra vida un sueño". Al comentar el eterno tema de qué es la vida, el interrogante de más honda inquietud humana, el noble escritor y filósofo vasco-salmantino Miguel de Unamuno (1864-1936) dice que "la sentencia de la vida es sueño lleva como correlativo esta otra: la muerte es vela... Al morir despertamos del sueño de la vida, y la muerte es una realidad, una vela".

¿Estará ahora sor Ángela –que tantos turnos de vela pasó en contemplación espiritual y adoración silenciosa delante del Santísimo Sacramento para encontrar luz, ánimo y consuelo– velando gozosa en el otro mundo delante de Dios, contemplando la gloria y el esplendor de Su rostro? Ni en la mente ni en el corazón de sor Ángela, inundados de amor a Dios

y de la esperanza de gozar de Su visión por toda la eternidad, podía tener cabida la idea derrotista de algunos científicos y no-científicos de que el destino del hombre esté limitado a este valle de lágrimas y tristezas y se reduzca a la ciega oscuridad de la tumba y al inexorable vacío de la nada.

Legiones de sabios y santos han buscado con fruición a Dios sin reposo. Así, nuestro premio Nobel aragonés Santiago Ramón y Cajal (1858-1934), contemporáneo de sor Ángela –que con increíble

fe y tesón logró, mirando sin pestañear sus preparaciones microscópicas, entresacar e individualizar de la maraña del tejido nervioso su unidad estructural y funcional, la neurona– nos dejó escrito con su preciso y respetuoso estilo: "Al sabio solamente le ha sido dado desentrañar la maravillosa obra de la Creación para rendir a lo Absoluto el culto más grato y acepto: el de estudiar sus portentosas obras, para con ellas conocerle, admirarle y reverenciarle". La vida de madre Angelita fue un continuo alabar y dar gracias a Dios por todas las cosas creadas. Para ella,

la alegría que resulta de la paz es el distintivo de los que verdaderamente aman a Dios. Muy repetidas veces nos recuerda sor Ángela que nuestra misión en el mundo es buscar a Dios con paciencia y dulzura, en la verdad y la justicia, y dar a conocer su mayor gloria.

La ciencia es una de las más nobles y sólidas conquistas del género humano, pero el progreso puede resultar pernicioso, existiendo en los tiempos modernos el peligro de posponer el hombre a la máquina. El genial físico Albert Einstein (1879-1955)

consideró que el progreso tecnológico es como un hacha, y estimó que la caridad y el amor están por encima de todo lo demás. En su muy conocido libro *La incógnita del hombre*, el premio Nobel de Fisiología o Medicina francés Alexis Carrel (1873-1944) –hoy tan de actualidad por haber sido el primero en cultivar órganos, tales como el corazón y el riñón, fuera del organismo vivo– se mostró convencido de que "el misticismo cristiano constituye la forma más elevada de actividad religiosa". Para Carrel, "la Iglesia Católica Romana, con su profundo conoci-



miento de la psicología humana, ha dado un puesto mucho más elevado a las actividades morales que a las intelectuales”.

Sor Ángela –portadora de la cruz, guía luminosa de los descarriados, madre de los pobres y menesterosos, y ejemplo de las más excelsas aspiraciones humanas– es no sólo santa, sino también una sorprendente mujer de letras, carrera que dice el académico José María Javierre “comenzó en la Cuaresma de 1873 en unas cuartillas con letrita de escuela primaria, abundantes vacilaciones sintácticas y notorias faltas de ortografía”. Sus pensamientos, escritos en estilo llano, pero con hermoso y escogido vocabulario, son ricos en esencias espirituales de valor incalculable que promueven en nuestro corazón y en nuestra mente ansias de ser mejores, nos llenan de paz y amor, y nos solidarizan con el dolor de los que sufren y las necesidades de los que no tienen nada, ni siquiera esperanza. Quienes lean sus reglas y consejos sentirán que tocan en sus almas teclas dormidas o marchitas que despiertan ilusionados sonos de gloria para dar gracias a Dios y bendecirle. Los escritos de sor Ángela están llenos de paradojas a lo divino: “En las amarguras de la vida, en los sufrimientos de nuestros prójimos, en los padecimientos propios de nuestro interior, en llevar la cruz contentas, en eso está el verdadero gozar... No hay más goces en este mundo que el amor. Vengan lo que llaman penas; para el que ama es gozar”.

Después de esta asombrosa reflexión viene ahora a cuento referir un lance entrañable de amor y dolor que le ocurrió a San Juan de la Cruz (1542-1591), el santo homónimo de Santa Ángela de la Cruz, que tanto me la recuerda por su sintonía con este “pensamiento” de la santa y por afinidad de afinidades más, sobre todo después de leer las biografías que ha escrito el padre Javierre sobre ellos. Dicho episodio ocurrió cuando el sufrido monje-poeta carmelita se dirigía, después de ser designado su prior, a la ermita-convento de El Calvario en el límite oriental de Andalucía, cerca del

nacimiento del Guadalquivir. Según cuentan tanto José María Javierre como el hispanófilo inglés Gerald Brenan (1894-1987), Juan de la Cruz se detuvo a descansar unos días en el convento fundado por Teresa de Jesús tres años antes en Beas, un pueblo que yace en un valle de tierras rojas, casas blancas y campos verdes al pie de la Sierra de Segura entre álamos, olivos y riachuelos. En una ocasión en que estaba charlando en el locutorio con las monjas, la priora pidió a dos jóvenes hermanas que cantasen alguna coplilla al estilo teresiano. Las hermanas empezaron su canto:

Quien no sabe de penas  
en este valle de dolores,  
no sabe cosas buenas  
ni ha gustado de amores,  
pues penas son el traje de amadores...

La refinada sensibilidad de Juan de la Cruz, acentuada por su debilidad y cansancio, hizo que se sintiera tan sobrecogido por la emoción al oír esta canción que las lágrimas brotaron de sus ojos y tuvo que asirse con las manos a la reja y pedir con un gesto a las cantoras que callasen, que por favor dejasen de cantar. Así permaneció asido a la reja durante una hora sin poder moverse ni hablar. Al recobrase del trance les dijo a las monjas que el Señor le había hecho comprender el valor del sufrimiento y que se sentía muy apenado de que “por sus pocas penas” había podido ofrecerle tan poco. Una de las cantoras dejó escrito este comentario: “Causó en mí y en las demás religiosas mucho amor y gusto en el padecer; nos admiramos de ver un hombre que sentía no haber padecido aún más penas por el que tanto padeció por nosotros”. Estremece reconocer en esta bella historia la humildad y exquisitez de un santo que tanto había sufrido por la maldad inquisitorial de los propios hermanos de su orden y que superó con el corazón las limitaciones de la razón de “saber no sabiendo”, de “entender no entendiendo”, “toda ciencia trascendiendo”. No es nada fácil, sino muy difícil, ser padres, maestros,

priores y guías ejemplares de almas en el mundo de cada día, como lo fueron San Juan y Santa Ángela.

Es para mí un privilegio haber sido invitado por nuestro Hermano Mayor a escribir estas páginas para la revista *Carmona y su Virgen de Gracia* en unas fechas de tanta relevancia en la historia cultural y religiosa de nuestro pueblo. El año próximo se conmemora en efecto el quinto centenario de la fundación en 1505 por el arcediano maese Rodrigo Fernández de Santaella (1444-1509) de la Universidad de Sevilla como "Colegio de Santa María de Jesús" y "Estudio General". La capilla del Colegio de la Puerta de Jerez, donde está sepultado el fundador, es de enorme belleza y su altar fue preciosamente decorado por el pintor Alejo Fernández. Maese Rodrigo, judío converso de origen humilde y gran devoto de la Virgen María, residió largos años en Bolonia y después en Roma, donde fue predicador de los papas Sixto IV e Inocencio VIII, llegando a ser arzobispo electo de Zaragoza. A este insigne humanista y científico del Renacimiento se deben numerosos textos eclesiásticos y la traducción del latín al castellano en 1509 de la famosa relación de viajes titulada *El libro de Marco Polo*, que acaba de ver de nuevo la luz en la magnífica edición crítica realizada por el catedrático Juan Gil, profundo conocedor del mundo de los judeoconversos. Carmona, que ha dedicado a maese Rodrigo una calle en las vecindades de la casa donde nació y ha dado su nombre al más emblemático de los Institutos de Enseñanza Secundaria de la ciudad, sabrá sumarse con entusiasmo y entrega a los actos que se celebrarán en 2005 para honrar la memoria de su ilustre hijo.

Carmonense como maese Rodrigo fue también en el "Siglo de Oro" Juan Grande (1546-1600), de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, canonizado recientemente por Juan Pablo II y a cuyo nombre ha unido después la Iglesia otros tres santos andaluces: la madre Angelita y los padres

Poveda y Rubio. El año 2005 conmemoraremos también el ciento veinticinco aniversario de la fundación en Carmona en 1880 de la tercera casa filial de las Hermanas de la Cruz, después de las de Utrera y Ayamonte. Sin ellas –risueños ángeles sin alas que calzan alpargatas y se nos aparecen como la gracia de Dios por calles y costanillas, plazas y plazuelas para que nos acordemos de los pobres y de los que sufren y miremos al cielo– la estrella de Andalucía no sería la misma y a todos nos faltaría algo muy necesario para vivir en este fiero mundo: amor, paz, alegría y esperanza. Como diría el inolvidable José María Requena (1925-1998) en una de sus cálidas y sentidas imágenes poéticas semanaseras: El "paso" de las Hermanas de la Cruz nos transmite "ardor divino que enciende hogueras entre la nieve de nuestras almas".

Yo tuve la suerte de estudiar los dos últimos cursos de Bachillerato en el colegio San Francisco de Paula en la calle sor Ángela de la Cruz frente a la pulcra y acogedora Casa Madre de las Hermanas, y de iniciar el curso preparatorio de Farmacia y el primero de Química en la Universidad hispalense, sita entonces en la antigua Casa Profesa de los Jesuitas de la vecina calle Laraña. A los estudiantes camonenses nos llenaba de satisfacción y orgullo al cruzar el bellissimo patio del entonces grandioso edificio universitario sevillano contemplar, erguida en su centro, la majestuosa estatua de nuestro noble paisano. Hoy, la artística estatua está relegada en una esquina de los jardines que rodean el monumental edificio de la Fábrica de Tabacos en espera de una pronta ubicación más digna.

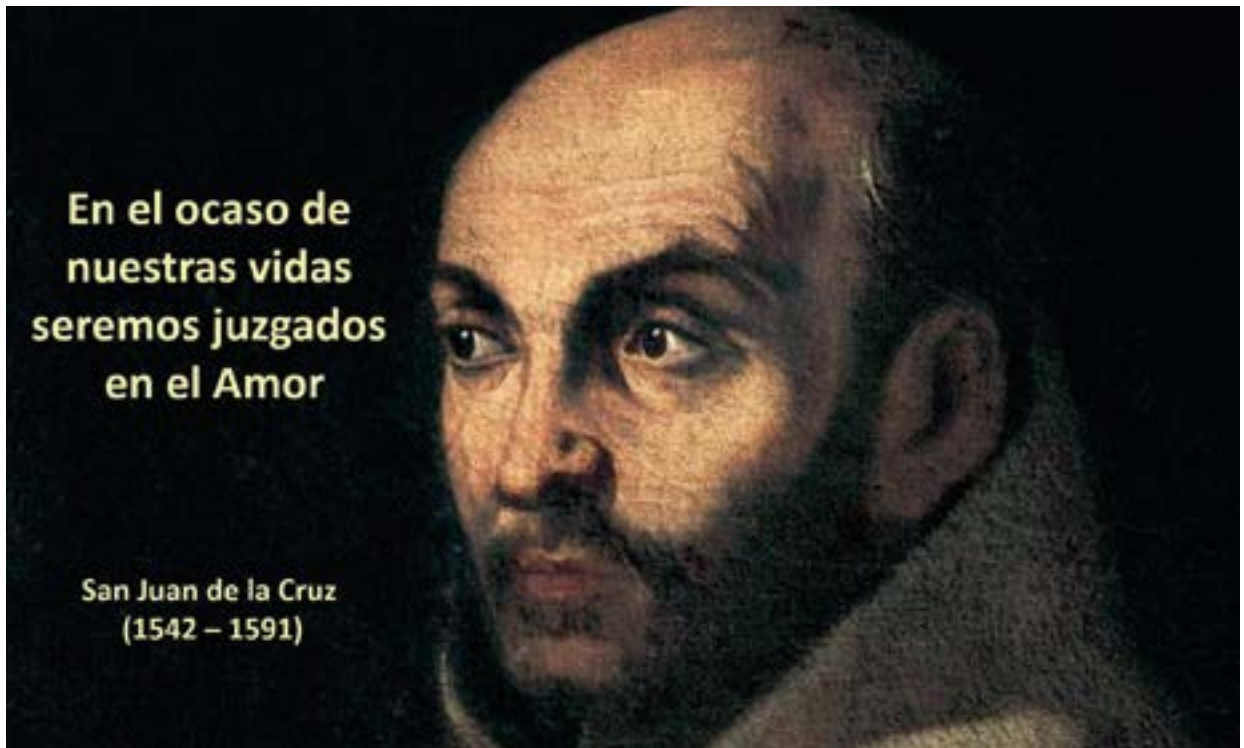
También despertaba en nuestros jóvenes corazones sentimientos de nostalgia pueblerina saber que en la encalada y alegre Casa Madre de las Hermanas de la Cruz había nacido el inspirado poeta de la Baja Andalucía Fernando Villalón (1881-1930), autor de los camperos y románticos

versos que los carmonenses recitan de memoria cuando se lo pide el corazón:

Diligencia de Carmona,  
la que por la vega pasas  
caminito de Sevilla  
con siete mulas castañas...

Quiero terminar mi artículo dedicándolo a la Virgen de Gracia, Madre de Dios y Madre nuestra, y a Santa Ángela, a quien los carmonenses tenemos también por Madre, luz y guía; especialmente por-

que ello me da también motivo para expresar públicamente mi más sincero y profundo agradecimiento a la caridad sin límites de las Hermanas de la Cruz de Sevilla y Carmona en el cuidado de mi madre anciana e inválida durante su prolongada enfermedad. ¡Cuánto bien me han hecho y cuánto me han enriquecido el ejemplo y las enseñanzas de madre Angelita, para mí, además, "madre" por doble motivo! Sus pensamientos son verdaderas joyas y puntilla definitiva para matar el amor propio y las vanidades mundanas: "Tantas alabanzas. Ahora estamos obligadas a ser como dicen y creen que somos".





CAPÍTULO 18

**CARMONA PATRIMONIAL  
Y MAESE RODRIGO**

**V CENTENARIO DE LA  
UNIVERSIDAD DE SEVILLA**







**CARMONA PATRIMONIAL Y MAESE RODRIGO. V CENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA**

Publicado en: *ABC de Sevilla*, pág. 54, 17 de febrero de 2005

**Manuel Losada Villasante**

Los carmonenses amantes de la cultura —que con la ayuda de Dios y de la buena educación debemos aspirar a que lo sea en un futuro próximo la mayoría de la población— están de enhorabuena con la efemérides de la fundación de la Universidad hispano-lusitana y la bien justificada ilusión de que su histórica y monumental ciudad sea declarada por la UNESCO Patrimonio Mundial. Así se desprende de la lectura del espléndido número extraordinario de la revista cultural e informativa *ESTELA* que acaba de ser presentado por su entusiasta director Rafael Méndez y el poeta y escritor Juan María Jaén en la Biblioteca “José María Requena” en un acto presidido por el alcalde y por los delegados de Cultura y Patrimonio y de Turismo, que eficientemente secundan la innovadora labor del corregidor al frente del Ayuntamiento.

Ahonda Carmona —la ciudad más fuerte de la Bética en frase de Julio César— sus raíces en una protohistoria milenaria y extiende sus dominios e influencia desde sus verdes olivares y su casi inabarcable vega de fertilísimas tierras negras hasta la capital del mundo, Nueva York, donde tiene su sede la *Hispa-*

*nic Society of America*. En justa correspondencia con estos hechos, abre la culta revista su ameno y rico sumario con un artículo del conservador de Arqueología de la Sociedad hispano-americana sobre dos ilustres hispanistas de Carmona, Jorge Bonsor y Archer Huntington, y lo cierra con otro del académico de la Historia Jorge Maier, en el que éste da cuenta de valiosos documentos sobre el hallazgo de un tesoro Omeya de monedas de plata, especialmente orientales de Siria e Irak, en el cortijo de Santa Clara, ocultado a comienzos de la segunda mitad del siglo VIII tras la conquista de la ciudad por los árabes. Aprovecha el historiador su narración para rendir homenaje a la figura del farmacéutico Juan Fernández López, que dedicó su vida a la investigación y estudio de la escondida historia antigua de su ciudad natal. Curiosamente fue el recolector de plantas medicinales apodado “Calabazo” —que las suministraba a la farmacia del erudito carmonense— el descubridor en 1868 de la famosa necrópolis romana, secreto que no reveló al boticario hasta 1874. Juan Fernández y Jorge Bonsor fundaron en 1885 la *Sociedad Arqueológica de Carmona*.

Cuando, tras la horrenda guerra civil, comencé en la década de los 40 los estudios de Bachillerato en Carmona, no había todavía en la ciudad instituto de segunda enseñanza y sólo éramos hacia una docena de alumnos los que nos matriculábamos por libre en el Instituto San Isidoro de Sevilla. A muchos puede sorprender gratamente que, una generación antes, Severo Ochoa se examinara como alumno libre en el emblemático instituto en 1920. Ahora, la Universidad cuenta ya con un número análogo de catedráticos carmonenses. En contrapartida, los estudiantes de entonces recibíamos una enseñanza casi tutorial en sacristías, salas de estar, patios, aulas de escuelas, locales cedidos por el Ayuntamiento... de profesores beneméritos, muchos improvisados "amateurs" y algunos consagrados, como doña Isabel Ovin, la primera mujer licenciada en Ciencias Químicas por la Universidad de Sevilla en 1917.

El nombre de Maese Rodrigo era para nosotros poco más que el de una pequeña calle céntrica por la que en aquellos tiempos, y afortunadamente otra vez ahora, después de unos años de tráfico agobiante, sólo pasaban peatones y los ya casi olvidados burros y mulos, dicho sea con el mayor respeto y cariño a estos añorados animales de transporte, acarreo y labranza. En la "casa de la esquina" de la próxima plaza de San Fernando o de Arriba, situada al lado de la farmacia de mi tío Luis, instalé entonces un magnífico laboratorio en el que me formé como

autodidacta en Química y Biología. Hoy, el Instituto de Bachillerato Laboral "Maese Rodrigo", ubicado en un moderno edificio en la carretera de salida hacia El Viso del Alcor, acaba de celebrar sus bodas de oro y es ya Instituto de Enseñanza Secundaria.

En 1946 tuve la fortuna de poder iniciar mis estudios de Farmacia en la Facultad de Ciencias de la antigua "Universidad Literaria Hispalense" de la calle Laraña, en cuyo armonioso patio central se erigía majestuosamente desde 1900 la estatua del fundador en 1505 del "Colegio de Santa María de Jesús" y "Estudio General", embrión de la actual Universidad. No podíamos imaginar entonces los universitarios sevillanos que la bellísima casa que fue "Estudio de la Compañía de Jesús", mencionada por Miguel de Cervantes en su novela ejemplar *Coloquio de Cipión y Berganza*, fuera a ser afeada en nuestros tiempos progresistas para servir de sede nada menos que a la Facultad de Bellas Artes. Carmonenses como Maese Rodrigo fueron también en nuestro "Siglo de Oro" Juan Grande, de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, canonizado recientemente por Juan Pablo II, y la madre de Santa Rosa de Lima, la primera santa americana.

Después de terminar la carrera de Farmacia en Madrid y de una larga estancia en Alemania, Dinamarca y Estado Unidos regresé en 1967 a la Universidad de Sevilla como catedrático de la recién creada Sección de Biología de la Facultad de Ciencias, que

## UNA PLUMA SOBRE SU MESA

**ALFONSO PÉREZ MORENO**

**L**A premialidad es una dimensión necesaria en la vida de la Universidad. «Necesitamos un testigo de nuestro esfuerzo... alguien que ponga la corona de laurel

sobre nuestra cabeza el día del triunfo» (Mauriac). Una de las escenas más emotivas en la película verídica «Una mente maravillosa» es cuando los compañeros del Profesor John Forbes Nash, que ha obtenido el premio Nobel, pasan por su mesa y depositan sus plumas en señal de reconocimiento. Manuel Losada, maestro aromado con sangre carmonense, forma parte

de los pocos escaladores que llegan a la cúspide de la montaña donde habitan los candidatos al premio Nobel. Al festejar aquí su excelente contribución a la creación de la ciencia en la Universidad Hispalense, quiero con esta laudatio poner mi pluma sobre su mesa, y expresar la alegría de compartir su existencia y su obra en nuestra Universidad.

contaba ya desde principios de siglo con la tradicional Sección de Química, a la que se añadirían también durante el ministerio del jerezano Lora-Tamayo las Secciones de Física y Matemáticas. La Universidad de Sevilla aloja hoy una enorme variedad de Facultades de Humanidades y Ciencias y de Escuelas Técnicas. Están ya lejos los tiempos en que el escritor y científico, vecindado en Carmona, Cándido María Trigueros redactó en 1768 para la reforma proyectada por Olavide su "Plan de un nuevo método de estudios". En dicho plan, que se cernía a las Facultades entonces establecidas —Teología, Jurisprudencia, Cánones y Medicina— propugnó el académico Trigueros,

como principio básico, la necesidad de una educación de la juventud.

Para los carmonenses es un verdadero placer, que nos enorgullece en grado sumo, enseñar nuestra artística ciudad patrimonial a cuantos huéspedes ilustres nos visitan. Quedarán para siempre grabadas en mi corazón la de mi maestro en Berkeley Daniel Arnon, descubridor de las reacciones básicas de la Fotosíntesis, y la del tío de mi mujer José O'Callaghan, identificador del fragmento de un papiro del Evangelio de San Marcos, descubierto en la séptima gruta de Qumram.



CAPÍTULO 19

**EN EL PRINCIPIO DIOS  
CREÓ LA LUZ...**





## EN EL PRINCIPIO DIOS CREÓ LA LUZ...

MANUEL LOSADA VILLASANTE

*Yo soy la luz del mundo  
Juan 8,12; 9,5*

### CREACIÓN DEL UNIVERSO E HISTORIA DEL GÉNERO HUMANO

La Creación se inició según el Génesis de manera fulminante cuando al principio dijo Elohim: "¡Haya luz!, y hubo luz" (Gen 1,3). San Juan de la Cruz (1540-1591) –castellano de origen judeoconverso, fundador de la orden reformada de carmelitas descalzos, doctor de la Iglesia y uno de los mayores poetas líricos de cualquier época o país, según juicio del gran hispanófilo inglés Gerald BRENAN (1894-1987)– escribió todo un compendio teológico de la doctrina judeocristiana de la Creación en nueve Romances, más uno añadido, durante la prisión indigna a que le sometieron sus hermanos calzados en una oscura celda de castigo en Toledo. El padre José María JAVIERRE ha comentado en su magnífico libro sobre el Santo que fray Juan puso en verso todas las verdades de la fe, revelando con sumo candor en el primer romance el insondable misterio cósmico del Principio de la Creación:

El moraba en el principio  
y principio no tenía.  
El era el mismo principio  
por eso de él carecía.

Según el relato bíblico, después de crear el firmamento y separar la tierra de los mares, Dios creó en periodos sucesivos las

plantas verdes y los peces, reptiles, aves y mamíferos. Finalmente, dijo entonces Elohim: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (Gen 1,26). La naturaleza, pero sobre todo la vida, y más concretamente la vida humana, es el milagro más grande y enigmático de nuestro mundo. En ella ha culminado de manera portentosa la complejidad natural de composición, estructura y función con una precisión tan fina, una adaptabilidad tan vasta y una perfección tan consumada que sobrepasa todas las maravillas de la moderna tecnología ¡Basta comparar el águila con el Concorde o un tiburón con el Titanic! Nada hay, que sepamos, más admirable sobre la superficie de nuestro planeta que la mente del hombre, salvo quizás su alma y corazón. Y es alucinante constatar que haya sido la propia mente humana, la obra cumbre y broche de oro de la Creación, la que, al margen de la Revelación, ha sido capaz en buena medi-



*Detalle de la Creación del Universo. Fresco de la Capilla Sixtina, Roma. Miguel Ángel Buonarroti (1510-1512).*



*El Pensador.* Escultura en bronce. Museo Rodin, París.  
Auguste Rodin (1880).

da de desvelar el misterio –todavía lleno de cuestiones aparentemente insuperables para la razón y la ciencia– de la Creación del Universo y de la historia del género humano.

Don Santiago RAMÓN Y CAJAL (1858-1934), el inquisitivo investigador aragonés de la anatomía microscópica del cerebro y descubridor de la neurona –la célula nerviosa, el culmen de todos los tipos de células– escribió con su contundente y convincente estilo: “Al sabio solamente le ha sido dado desentrañar la maravillosa obra de la Creación para rendir a lo Absoluto el culto más grato y acepto: el de estudiar sus portentosas obras, para con ellas conocerle, amarle y reverenciarle”. También ha estado claro para los santos, como su contemporánea sevillana Santa Ángela de la Cruz (1846-1932), que su misión en el mundo es buscar a Dios, con

paciencia y dulzura, en la verdad, el bien y la justicia, y dar a conocer su mayor gloria. Para Santa Ángela –que dedicó su vida al cuidado de los necesitados, de los enfermos y de los que sufren– la alegría, que resulta de la paz, es el distintivo de los que aman a Dios. San Juan de la Cruz veía el alma como una acabada y hermosísima imagen de Dios, que llega más a Él creyendo y amando con el corazón que sabiendo y entendiendo con la mente. Dios colma de amor y belleza la Creación, y las criaturas son su rastro maravilloso. Bellísimos y tiernos los versos que el poeta nicaragüense Rubén DARÍO (1867-1916) dedicó “al varón que tiene corazón de lis, alma de querube, lengua celestial, el mínimo y dulce Francisco de Asís” (1182-1226), otro gran santo enamorado de la obra del Creador.

Como analizaremos en el apartado dedicado a la Revolución científica, la ciencia y la técnica han logrado ofrecernos paso a paso una visión bien fundada, fascinante y cada vez más completa del origen y la evolución fisicoquímica del Universo, así como del origen y la evolución bioquímica y biológica de la vida en la Tierra, hasta llegar al hombre. Estos logros son indudablemente una de sus más admirables y firmes conquistas, y como todas las grandes conquistas humanas ha sido ardua, dolorosa, apasionada y apasionante. La ciencia y la técnica constituyen no sólo una fuente fabulosa de conocimiento, sino de poder, riqueza y bienestar; pero para el hombre no sólo es importante la verdad científica, que alcanza con su mente, sino la verdad moral, grabada a fuego en su corazón y en su conciencia.

En su libro *Verdad, valores y poder* (1993), Joseph RATZINGER (1927-) ad-



vierte: "Un hombre de conciencia es el que no compra tolerancia, bienestar, éxito, reputación y aprobación públicas renunciando a la verdad. En ello coincide Newman con otro gran testigo británico de la conciencia, con Tomás Moro". El premio Nobel de Fisiología o Medicina francés Alexis CARREL (1873-1944) presagió en su famoso libro *La incógnita del hombre* (1935) que "la atención de la Humanidad debe volverse, de las máquinas y la materia inanimada, al cuerpo y al alma del hombre. Realmente el hombre está por encima de todas las cosas". Otro premio Nobel de Medicina o Fisiología, el argentino Bernardo HOUSSAY (1887-1971), subrayó que "no hay nada más temible que la ciencia sin conciencia". En nuestra época, el reflexivo y muy humano escritor Miguel DELIBES (1911-), conocedor a fondo del alma profunda y mística de Castilla, ha puntualizado que "el progreso mecánico material calienta el estómago, pero enfría el corazón". El papa Benedicto XVI ha señalado también recientemente que el verdadero progreso es el humanismo que une a la Humanidad y la aleja del mal y la mentira, el que nos acerca a Cristo, y la caridad es, ante todo, comunicación de la verdad.

La verdad y el amor están profundamente enraizados en la mente y el corazón del hombre, y son los pilares básicos en que los hombres de buen juicio y de bien sustentan racional y espiritualmente sus cono-

cimientos, sentimientos y creencias. Para el gran filósofo griego PLATÓN (¿427-347 aC), discípulo de SÓCRATES (¿470-399 aC) y maestro de ARISTÓTELES (384-322 aC), "Dios nos ha dado dos alas para volar hacia Él: el amor y la inteligencia". De hecho, para los cristianos, *Dios es Luz, Verdad, Amor y Vida*. También la belleza es inherente a la naturaleza, y sus encantos están grabados

| Tiempo (años)       | Acontecimiento              |
|---------------------|-----------------------------|
| 15000 millones      | "Big-bang"                  |
| 5000 millones       | Sistema Solar               |
| 4500 millones       | Tierra                      |
| 3500 millones       | Células procaríóticas       |
| 1500 millones       | Células eucarióticas        |
| 4500 - 500 millones | Precámbrico                 |
| 500 - 200 millones  | Paleozoico                  |
| 200 - 100 millones  | Mesozoico                   |
| 100 - millones      | Cenozoico                   |
| 5 millones          | Ancestro hombre-chimpancé   |
| 1 millón            | <i>Homo erectus</i>         |
| 50 mil              | <i>Homo sapiens sapiens</i> |

*Cronología del Universo y de la vida en la Tierra.*

hasta los tuétanos desde el inicio de la historia del género humano en nuestro propio ser. ¡Véanse los animales pintados en la roca de las cuevas de Altamira! El saber de los sabios, el arte de los artistas y la santidad de los santos deben guiarnos y ayudarnos a vivir con alegría y en paz por los misteriosos laberintos de un mundo agridulce e inquietante, a veces engañoso y brutalmente malvado. Sabiduría, santidad y belleza deben ser nuestras más preciadas y preciosas guías. La ciencia para nuestra mente y la religión para nuestro co-

razón y nuestra alma deben complementarse y equilibrarse para ayudarnos a entender y vivir plenamente la vida en amor y verdad. A decir verdad –y valga la redundancia–, no podemos olvidar que *el amor todo lo alcanza* y, como atestigua el dicho popular, “nadie tiene más razón que un santo”. De hecho, el notable físico y matemático francés Blaise PASCAL (1623-1662), profundo pensador cristiano, llegó a la conclusión, ciertamente sorprendente para un científico, de que “la fe es una guía aún más firme que la razón”.

El hombre bueno y racional, y en concreto el cristiano, tiene que partir del principio obvio de que la fe sana e infalible ha de fundarse necesariamente y antes que nada en la Verdad, y es por tanto absolutamente incompatible con lo que no sea verdad. La verdad es el único camino en la vida, y no hay otro, por muchas vueltas que se le den. Ésta es su verdadera grandeza, fortaleza y dignidad. Una fe que se base en la mentira es desgraciada e irremisiblemente falsa e indigna, y en consecuencia merecedora del mayor descrédito. En una entrevista que le hicieron recientemente al renombrado filósofo Julián MARÍAS (1914-2005), de arraigada fe católica, declaró que a los seis años prometió “no mentir nunca” y que lo había cumplido siempre. El gran físico judeo-alemán Albert EINSTEIN (1879-1955) reconoció con clarividencia: “la ciencia sin religión es coja, y la religión sin ciencia es ciega”. Por su parte, el papa Grande Juan Pablo II (1928-2005) ma-

nifestó sabia y sensiblemente que “la ciencia puede purificar la religión del error y la superstición, mientras que la religión puede purificar la ciencia de la idolatría y absolutos falsos”.

En su décima Carta encíclica de 1993 *Veritatis splendor* (El esplendor de la verdad) y en su continuación *Fides et ratio* (Fe y razón), Juan Pablo nos advier-



*La Anunciación. Colección particular.  
Francisco de Goya (1785).*

te que cuando el hombre no se preocupa de buscar la verdad y el bien, la conciencia se queda casi ciega, añadiendo: La conciencia debe estar iluminada por el Espíritu Santo, debe ser pura y manifestar claramente la verdad. *La verdad es universal e incuestionable*, y por su propia naturaleza es válida para todos y para siempre. Verdad y libertad o bien van juntas o juntas perecen miserablemente: “La verdad os hará libres” (Jn 8,32). La eminente filósofa fenomenológica ale-

mana Edith STEIN (1891-1942) –carmelita descalza conocida como Benedicta Teresa de la Cruz, muerta en las cámaras de gas del campo de concentración de Auschwitz por su ascendencia judía y canonizada en 1998 por el papa Juan Pablo, que la declaró patrona de Europa en 1999– manifestó también con valentía su convicción de que “la misericordia de Dios no queda circunscrita por los límites de la Iglesia: Dios es verdad. Todos los que buscan la verdad buscan a Dios, tanto si lo tienen claro como si no”. Lo mismo podemos afirmar respecto al amor: Dios es amor. Todos los que aman al prójimo aman



a Dios. "Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia" (Mt 5,7).

## ENCARNACIÓN Y RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO

EL Concilio Vaticano II, clausurado en 1965, proclamó que "el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado". La Encarnación de Jesucristo, culminada en el misterio pascual, es el eje del tiempo. La fe de los católicos descansa esencialmente y con firmeza en los misterios de la Encarnación y Resurrección del Hijo de Dios, sus auténticos avales y temas centrales del Nuevo Testamento. Si no fuera así, el mensaje de Jesús se quedaría sólo en un mensaje memorable de amor y de paz, pero lleno de difíciles y equívocos interrogantes. Aunque dudemos—pues creer no es saber a ciencia cierta—, los católicos creemos con confianza en las verdades esenciales y correctamente interpretadas de la *Sagrada Biblia* y en las bien documentadas y sólidamente establecidas enseñanzas de la Iglesia, y así lo confesamos en el *Credo*. No confesamos con soberbia saber con absoluta certeza, sino creer humildemente y con sinceridad en Dios Padre todopoderoso y en la Encarnación y Resurrección de nuestro Señor Jesucristo, anunciando su gloria y proclamando su verdad.

Hay que resaltar que el movimiento ecuménico para llegar a la deseada unidad



*Descendimiento*. Museo del Prado, Madrid. Rogier Van der Weyden (1438).

de todos los cristianos encontró por parte de la Iglesia su expresión culminante en el Concilio Vaticano II. El escándalo que supone la desunión de los cristianos exige conocimiento, estudio y reflexión y, sobre todo, amor, confianza y espíritu de verdad por parte de todos. Y no sólo para lograr la unión de los cristianos, sino para lograr en paz y en verdad la unidad de todos los hombres de buena voluntad, pues todos somos hijos de Dios, hechos a su imagen y semejanza. El lenguaje de la verdad y del amor es sencillo y luminoso como la luz.

La herencia profunda del Concilio sirvió de arranque en 1986 a la quinta Carta encíclica *Dominum et vivificantem* (El Espíritu Santo) —que siguió a la primera, *Redemptor hominis* (El Redentor del hombre) y a la segunda, *Dives in misericordia* (Rico en misericordia)— de su Santidad Juan Pablo II. En ella, el Papa declara que el pensamiento y el corazón de la Iglesia se dirigen al Espíritu

Santo en la perspectiva del tercer milenio de la venida de Jesucristo al mundo hace dos mil años. En efecto, su venida se mide según el cómputo del tiempo como un acontecimiento que pertenece a la historia del hombre en la Tierra. Cristo, concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, fue efectivamente el motivo del gran Jubileo del año 2000.

En su sexta Carta encíclica *Redemptoris Mater* (La Madre del Redentor), Juan Pablo II proclama que el plan creador de Dios se revela plenamente al llegar "la plenitud de los tiempos" con la Anunciación que, según los *Evangelios* de Mateo y Lucas, hace en Nazaret el ángel a María, la llena de gracia, por haber sido elegida antes de la fundación del mundo para ser Madre del Hijo de Dios, el Emmanuel del Antiguo Testamento. Esta "gracia" determina la extraordinaria santidad y belleza de la Virgen María, que contemplamos con gozo todos los hijos de Carmona cuando la visitamos en la iglesia de Santa María y cuando acompañamos con embeleso y aflicción a sus preciosas y piadosas imágenes durante las procesiones de Semana Santa. El donarse que Dios hace de sí mismo a toda la Creación y directamente al hombre alcanza en el misterio de la Encarnación uno de sus vértices. Ésta es ciertamente la obra cumbre entre todas las donaciones de gracia en la

historia del hombre y del cosmos: "Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su Hijo unigénito" (Jn 3,16).



La Resurrección. Museo del Prado, Madrid. El Greco (1599).

Con su *fiat*, "hágase en mi según tu palabra" (Lc 1, 38). María se confía a Dios totalmente y sin reserva como esclava del Señor. Cuando en aquellos días María se puso con presteza en camino para visitar a su prima, "Isabel se llenó del Espíritu Santo y clamó con fuerte voz: ¡Bendita tu entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿De dónde que venga a mí la madre de mi Señor?... Dichosa la que ha creído que se cumplirán las cosas que le han sido prometidas de parte del Señor" (Lc 1,41-43,45). María entonó entonces el cántico conocido como *Magnificat*: "Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador... porque ha hecho

en mí maravillas el Todopoderoso... Por eso me llamarán bienaventurada todas las generaciones..." (Lc 1,46-55).

Crear, subraya paternal, responsable y concienzudamente el papa Juan Pablo, quiere decir "abandonarse" en la verdad misma de la palabra del Dios vivo, sabiendo y reconociendo humildemente cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos, y aceptando plenamente con el corazón abierto todo lo dispuesto en el plan divino.



María es dichosa porque ha creído y sabe –la única criatura que ciertamente lo sabe– que ha concebido al Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo con el poder del Altísimo que ha extendido su sombra sobre ella. Para los católicos, que siguen con fe la enseñanza de la Iglesia, Jesucristo, el Hijo de Dios, fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo. De ser efectivamente cierto, este misterio –que, desde San José, confesamos los cristianos ensimismados y agradecidos en el alma al rezar el *Angelus*– sobrepasa de tal manera y hasta tal punto la capacidad de nuestra mente que los racionalistas acérrimos “creen” que no puede ser verdad; aparte de que, como es indudable, tampoco ellos saben con certeza que no lo es.

En la Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (El nuevo milenio) del año 2001, Juan Pablo II comenta que el misterio de Cristo tiene verdaderamente su expresión culminante en la solemne proclamación del evangelista Juan, el discípulo amado y, como Mateo, testigo directo de cuanto narra: “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria como Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Jn 1,14). Juan Pablo nos alienta recordándonos que la Iglesia confiesa continuamente que Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre. Como el apóstol incrédulo Tomás ante el hecho para él en principio también increíble de la Resurrección, la Iglesia exclama penosamente: “¡Señor mío y Dios mío!” (Jn 20,28).

Siguiendo la versión rimada del prólogo del Evangelio de San Juan –“En el principio era el Verbo... y el Verbo era Dios... Todo fue hecho por Él, y sin Él no se hizo nada de cuanto se ha hecho. En Él estaba la vida, y

la vida era la luz de los hombres... Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo... La gracia y la verdad vinieron por Jesucristo” (Jn 1,1-17)–, San Juan de la Cruz cantó también en su primer romance el insondable misterio del amor que unió desde el principio al Padre y al Hijo. Pero “a Dios nadie le ha visto jamás; el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, lo dio a conocer” (Jn 1,18). San Juan de la Cruz comenta con entusiasmo que el Verbo –la Palabra, la acción, la fuerza creadora– vivió desde el principio una dicha inmensa en la esencia divina:

En el principio moraba  
el Verbo y en Dios vivía  
en quien su felicidad  
infinita poseía.

Fray Juan describe la Creación y se adentra en el misterio de la Encarnación del Verbo en los tres romances siguientes:

Porque en todo semejante  
él a ellos se haría  
y se vendría con ellos  
y con ellos moraría  
y que Dios sería hombre  
y que el hombre Dios sería...

para terminar en el octavo con la realización del misterio en María:

Y el que tenía solo Padre,  
ya también Madre tenía,  
aunque no como cualquiera  
que de varón concebía,  
que de las entrañas de ella  
él su carne recibía,  
por lo cual Hijo de Dios  
y de el hombre se decía.

La Eucaristía (etimológicamente, acción de gracias) es el ceremonial de la pasión, muerte y Resurrección de Jesucristo, y fue instituida por Él mismo en el Cenáculo de Jerusalén cuando celebraba la Última Cena con sus doce discípulos. En su relevante decimocuarta Carta encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (La Iglesia vive de la Eucaristía), hecha pública en 2003, año del Rosario, Juan Pablo II enfatiza que la Eucaristía es verdaderamente *mysterium fidei*, un misterio impenetrable de fe y de luz que supera nuestro conocimiento y es "fuente y cima de toda la vida cristiana".

Los evangelistas Mateo (Mt 16,21; 17,22-23; 20,18-19) y Marcos (Mr 8,31; 9,31; 10,33-34) narran en sus evangelios respectivos que Jesús había manifestado con anterioridad a sus discípulos que había de sufrir pasión y ser condenado a muerte y que resucitaría al tercer día. Lucas, por su parte, cuenta la profecía de la pasión (Lc 9, 44). Juan refiere las conversaciones de Jesús con Marta antes de resucitar a su hermano Lázaro: "Dijole Jesús: Yo soy la resurrección y la vida... Dijole ella: Si, Señor, yo creo que tu eres el Mesías, el Hijo de Dios..." (Jn 11, 25-27).

Mateo, Marcos y Lucas nos han revelado con casi las mismas palabras que tres de los primeros y más queridos apóstoles de Jesús (Pedro, Santiago y Juan) contemplaron la *transfiguración* de su Maestro –presagio de su Resurrección y glorificación– cuando éste les llevó consigo aparte a un monte alto, seguramente el Monte Tabor: "Su rostro resplandeció como el sol y sus vestiduras se volvieron blancas como la luz" (Mt 17,1-2; Mc 9,2-3; Lc 9,28-29). Pero ¿qué clase de luz fue la luz gloriosa que vieron los apóstoles escogidos en la transfiguración?

En el comienzo de la narración del sermón del Señor en la Santa Cena, San Juan refiere que Jesús pone especial énfasis en afirmar que Él es la verdad cuando dice a Tomás: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Jn 14,5-6). Prosigue San Juan su narración con el mandamiento nuevo que Jesús dio a sus discípulos, a los que había amado tanto: "Este es mi precepto: que os améis los unos a los otros como yo os he amado" (Jn 15,12). Por último, en su oración al Padre, Jesús ruega por sus discípulos antes de despedirse de ellos con esta hermosa oración: "Santifícales en la verdad, tu palabra es verdad" (Jn 17,17). ¡Qué hermoso lema para ser cumplido por todos los hombres: ¡Santificarse en la verdad! San Juan expone después la sobrecolegadora y trascendente declaración que hace Jesús en el primer interrogatorio de Pilatos: "Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad oye mi voz" (Jn 18,37).

Los acontecimientos pascuales son también el tiempo de la venida del Espíritu Santo: "El Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo... y el Espíritu de Verdad, que procede del Padre, os dará testimonio de mí" (Jn 14,26; 15,26). La elevación de Cristo por el Espíritu Santo alcanza su culmen en la Resurrección. Cuando los discípulos se encuentran encerrados en el cenáculo y, por dos veces, se presenta Jesús resucitado, les saluda diciéndoles: "La paz sea con vosotros". Al despedirse repite el mismo saludo y añade: "Recibid el Espíritu Santo" (Jn 20,19-22,26). ¡Qué consolador es siempre pedir al Padre que nos reconforte con los dones del Espíritu Santo!: Caridad, gozo espiritual, paz, paciencia, bondad, longanimidad, fe, modestia, continencia y castidad.

Los cuatro evangelistas describen a su modo la pasión y Resurrección de Jesús y sus posteriores apariciones. A este respecto, quisiera referirme breve y especialmente a Pedro, testigo excepcional, como Juan, de la pasión y Resurrección del Señor, y a Pablo de Tarso, el convencido y celoso fariseo que Cristo convirtió para su causa. Con la sencillez y franqueza del rudo pescador que lloró amargamente sus tres negaciones al pastor de los rebaños que él mismo había de apacentar después como primer obispo de Roma y papa de la cristiandad, Pedro nos transmitió en sus dos epístolas y en los *Hechos de los Apóstoles* el amor, la confianza y la verdad de los fundamentos de su fe, refrendados con el martirio. ¡Qué hermosas exhortaciones!: "Cristo, presente en la mente de Dios antes de la Creación del mundo, se ha manifestado en el momento cumbre de la historia por amor a vosotros, los que por Él creéis en Dios, que le resucitó de la muerte y le llenó de gloria" (1Pe 1,20). "Renunciad, pues, a toda malicia, a todo engaño, hipocresía, malicia o maledicencia" (1Pe 2,1). "Glorificad en vuestro corazón a Cristo, el Señor, y estad siempre dispuestos a dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pida, pero con mansedumbre y respeto y en buena conciencia" (1Pe 3,15-16).

Por su parte, en su primera carta a los Corintios, Pablo, "llamado por la voluntad de Dios a ser apóstol de Cristo Jesús" (1Cor 1,1), atestigua: "Primero y ante todo os he transmitido lo que yo mismo he recibido, que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, que fue sepultado, que resucitó al tercer día, según las Escrituras, y que se apareció a Cefás, luego a los doce... Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana también nuestra fe... Pero la verdad es que

Cristo ha resucitado de entre los muertos..." (1Cor 15,3-5,14,20).

San Juan de la Cruz –que fue especialmente sensible a los dolores y sufrimientos del Señor en su pasión– murió piadosa y dulcemente acercando un pequeño crucifijo a sus labios y repitiendo con confianza antes de expirar las palabras de Jesucristo en el Calvario: "En tus manos encomiendo mi espíritu" (Lc 23,46) ¡Cuántos carmonenses no habrán sentido en lo más íntimo de su ser profunda pena y agudo estremecimiento al ver pasar por calles y plazuelas las conmovedoras esculturas de Jesús nazareno y Jesús crucificado, y, esperanzados como San Juan, le habrán igualmente pedido que reciba también su espíritu cuando les llegue la hora de la muerte!

## LA REVOLUCIÓN CIENTÍFICA

Desde los clásicos griegos sabemos que la admiración y la duda son el principio de la sabiduría. Ya en nuestra era, San AMBROSIO (340-397), el sabio arzobispo de Milán y padre de la iglesia que convirtió al también padre de la Iglesia y obispo de Hipona San AGUSTÍN (354-430), fue consciente de que "la naturaleza es la mayor maestra de la verdad". Después de los grandes descubrimientos conseguidos por la ciencia, esta afirmación ha visto ratificada absolutamente su verdad. El genial artista e ingeniero italiano Leonardo Da VINCI (1452-1519), típico hombre del Renacimiento y uno de los primeros en demoler los muros ya en ruinas de la balbuciente ciencia medieval, recalcó: "La verdadera ciencia empieza con la observación: todas aquellas ciencias que no nacen de la experimentación, la madre de toda certeza, son creencias vanas y llenas de errores".

Para este excepcional artista y científico "no existe diferencia entre la ciencia y el arte; una y otro son los medios para descubrir el Universo creado por Dios".

La Revolución científica, que había de colocar a la Tierra y al Sol en su sitio en el Universo y de poner al hombre en camino, era inminente desde el descubrimiento de América por Cristóbal COLÓN (1451-1506) en 1492 y de la primera vuelta a la Tierra por Fernando de MAGALLANES (1480-1521) y Juan Sebastián ELCANO (¿1476-1526) treinta años después. "Bendita sea la luz y el que nos la envía", rezaban gozosos al ver salir el sol al amanecer cada mañana los marineros que desde el puerto de Sevilla hacían la "carrera de Indias". La Sevilla renacentista fue capital científica y tecnológica del siglo de los descubrimientos, coincidiendo su esplendor con la fundación en 1505 de su Universidad Literaria por el clérigo carmonense de origen judeoconverso Maese Rodrigo FERNÁNDEZ DE SANTAELLA (1444-1509), traductor de los viajes de Marco Polo.

El astrónomo polaco Nicolás COPÉRNICO (1473-1543), canónigo de la catedral de Frauenburg, y el anatomista flamenco Andrés VESALIO (1514-1564), profesor en Bolonia y Padua y médico de la Corte DE Carlos V (1500-1558) y Felipe II (1527-1598), publicaron en 1543, un siglo después de la invención de la imprenta, sendos libros magistrales que hicieron derrumbarse el sis-



*Descomposición en colores de la luz blanca.*

tema astronómico ptolemeico y derrocaron simultáneamente la biología prevalente desde el tiempo de los griegos; en consecuencia, se tambaleó también todo el edificio intelectual del medioevo.

Fue precisamente este estado de cosas lo que hizo posible, a comienzos del siglo XVII, que otro genial italiano, el físico y astrónomo Galileo GALILEI (1564-1642), pusiera los cimientos para la fundación de la Ciencia con sus famosos experimentos y nuevos instrumentos (balanza, termómetro, barómetro, cronómetro, telescopio, microscopio, máquinas de vacío y de electricidad). El telescopio y el microscopio permitieron tender una escala que sirvió de puente para unir el mundo de lo infinitamente remoto y distante con el de lo infinitamente reciente y cercano, de lo infinitamente complejo con lo infinitamente simple, del *macrocosmos* con el *microcosmos*. Galileo descubrió con su telescopio que la "Vía Láctea" o "Camino de Santiago" se resolvía en miríadas de estrellas,



así como un sistema planetario en miniatura, las "lunas de Júpiter" girando alrededor de este planeta. Galileo fracasó en su intento de medir la velocidad de la luz "en la Tierra", pero su descubrimiento celestial permitiría en 1676 al astrónomo danés Oler ROEMER (1644-1710) medir "desde la Tierra" la *velocidad de la luz* ( $c = 10^8 \text{ m s}^{-1}$ ), una de las más importantes *constantes universales* que rigen las leyes del Universo.

Francis BACON (1561-1626), influyente pensador inglés contemporáneo de Galileo y defensor y propagador como él del Método científico, partió en sus razonamientos de la base de que lo primero que creó Dios fue la luz. El mismo año en que moría Galileo en Italia nació en Inglaterra otro de los gigantes de la ciencia, Isaac NEWTON (1642-1727), que en 1665, su "annus mirabilis", empezó a desarrollar las ideas y conceptos sobre la gravitación (otra constante universal) y la composición y naturaleza de la luz y su posible función energética que le harían universalmente famoso. En su *Principia mathematica* (1687), Newton presentó una nueva visión comprensible y revolucionaria del Universo, cuya estructuración material y capacidad de evolución concibió en toda su grandeza sobre la base de corpúsculos elementales, entre los que, adelantándose en varios siglos a la evidencia

experimental, incluyó los de la luz, hoy llamados *fotones o cuantos de luz*. La gloria de este cerebro privilegiado del género humano fue cantada de forma insuperable por el poeta inglés Alexander POPE (1688-1744): "La naturaleza y sus leyes yacían escondidas en la noche. Dijo Dios: ¡Hágase Newton!... y todo fue luz". Para el también gran matemático y filósofo alemán Gottfried LEIBNIZ (1646-1716) "lo que pone el colmo a la belleza y a la perfección de las obras divinas es que el Universo marcha sin cesar hacia un orden de cosas más completo".

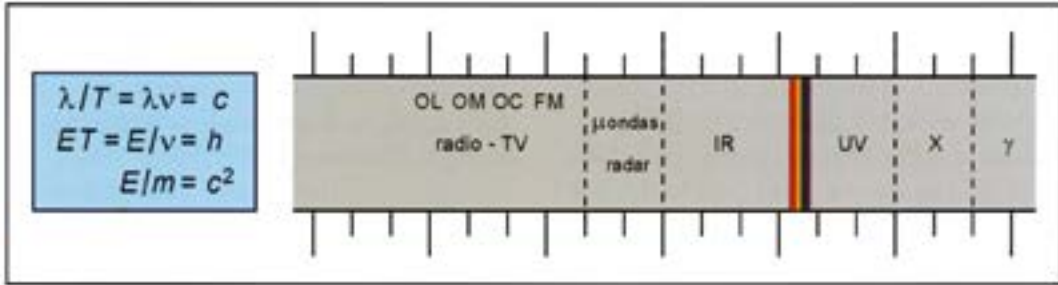
En 1669, el alquimista alemán Henning BRAND (1630-1710), contemporáneo de Newton —quien también mostró al final de su vida gran interés por la alquimia— realizó un descubrimiento de enorme trascendencia buscando la "piedra filosofal" en la orina, cuyo color dorado parecía así sugerirlo. Brand descubrió, evaporando la orina y calcinando su residuo seco, el elemento



*Descubrimiento del fósforo*, Derby Museum & Art Gallery, Londres, Joseph Wright (1771).

## Descubrimiento del Fósforo

**Henning BRAND**  
1669



Espectro electromagnético de la luz. La luz visible cubre sólo una pequeña franja del espectro.

químico que bautizó con el nombre de *fósforo*, "portador de luz", el mismo nombre con que muchos siglos antes había designado el sabio griego PITÁGORAS (¿580-¿500 aC) al lucero de la aurora, tan querido por los carmonenses y grabado en el escudo de su ciudad. Si alguno de los elementos lleva en sí la "chispa de la vida", es el fósforo, cuya sal fosfato es la "moneda energética", la verdadera fuerza vital de todos los organismos vivos, incluido el hombre.

El físico británico Michael FARADAY (1791-1867), otra de las figuras estelares de la ciencia, defendió con firme convicción que todas las fuerzas de la naturaleza tienen un mismo origen, aunque se manifiesten de distinta forma. El hecho de que la luz, la electricidad y el magnetismo pudieran interactuar hacia muy plausible esta interpretación, que conduciría a la formulación de la teoría electromagnética de la luz. Faraday descubrió las leyes de la electrolisis y la constante que lleva su nombre. Esta constante lleva implícita la existencia de la unidad elemental de carga eléctrica negativa, el electrón. Para este gran genio, así como para el célebre biólogo francés Louis PASTEUR (1822-1895) y para otros muchos científicos, ir en pos de la Ciencia es esencialmente ir en pos de la Verdad, y las leyes físicas son reflejo de la Gran Causa que gobierna el Universo.

También para el físico alemán Máx PLANCK (1858-1947), descubridor de una de las más trascendentes constantes universales, la constante h que lleva su nombre, y padre de la física cuántica, la búsqueda de las leyes del Universo constituyen el más sublime propósito de la vida del científico. La teoría de los cuantos ha explicado definitivamente la naturaleza de la luz –no sólo de la visible, sino de la infrarroja, ultravioleta, ondas de la radio, TV y radar, rayos X y gamma– así como su absorción y radiación por los cuerpos. Digamos finalmente que Einstein, el sabio que descubrió hace exactamente un siglo la ecuación que relaciona la equivalencia entre masa (m) y energía (E) mediante el cuadrado de la velocidad de la luz ( $E/m = c^2$ ) y que mejor conoció las leyes que gobiernan el Universo, hizo el siguiente comentario teológico: "Aunque es cierto que los resultados científicos son enteramente independientes de cualquier tipo de consideraciones morales y religiosas, también es cierto que justamente aquellos hombres a quienes la ciencia debe sus logros más significativamente creativos fueron individuos impregnados de la convicción auténticamente religiosa de que este Universo es algo perfecto y susceptible de ser conocido por medio del esfuerzo humano de comprensión racional".

Utilizando los mismos métodos y apa-

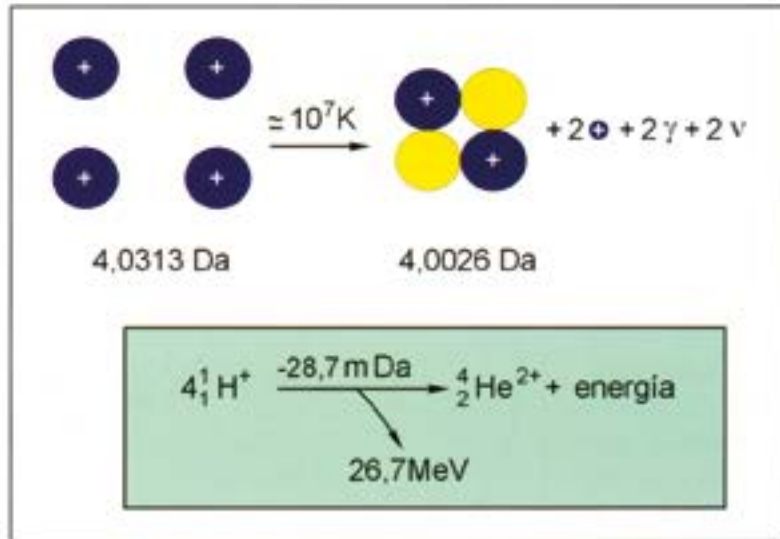


ratos que Galileo, Newton, Faraday, Planck, etc. –aunque indudablemente renovados y perfeccionados–, los científicos han sido capaces de detectar directamente el origen del Universo, viendo el resplandor de la luz residual de la explosión que tuvo lugar hace unos 15.000 millones de años, así como de seguir los pasos de la evolución fisico-química, bioquímica y biológica de la luz

original hasta llegar al hombre. Uno de los descubrimientos más importantes de nuestro tiempo ha sido sin duda el de la llamada “radiación de fondo” del big-bang, reconocido con la concesión del premio Nobel de Física en 1978 a los astrofísicos norteamericanos Robert WILSON (1936-) y Arno PENZIAS (1933-).

**LUZ, MATERIA, VIDA Y MUERTE**

Quizás la ecuación más simple e importante del Universo sea la descubierta hace un siglo por la mente simplificadora y clarividente de Einstein que establece la equivalencia entre materia y energía; nada menos que casi un trillón de unidades de energía por unidad de masa. Así, los durísimos rayos gamma se pueden convertir en materia; cada fotón gamma da lugar a dos partículas: un electrón y su antipartícula, el positrón. También se ha demostrado el proceso inverso: una partícula se aniquila cuando se encuentra con su



*Origen de la luz por fusión nuclear. Cuatro núcleos de hidrógeno se unen para dar uno de helio. En el proceso, que tiene lugar a temperaturas de decenas de millones de grados, se aniquila la masa y convierte en energía radiante.*

antipartícula, y la materia se transforma en energía. La vida –tal como ocurre en nuestro planeta y probablemente en cualquier otro si la hubiere– no sería posible si no fuera por el proceso físico de conversión de materia en luz por fusión nuclear que tiene lugar en el Sol y por el subsiguiente proceso biológico de conversión de la luz solar en energía química –en último término, fosfato energizado– que tiene lugar en la biosfera mediante los procesos de la fotosíntesis y la respiración.

Todo lo que existe en el Universo comenzó por no existir y procede del destello inicial que tuvo lugar hace quince mil millones de años, y todo en él está hecho de partículas y átomos, siendo uno de los descubrimientos más notables de la Astronomía que las radiantes estrellas sean los crisoles donde se generan los átomos de los elementos químicos –hacia un centenar de átomos distintos, pero los mismos en todo el Universo– a partir de hidrógeno y helio. Al acto original

de la Creación de ¡hágase la luz! siguió –de acuerdo con las leyes programadas e impuestas de manera implacable por las constantes universales, que se pueden contar con los dedos de las manos– la evolución fisicoquímica y, en nuestra Tierra, la evolución bioquímica, molecular, celular y biológica que condujo a la aparición gradual de las criaturas y finalmente al hombre, hace varias decenas de miles de años ¡Nadie ni nada más que un Poder omnipoten-

te y un Saber omnisciente ha podido crear el Universo y la mente humana, que ha sido capaz de descubrir estas maravillas! ¡Y Nadie más que un Amor infinito ha podido poner su nido en el corazón de la humanidad!

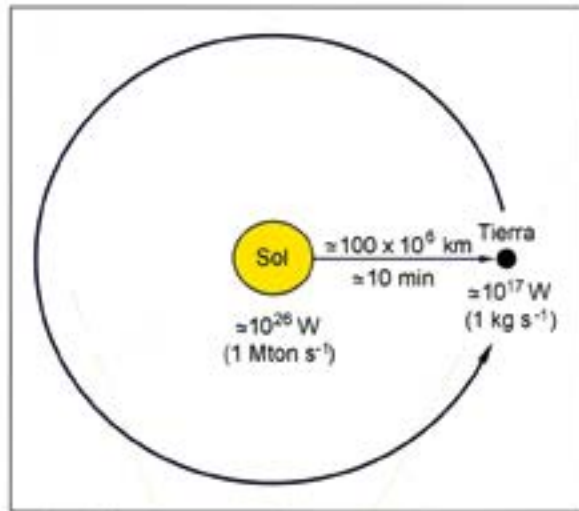
Los hombres deseamos y podemos comprender, necesitamos comprender, tenemos que comprender... que buscar y encontrar la Verdad, que orientarnos para seguir libremente el verdadero camino en la vida, que saber qué debemos hacer. Los cristianos creemos en un Principio creador sabio, bueno y eterno; que los hombres hemos sido creados a su imagen y semejanza, y que el Universo y nuestras vidas tienen sentido. No creemos que la vida humana tenga su fin en el vacío y la nada; no queremos ser pesimistas, aunque haya mentes privilegiadas que piensen que "después de tanto, todo para nada".

San Juan de la Cruz llegó a saber no sabiendo, a entender no entendiendo, toda ciencia trascendiendo. El humilde fraile carmelita nos dio también con suma sencillez sus normas ascéticas para, partiendo de la nada, llegar a gustarlo todo, a saberlo todo, a poseerlo todo, a serlo todo... Los hombres debemos creer que hemos sido creados para amar, para saber, para vivir y ser creativos, para esperar en una vida eterna.

Al recordar desde

su amado Puerto Rico, la "isla de la simpatía", a tres de sus queridos y admirados amigos –Antonio MACHADO (1875-1939), Miguel de UNAMUNO (1864-1936) y Federico GARCÍA LORCA (1898-1936)– el andaluz universal de Moguer Juan Ramón JIMÉNEZ (1881-1958) dijo con bellísima imagen poética que "los tres habían ido, cada uno a su manera, a mirarle a Dios la cara".

Hoy sabemos que la energía de la luz del Sol permite que las pequeñas moléculas inorgánicas del agua, aire y tierra que las plantas verdes toman de su entorno se unan entre sí y conviertan en sillares moleculares orgánicos y en las grandes moléculas y complicadas estructuras celulares propias de la materia viva y en aire vital (oxígeno), que finalmente las quema y cierra el ciclo. Todo el mundo vivo se nutre así de la luz del Sol, a

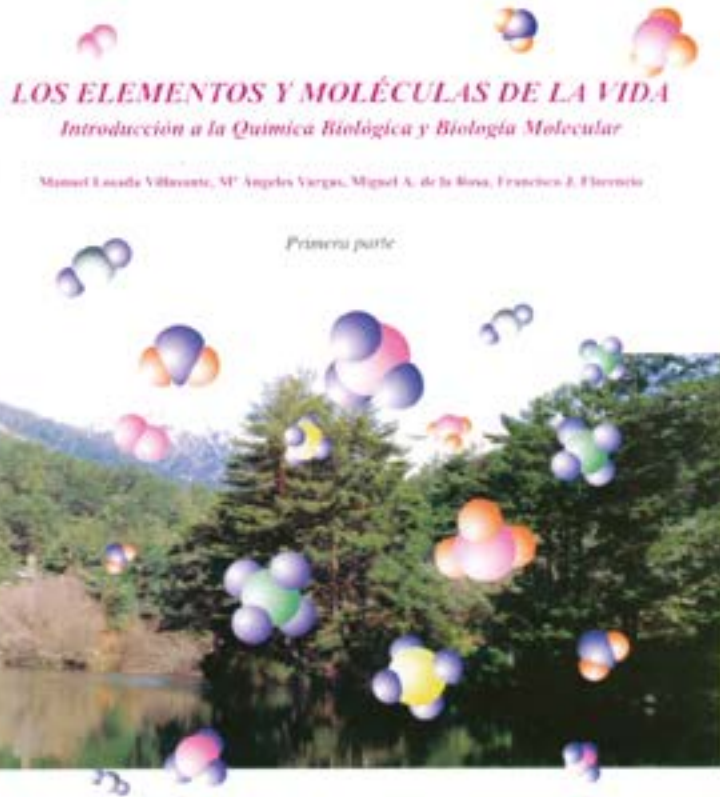


*El Sol, fuente de energía y vida. El Sol aniquila su masa a razón de un millón de toneladas por segundo. A la Tierra llega sólo una milimillonésima parte de la energía generada: casi un trillón de vatios, o sea, un kilo de luz por segundo.*

EN EL PRINCIPIO DIOS CREÓ LA LUZ...

través de la energía y materia que recibe del reino vegetal. También sabemos que nuestros cuerpos son obviamente materia carnal y que, como tal materia viva organizada, se desmiembran, deshacen y descomponen tras la muerte biológica en polvo y ceniza durante los posteriores procesos de descomposición biológica (respiración) y química (combustión). La materia viva cicla y recicla y pasa continuamente de unos seres vivos a otros y del mundo orgánico al inorgánico, y viceversa. Pero ¿en qué se transforman tras la muerte nuestras almas, si realmente existen como seres anímicos y son en esencia incorpóreas, distintas de la materia y con vida eterna? ¿Seremos al morir "seres lumínicos", "cuerpos gloriosos", sin las trabas ni la debilidad de la carne, con sólo la fuerza del espíritu? Así lo presintió el profundo teólogo y poeta Fray Luis De LEÓN (1527-1591) en su hermosísima oda a Felipe Ruiz, tan confiada y llena de esperanza:

¿Cuándo será que pueda  
libre de esta prisión volar al cielo  
y contemplar la verdad pura sin velo?



Editorial Revue

Conversión de la luz solar por el reino vegetal. Las moléculas de los nutrientes de las plantas del agua, aire y tierra aparecen representadas como mariposas en vuelo.

Allí a mi vida junto,  
en luz resplandeciente convertido,  
veré distinto y junto  
lo que es y lo que ha sido,  
y su principio propio y escondido.

Entonces veré cómo  
la soberana mano echó el cimiento  
tan a nivel y plomo.







## CAPÍTULO 20

# DEL SOL Y LOS OLIVARES







## DEL SOL Y LOS OLIVARES

Publicado en: *Carmona y su Virgen de Gracia*, Septiembre 2006, pp. 79-83

**Manuel Losada Villasante**

*Los olivares al sol  
del campo de Andalucía  
son cocinas silenciosas  
del verde aceite de oliva.*



Hace unos meses, con motivo de la fiesta de la exaltación del aceite de oliva en Osuna, en la que fui distinguido por mis investigaciones sobre la fotosíntesis, pronuncié unas palabras de agradecimiento en loor de este exquisito manjar de los soleados olivares andaluces. Inicé mi discurso pidiendo perdón a los queridos ursonenses por leer a modo de "chuleta" unas cuartillas que había escrito especialmente para la ocasión y explicando las razones que me habían movido a huir de improvisaciones, razones que ciertamente no eran las mismas que solía aducir nuestro inolvidable amigo y paisano José María Requena en ocasiones similares. En efecto, en actos tan significativos y emotivos como el que ahora comento, el ingenioso y elocuente escritor solía decir que a él le pasaba lo que a los polvorones: que si le quitaban el papel se desmoronaba y quedaba hecho polvo. Yo, por otra parte, creo que no siem-

pre se debe alabar la tan elogiada improvisación latina. Por el contrario pienso que a veces es recomendable rumiar de antemano lo que se debe decir, y por ello quise aprovechar una oportunidad tan grata y memorable para hacer algunos comentarios y reflexiones que me parecieron y siguen pareciendo convenientes. Estoy convencido de que las ocasiones y circunstancias hay que buscarlas, pero sobre todo saber aprovecharlas.

Las enseñanzas de los sabios, el genio de los artistas y el ejemplo de los santos son las más lúcidas luminarias para vivir contentos y en gracia de Dios y andar bien iluminados y orientados por este calidoscópico y enigmático planeta. En concreto, los científicos tenemos la obligación moral de buscar con obsesión la verdad y de proclamarla con claridad y transparencia públicamente por encima de todo. La indudable verdad es la verdad rotunda e irrefutable de los hechos. La verdad es sólo una y universal y no puede haber verdades contrarias. A mi, como auténtico científico y fiel humanista cristiano, me causa verdadero pavor y profunda turbación y tristeza constatar que hay personas de gran inteligencia y buena voluntad que, en cuestiones transcendentales,

creen que es mentira lo que otras, igualmente inteligentes y de bien, aceptan y testifican como verdad. Y viceversa, me preocupa sobremanera saber que existen hombres capacitados que creen que es verdad lo que otros, asimismo bien formados y bienintencionados, creen que no lo es. Aunque bien los



unos o bien los otros tienen indiscutiblemente que estar equivocados en las importantes cuestiones en litigio, a todos nos conforta saber que ni la conciencia recta ni el corazón limpio nos engañan nunca.

Durante el rosario y la romería a su ermita y los días de la novena en su engalanada y grandiosa iglesia pidamos a coro esperanzados, como carmonenses conscientes y de buena fe, a la Virgen María, Madre de Jesucristo y Madre nuestra, que el Espíritu Santo ilumine nuestras inteligencias y ennoblezca y purifique nuestros corazones para que como Ella, la bienaventurada llena de Gracia, sepamos aceptar con humildad y confianza la palabra de Dios en la Anunciación del misterio insondable de la Encarnación, así como también la verdad de la Buena Nueva revelada por su Hijo y avalada con su muerte de cruz y gloriosa Resurrección. Muchos, como San Juan de la Cruz y Santa Ángela de la Cruz, han optado por seguir al que fue crucificado como Hijo de Dios por amor a los hombres, pues creyeron que hay razones fundadas —y más que razones, fe— para creer en su palabra: “Yo soy el camino, la verdad, la resurrección y la vida”. Otros le han valorado sólo como hombre, mientras que otros le han ignorado e incluso perseguido y vilipendiado; otros, en fin, ni han conocido su mensaje de paz y amor ni siquiera han oído hablar de Él. He aquí un dramático pero esperanzador problema lleno de contradicciones que debemos



entre todos resolver para bien de la humanidad.

Osuna, la noble villa ducal, y Carmona, el rutilante lucero de Andalucía, son ciudades patrimoniales hermanas de historias paralelas, pero con distintivos propios muy relevantes y acusados. Osuna con sus famosos bronce y museos, colegia-

ta, universidad y pinturas de Ribera; Carmona con su necrópolis y anfiteatro, puertas amuralladas, iglesia prioral, tablas de Zurbarán y el espejo de las Meninas. Una y otra ahondan sus raíces en la protohistoria y extienden sus vastos y ricos dominios por fértiles campos de olivares, girasoles y cereales al sudeste de la provincia de Sevilla, camino de Granada, y al noreste, camino de Córdoba, por la vía Augusta.

Cuando yo era niño —y más que estudiar jugaba con los de mi pandilla por las calles, plazas, arrabales y campos de Carmona— a todos nos impresionaban las historias de nuestros más destacados héroes y santos —Julio César, San Fernando, Pedro el Cruel, o el Justiciero, maese Rodrigo, San Juan Grande— cuyos episodios más sobresalientes rememorábamos con admiración y estupor. Valga un acontecimiento sonado y de largo alcance: El 17 de marzo del año 45 aC, César, que según sus propios escritos se había hecho fuerte en Carmona —la más fuerte de las ciudades de la Bética— se enfrentó en Munda, en las vecindades de Osuna, a un gran ejército de los hijos de su yerno Pompeyo. Allí se decidió para su suerte

la gloriosa y definitiva victoria del dictador de Roma, pero también se incubó su trágica muerte, ocurrida a mediados del mismo mes (idus de marzo) del año siguiente en la ciudad eterna a manos de sus adictos más allegados. La epopeya de la reconquista de Sevilla por San Fernando,



precedida por las de Osuna y Carmona, también exaltaba nuestras fantasías juveniles. ¡Y qué no decir de la sangrienta batalla del Derramadero, que siguió en la vega de Carmona al duelo en Montiel entre Pedro y Enrique, príncipes hermanos, hijos de un mismo rey!

En el aspecto literario, nos gustaba recitar versos de los poetas más apegados a la tierra andaluza ¡Qué amor a Dios y a la naturaleza, qué plenitud de sencillez y belleza campera y qué calor de lumbre hogareña rezuman *Los Olivos* del sevillano Antonio Machado!:

¡Viejos olivos sedientos  
bajo el claro sol del día,  
olivares polvorientos  
del campo de Andalucía!  
¡El campo andaluz, peinado  
por el sol canicular,  
de loma en loma rayado  
de olivar y de olivar!  
¡Olivares y olivares  
de loma en loma prendidos  
cual bordados alamares!  
Olivares, Dios os dé  
los eneros  
de aguaceros,  
los agostos de agua al pie,  
los vientos primaverales,  
vuestras flores racimadas;  
y las lluvias otoñales  
vuestras olivas moradas.

Olivar, por cien caminos,  
tus olivitas irán  
caminando a cien molinos.  
¡Ciudades y caseríos  
en la margen de los ríos,  
en los pliegues de la sierra!...  
¡Venga Dios a los hogares  
y a las almas de esta tierra  
de olivares y olivares!

¡Y con qué primor de tipos y perfiles y salero de frases y palabras aderezó elegante y refinadamente Federico García Lorca la entonces familiar y entrañable cogida de la aceituna en *Arbolé*!:

Arbolé, arbolé  
seco y verdé.  
La niña del bello rostro  
está cogiendo aceituna.  
El viento, galán de torres,  
la prende por la cintura.  
Pasaron cuatro jinetes  
sobre jacas andaluzas  
con trajes de azul y verde,  
con largas capas oscuras.  
«Vente a Córdoba, muchacha».  
La niña no los escucha.  
Pasaron tres torerillos  
delgaditos de cintura,  
con trajes color naranja  
y espadas de plata antigua.  
«Vente a Sevilla, muchacha».  
La niña no los escucha.  
La niña del bello rostro  
sigue cogiendo aceituna,  
con el brazo gris del viento  
ceñido por la cintura.  
Arbolé arbolé  
seco y verdé.

Otro grandísimo poeta andaluz universal, el onubense Juan Ramón Jiménez, bautizó a García Lorca como "el cárdeno poeta granadí... de cinco razas:

cobre, aceituno, blanco, amarillo, negro, como los anillos de cinco metales para el rayo”.

Puede decirse que yo me crié como brote de olivo entre olivos y a su sombra. Detrás de un olivo y apretados como una piña junto a mi abuelo nos escondíamos sus numerosos nietos



cuando las manadas de toros bravos, guiadas por erguidos garrochistas a caballo y anunciadas por el alegre sonar de las esquilas, pasaban veloces por las veredas de Carmona, caminito de Sevilla, como hubiera dicho Fernando Villalón. Mi padre, abogado y emprendedor de raza, fundó, además de una Cooperativa Eléctrica, la Unión Olivarera, modelo en su género, e incluso trajo a un químico suizo para garantizar con sus análisis la calidad de los aceites y aceitunas que elaboraba la fábrica y cuyo gusto y aroma nunca podré olvidar.

Mi padre —entusiasta promotor de la educación y la cultura—contó entre sus más íntimos amigos con el renombrado pintor de Osuna don Juan Rodríguez Jaldón, residente durante muchos años en Carmona, que lo retrató a él y a mi hermano Pepe, también gran olivarero, y de quien ambos tuvimos el privilegio de recibir en nuestra infancia clases de dibujo. Uno de sus mejores cuadros, que ocupa hoy ufano la pared frontal de mi despacho, es el de una lozana y agraciada carmonense, arropada con el tradicional mantón negro y adornada con una flor blanca en el pelo, con el fondo de una airosa casita de la plaza de Arriba, en cuya buhardilla de alquimista me inicié con bata blanca como boticario de laboratorio. Allí, en silencio claustral, el saber teórico de los libros se enriquecía fabulosamente con el hacer práctico de los experimentos, a veces tan sencillos y tradiciona-



les como la saponificación del aceite de oliva, y los conceptos fraguaban en realidad manual y se hacían vivos.

Durante casi medio siglo mis alumnos de bioquímica me han oído ensalzar la luz del sol en la primera lección de curso: Gracias al Sol vemos y gracias al

Sol y a las plantas vivimos. ¡Somos millonarios! ¡Bendita sea la luz y El que nos la envía! era la oración que alborozados de contento rezaban al amanecer cada mañana los marineros que hacían la Carrera de Indias desde el puerto de Sevilla. Con igual entusiasmo pregonaba en nuestra época el poeta sevillano Manuel Machado: “El secreto de Sevilla, su mayor encanto, es la luz”. Para el inventor americano Thomas Edison —el hombre que más inventos ha patentado en la historia de la humanidad—la hierba, los cultivos y los bosques, es decir, el manto verde de la Tierra, es el mayor invento de la naturaleza.

Investigar es ver lo que otros han visto y pensar lo que nadie ha pensado ni, en consecuencia, demostrado. ¡Cuántos han visto la luz que emite el aceite de oliva al arder en un candil, velón o mariposa y cuántos han sentido el calor que irradia al quemarse el cisco, carbón, orujo o la leña de olivo! Pero qué pocos han pensado la razón de ser de estos fenómenos, tan naturales y notorios como el crecimiento de las plantas, su relación con el medio ambiente o la salida y puesta del Sol. Verdades de Perogrullo que ocultan transcendentales misterios de la naturaleza y que los investigadores no empezaron a descubrir con sus primitivos experimentos y a interpretar racionalmente hasta bien entrado el Siglo de las Luces. Y ya en nuestro siglo de trepidante progreso ¿sabía el gaditano José M<sup>ra</sup> Pemán —y como él otros mu-

chos insignes poetas—cuando tan bellamente cantó a *Este olivo* cuánto deben su fronda, frutos y madera al proceso de la fotosíntesis?

Este olivo, que en este triste día  
 en que está el cielo gris y blanco el suelo,  
 caliente en el hogar mi casa fría,  
 era ayer el encanto y la ufanía  
 de mi olivar bajo el azul del cielo...  
 Y, al fin, cayó... Sus ramas retorcidas,  
 pródigas hasta el fin, ennegrecidas,  
 entre un montón de leñas y de abrojos,  
 aún dan en este hogar luz a mis ojos  
 y calor a mis manos ateridas;  
 como ayer, en las faldas de la sierra,  
 dieron, junto al pacífico arroyuelo,  
 sombra a los caminantes de la tierra  
 y cobijo a los pájaros del cielo.  
 Y así quiero yo ser, como este olivo  
 pródigo hasta morir...

Ha costado mucho a los científicos —a pesar del temprano hallazgo del fuego por el hombre prehistórico y de su íntima asociación desde el Neolítico con el cultivo de las plantas en el Oriente fértil— descubrir que la luz del sol es la fuente universal de energía y vida en nuestro planeta. Los frutos del campo —pan, vino, aceite—son desde tiempos inmemoriales los nutrientes básicos del hombre, que también se alimenta indirectamente de las algas y las plantas a través de los peces y animales terrestres. Pero, sin embargo, hasta época muy reciente no se ha sabido que el reino vegetal capta la luz solar y la transforma en electricidad para romper el agua; a continuación y con increíble sabiduría y eficacia guarda el hidrógeno así generado en los alimentos y demás sustancias que sintetiza, y a más largo plazo en sus productos derivados, los combustibles fósiles (carbón, gas, petróleo, etc.). Esta energía luminosa almacenada se libera durante la respiración como energía fisiológica o durante la combustión como calor y luz, al quemarse el hidrógeno extraído de los productos orgánicos con el aire vital y formar de nuevo agua.

El milagro de la fotosíntesis (fabricación a costa de la luz de complejos compuestos orgánicos a base de simples sustratos inorgánicos: agua, dióxido de carbono y sales) radica en gran parte en que, como todos los procesos vitales, ocurre a nivel cuántico, es decir, a nivel de partículas ínfimas; la propia luz está constituida por cuantos, o fotones. De hecho, en los seres vivos la materia existe en una admirable jerarquía de estados progresivos de organización físico-química y biológica creciente: partículas elementales, átomos, sillares moleculares, macromoléculas, agregados supramoleculares, membranas, orgánulos, células, tejidos, órganos, sistemas, aparatos, organismos, sociedades vegetales y animales. Un olivo, que aparentemente sólo cubre unos cuantos metros cuadrados de suelo, ocupa en consecuencia la superficie real de una extensa finca y tiene la estructura y organización de la más sofisticada fábrica. No sólo la duquesa de Alba; quien tiene un olivo es, sin saberlo, terrateniente y, además, fabricante de vanguardia. Y puesto que el cultivo del olivar está generalizado en la Tierra y son unos seis mil millones de habitantes los que la pueblan, todos somos relativamente ricos en olivares: cada diez tocamos más o menos a un olivo.

El ingeniero americano Charles Kettering, inventor de la puesta en marcha electrónica de los automóviles, al conocer que la luz captada por la clorofila —el pigmento verde de las hojas—es la fuente de energía contenida en los alimentos y en la gasolina que mueve a los motores de estos vehículos, legó su inmensa fortuna a la Fundación que lleva su nombre para investigar los intrínquilos del maravilloso y complejísimo proceso de la fotosíntesis. Pronto serán también los productos agrícolas tal cuales o ligeramente transformados, incluso hasta hidrógeno, los biocombustibles generadores de electricidad para múltiples usos. Otro aspecto muy interesante de la bioenergética, aunque generalmente también desconocido, que debe igualmente ser investigado a fondo por científicos y tecnólogos, es que el fosfato, esa vulgar sal de la tierra, energizado en último tér-

mino por la luz solar, es la “fuerza vital”, la moneda energética universal que mueve al mundo vivo, desde la pulga al elefante, y la que ha levantado iglesias, palacios, murallas y torres. Nuestras mentes piensan, razonan y deciden, nuestros corazones laten, sienten y aman, nuestros riñones filtran y purifican gracias al fosfato energizado por el sol a través de las plantas verdes. Cada uno de nosotros consume al día lo que una bombilla de cien vatios y gasta para vivir diez kilos de fosfato energizado. Para ello ha de alimentarse con alimentos energéticos de calidad, y ninguno mejor que el cada día más valorado y alabado aceite de oliva de nuestras vigorizantes tostadas mañaneras y nuestros refrescantes gazpachos veraniegos, así como otros aceites de semillas vegetales, como el de girasol. En términos de alimentos espirituales, Jesucristo nos da a comer su cuerpo y a beber su sangre bajo las especies de pan y vino en la Eucaristía.

Quisiera terminar este artículo con algunas consideraciones bien sabidas que sin embargo es preciso subrayar una vez más. La ciencia y la tecnología agrícola tienen una sólida

tradición en Andalucía y España desde tiempos de los romanos: el gaditano Columela, el sevillano Abu Zacarias y el toledano Alonso de Herrera escribieron tratados de agricultura modélicos. En nuestra época, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, fundado por Albareda y Lora-Tamayo, ha impulsado vigorosamente la ciencia básica y aplicada; por lo que ahora nos concierne la edafología y biología vegetal, y la tecnología de aceites y aceitunas, creando a la par magníficos institutos. La Ciencia y la Tecnología son las más potentes fuentes de co-

nocimiento, poder, riqueza y bienestar de la humanidad, y los andaluces tenemos que ser conscientes de que la luz, el agua, la tierra y el aire —los cuatro elementos de los clásicos griegos de que se nutre el reino vegetal—son nuestros mayores recursos naturales, pero sin olvidar jamás que lo más importante de todo es siempre el hombre.

Me gustaría despedirme de mis paisanos en esta popular y prestigiosa revista *Carmona y su Virgen de Gracia* con la fantasía andaluza de un moderno nativo de la antigua *Carmo*, la ciudad fenicia del dios

Sol, que enamorado del Universo desde su infancia dedicó con pasión y devoción su vida a desvelar y, en cierto modo, saborear los procesos biofísicoquímicos que de manera prodigiosa se cocinan sabia y suavemente a la luz del astro rey en las entrañas de las verde-plateadas y coriáceas hojas de los sagrados olivos desde que germinan sus semillas hasta que maduran sus frutos. Estos robustos árboles milenarios de gran fuste y poderío —típicamente mediterráneos más que europeos, mal que le pese al ínclito Linneo—vinieron



originariamente del Cercano Oriente como mensajeros de nutrición sana, paz y sabiduría; no simplemente para alimentarnos fisiológicamente, sino para enriquecernos espiritualmente con las esplendorosas culturas greco-romana y árabe y la esperanzadora religión judeo-cristiana. La ramita de olivo que tra-jo en su pico la paloma al arca de Noé después del Diluvio, y los olivos del Huerto de Getsemaní, donde Jesucristo se retiraba a orar y sufrió sudores de sangre en su agonía, son símbolos universales de paz, sacrificio y amor que ilustran páginas escogidas

del Antiguo y Nuevo Testamento. ¡Proclamemos pues siempre gozosos y agradecidos la humilde grandeza de este sublime milagro vegetal de la Creación! Los trigales y girasoles de nuestra vega y los viñedos de muchas comarcas andaluzas son también hornos

biológicos solares donde se cuecen, tuestan y doran las sabrosas pipas, prietas espigas y exuberantes racimos de uva, que alimentan y lubrican nuestros cuerpos y dan vida y esperanza a nuestras almas hasta la extremaunción en la hora de la muerte.

---

---





CAPÍTULO 21

**CIENCIA, CONCIENCIA  
Y CREENCIAS**



**Galileo GALILEI**  
(1564-1642)

Doy infinitas gracias a Dios por haber sido tan generoso conmigo y haberme elegido como primer testigo de estas maravillas escondidas en la oscuridad durante tantos siglos



CIENCIA, CONCIENCIA Y CREENCIAS

Publicado en: *Boletín del Consejo General de Hermandades y Cofradías de Carmona*, 2007, pp. 57-78

**Manuel Losada Villasante**

*Yo soy la resurrección y la vida*  
Juan II, 25

INTRODUCCIÓN

El pasado mes de diciembre recibí la amable invitación del secretario del Consejo de Hermandades y Cofradías de Carmona, Ramón Pérez Montero, para que escribiera un artículo en el magnífico *Boletín anual* que el Consejo viene editando con tanto interés y entusiasmo desde hace más de veinte años. Aunque ya le había expresado mi intención de dejar de escribir artículos para revistas y otras publicaciones similares, se han dado últimamente una serie de circunstancias relevantes que desde la experiencia de mi vida como biólogo y a la luz de los conocimientos científicos actuales me han hecho reflexionar sobre las leyes de la naturaleza y la ley natural grabada en la conciencia del hombre, así como sobre judaísmo y cristianismo y la realidad de España y sus regiones. Ha cristalizado así un trabajo que creo encaja bien en la temática del *Boletín*.



amigos me adelantaron el pasado verano, durante mis vacaciones en Carmona, lo que unos días más tarde sería noticia oficial. Efectivamente, el pasado 27 de junio el Presidente del Ateneo de Sevilla, don Enrique Barrero González, me comunicó protocolariamente que había sido nombrado Socio de Honor de la Docta Casa. Ser elegido por la Junta Directiva del Ateneo, previo el visto bueno de su Junta General, con este nombramiento significa para los sevillanos adquirir la responsabilidad de responder en los mismos términos, pues se trata de una de las más preciadas distinciones culturales y honoríficas que otorga la emblemática institución de la histórica ciudad hispalense. Sobre todo cuando se tiene la satisfacción y el privilegio de compartir este grato y alto honor con dos queridos y admirados compañeros de la talla intelectual y humana de Manuel Clavero y Manuel Olivencia, dos eminentes juristas merecedores de todo mi reconocimiento a los que estoy además especialmente agradecido por haberme ofrecido, el primero,

Mirando hacia atrás puedo decir que la elaboración de este artículo comenzó cuando unos

formar parte del Consejo Editorial del "Diario de Sevilla" y, el segundo, del Comité de Expertos de EXPO-92. La gratitud, según San Agustín, es la memoria del corazón.

Clavero y Olivencia dos excepcionales catedráticos de Derecho Administrativo y de Derecho Mercantil han dejado generosamente, no sólo en la airosa ciudad del Betis y la Giralda y en la abigarrada Andalucía, sino por la extensa y varia geografía española, profunda huella de su valía y ejercicio de letrados en la universidad y en la sociedad, tanto por su saber y gobierno, magisterio y capacidad profesional, como por su hombría de bien en la aplicación de las leyes con justicia, imparcialidad y benevolencia. Como Manuel de otra rama universitaria que la jurisprudencia, la biología, pero también de profundas raíces humanistas judeocristianas, grecorromanas y árabes, me sumé jubiloso al homenaje tributado a estos dos insignes "Emmanuelés" para con su venia pregonar con beneplácito el mensaje bíblico: "Dios está con nosotros", con los hombres que le dicen sí, que buscan incansables la verdad y practican sin reserva el bien. Hay que saber pensar lúcida y justamente con la mente y alentar sin descanso el sentir caritativo del corazón.

Como moderno nativo de la antigua *Carmona*, la ciudad fenicia del mítico dios Sol, he dedicado con pasión y devoción mi vida a estudiar la luz como fuente de vida y energía. Carmona, lucero de Andalucía, es un pueblo blanco de luz radiante y divina gracia que captaron con ángel y brío sus más ilustres pintores algunos, como don José Arpa y Perea y don Juan Rodríguez Jaldón, ateneístas preeminentes y entusiastas promotores de coloridas y festivas cabalgatas. Yo conocí siendo niño a ambos maestros, íntimos amigos de mi padre, y tuve la suerte de recibir, junto a mi hermano Pepe, clases de dibujo de don Juan, precursor en 1932 de la Cabalgata de Reyes Magos de Carmona, a imitación de la jubilosa y artística del Ateneo de Sevilla. La acogedora y en tantos sentidos impulsora Peña "La Giraldilla", que

me honró con el inolvidable nombramiento de Rey Gaspar en 1969, celebró el pasado año el cincuenta aniversario de la fundación de la Cabalgata carmonense en 1956, diez años después de constituida la sin par Peña en 1946.

Tras cursar por libre los primeros años del Bachillerato en Carmona y en el Instituto San Isidoro –fundado en 1845 por el ilustrado Alberto Lista y en el que estudiaron Bécquer, Manuel Machado, los Quintero y en 1920 Severo Ochoa– pasé oficialmente al Colegio de San Francisco de Paula, en la calle Alcázares frente a la antigua casa de Villalón, hoy convento de las Hermanas de la Cruz, y a la iglesia de San Pedro, donde fue bautizado Velázquez en 1599. Así, con aplicación, austeridad y sin oropeles, se gestaron a la sombra de mis padres y bajo la dirección de ejemplares maestros de Carmona –entre ellos, doña Isabel Ovín, la primera licenciada en Ciencias Químicas por la Universidad de Sevilla en 1917, y don Francisco Ruiz Esquivel, licenciado en Filosofía y Letras y padre del médico escritor y viajero Paco Ruiz de la Cuesta y de los directores del colegio sevillano los hermanos José y Luis Rey Guerrero, también socios insignes del Ateneo– las bases de mi educación y formación científica y humanística. Entonces aprendí de manera natural que no se puede malgastar la vida, sino que hay que disfrutar y hacer buen uso de ella en todos los sentidos y en solidaridad con todos los hombres; que la bondad, la sabiduría y el arte tienen enorme poder y resplandecen en el mundo con singular belleza y atractivo, y que no hay que partir nunca de bases falsas, sino construir sobre cimientos firmes y seguros, que nacen del fondo del corazón y de la mente ávida de conocimientos para de este modo llegar a alcanzar el bienestar que dan el amor y la paz.

Hace más de medio siglo inicié los estudios de Ciencias y Farmacia, casi a la par que mis compañeros laureados los de Derecho, en la Universidad Hispalense, sita entonces en la calle Laraña. Al pasar ahora por la reformada y afeada Facultad de

Bellas Artes añoro el noble edificio de la antigua casa profesa de los jesuitas, mencionado por Cervantes en el *Coloquio de Cipiión y Berganza*, cuyo magnífico patio presidía desde 1900 la estatua del carmonense, de origen judeoconverso y gran devoto de la Virgen María, maese Rodrigo, fundador de la Universidad hace cinco siglos. Después de una provechosa y fecunda estancia de veinte años en Madrid, Alemania, Dinamarca y California (Estados Unidos) regresé como catedrático de Bioquímica y Biología Molecular a la monumental y renovada Fábrica de Tabacos de la Sevilla de la Ilustración, donde me reencontré con alegría con la estatua de mi antiguo paisano maese Rodrigo y con mis jóvenes amigos de la añorada casa de los jesuitas del Siglo de Oro.

Venía de fundar en Madrid, guiado y alentado por mi maestro don José María Albarada, el primer Instituto de Biología Celular de España en el Centro de Investigaciones Biológicas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas conocido como "el Cajal" y decidido a crear en Sevilla, con el apoyo del ministro de Educación y Ciencias don Manuel Lora Tamayo, otro preeminente ateneista, un nuevo Instituto de Bioquímica como Centro Mixto de la Universidad y el Consejo, consciente de que la unión hace la fuerza y de que la desunión la debilita. ¡Qué mejor hibridación que la Universidad y el Consejo para formar, partiendo de casi nada, un nuevo Instituto! Se me decía que el Consejo y mi amado Centro "Cajal" quedaban muy lejos, allá en la calle Velázquez de Madrid, y que en la clásica Universidad Literaria Hispalense había pocos medios y nada que hacer en Biología

moderna. A pesar de todo, yo insistía repitiendo una y otra vez con "cabezonería germánica", alabada por Ochoa "cabezones como Manolo Losada necesita muchos España" para sorpresa de mis compañeros de Facultad, que estaba todo por hacer y merecía la pena intentarlo. Efectivamente, el actual Instituto de Bioquímica Vegetal y Fotosíntesis del Centro de la Cartuja es ya una magnífica realidad. Por otro lado, hay que hacer notar que la naciente Facultad de Biología de los años sesenta no partía de cero, pues entre sus antecedentes contaba con varios sabios profesores de Ciencias que, como entusiastas precursores, habían desarrollado con ejemplar dedicación y esfuerzo una gran labor en la Universidad sevillana del siglo XIX y primera mitad del XX.



A. Einstein (1879-1955) y G.H. Lemaître (1894-1966)

Uno de los más influyentes y de más empuje fue don Antonio Machado y Núñez, catedrático de Historia Natural desde 1846, padre del folclorista "Demófilo", a su vez licenciado en Derecho y doctor en Filosofía y Letras, y abuelo de los renombrados poetas Manuel y Antonio. Antonio Machado y Núñez nació en Cádiz con "la Pepa" en 1812 y fue médico y destacado científico polifacético de sólida formación europea y profundas ideas liberales; fue también decano de su Facultad, rector de la Universidad, alcalde y gobernador civil y creador del *Gabinete de Historia Natural* de la Universidad. Especialmente me interesa ahora destacar el papel que desempeñó en la fundación del *Ateneo Hispalense*, inaugurado en 1878 a imitación de su célebre homónimo madrileño. La institución se instaló en los salones altos del edificio del Círculo Mercantil de la calle Cuna y se organizó en

tres Secciones, de las que don Antonio presidió la de "Ciencias Exactas, Físicas y Naturales".

Don Antonio Machado y Núñez contó con la colaboración indispensable de uno de sus más íntimos amigos, el catedrático de Metafísica y cabeza de los krausistas andaluces don Federico de Castro. Ambos ocuparon cargos sobresalientes en la Universidad y fueron las figuras máximas de las dos corrientes vanguardistas del momento: el darwinismo y el krausismo. Juntos fundaron en 1869 la *Revista Mensual de Filosofía, Literatura y Ciencias de Sevilla*. En 1871 se inauguró con un discurso a cargo del profesor Machado y Núñez la Sociedad Antropológica de Sevilla, que reunió a un activo núcleo de intelectuales. En réplica y como contrapeso al Ateneo, la Revista y la Sociedad pronto se crearon por parte de sectores sevillanos más integristas la Revista Católica en 1878 y la Academia de Santo Tomás en 1880. En el seno del propio Ateneo se produjo también un enfrentamiento: Tras una dura controversia con don Federico de Castro, don Manuel Sales y Ferré, vicepresidente del Ateneo Hispalense en 1879 y primer catedrático de Sociología de España, abandonó la institución seguido de muchos otros krausopositivistas y fundó e inauguró como presidente en 1887 el Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla, origen del actual *Ateneo de Sevilla*, que tuvo sus sucesivas sedes en las calles Albareda, Santa María de Gracia, Sierpes, Tetuán y Orfila.

El patriarca de los Machado se trasladó finalmente a Madrid con toda su familia como catedrático de la Universidad Central en 1883, y los nietos prosiguieron sus estudios en la *Institución Libre de Enseñanza*, que según Demófilo era el mejor centro de educación de España. La Institución creó para este destacado ateneísta y folklorista trianero una cátedra (sin sueldo) de Flamencología. Don Antonio Machado y Núñez fue de nuevo nombrado decano de la Facultad de Ciencias madrileña, donde trabajó incansablemente hasta el final de sus días cuando contaba ochenta y cuatro años de edad.

Medio siglo después, los avatares de la guerra civil afectaron profundamente a la cátedra de Ciencias Naturales, herbario, Gabinete de la Universidad Hispalense, etc., y las Universidades sevillanas, la Academia de Ciencias y la ciudad no han conseguido todavía, a pesar de la pujanza que tienen sus nuevas Facultades de Ciencias y sus Escuelas Técnicas, reponerse del funesto golpe de la guerra y restaurar y promover el *Museo de Ciencias* que tanto necesita Sevilla y que con tanta insistencia viene reclamando. ¡Hace falta recordarlo cada día!

En su Discurso de Apertura del año Académico 1873, el filósofo, político y científico Antonio Machado y Núñez se preguntaba a sí mismo con inquietud: "¿Por ventura, la libertad es el desorden, el menosprecio de la autoridad, el atropellamiento del individuo, la perturbación de la familia por el capricho del ignorante o del fuerte? ¿El amor a la patria es quizás dividirla en fragmentos, romper la unidad de que nace su fuerza, separar a los individuos por antagonismos insuperables, sustituyendo al bien colectivo el egoísmo, la violencia e intolerancia destructoras de la armonía general?" En el discurso pronunciado un siglo más tarde en la hermosa iglesia de la Anunciación de la Universidad me hacía las mismas reflexiones hoy todavía más necesarias y a ellas dedicaré mis consideraciones finales.

#### LEYES DEL UNIVERSO, DE LA VIDA Y DEL HOMBRE

Puesto que en la actualidad se habla incluso de Bioderecho y Bioética, debo explicitar sin reticencia que yo no he dedicado específicamente mi vida al estudio de las leyes divinas ni humanas, sino a las leyes de la naturaleza y de la biología, a las *constantes universales* que desde el principio gobiernan implacables con sus leyes el Universo. ¡Qué enigma! Estas constantes, a saber, la constante de Planck, la velocidad de la luz, la carga y masa de las partículas elementales, la constante de la gravitación, la constante de interacción de las cargas eléctricas y un más bien corto que largo etcétera, se pueden

contar con los dedos de una mano, de una mano cariñosa, fuerte, sabia y creadora. El Universo no ha existido siempre: ha sido creado. Todo lo que existe, incluidos la vida y el hombre, comenzó por no existir y tuvo su origen en la luz. ¡Qué milagro tan admirable! San Ambrosio, el venerable arzobispo de Milán que convirtió a San Agustín, manifestó con clarividencia que “la naturaleza es la mejor maestra de la verdad”, y la ciencia moderna ha confirmado sin lugar a dudas el acierto de tan revelador aserto. En nuestro tiempo, don Miguel de Unamuno resumió todo un tratado de teología en esta reflexión tan suya: “Para que yo Te vea has hecho el mundo que veo”.

En su obra cumbre, *Del sentimiento trágico de la vida*, plena de realismo e idealismo, de racionalidad y espiritualidad, Unamuno se manifiesta como profundo y honesto pensador de arraigada fe cristiana. Del encuentro en el abismo entre el escepticismo racional y la desesperación sentimental nace el consuelo supremo y salvador de la incertidumbre, que libra al hombre del absurdo, ya que la certeza completa y absoluta le harían imposible la vida. No parece simple coincidencia que el físico teórico alemán Heisenberg, premio Nobel en 1935, llegara por otros caminos a similares conclusiones al formular en 1927 su famoso “principio de la incertidumbre o la indeterminación”, considerado por algunos como uno de los principios básicos de la naturaleza, y por otros como una manifestación de nuestra insuficiencia y capacidad para entenderla en su infinitud y en su pequeñez. Hay certidumbres sin respuesta científica, como la de la muerte; no así la del origen del Universo y su evolución fisicoquímica.

Pensar y dudar, creer y saber es propio del hombre, y hay que estar muy seguro para no dudar después de haber pensado y vivido mucho. No es pues un mero juego de palabras constatar a la luz de los conocimientos actuales que es casi impensable pensar que la maravilla de la Creación pueda haber tenido lugar sin Algo o Alguien, lo Quequiera o Quienquiera que sea, todopoderoso, sabio y misericordioso detrás, a quién muchos llamamos Dios. Asimismo todavía es más impensable pensar que la mente humana y más aún el corazón, la obra magna y broche de oro de la Creación, hayan sido productos “casuales” de la evolución. Dios no es una hipótesis, sino una tesis. El concibió, fue “causa” y puso

en marcha el Universo para, al final, crear al hombre, milagro de los milagros. El conocimiento de la Creación del Universo, de la vida y del hombre ha permitido a la mente vislumbrar en la lejanía la luz del Creador y al corazón sentir en sus entrañas el divino palpito del misterio impenetrable y sublime de la existencia humana. Por ser las constantes universales lo que

| Constantes físicas universales  |              |                                                                         |
|---------------------------------|--------------|-------------------------------------------------------------------------|
| Constantes                      | Símbolo      | Valor                                                                   |
| Velocidad de la luz en el vacío | $c$          | $2,99792 \times 10^8 \text{ m s}^{-1}$                                  |
| Masa del electrón en reposo     | $m_e$        | $9,10953 \times 10^{-31} \text{ kg}$                                    |
| Masa del protón en reposo       | $m_p$        | $1,67261 \times 10^{-27} \text{ kg}$                                    |
| Masa del neutrón en reposo      | $m_n$        | $1,67495 \times 10^{-27} \text{ kg}$                                    |
| Carga elemental                 | $e$          | $1,60219 \times 10^{-19} \text{ C} = 1e$                                |
| Número de Avogadro              | $N$          | $6,02205 \times 10^{23} \text{ mol}^{-1}$                               |
| Constante de Planck             | $h$          | $6,62618 \times 10^{-34} \text{ J s}$                                   |
| Constante de Boltzmann          | $k$          | $8,61725 \times 10^{-5} \text{ eV K}^{-1}$                              |
| Constante gravitacional         | $G$          | $6,67203 \times 10^{-11} \text{ J m kg}^{-2}$                           |
| Permitividad del vacío          | $\epsilon_0$ | $8,85419 \times 10^{-12} \text{ C}^2 \text{ J}^{-1} \text{ m}^{-1}$     |
| Permeabilidad del vacío         | $\mu_0$      | $4\pi \times 10^{-7} \text{ J s}^2 \text{ C}^{-2} \text{ m}^{-1}$       |
| Constante de Stefan-Boltzmann   | $\sigma$     | $5,67032 \times 10^{-8} \text{ J m}^{-2} \text{ s}^{-1} \text{ K}^{-4}$ |
| Constante de Faraday            | $F$          | $96485 \text{ C mol}^{-1}$                                              |
| Constante de los gases          | $R$          | $8,31441 \text{ J mol}^{-1} \text{ K}^{-1}$                             |
| Constante de Rydberg            | $R_\infty$   | $1,09737 \times 10^7 \text{ m}^{-1}$                                    |
| Magneton de Bohr                | $\mu_B$      | $5,78837 \times 10^{-5} \text{ eV T}^{-1}$                              |
| Magneton nuclear                | $\mu_N$      | $3,15245 \times 10^{-8} \text{ eV T}^{-1}$                              |
| Radio de Bohr                   | $a_0$        | $5,29177 \times 10^{-11} \text{ m}$                                     |
| Unidad de masa atómica          | $D_a$ (u)    | $1,66057 \times 10^{-27} \text{ kg}$                                    |

son y valer lo que valen son las cosas como son, la vida es lo que es, y nosotros somos lo que somos: hombres, no ángeles ni demonios; ni cuerpos de barro, ni cuerpos gloriosos; ni compleja y funcional materia fisicoquímica sin más, ni inmateriales espíritus puros, sino seres extraordinarios entreverados de cuerpo y alma y dotados de inteligencia y conciencia, de razón y corazón. La grandeza y dignidad de ser simplemente hombres radica en ser criaturas únicas, y no sabemos si inmortales, creadas, según el relato bíblico, a imagen y semejanza del Creador.

Todos los humanos gozamos y sufrimos una vida muy corta en la Tierra y, a pesar del enorme y tre-

pidante progreso en que vivimos, el hombre de nuestro tiempo sigue desconcertado y perplejo ante *la realidad de la vida y el hecho insalvable*, irreversible y lleno de incógnitas *de la muerte*. A este respecto, don Santiago Ramón y Cajal decía: "Terrible enseñanza de la muerte, la más profunda y angustiosa de todas las realidades de la vida. Este temor tan profundamente humano parecen ignorarlo los animales". Al considerar estas evidencias tan específicamente humanas hemos de partir de la base de que el hombre bien asentado sobre toda clase de conocimientos tiene derecho absoluto a la libertad de creencias que se deben proponer racional y cordialmente, pero nunca ridiculizar con escarnio ni tampoco imponer despóticamente, con plena conciencia de que hay que creer en la verdad sea cual sea y de que sólo quedará de las creencias lo que sea ciertamente bueno y científicamente verdad. Todo lo demás que no sea verdad objetiva, sino creencias sin fundamento, se esfumará como vana ilusión, porque nadie puede hacer de la verdad mentira ni de la mentira verdad. Creer es dudar más que saber; esperar con confianza y sin temor a que haya confirmación o negación de la verdad asumida.

En esta vida hay que ser realista e idealista al mismo tiempo, lo que no es nada fácil, sino muy difícil. Una fracción significativa de la población humana –en concreto, los que confían en Dios– cree con idealismo en la inmortalidad del alma y espera una vida eterna. En contraste, un conjunto también significativo de personas de mentes igualmente privilegiadas y capacitadas piensa con realismo –a veces con arrogante soberbia y engreimiento, a su juicio justificados por la razón– que en esta vida efímera no hay más dios que el hombre ni, por supuesto, nada después de la sepultura o el crematorio: "Después de tanto, todo para nada". Todo negra y apagada ceniza. ¡Nada al principio, nada al final! Esta es la ley que, según algunos progresistas materialistas y sin saber ni poder explicar convincentemente por qué, rige inmisericorde la vida humana en la Tierra, don-

de empieza todo y donde todo acaba. Ante esta situación dramática entre dos alternativas tan distintas y distantes y tan llena de contradicciones –pero que tanto significan y nos condicionan– los hombres bien formados, de buen juicio y de buena voluntad de todo el Globo han de no desesperar y de esforzarse en tratar de aclarar y resolver este dilema, con los ojos del cuerpo y del alma muy abiertos, para bien de toda la humanidad. Yo soy más bien optimista, pues, aunque escéptico, soy científico y me fío de Dios, y creo sinceramente que al final no habrá fracaso del proyecto de Dios ni de la humanidad en su acción, sino que se impondrán el Bien y la Verdad y habrá reconciliación y paz universal.

Don Severo Ochoa, el místico científico en busca de la verdad positiva, que fue elegido presidente del Comité de Expertos de Expo-92 por el Comisario Olivencia, escribió como colofón en el precioso libro *En el Umbral del Tercer Milenio* una única frase: "La mente humana siempre busca el origen del Universo". Al final de su vida, don Severo dijo que quería que lo recordaran, más que como investigador, como hombre tolerante y bueno, que era lo que creía haber sido. Don Santiago, el más universal de nuestros científicos, escudriñador y revelador de la estructura del cerebro a nivel histológico y galardonado con el premio Nobel de Fisiología o Medicina hace ahora un siglo, había escrito anteriormente con admiración y precisión: "Al sabio solamente le ha sido dado desentrañar la maravillosa obra de la Creación para rendir a lo absoluto el culto más grato y acepto, el de estudiar sus portentosas obras, para con ellas conocerle, admirarle y reverenciarle". Cajal defendió que "la Ciencia es poesía de la verdad y de la incomparable belleza de la obra de Dios y de las leyes eternas por Él establecidas". Con su estilo profundo y contundente resumió tajante otra de sus conclusiones acerca del Creador y del hombre: "Verdades tan trascendentales y decisivas como la existencia de Dios y la inmortalidad del alma debieran constituir, al modo de los axiomas matemáticos, indiscutibles postulados de la razón".



La ciencia y la técnica han logrado ofrecernos una visión bien fundada y cada vez más completa del origen y la evolución fisicoquímica y biológica del Universo hasta llegar al hombre. Estos logros son indudablemente una de sus más extraordinarias y firmes conquistas, y como todas las grandes conquistas humanas ha sido ardua, dolorosa, apasionada y apasionante. La ciencia y la técnica constituyen no sólo una fuente fabulosa de conocimiento, sino de poder, riqueza y bienestar; pero para el hombre no sólo son primordiales las leyes de la naturaleza, que alcanza con su mente, sino la ley moral, grabada a sangre y fuego en su corazón y en su conciencia. Las normas del Derecho natural están inscritas en la naturaleza del ser humano. "Nada es más temible que la ciencia sin conciencia", presagiaba con pesadumbre y amargura de hombre de bien el científico Bernardo Houssay, premio Nobel argentino de Fisiología o Medicina. Para el médico y biólogo francés Alexis Carrel, también premio Nobel en estas materias, "la atención de la humanidad debe volverse, de las máquinas y la materia inanimada, al cuerpo y al alma del hombre. Realmente el hombre está por encima de todas las cosas".



Aristóteles –discípulo de Sócrates y Platón, el trío de grandes maestros de la Grecia clásica– dejó escrito: "la admiración y la duda son el principio de la sabiduría". Para Leonardo Da Vinci –precursor de la Revolución científica en la Italia del Renacimiento– "la verdadera ciencia empieza con la observación; todas aquellas ciencias que no nacen de la experimentación, la madre de toda certeza, son creencias vanas y llenas de errores". Según mi profesor en Berkeley Daniel Israel Aron, judío nor-

teamericano de origen polaco, el científico sólo puede asegurar ante un rebaño de ovejas recién esquiladas que al menos lo han sido por el lado que las está viendo. El científico necesita certezas: las certezas que le proporciona el método científico.

Los científicos tenemos, por tanto, que dudar de todo lo que no se sabe con certeza científica; que observar, experimentar y no aceptar como verdad positiva nada que no se apoye en la verdad rotunda e incuestionable de los hechos. Pero como hombres de buena voluntad debemos también vivir intensamente la misteriosa e intransferible realidad de ser hombres, practicando el bien lo más posible y sin olvidar jamás que tenemos la obligación moral de buscar afanosamente la verdad y de proclamarla universalmente por encima de todo, de nuestros intereses, ideologías y creencias, por doloroso que pueda sernos. Tenemos que combatir a ultranza, cortar de raíz y dejar abandonadas todas las desviaciones, de-

formaciones, supersticiones, aberraciones y fanatismos que tanto desorientan y descarrían al género humano. No debe haber nunca conflicto entre la ciencia positiva y las creencias de leal, honesta y esperanzadora confianza en el hombre, y para que así sea es fundamental no embotarse y distinguir bien desde el principio entre lo que sabemos, lo que no se sabe o ignoramos, y lo que con confianza creemos. La verdad, como el amor, la belleza y la paz, son únicas y universales, y en los temas trascendentes en litigio no caben verdades a medias ni verdades contrarias enfrentadas. Tenemos que creer sin discusión en la verdad y reconocer con todas las reservas y sin ninguna soberbia como un hecho histórico que nuestra civilización occidental se ha basa-

do fundamentalmente en la ciencia y en la creencia cristiana, todavía discutida y discutible, de que la gran Verdad del Universo ha sido revelada a todos los hombres por Dios y su Hijo Jesucristo.

Max Planck descubrió en 1900 la constante que lleva su nombre y que dio inicio a la Física cuántica. Unos años más tarde, en 1905, Einstein formulaba la ley más importante del Universo: la equivalencia entre la materia y la energía por medio del cuadrado de la velocidad de la luz, corroborada experimentalmente en los años treinta. El astrofísico y sacerdote belga Lemaitre postuló, también hacia los años treinta, que el Universo no es estático, como había deducido Einstein, sino dinámico y en expansión, y que había tenido su origen hace unos quince mil millones de años en un "átomo primigenio" con el "big-bang" que indujo la formación de un firmamento lleno de brillantes estrellas, galaxias y agujeros negros. Esta teoría ha sido igualmente demostrada experimentalmente, y así lo atestiguan los dos premios Nobel concedidos a los físicos que han visto ahora los restos de la tremenda explosión de luz que tuvo lugar al nacer el Universo: Penzias y Wilson fueron galardonados en 1978 por el descubrimiento de la radiación cósmica de microondas de fondo, y Mather y Smoot el pasado año 2006 por los estudios realizados por el satélite COBE (*COsmic Background Explorer*) sobre la forma y las variaciones en diferentes direcciones de dicha radiación.

Como reconocen muchos de los más prestigiosos teólogos y científicos, el descubrimiento más relevante en la historia de la Ciencia ha sido quizás el poder contemplar en nuestro tiempo el estallido inicial que dio origen al Universo, un acontecimiento tan simple y grandioso y de tal envergadura y alcance que algunos lo han descrito con admiración y respeto diciendo que "el hombre ha visto a Dios". Los hombres han podido también ver, gracias a la luz, al milagro de la visión y a la potencia escrutadora de la ciencia, la grandeza y perfección no sólo del macrocosmos sino de los más ínfimos detalles y

secretos del microcosmos. Hoy podemos decir que, igual o mayor admiración que los descubrimientos científicos y que los que cada uno de nosotros podamos realizar por nuestra cuenta cada día, nos causa saber que el Universo haya nacido programado para su posterior evolución por las constantes universales definidas y acuñadas por una primera Causa y Verdad última, cuya esencia desconocemos aunque "sea El que es".

Después del descubrimiento del "big-bang", otro de los hallazgos más trascendentales de la Astronomía ha sido en concreto descubrir que las estrellas sean los crisoles donde se fabrican, a partir de partículas elementales, los átomos de los ciento y pico elementos del Sistema Periódico, los mismos en todo el Universo, y que el Sol genere su luz vivificadora por fusión nuclear de hidrógeno en helio. Debemos subrayar de nuevo que estas síntesis creadoras a partir en último término de la luz inicial se realizan conforme a las alucinantes leyes físico-químicas de la naturaleza, preestablecidas por no sabemos Quién o Qué para que se cumplan con inflexible fidelidad y exactitud. En nuestro Sistema Solar, la Tierra se formó hace unos cuatro mil millones de años, y la vida se inició de manera natural e inefable poco después de acuerdo con las mismas leyes a partir de la materia inorgánica, orgánica y organizada hasta alcanzar el nivel celular, evolucionando gradualmente los seres vivos hasta culminar hace unos cincuenta mil años en el indiscutible rey de la Creación, el *Homo sapiens sapiens*. Según el *Génesis*, fue también Dios quien definitivamente creó a nuestros primeros padres Adán y Eva: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza". ¡Todo tan aparentemente sencillo y de hecho tan maravillosamente complejo como nuestras propias vidas!

El arte insuperable del hombre primitivo quedó para siempre grabado con impresionante fuerza y colorido en las paredes de las cavernas en que habitó. Gracias a la libertad, inteligencia y enorme vo-

luntad de que está dotado y a la chispa divina que en él arde, el hombre va desvelando poco a poco con paciencia y tesón la belleza y el significado de los misterios de los innumerables y fascinantes milagros de la naturaleza y de sí mismo. *La realidad* nos enseña, por otra parte, que debemos ser humildes y tener *fe* y *esperanza* en un Ser Superior que nos ha creado y nos ama. A pesar de creernos pequeños dioses creadores no somos más que criaturas, creativas más que creadoras. ¿Por qué envanecemos y ensoberbecemos si hemos de reconocer que, por nosotros mismos, sólo somos seres insignificantes, terrenales y pasajeros? ¿Hay tantas cosas que no sabemos! Ni siquiera sabemos hasta cuánto podremos saber, ni hasta cuándo podremos perdurar. Nos desconcierta que coexistan el amor y el odio, la buena y la mala fe, el pecado y la gracia, la envidia y la caridad, la tristeza y la alegría, el egoísmo y el altruismo, el bien y el mal, la felicidad y la desgracia. Especialmente nos abruma y sume en la perplejidad el que haya tantos Caín y Abel, el sentido de la vida, el hecho de la muerte y finalmente nuestro destino: el todo o la nada.

#### LEYES DEL ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO

Creo –y más que creerlo, creo que se puede afirmar de acuerdo con la evidencia actual de la Ciencia y de la Historia– que existe un Ser omnipotente, omnisapiente y omnisciente, Creador del Universo y de la mente humana. Como hombre consciente y de conciencia creo también que el Supremo Hacedor es ante todo amor y esperanza: el Bien Supremo. No hace falta recordar a la Peña “La Giraldilla” de



Carmona ni al Ateneo de Sevilla que desde 1918 organiza igualmente cada año con tanto amor y primor la Cabalgata de Reyes Magos que hay que ser en extremo prudentes, bienintencionados y proclives a la ingenuidad, y procurar no herir la sensibilidad con el desengaño ni matar despiadadamente las sanas ilusiones de niños inocentes y de mayores de corazón limpio. Hay que ser sensatos y tener en cuenta que la vida es en cierto modo sueño y que hay tradiciones entrañables que nos envuelven que pueden ser ciertas y no simples cuentos y leyendas infantiles, como muchos se empeñan con singular ardor no exento de rencor en que lo sean la adoración de los pastores y los Magos de Oriente, y no digamos el nacimiento del Niño Jesús de la Virgen María. Según el Antiguo Testamento, Adán fracasó porque dijo a Dios Padre que no, porque él mismo quería ser un dios y se consideró dios, pero para los cristianos el Dios Creador Eterno no fracasó, porque, según el Nuevo Testamento, Él mismo se hizo después hombre y nació en un portal para salvar a los hombres.

Decía Platón en el siglo IV a.C. que “Dios nos ha dado dos alas para volar hacia Él: el amor y la inteligencia”. Al comenzar el tercer milenio, un teólogo de la categoría y responsabilidad del Papa Ratzinger afirma con plena franqueza y lucidez que “Dios es amor” y que lo que los cristianos creemos confiadamente sobre la Encarnación y la Epifanía, si bien es un misterio que trasciende la pura razón, está bien fundamentado y no es fantasía de ilusos. Se estima que la Iglesia eligió hacia el siglo IV el día 25 de diciembre como fecha del nacimiento de Cristo, nueve meses después de la fecha de su Encarnación el 25 de marzo coincidiendo con

el equinoccio de primavera, fecha también de su muerte. La Iglesia primitiva sólo celebraba la fiesta de la Pascua de la Resurrección del Señor. La fiesta de la Epifanía para celebrar la manifestación del Señor a los gentiles se estableció el 6 de enero coincidiendo con las fiestas paganas del solsticio de invierno en homenaje al Sol victorioso. Fue en el siglo XIII cuando San Francisco de Asís instauró la colocación de los belenes. La tradición del árbol de Navidad es posterior y tuvo su origen en los países nórdicos en el siglo XVI.

El amor a Dios y el amor al prójimo son la esencia del judaísmo y del cristianismo. Pero para los cristianos Dios va más allá del judaísmo y se hace hombre por amor al hombre hasta sufrir muerte de cruz. Cristo se convierte en el Rey y Dios del mundo. Por Jesucristo conocemos a Dios. Después de la Creación del Universo, cuando dijo Dios "hága-se la luz" y se hizo la luz, y de la creación del hombre a su imagen y semejanza, el acontecimiento más relevante que ha tenido lugar en la Tierra fue el nacimiento de Jesús en Belén hace algo más de dos mil años, acontecimiento tan universal que la humanidad lo ha tomado como referencia histórica. Para la mente y el corazón del hombre creyente cristiano siguen siendo magníficas la grandeza y el amor que conlleva el misterio insondable, revelado por los evangelistas con su testimonio, de la Encarnación y Nacimiento del Hijo de Dios de María, la humilde doncella de Nazaret, a quien los cristianos también llamamos Madre nuestra.

Al iniciar su vida pública, Jesucristo, ya hombre hecho y derecho, eligió a sus apóstoles –según nos cuenta Juan en su evangelio al comentar su encuentro con Bartolomé– sobre unas bases firmes, nada ambiguas ni sospechosas, que son fundamentales para ser cristianos y creer que Jesucristo es el Hijo de Dios. En sus propias palabras: "Hombres de verdad, en los que no hay dolo". Los doce apóstoles –excepto Judas Iscariote, el que le traicionó– fueron hombres nobles y sinceros, en quienes

no había engaño, y todos dieron testimonio de la verdad de su Maestro, incluso con el martirio. Personalmente creo que –al margen de los misterios básicos de fe: Encarnación, Resurrección y algunos excepcionales milagros– la Verdad y el Amor son las verdaderas razones que han movido a muchos racionalistas a dejar de ser agnósticos y seguir a Jesús.

En consecuencia creo que, a pesar de los pesares, de las flaquezas de la naturaleza humana –tan firme y tan voluble, tan dura y tan frágil–, de tantos agridulces y altibajos, de tantas contradicciones, de tanto saber que no sabemos, es razonable y sensible tener fe en que Cristo no nos engañó y en que Dios –el Dios de la Vida, del Amor, y de la Verdad– se hizo hombre y está con los hombres. Por ello podemos y debemos esperar con libertad y confianza que en la era del progreso y la globalización que ya se ha iniciado no sólo cumplirá la humanidad la ley natural, sino que los derechos humanos serán respetados por el Derecho internacional, se impondrán la verdad, la justicia y la paz, y el amor reinará en todo el orbe entre todos los hombres de todas las razas y culturas, pues todos somos hijos del mismo Dios Creador. ¿Pura utopía?

Siempre me ha impactado profundamente por su majestad y grandeza el primero y más trascendente mandato de la ley moral mosaica: "Amarás a Yahvé, nuestro Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu ser", y tanto o más, por más cercano y humano, el segundo: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". En otro aspecto he de confesar la impresión que como científico me causa también la enorme fuerza y rectitud de conciencia que atesora el octavo precepto bíblico, que obliga a los hombres a testimoniar con honradez la verdad desnuda, la verdad sin tapujos que condena y excluye la mentira y el engaño. La gravedad de la mentira se mide según la naturaleza de la verdad que deforma. ¡Nos engañamos y nos engañan tanto, a veces en cosas tan gordas, tantos

y tantas veces en la vida! ¡Qué ejemplo de integridad moral y fidelidad a la verdad el de Santo Tomás Moro!

Los excelsos diez mandamientos de amor a Dios y al prójimo y de acatamiento a la verdad y la justicia que Moisés transmitió a los suyos –a veces rígidos y duros, sobre todo para los enemigos, a los que se debía aplicar la ley del talión de ojo por ojo y diente por diente– se vieron confirmados y superados por el más sublime y universal mandato que añadió Jesús siglos más tarde. Jesucristo –que dijo de sí mismo, para escándalo y animadversión de algunos y alegría y esperanza de muchos, ser la Verdad y la Luz del mundo– forzó hasta el límite con inmensa bondad y espíritu de sacrificio lo que debe significar el amor verdadero, por mucho sufrimiento y dolor que conlleve: “Amad a vuestros enemigos, haced el bien a aquellos que os aborrecen, orad por los que os persiguen y calumnian”.

Hermosa y conmovedora lección de valor y caridad cristiana más fuerte que todas las leyes la que nos dio todo un hombre de bien, el Papa Juan Pablo II, después de ser perseguido y tiroteado por el odio, al visitar en su celda carcelaria y darle muestras de increíble humildad y ternura al joven descontrolado que le disparó en la plaza de San Pedro. ¡Compasión, no rencor ni venganza! Este ejemplar testimonio de perdón es particularmente edificante y alentador si tenemos en cuenta que ha ocurrido en nuestros días y viene por vía directa de un fiel sucesor de Pedro, el primer Papa y primero de los apóstoles, que aunque negó por tres veces a su Maestro fue herido por tres punzantes saetas venidas del cielo con el canto vibrante del gallo, que le hicieron llorar como todo un hombre y le llevaron a dar su vida por Él. ¡Qué imagen la de Pedro cuando su corazón duro y reacio, pero enamorado, muestra en su rostro de pescador rudo y curtido un arrepentimiento sin límites y sus ojos cansados y tristes vierten en silencioso sollozo lágrimas dulces y amargas, capaces de ablandar las piedras!

Para instruirnos en la religión cristiana y ahuyentar nuestras dudas, Pedro escribió dos epístolas fundamentales y predicó al mundo con mansedumbre, buen entendimiento y buenas razones –rechazando de plano la presunción, la falsedad, la maldad y la envidia– que Cristo es el Señor encarnado y resucitado. ¡Qué reacción más dubitativa tuvieron los apóstoles, incluido Pedro, testigo de excepción, y después muchos hombres de igual buena fe y buena voluntad, ante la gloriosa Resurrección de Jesucristo antes de ratificar o aceptar confiadamente como hecho humano el misterio divino! \*Para Juan, el discípulo amado y también testigo de la Resurrección, Jesucristo es el Hijo Unigénito de Dios y la luz verdadera. Al cabo de veinte siglos, lo mejor de la humanidad sigue dudando expectante con conocimiento, sensibilidad y cordura si lo que narran los Evangelios y los Hechos y Epístolas de los Apóstoles son hechos históricos sobrenaturales o se trata más bien de calenturientas fantasías de Jesús y sus seguidores, exaltadas por sentimientos de extrema bondad. Incluso no faltan quienes, con obcecación rayana en la perfidia, tratan de ridiculizar y denigrar a los que así creen.

Pudiéramos decir que la ley de Moisés es un mandato de Dios que tiene su asiento en la mente humana y que fue simbólicamente grabado en tablas de dura piedra para estar siempre expuesto a la vista del pueblo de Israel y no ser nunca olvidado, mientras que el mensaje de Jesucristo, dirigido a todos los hombres de todas las naciones y de todos los tiempos, es además norma de pura misericordia que anida desde el principio con amor y ternura en lo más profundo del corazón humano. Con razón pudo escribir Pascal, el gran físico y matemático francés de la primera Revolución Científica y profundo pensador cristiano, que “el corazón tiene razones que la mente ignora”.

No cabe duda de que los nobles sentimientos del corazón purifican y equilibran los pensamientos, a veces reacios y monstruosos, de la razón. En cues-

tiones transcendentales y sobrenaturales, la mente se rebela lógicamente a creer nada que esté por encima de lo que racionalmente puede comprender y saber, pero el corazón puro y limpio la consuela y sale en su ayuda para que no desespere y se fíe de él. Es así como la mente incrédula cede hasta rendirse y cree que es verdad lo que le dice aquél en quien puede confiar. Éste es el formidable argumento de Pablo en su epístola II a Timoteo, refiriéndose a Cristo Jesús. ¡Dichosa tu que has creído! dijo Isabel a María cuando ésta la visitó después de la Encarnación. ¡Dichosos los ojos que creen sin haber visto! dijo Jesucristo a Tomás después de su gloriosa Resurrección. María, la Virgen llena de Gracia, entonó el cántico del *Magnificat*: Mi alma glorifica al Señor... Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones porque el Todopoderoso ha hecho en mí maravillas. Y Tomás, el apóstol que no creía si no veía y tocaba, confesó humildemente su arrepentimiento después de ver a Jesús resucitado: ¡Señor mío y Dios mío!

Hay que repetir a menudo la oración del Padre nuestro: ¡Padre, que no se haga mi voluntad sino la Tuya! Que esforzarse en perdonar a los que vilmente hacen daño, e incluso matan, porque –como nos dijo el propio Jesucristo antes de morir en la cruz– no saben lo que hacen. Hay que no ser egoístas, porque los egocéntricos son paradójicamente los más descentrados y excéntricos pesimistas. Que no ser avariciosos, porque la ambición desmedida y la hartura hacen a los hombres codiciosos los más pobres y repulsivos de los hombres. Hay que no ser envidiosos, porque la falta de caridad envenena y entristece el alma. Hay que ser entusiastas porque la falta de fe desanima al incrédulo.

Decía Santa Ángela a sus Hermanas de la Cruz que la humildad nos eleva y la vanidad nos envanece; que los más ricos son los que dan todo a los que nada tienen; que hacer la voluntad de Dios, ayudar a los necesitados y consolar a los que sufren es fuente de pura alegría y paz interior. ¿Tendrán

razón el corazón y la ley moral dada por Dios a los hombres para guiar a la mente y que ésta no se extravíe? ¿Llegará a demostrar la ciencia con su poder incontenible tantas cosas que todavía no entendemos: que las paradojas naturales y sobrenaturales del cristianismo, desde que la esclava del Señor aceptó la palabra del Altísimo y concibió a su Hijo hasta que lo vio morir clavado en la cruz y después de sepultado resucitar con gloria, no son producto de imaginaciones enardecidas, sino verdades sublimes que nos señalan el camino a seguir y nos dan la felicidad ya en este mundo? ¿Llegarán a conocer los hombres sin género de dudas la verdad de la luz de la Creación y de la ley de Dios, así como de la vida eterna en que muchos hombres creemos?

## ESPAÑA Y ANDALUCÍA

Aunque ya había tenido la oportunidad de intervenir en varias sesiones culturales y científicas del Ateneo de Sevilla –especialmente en la conmemoración del segundo centenario de la muerte de don Antonio de Ulloa en su antigua sede de la calle Tetuán–, el nombramiento de Socio de Honor no sólo ha sido para mí especialmente memorable, sino que he querido aprovechar la ocasión para hacer unas consideraciones finales que me parecen oportunas y necesarias en el momento actual que vive España. Los científicos no tenemos patria, pues la Ciencia es universal, pero sí raíces y una nación, una región, una provincia, unas ciudades con historia, como Carmona y Sevilla, en las que vivimos y a las que debemos amar; un amplio y bien consolidado hogar que especialmente nos acoge, vincula y estimula.

En el atrio del Instituto San Isidoro, al que antes me he referido, se puede contemplar el azulejo que el profesor estadounidense Arthur Kornberg descubrió el 21 de junio de 2001 en recuerdo de su profesor hispano-norteamericano Ochoa, con quien compartió el premio Nobel de Fisiología o Medicina en 1959. El profesor Kornberg –de origen

sefardí y apellido original Cuéllar, nombre tan familiar en Sevilla y su Ateneo— ha tenido este año la alegría de que su hijo Roger, también estadounidense, consiga el premio Nobel de Química. Todos los ciudadanos del mundo debemos reconocer la singular y portentosa valía del inteligente y esforzado pueblo judío, pueblo de dura cerviz cuya plurinacionalidad también es impresionante: 0,3 por ciento de la población mundial, repartidos por muchas naciones, ha conseguido el 30 por ciento de los premios Nobel. Los judíos sefardíes siempre recuerdan con nostalgia a su amada Sefarad, así como los árabes a Al-Andalus. Este año se conmemora el vigésimo aniversario del “Encuentro interreligioso de oración por la paz”, convocado en Asís por Juan Pablo II, que contó con la asistencia de los líderes de las principales religiones mundiales y subrayó que la religión sólo puede ser promotora de la paz y del amor entre los pueblos de la Tierra

En otro azulejo, enfrente del de Ochoa, se puede leer el texto del *Laus Spaniae* del enciclopedista arzobispo sevillano del siglo VII, donde alaba la grandeza de nuestra nación: “De todas las tierras cuantas hay desde Occidente hasta la India, tu eres la más hermosa ¡oh sacra Hispania, y madre siempre feliz de príncipes y de pueblos!... Tú eres honor y ornamento del mundo y la más ilustre porción de la Tierra. Natura se mostró pródiga en enriquecerte... Con razón te codició Roma, cabeza del orbe, y, aunque la vencedora fortaleza romana se desposó contigo, después el floreciente pueblo godo, tras victorioso triunfos, te raptó y amó, y te goza ahora lleno de felicidad”... Según el sabio historiador don Ramón Menéndez Pidal, “la autoridad de San Isidoro hizo que el himno natalicio del pueblo hispanogodo quedase entre los connacionales del obispo hispalense como el credo nacionalista profesado durante muchos siglos”. Nunca deben los pueblos hispanos del siglo XXI olvidar la hermosa realidad de su compleja grandeza histórica, ya patente en los comienzos del Medioevo y a lo largo de toda la Edad Media y sorprendente en

el siglo de los Descubrimientos hasta culminar en la España de nuestro tiempo; a veces con dolorosas tragedias, como la que ha causado recientemente el terrorismo con su brutal atentado en el aeropuerto de Barajas.

Andalucía es, junto con las demás regiones y comunidades, parte integrante de España, nuestra bien fraguada e indisoluble nación, la patria común e indivisible de todos los españoles, una realidad que hemos creado entre todos, venciendo dificultades sin fin, con renovado ánimo y vigor a lo largo de milenios. Como un mosaico bien conseguido y definido, la nación española en su conjunto es mucho más que la mera suma de sus piezas, por lo demás perfectamente diferenciadas y con personalidad e



idiosincrasia inconfundibles. Por ello, en estos momentos críticos, en que algunos iluminados y olvidados proclaman con necia temeridad y amenazas sangrantes el fraccionamiento y desmembración de nuestra querida España, denigrándola, escarneciéndola e hiriéndola hasta límites que rayan en la paranoia, los españoles de las distintas autonomías debemos reaccionar y luchar juntos contra los nacionalismos disgregantes, estériles y esterilizadores, que son más bien sarampiones infantiles, propios de individuos de mentes raquílicas y horizontes estrechos, carentes de visión histórica y universal.

Al mismo tiempo debemos procurar todos al unísono, con todas nuestras fuerzas y espíritu de auten-

ticidad y solidaridad, respetar, engrandecer y ensalzar cada autonomía en particular y todo el país en su conjunto. Hay que eliminar lo que a España encorseta, oprime y debilita, e incrementar cuanto da vida, enriquece y fortalece a nuestra patria y a sus regiones, sin pretensiones negativas y torpes de uniformizar a una nación tan exuberante en su diversidad, pero cuidando de no privilegiar ni menospreciar a ninguna de sus comunidades autónomas. ¡Que ninguna trate de imponer su ley a las demás, ni ninguna se sienta subestimada! Los biólogos sabemos bien que un organismo vivo superior, como el hombre, sólo marcha bien cuando

lo hacen integrados estructural y funcionalmente todos sus órganos bajo la dirección de su cerebro. ¡Y no digamos el Universo! España, con Hispanoamérica, parte de los Estados Unidos y las Filipinas detrás, no es un artificio, sino una admirable, compleja y amplia realidad natural de sanos y solidarios empeños, habitada por un pueblo noble, valeroso y sacrificado, repetidamente entrecruzado y enriquecido, de riquísima biología e historia alcanzadas con sangre, sudor y lágrimas, que merece vivir en paz y gracia de Dios su esperanzador y prometedor futuro.

---







CAPÍTULO 22

**ENTRE CÓRDOBA Y  
SEVILLA**



Discurso de investidura como doctor honoris causa por la Universidad de Córdoba del  
Excmo. Sr. D. Manuel Losada Villasante  
Publicado en: *Boletín del Consejo General de Hermandades y Cofradías*. Carmona 2009



## ENTRE CÓRDOBA Y SEVILLA

MANUEL LOSADA VILLASANTE

Me gustaría iniciar mi discurso de investidura con las palabras de cortesía con que San Rafael, ángel custodio de Córdoba, saludó al ciego Tobías hace veintisiete siglos: "Sea siempre con vosotros la alegría". Tobías, santo varón israelita de la tribu de Nefalí y cautivo del poderoso Imperio asirio en tierras de Nínive, quería que un hombre fiel acompañara a su hijo, de nombre también Tobías, que iba a realizar un largo viaje hacia Media. El ángel y Tobías, acompañados de su perro, se pusieron en camino. Durante una parada a orillas del río Tigris, un pez enorme trató de devorar a Tobías, pero aconsejado por Rafael —que en hebreo significa "Dios cura y ayuda"— lo descuartizó y le sacó el corazón, el hígado y la hiel, vísceras útiles en Medicina que usó con pleno éxito a la vuelta de su viaje para curar a su padre de la ceguera.

Rafael es, junto con Miguel y Gabriel, uno de los tres arcángeles reconocidos por las tradiciones judía, cristiana y musulmana, las tres religiones monoteístas que adoran al mismo Dios de Abraham y que alcanzaron las más altas cimas en la histórica ciudad de las Tres Culturas, que hoy se enorgullece



*Tobías y San Rafael, fresco de Benozzo Gozzoli. Capilla de San Agustín, San Gimignano, Italia (1654-55).*

mostrándonos como testigos de su glorioso pasado la sinagoga, las ermitas y la mezquita. Córdoba es de hecho, como Sevilla y Carmona, la armoniosa resultante de un prolongado y fecundo cruce de razas y civilizaciones, y me acoge en un día muy señalado para mí, ya en tiempos de tolerancia y lejos de guerras e intransigencias pasadas, ofreciéndome su monumentalidad, hidalguía y benevolencia. No se me oculta que Rafael no es el patrono de Córdoba, sino Acisclo y Victoria, mártires de las persecuciones romanas. Y que Córdoba también venera a sus dos santos Álvaro, mártir el uno en la época de los Omeyas y testigo el otro del Cisma de Occidente.

Como Tobías y acompañado por Rafael voy a recorrer con visión histórica y profunda

experiencia de la vida un largo camino de ida y vuelta por la vía Hercúlea y Augusta entre Córdoba y Sevilla, asentadas ambas en las márgenes del Gran Río, el "Gran Rey de Andalucía", pasando por la fortificada Carmona, erguida sobre los alcóres. Y os voy a relatar, en un discurso entreverado de historia, leyendas e interrogantes, lo que he visto y oído, imaginado y reflexionado al

hacer tan abigarrado e interesante viaje al final de mi vida.

Inicié mi peregrinaje en Sevilla muy de mañana al son vibrante de las campanas de la Giralda diciendo adiós a Lope que, sentado en la orilla del Betis al pie de la Torre del Oro, escribía radiante de alegría y con su habitual soltura una chispeante sevillana que a la vez tarareaba:

*Qué bien pareces,  
!Ay, río de Sevilla!  
¡Qué bien pareces  
lleno de velas blancas  
y ramos verdes!*

En Sevilla y de Sevilla no se puede escribir historia de ningún género, ni siquiera científica, si no se toma la Giralda como punto de



Estatua de Lucio Anneo Séneca (4 a.C. - 65). Córdoba.

partida. Una torre de la categoría de la Giralda requiere por sí sola un comentario, aunque sea breve, y más todavía porque Sevilla es la "ciudad de la Giralda", la mejor plantada y más esbelta y graciosa de todas las torres, símbolo por excelencia de Sevilla y copiada con admiración, fidelidad y cariño en otras ciudades, incluso en la capital del mundo, Nueva York. La artística torre es el minarete de la principal mezquita almohade construida en el siglo XII sobre un basamento romano y visigodo. El genial arquitecto cordobés Hernán Ruiz II el Joven le añadió en el siglo XVI un airoso campanario, y justamente en su cúspide Bartolomé Morel colocó como remate una colosal estatua de bronce, milagro de ciencia y técnica. Esta hermosa estatua es una mujer joven vestida con traje renacentista que representa la Fe y lleva un lábaro en una mano y una palma en la otra. Pesada y gigante es, sin embargo, ágil y grácil como un pájaro y, cuando cambia de dirección el viento, "gira" ligera con toda suavidad sobre el perno de una enorme bola metálica, llamada "la tinaja". Sirve por tanto, a cien metros de altura, de veleta y de ahí su nombre popular y original: el "Giraldillo". En el Universo hay infinidad de objetos, brújulas y veletas, incluidos los hombres, con libertad y condicionamientos de giro y movimiento. ¡Qué maravillas y qué misterios!

Al salir de Carmona, ya de mañana, y pasar por los olivares, apareció de pronto Federico, con su simpatía desbordante y provisto de paleta y pinceles, que estaba haciendo un retrato pinturero de una niña cogiendo aceituna:

*La niña del bello rostro  
está cogiendo aceituna.  
El viento, galán de torres,*



*la prende por la cintura.  
Pasaron cuatro jinetes  
sobre jacas andaluzas  
con trajes de azul y verde,  
con largas capas oscuras.  
«Vente a Córdoba, muchacha».  
La niña no los escucha.*

*Pasaron tres torerillos  
delgaditos de cintura,  
con trajes color naranja  
y espadas de plata antigua.  
«Vente a Sevilla, muchacha».  
La niña no los escucha.  
La niña del bello rostro  
sigue cogiendo aceituna,  
con el brazo gris del viento  
ceñido por la cintura.*

*Arbolé arbolé  
seco y verdé.*

Cuando García Lorca supo de dónde venía y adonde iba yo, improvisó al despedirse de mí dos breves versos que me dejaron anonadado:

*¡Sevilla para herir!  
¡Córdoba para morir!*

A mediodía encontré a don Antonio, que abstraído en sus soledades contemplaba enamorado los olivares y no pensaba en otra cosa:

*¡Olivares y olivares  
de loma en loma prendidos  
cual bordados alamares!*

*¡Venga Dios a los hogares  
y a las almas de esta tierra  
de olivares y olivares!*



Estatua de Averroes (1126-1198). Córdoba.

A lo lejos se oía la voz de su hermano Manuel, rendido al embrujo del sol y del agua y a la sabiduría ancestral de Andalucía:

*Cádiz, salada claridad.  
Granada, agua oculta que llora.  
Romana y mora, Córdoba callada...  
Y Sevilla...*

Al llegar a las blancas ermitas –sosegados palomares de Nuestra Señora de Belén a los pies de Sierra Morena– me sorprendió el Duque de Rivas sobre un espléndido escenario lleno de luz, que dominaba la romana ciudad califal y el verde valle del gran río, declamando altivo ante el atónito don Álvaro:

*No profane mi palacio  
un fementido traidor  
que contra su rey combate  
y que a su patria vendió.*

Cuando ya atardecido entré en Córdoba, vi a don Luis vestido de sotana mirando gozoso cómo se entretenían y jugaban los niños del barrio, y escuché de sus labios las populares letrillas que me recitaba mi padre cuando chico:

*Hermana Marica,  
mañana, que es fiesta,  
no irás tú a la amiga  
ni yo iré a la escuela.*

En el distrito romano tropecé de sopetón en la penumbra con Lucio Anneo Séneca, el sabio maestro de los estoicos, que salía con su sobrino, el poeta épico Lucano, de casa de su padre de recibir lecciones de retórica y me espetó dos de sus peculiares máximas, que me han hecho cavilar durante toda la vida: "Procura no saber más que los demás, sino saberlo mejor" y "No es bueno creer que se sabe lo que no se sabe". Espoleado por la sabiduría y agudeza de las sentencias, añadí reflexivo de inmediato: "Pero sí es bueno saber qué se sabe y qué no se sabe". Los científicos usamos a menudo la expresión "creemos", pero a sabiendas de que, "en tanto creemos, no sabemos". Ya San Agustín había precisado que: "No todo lo que creemos lo sabemos".

Tras rodear el Templo romano y admirar sus esbeltas columnas seculares a la luz del crepúsculo nocturno, crucé la plaza del Gran Capitán y terminé la jornada en casa de Garcilaso de la Vega, que me había invitado a cenar; en la sobremesa y mientras tomábamos una "coca" me contó hermosas historias recónditas



Estatua de Maimónides (1135-1204). Córdoba.

de sus antepasados incas, que avivaron mi imaginación durante el sueño.

Permitidme ahora que, después de la salutación inicial de San Rafael y de contaros los prolegómenos del paseo que a lo largo del día hicimos juntos aguas arriba del Guadalquivir, dedique un sentido recuerdo al profesor Daniel Israel Arnon, a quien los grupos de Sevilla y Córdoba debemos profundo reconocimiento y gratitud por habernos introducido en el luminoso y fertilísimo campo de la Fotosíntesis que realizan las plantas a la luz del sol, hasta entonces baldío en España. Su doble nombre, Daniel Israel, es indicativo de su recia personalidad judía, que en ocasiones mostraba luciendo la estrella de David sobre su pecho.

Del espíritu observador y cauteloso en extremo del profesor Arnon es prueba la siguiente anécdota de verdadero maestro.



Medio en serio medio en broma solía decirme: "Mánuel, lo único que un científico puede asegurar cuando ve un rebaño de ovejas recién esquiladas es que, al menos, han sido peladas por el lado que las está viendo". Charles Darwin había también advertido con clarividencia y pesadumbre: "False facts are highly injurious to science for they often endure long". Con los años he aprendido que hay que razonar siempre con lucidez y fundamento, y construir sobre roca y no sobre arena, y que hay que distinguir con claridad entre lo que es saber y lo que es creer: saber es certeza; creer es confianza y esperanza.

Daniel, cuarto de los profetas mayores, era de la tribu de Judá y fue llevado cautivo a Babilonia en la deportación de israelitas que llevó a cabo Nabucodonosor, rey de los caldeos. El talento y la buena conducta de Daniel le granjearon la gran estimación del rey, que le confirió el gobierno de todas las provincias y le declaró maestro de los sabios de su reino. Israel es el sobrenombre que dio Dios al patriarca Jacob, una de las máximas figuras del pueblo judío. Jacob fue nieto de Abraham, hijo de Isaac y padre de los doce hijos que dieron origen a las tribus de Israel.

Según refiere el *Génesis*, Jacob tuvo un sueño en la ciudad llamada Luz, en el que vio una escala que se apoyaba en la Tierra y llegaba hasta el Cielo por la que subían y bajaban los ángeles de Elohim. Es sorprendente que el sueño de Jacob sirviera de base al que tuvo Salvador Dalí la noche antes de pintar el imaginativo dibujo para la portada del libro *Reflections on Biochemistry*

que los bioquímicos dedicamos al profesor Severo Ochoa en su setenta cumpleaños. En el sueño de Dalí, los ácidos ribonucleicos mensajeros sintetizados en el laboratorio del sabio español-americano subían y bajaban por los peldaños de la doble hélice del ácido desoxirribonucleico, la macromolécula de la vida, sintetizada por su primer postdoctor Arthur Kornberg.

En 1951 Daniel Israel Arnon en Berkeley y Severo Ochoa en Nueva York consiguieron llevar a cabo una de las reacciones más importantes de la biología: la reducción fotosintética del coenzima vitamínico conocido como nucleótido de nicotinamida acoplada a la liberación de oxígeno. Para muchos investigadores, entre ellos Ochoa, el problema básico de la fotosíntesis parecía definitivamente resuelto, pues las mitocondrias podían entonces sintetizar el Adenosín-TriPhosfato (ATP); Nada y todo que ver con la Asociación de Tenis Profesional de Rafa Nadal! Es decir, energizar el fosfato –otro de los requerimientos indispensables de la fotosíntesis– por fosforilación oxidativa del piridín nucleótido reducido. Arnon, más escéptico, no lo creyó así, pues conocía bien la estructura y organización del



Vista de Córdoba (2008).



Luis de Góngora (1561-1627). Óleo de Velázquez. Museo de Bellas Artes de Boston, USA (1622).

parenquima foliar y sabía que el contenido en mitocondrias de sus células es escaso. De ahí también su interés al conocer mis trabajos citológicos en Alemania sobre cloroplastos y mitocondrias. Ochoa y Arnon acuñaron, respectivamente, los términos *fosforilación oxidativa* o *respiratoria* y *fosforilación fotosintética* o *fotofosforilación*. Creo que pocos bioquímicos han tenido, como yo, el privilegio de vivir tan cerca de los padres de la fosforilación a nivel de sustrato (Warburg) y de membrana (Ochoa y Arnon).

El concepto de transporte de electrones inducido por la luz para bio-electrolizar el agua en hidrógeno, oxígeno y sus iones, y energizar el fosfato fue introducido por Arnon y Losada a comienzos de los sesenta y tardó en ser aceptado o fue considerado especulativo. Cuando Arnon postulaba una teoría nueva, decía con sorna: "Por descontado que no pretendo hacer conversos de manera inmediata". También tardó en ser aceptado el concepto

de la fotosíntesis del nitrato y del nitrógeno molecular a amoníaco, así como el de los mecanismos redox y ácido-base para la transducción biológica de la energía, propuestos por el grupo sevillano a mi vuelta de California. Hoy estos conceptos han desplazado de los libros de texto a otros muy arraigados.

Ochoa en Nueva York y yo en Berkeley tuvimos infinidad de amigos judíos comunes que sobresalían como pioneros en el campo de la Bioquímica y de la Biología y Genética Molecular. Todos los ciudadanos del mundo debemos reconocer la singular y portentosa valía del inteligente y esforzado pueblo judío, cuya plurinacionalidad es también impresionante: 0,3 por ciento de la población mundial, repartidos por todas las naciones, ha conseguido el 30 por ciento de los premios Nobel. Los judíos sefardíes siempre recuerdan con nostalgia a su amada Sepharad, así como los hispano-árabes a su querido Al-Andalus.

Desde la época grecorromana, judíos es el nombre generalizado para los descendientes de Abraham que se llamaban a sí mismos hebreos, israelitas o pueblo de Dios. A pesar de las repetidas olas de antisemitismo, el pueblo de Israel se ha mantenido unido por su fe, su ley, su espíritu indómito de dura cerviz, y su capacidad sobrehumana para sufrir sacrificios inhumanos. En 1948 el antisemitismo encontró su contrapartida en la doctrina y movimiento del sionismo, y el pueblo judío –defensor a ultranza de la ley del Talión– consiguió con prepotencia asentarse de nuevo en la Palestina árabe al fundarse el moderno Estado de Israel. Desde entonces los rebeldes palestinos se sienten subyugados por el receloso poder israelí, y el Oriente Próximo es tierra martirizada por el terrorismo y su represión brutal. No deja



de ser una relevante coincidencia, que nunca debería ser olvidada, que la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobase el 10 de diciembre de 1948, hizo ayer justamente 60 años, la Declaración Universal de los Derechos Humanos, proclamando que la libertad, la justicia y la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la dignidad y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana. Quiera Dios que, en un mundo cada vez más globalizado, judíos, cristianos y musulmanes encuentren pronto el camino de la paz, la solidaridad y la concordia, en vez de enfrentarse entre ellos como lo hicieron en su patria –España, Sepharad, Al-Andalus– durante los turbulentos periodos de tiempos pasados.

Maimónides, “el Águila de la Sinagoga” –contemporáneo de Averroes, “el Comentarador árabe de Aristóteles”–, fue filósofo, maestro de la literatura rabínica y principal figura talmudista del siglo XII. Como le sucediera a Averroes cuando Córdoba cayó bajo el dominio almohade, Maimónides se vio igualmente obligado por la intolerancia de esta secta del Islam a exiliarse con su familia. Su obra cumbre es la *Gutá de los perplejos*. Otro de los más famosos judíos españoles fue Joseph ben Ephrain Caro, víctima de la expulsión de los sefardíes por los Reyes Católicos en 1492. Caro es considerado después del medievalista Maimónides como la máxima autoridad del pensamiento judío y de la ley mosaica. Quizás la más polémica decisión en la recién unificada España fue causada por el discutible error ideológico de Fernando e Isabel de querer consolidar la unidad

política y religiosa sacrificando uno de sus más valiosos bienes culturales.

En mis frecuentes visitas a Córdoba con colegas judíos –la última con el profesor Arthur Kornberg, huésped distinguido de nuestro Instituto sevillano de la Cartuja el año 2001, que fue invitado con exquisitas atenciones por el entonces equipo rectoral cordobés– siempre me han sorprendido el respeto y la veneración que todos muestran al contemplar la noble estatua de Maimónides, al que besan humildemente el pié. Arthur Kornberg –cuyo apellido original era el muy español Cuéllar– compartió con su maestro Severo Ochoa el premio Nobel de Fisiología o Medicina en 1959 y vivía todavía cuando su hijo Roger recibió el premio Nobel de Química el año 2006.

Los hombres somos seres racionales y cordiales que queremos saber, debemos saber, necesitamos saber; y los científicos tenemos, por principio, que buscar la verdad y rechazar la falsedad, que aspirar a conocer a fondo la realidad de las cosas, de la vida y del hombre. Es más, para ser buen científico hay que dudar



Ramón Valverde, Pilar Zayas, Micaela Gavira y Manuel Losada.  
Los Alcores de Carmona (1950).



Laboratorio del estudiante Manuel Losada en Carmona (1946-1952).

de todo lo que no se sabe con certeza científica, no pudiéndose aceptar como verdad positiva nada que no se apoye en la verdad rotunda e incuestionable de los hechos. Hay que enfrentarse honesta y lúcidamente con la Historia real y única del Universo y de la Humanidad, y distinguir los acontecimientos históricos de las fantasías legendarias; no rechazar jamás la evidencia ni mirar para otro lado. Puede parecer una verdad de Perogrullo, pero no lo es ni mucho menos: Hay que tener fe, pero sólo se puede creer lo que es verdad. Es pues claramente un sin sentido, o más aún, un contrasentido, tener fe o creer algo que no es verdad o va contra la razón o carece de pruebas históricas fiables. La fe sólidamente fundada en las sabias, exactas, hermosas e incuestionables leyes de la naturaleza –ya descubiertas o todavía por descubrir–, así como en la ley

moral natural inscrita en nuestra conciencia, debe afrontar con valentía y las pertinentes reservas los temas difíciles y es necesaria e indiscutible.

Y hablando de verdades y falsedades, de historias y leyendas, me parece divertido y oportuno recordar en esta formal ceremonia una broma inocente y bienintencionada que un buen amigo y yo gastamos a la pandilla de mis hermanos pequeños. Dicho sea de paso, los niños y muchachos de entonces estudiábamos griego y latín y nos enorgullecíamos de conocer la Historia Universal y de España, viviendo con mucha ilusión e intensidad la sabiduría de nuestros antepasados y las fabulosas hazañas de nuestros héroes. No era pues extraño que buscáramos monedas, inscripciones y restos arqueológicos por la necrópolis, el alcázar, las cuevas y los monumentos derruidos de Carmona y sus alrededores.

Un caluroso día de verano, mi amigo Ramón y yo fuimos a una barrería de la Puerta de Córdoba a que nos cocieran un ladrillo de barro en el que previamente habíamos escrito con un punzón un latinajo macarrónico acerca de la estancia de Julio Cesar en nuestra ciudad y de su victoria sobre los hijos de su yerno Pompeyo el año 45 a.C. en Munda, en los alrededores de Osuna. Una vez sacado del horno el ladrillo ardiente, y después de dejarlo enfriar al aire, lo embastecimos y envejecimos restregándolo con pedruscos y contra el suelo, lo rompimos en trozos, y de madrugada lo escondimos con intencionado desorden en una huerta cercana a la vía Augusta en que los más chicos buscaban reliquias de épocas pasadas. Al día siguiente, provistos de pico y pala, entre baño y baño en la alberca, los improvisados arqueólogos entonaron el "eureka" y, casi sin cambiarse de ropa, cogieron



emocionados las bicicletas y corrieron que volaban a nuestra casa a contar alborozados su descubrimiento, deseosos de pregonarlo a voz en cuello y darlo a conocer a las autoridades civiles y académicas. Los mayores esperábamos su llegada con zumbona picardía, tendidos sobre las frescas losas del patio de nuestra casa de la calle Sancho Ibáñez.

¡Nuestro gozo en un pozo!  
Mi hermano Alberto –a quien

yo daba entonces clases de cálculo diferencial e integral aprovechando las vacaciones– dijo impasible, con convicción impropia de su edad y la solidez de un “Jaimito” versado en lenguas clásicas, que Julio César, hombre culto y erudito, no podía haber escrito aquel texto, pues tenía un ablativo absoluto incorrecto. Se veía que el muchacho tenía buena y bien estructurada cabeza para llegar al fondo de las cosas, y que algún día podría ingresar en una Escuela Técnica Superior, ser ingeniero, catedrático e incluso llegar a rector. Mi maestro, don José María Albareda, a quien gustaba mucho contar esta anécdota, y yo, como experimentado hermano mayor, estábamos profundamente convencidos del impulso que la llegada de jóvenes capaces tanto a la Universidad como al Consejo habría de suponer para el desarrollo científico y técnico de España. En consecuencia, estimulamos y apoyamos firmemente a Alberto para hacer realidad sus sanas ambiciones y aficiones hidráulicas agrícolas y que un día pudiera honrar a su patria grande y a sus patrias chicas como antes lo hicieran sus antepasados agrónomos españoles: el gaditano Columela, el sevillano Abu Zacarias y el toledano Alonso de Herrera.



José María Albareda y Manuel Losada. Viaje Fin de Carrera. Italia (1952).

Al preparar un discurso o conferencia, o iniciar la escritura de un artículo o la redacción de un trabajo científico–en mi caso una tesis doctoral honorífica–, siempre se tropieza con la dificultad de cómo y por dónde empezar, de quedarse corto o pasarse de largo. A la postre –después de darle muchas vueltas y de intentarlo una y otra vez de varias maneras–, la solución final al problema del orden del temario es siempre la misma: comenzar por el principio, como decía el Conejo Blanco a Alicia en el País de las Maravillas, aunque con frecuencia no se sepa exactamente cuál es éste y haya después que intercalar incisos, trastocarlo todo y volver a cambiar el orden de los párrafos. En cuanto a la extensión del discurso, hay que respetar estrictamente el horario establecido por el protocolo para su lectura durante el acto académico, pero no se debe restringir en demasía lo que es conveniente que quede escrito para la posteridad. Que si bien es cierto que las palabras se las lleva el viento, no lo es menos que lo escrito, escrito queda.

Mi querida, por tantos motivos, y nueva *alma mater* Universidad de Córdoba me invis-

te hoy doctor *honoris causa*. El *Título* de una tesis doctoral va invariablemente seguido a continuación por los *Agradecimientos*, pues es bien sabido que de la abundancia del corazón escribe con fluidez la pluma. Mi discurso de doctor *honoris causa* debe ser fiel a esta pauta académica, sobre todo cuando, como es mi caso, existen razones más que suficientes para ser agradecido, al haber cumplido con creces la máxima de don Santiago Ramón y Cajal, el más grande científico de España de todos los tiempos: "La mayor gloria de un maestro es la de formar discípulos que le superen".

Yo he tenido la dicha de vivir la vida y la ciencia con entusiasmo, y de haber sabido contagiar ese entusiasmo a varias generaciones de jóvenes. He tenido también muchos y muy buenos colaboradores y discípulos –hoy repartidos por toda la geografía española y por algunas ciudades de Europa Asia, África y América, entre ellas la Córdoba argentina–, pero, como grupo potente, brillante, noble y de empuje, ninguno como el que integran, junto a los sevillanos, los bioquímicos y biólogos moleculares de la Universidad de Córdoba. Esta naciente y fecunda Universidad andaluza está hoy felizmente regida con mano firme y eficaz por quien siempre destacó en Sevilla como estudiante de licenciatura y doctorado en su etapa de entrenamiento, y maduró después como postdoctor con el profesor Butler en San Diego, California; no sólo como científico, sino como afable y

ejemplar hombre de acción y de bien: José Manuel Roldán.

Y junto al Rector Magnífico, mi agradecimiento al Departamento de Bioquímica y Biología Molecular, que tomó la iniciativa de la propuesta para el otorgamiento del grado de doctor *honoris causa*, empezando por el nunca olvidado Jacobo Cárdenas y siguiendo de inmediato por todos los hijos de

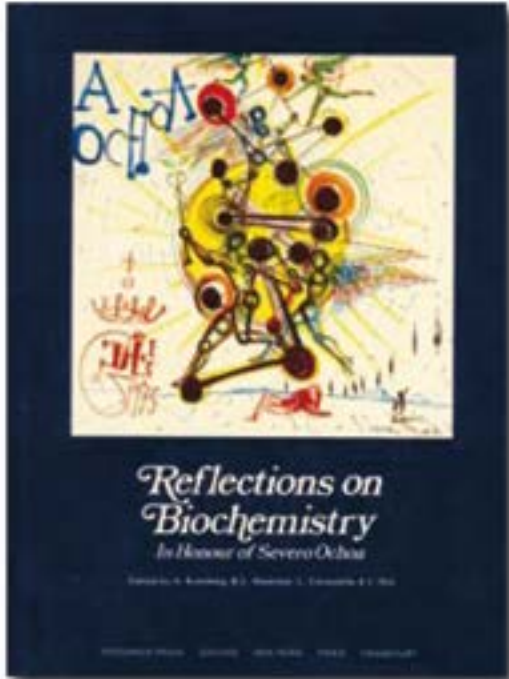


Trabajo de investigación con *Scilla maritima* de Los Alcores de Carmona (1957).

la primera hornada (José Antonio, Francisco, Juan, José María, María del Carmen, Jesús, Emilio, Javier, Conrado, Agustín y Antonio), de los que guardo un recuerdo inmejorable e imperecedero. Especialmente quiero distinguir en esta ocasión a su director, José

Antonio Bárcena, de cuyas excelsas virtudes palentinas tanto hemos aprendido y nos hemos beneficiado sus compañeros sevillanos y cordobeses, y a los competentes profesores Juan López Barea, relator, y Jesús Díaz Dapena, objetor, por sus favorables y entusiastas informes; asimismo deseo expresar mi reconocimiento a la Comisión de Doctorado y al Consejo de Gobierno de la Universidad. En cuanto a Paco Castillo, podría decir de él en concreto que todo lo que hace y cómo lo hace, lo hace bien, con conocimiento, buen sentido y mesura. Su corrección y comportamiento son paradigmáticos. Siempre sabe estar en su sitio: sabe ser, sabe estar y sabe hacer. Gracias, Paco. Nunca olvidaré tu memorable, completa, precisa y preciosa *Laudatio*.





Dibujo de Dalí en homenaje a Severo Ochoa en su 70 cumpleaños (1975).

Finalmente, quiero dejar constancia de que este manuscrito no hubiera visto la luz sin la ayuda incondicional y eficiente de mi mujer, Antonia Friend O'Callaghan, a quien conocen bien todos los biólogos cordobeses que pasaron por el *Instituto de Bioquímica Vegetal y Fotosíntesis* de Sevilla, del que ella ha sido Gerente muchos años.

En mi tesis doctoral *honoris causa*, titulada ENTRE CÓRDOBA Y SEVILLA, se describen, analizan y discuten después de la *Introducción* los siguientes apartados: *Las cosas importantes. Se hace historia al vivir. Origen y evolución del Universo. Del origen de la vida al Homo sapiens. Creciente Fértil. Los grandes imperios y el pueblo judío. Cultura helénica y helénstica. Tartesios, fenicios y cartagineses. El Imperio romano y Bizancio. Los godos. El Islam. De San Fernando a los Reyes Católicos.*

*Sevilla, capital cultural, científica y tecnológica. Cajal, Ochoa y la moderna Biología en España y Sevilla. Discurrir de la vida.* Limitaciones obvias de tiempo me impiden ahora presentar "in extenso" este documentado y bien rumiado *Temario*, así que sólo leeré brevemente las *Conclusiones*. Quede bien claro que son conclusiones en buena medida personales y subjetivas, a las que he llegado al fin de mi camino y es probable coincidan en todo o en parte con las vuestras a su debido tiempo.

Decía el gran pensador alemán Arthur Schopenhauer, gran admirador del escritor jesuita aragonés Baltasar Gracián, que "hay que haber vivido mucho para darse cuenta de lo corta que es la vida". El fino y atinado Manuel Machado escribió con visión certera y sensibilidad exquisita en su soneto *Alfa y Omega*:

*Cabe la vida entera en un soneto  
empezado con lánguido descuido,  
y, apenas iniciado, ha transcurrido  
la infancia, imagen del primer cuarteto.*

*Llega la juventud con el secreto  
de la vida, que pasa inadvertido,  
y que se va también, que ya se ha ido,  
antes de entrar en el primer terceto.*

*Maduros, a mirar a ayer tornamos  
añorantes y, ansiosos, a mañana,  
y así el primer terceto malgastamos.*

*Y, cuando en el terceto último entramos,  
es para ver con experiencia vana  
que se acaba el soneto... Y que nos vamos.*

En este familiar y querido planeta nuestro que llamamos Tierra –el hermoso y dinámico "planeta azul" que ya va siendo mayorcito,

pues va camino de cumplir cinco mil millones de años, y en el que empezó a vivir nuestro antepasado, el *Homo sapiens sapiens*, hace unos cien mil años— nuestras vidas pasan raudas como un vuelo con la luminosidad del rayo para aterrizar todas en la misma pista final. Y son efectivamente tan cortas e intensas, tan llenas de atracciones y repulsiones, de ratificaciones y contradicciones, de dudas y certezas, de satisfacciones, sinsabores y renunciaciones, de claroscuros, altibajos y agritudines, que no hemos llegado a captar su realidad cambiante y fugaz cuando nos damos cuenta de que se van, que ya se han ido. Nada nos afecta más



Manuel Losada, Arthur Kornberg y Julio R. Villanueva. 75 cumpleaños de Severo Ochoa. New Jersey, USA (1980).

ni nos hace recapacitar tanto cuando asistimos al funeral de un ser querido como el saber que ya no está, que se ha ido para siempre de este mundo y que jamás volverá. Todavía no sabemos con la firmeza y seguridad que la ciencia exige —aunque muchos, como el propio Manuel Machado y yo mismo, así lo crean y otros muchos lo descrean— si nuestras vidas continúan gozosas y eternamente en un mundo exterior infinito, luminoso y paradisíaco, que llamamos Cielo, o acaban

definitivamente en la Tierra, hechas ceniza, en el fulgor inclemente del tanatorio o en la inhóspita oscuridad y sórdida podredumbre de la tumba. Juan Ramón Jiménez, que se llamó a sí mismo “el andaluz universal”, expresó con sublime belleza que tras la vida terrenal el hombre podrá “mirarle a Dios la cara” y contemplar el resplandor de su rostro.

¡Qué enigmas y qué dilemas! Tan profundos y trascendentes para unos como inexistentes, insignificantes o exagerados para otros; tan reales como imaginarios o inciertos ¡Y qué pocas alternativas! Proseguir nuestras vidas en el más allá como cuerpos gloriosos, unidos con todos los mortales que han sido, son y serán, diluidos en un mar o nube celestial sin límites de espacio ni de tiempo, o dejar de ser, de estar y de hacer, y extinguirnos para siempre. A los humanos, que tenemos los pies muy en el suelo y un concepto material, corpóreo y bien definido de nuestro ego —individual, indivisible y temporal—, no sólo nos repele, sino que no podemos comprenderlo por muchas vueltas que le demos, que nuestra vida humana, tan real, tan nuestra y tan intensa, pueda acabar en nada en un abrir y cerrar de ojos.

¿Será la vida un sueño y la muerte un despertar? ¿Será la muerte el fin definitivo de todo? como creen los racionalistas a machamartillo y ha resumido con hastiado pesimismo el eximio poeta cántabro José Hierro en el verso final de su maravilloso soneto *Vida*: “Después de tanto, todo para nada”. O será, en cambio, un tránsito feliz del espíritu, como concluyó Manuel Machado en el terceto final



de su sereno soneto *De profundis*: "Que es la vida el camino de la muerte, y la muerte el camino de la Vida". Incluso sabios duros en creer como Cajal aceptaron "dos altos principios" como fundamento de su fe: "La existencia del alma inmortal y la de un Ser Supremo, Rector del mundo y de la vida".

Por lo que a mí me toca, he contado ya a lo largo de esta vida casi ocho decenas de años, algunos de ellos maravillosos y compartidos en Sevilla con varios de vosotros, y recibo este preciadísimo honor que hoy me tributáis cuando estoy a punto de iniciar la octogésima y probablemente última década. Quiero subrayar con franqueza que es, ante todo, el cariño y la responsabilidad que siento hacia todos vosotros lo que –al meditar lo que es sin duda el mayor y último misterio de la vida– me mueve a escribir este reconfortante y esperanzador epílogo. Vivo con la esperanza de que, cuando a mi cuerpo le llegue la hora de la despedida de esta vida, mi alma pueda entrar en la eternidad escuchando, entre otras, la deliciosa y tonificante música de Mozart y la vigorizante *Oda a la Alegría* de la novena sinfonía de Beethoven, que tantas veces han emocionado y elevado mi espíritu cristiano.

Como vengo proclamando públicamente desde que hace años me pareció verlo científicamente claro, la existencia de un Ente Supremo –o de Algo o Alguien, lo Quequiera o Quienquiera que sea, a quien muchos llamamos Dios y Padre, Legislador del Universo y Creador del hombre– no ofrece en principio duda: no es cuestión de creencia, sino de evidencia clara y manifiesta, de ciencia pura y dura; no se trata de una hipótesis, sino de una tesis. La inmortalidad del alma sí es, en cambio, un abierto interrogante del que la mente lógicamente recela, pues es



Severo Ochoa y Manuel Losada. Barrio de Santa Cruz, Sevilla (1988).

necesario reconocer que esta importantísima incógnita es –hasta ahora y no sabemos hasta cuando– motivo de confianza y esperanza razonable más que prueba científica indiscutible. En cualquier caso, la inmortalidad es un sentimiento íntimo de sólido fundamento religioso que anida profundo en la conciencia de muchos seres humanos, y los teólogos, filósofos y científicos, y todos los hombres capaces, inteligentes, sensibles y buenos, sin excepción, tienen el deber de seguir profundizando sobre este tema y cooperando en todos los frentes.

Tenemos que ser conscientes de que la vida es un camino sin retorno cuya única salida es la muerte. Después de la muerte, o no sabremos nunca nada o sabremos todo para siempre. ¡Qué disyuntiva! Ante una



Daniel I. Arnon y Manuel Losada. Facultad de Biología, Sevilla (1988).

disyuntiva de este calibre, el hombre no puede permitirse ser pasota y tiene que tener el coraje de comprometerse, obligarse a conocer la realidad y finalidad del Universo y tomar conciencia de su origen, de su propio ser y de su destino. Todos los hombres hemos tenido un padre biológico –que vive o ha vivido entre nosotros– a quien veneramos y reconocemos como tal. ¿Por qué no llamar también Padre al Sumo Hacedor, a quien todo el Universo –incluidos nosotros– debe su existencia?

El tantas veces citado Santiago Ramón y Cajal expresó así sus sentimientos a este respecto: "Terrible enseñanza la de la muerte, la más profunda y angustiosa de todas las realidades de la vida. Este temor tan profundamente humano parecen ignorarlo los animales". La idea cristiana de la muerte como

tránsito o despertar de un sueño terrenal real a una nueva vida celestial ideal –fundada sobre todo en la confianza en la Resurrección del Señor que narran los Evangelios, las Epístolas y los Hechos de los Apóstoles– es ciertamente un misterio insondable, pero también una esperanza fiable. ¿O será verdad que todos ellos mintieron en sus narraciones como se esfuerzan tanto, a veces con tanto empeño, en hacernos creer tantos incrédulos?

Cuando llegue el momento de decir adiós a este mundo, me gustaría poder hacerlo en paz y sosiego, como lo hicieron muchos santos y sabios, y mis padres y amigos creyentes en Dios y en la vida eterna. Así lo hizo también hace cuatro siglos don Miguel de Cervantes, que estuvo dos meses en Carmona y fue huésped de la famosa Posada del Potro en Córdoba. El genial autor del idealista don Quijote y del realista Sancho –novela que escribió sin amargura durante los dos años que estuvo preso en la cárcel de la calle Sierpes de Sevilla– bien pudo recibir esta optimista creencia de los suyos a través de su abuelo cordobés Juan de Cervantes: "¡Adiós gracias, adiós donaires, adiós regocijados amigos; que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida!". Para entonces habré recitado por enésima vez la bellísima oda del judeo-converso fray Luis de León, llena asimismo de sabiduría y mística espera:

*¿Cuándo será que pueda  
libre de esta prisión volar al cielo  
y contemplar la verdad pura sin velo?*

*Allí a mi vida junto,  
en luz resplandeciente convertido,  
veré distinto y junto  
lo que es y lo que ha sido,  
y su principio propio y escondido.*



*Entonces veré cómo  
la soberana mano  
echó el cimiento  
tan a nivel y plomo.*

Gracias a la educación y ejemplo de mis padres, a las enseñanzas de mis mejores y más sabios maestros, y a la experiencia de la vida, una idea fue incubándose en lo más íntimo de mi ser desde la niñez, y con el tiempo fraguó en la esperanzadora conclusión, llena de confianza y fe en la mente y en el corazón del hombre, con que pongo punto final a mi discurso. En la Tierra, la vida humana debe construirse sobre tres pilares fundamentales: la verdad, la bondad y la belleza, virtudes básicas que confluyen y culminan en la cúspide de una pirámide que llega hasta el Cielo, coronada por el amor y la gracia. No hay en la historia de la Humanidad torre más firme y noble, más alta y esbelta, que esta pirámide de triple soporte levantada a lo largo de los siglos a base de fe inquebrantable en el hombre, de voluntad honrada e indoblegable, y de trabajo, esfuerzo y sacrificio sobrehumanos; una pirámide espiritual que pone de manifiesto la admiración, respeto y confianza del hombre en Dios.

Las razones y demostraciones de los sabios, la caridad y el ejemplo de los santos, y la sensibilidad y capacidad de captación, ejecución y expresión de los artistas (pintores, músicos, escritores, arquitectos, escultores, ingenieros, artesanos...) son sin duda



Arthur y Carolyn Komberg con Manuel Losada. Carmona (2001).

las más seguras brújulas y los más efectivos instrumentos para guiarnos y ayudarnos a caminar por este maravilloso mundo, tan rico en atractivos, heroicidades y perplejidades como a veces ruin, desabrido y hostil. El triunfo final del hombre llegará cuando el bien, la verdad y la belleza venzan definitivamente a la maldad, la falsedad y la fealdad; cuando se logre el bienestar social y moral de toda la Humanidad. Ese día el hombre habrá encontrado de lleno al Ser Supremo: la Luz que ilumina, anima, embellece y glorifica el Universo, la Suma Verdad y la Suma Bondad.



CAPÍTULO 23

**MARÍA,  
LLENA DE GRACIA Y  
LIBRE DE PECADO**





## MARÍA, LLENA DE GRACIA Y LIBRE DE PECADO

Publicado en: Pregón de la Inmaculada. Real e Ilustre Colegio de Farmacéuticos de Sevilla  
Fundación Farmacéutica Avenzoar. Sevilla, 28 de noviembre de 2010

### Manuel Losada Villasante

Ilmo. Sr. D. Manuel Pérez Fernández, Presidente del Real e Ilustre Colegio de Farmacéuticos de Sevilla,

Ilmo. Sr. D. Antonio Delgado, Presidente de la Fundación Avenzoar,

Sra. Pregonera D<sup>ña</sup> María Antonia Moreno Montoya,

Excmos. e Ilmos. Sres.,

Queridos compañeros y amigos.



Hoy, Primer Domingo de Adviento, iniciamos el tiempo litúrgico en que nos preparamos para la llegada del Señor, nuestro Salvador. También un día como hoy, el 28 de noviembre del año 2000, hace justamente diez años, el entonces cardenal Joseph Ratzinger, hoy Papa Benedicto XVI, se preguntó en una memorable, documentada y enriquecedora conferencia que pronunció en Berlín cuáles son

*Los fundamentos espirituales de la cultura europea de ayer, hoy y mañana.* De nuevo repitió su mensaje hace unas semanas en Santiago de Compostela y Barcelona. Hoy yo voy a hablaros de cuáles son los fundamentos y perspectivas de nuestra fe cristiana desde que Dios creó la luz, la vida y el hombre y fue concebida María, Madre de Jesús, hasta enfrentarnos con la eternidad. La meta de nuestra vida es el encuentro con Dios por medio de Jesucristo y de María.

Discúlpenme las distinguidas autoridades y personalidades colegiales y académicas que nos presiden que, apremiado por las circunstancias, me vea obligado a abreviar los tratamientos que tan mercedamente ostentan. En atención al protocolo de un acto tan solemne y de tan familiar compañerismo debo ajustarme cortésmente a la limitación del tiempo de que dispongo para pronunciar el Pregón. Considero que en ocasión tan señalada todo el honor, todos los elogios y toda la gloria deben ser y van a ser para nuestra Patrona: la *Inmaculada Concepción (Regina sine Labe Originali Concepta)*,

escogida desde el principio por el *Padre* para ser la *Madre* llena de gracia de su *Hijo* y de todos nosotros. ¡Misterio de los misterios y milagro de los milagros! Confío que cuando este Pregón —que aspira a ser un canto vibrante lleno de admiración y veneración al Creador del Universo y del hombre, a la Virgen María y a Jesucristo, así como a la vida, al amor, a la verdad, la esperanza y la belleza— sea publicado en toda su extensión puedan los farmacéuticos de nuestro Colegio y todos cuantos de un modo u otro tengan acceso a él leerlo pausadamente y disfrutarlo con provecho pedagógico y moral.

En primer lugar quiero felicitar en su onomástica a nuestra flamante Madre María de la Purísima, la Hermana de la Cruz recién beatificada en nuestra ciudad, y a las Concepciones, Inmaculadas y Conchas que hoy nos acompañan y enriquecen con su presencia, así como a los colegiados que por enfermedad u otra clase de impedimento o servidumbre no han podido asistir a esta celebración, y también a los que ya no están con nosotros, si bien esperamos y deseamos estén con nuestra Patrona en el Cielo. Animado por la sin par alegría que es propia de una festividad sin mancha que la empañe, me voy a dirigir acto seguido a todos vosotros con el entrañable y reverencial saludo *Ave María Purísima: sin Pecado Concebida*, que hasta no hace mucho era piadosa cortesía habitual en España y particularmente en “Andalucía, tierra de María Santísima”, y en “Sevilla, ciudad mariana”, como ostenta la leyenda de su escudo.

La Iglesia nos enseña que todos los hombres hemos sido creados a imagen y semejanza del Creador para buscar la Verdad y conocerle, para amar y hacer el bien, y que formamos una *gran familia* y tenemos un mismo Padre y una misma Madre. En los avatares de la vida no debemos darnos nunca por vencidos, ni menos desesperar, pero cuando nos parezca que por razones de salud, familiares, profesionales, económicas... no podemos más y la impotencia nos vence, pidámosle a Santa María, llena de

Gracia (*Gratia Plena*), Salud de los enfermos (*Salus infirmorum*), Refugio de los pecadores (*Refugium peccatorum*), Consuelo de los afligidos (*Consolatrix afflictorum*), nuevos ánimos para perseverar hasta el fin con fe y esperanza en nuestra tarea de hombres de buena voluntad. Y ahora y siempre, especialmente en la hora de la muerte, suplicarle con devoción y humildad que ruegue a Dios por nosotros pecadores. Sólo los hombres, entre todas las criaturas del mundo vivo, somos aparentemente conscientes de la dolorosa experiencia que supone la certeza de la muerte y la posible entrada en la eternidad.

En el momento de la muerte —el trance individual más decisivo y trascendente de la vida después de la concepción— los cristianos confiamos más y necesitamos más a nuestro lado a la Madre amorosa, al Padre misericordioso y al Cristo de la Buena Muerte que al Dios sabio y todopoderoso. Tanto las alegrías como los sufrimientos de este mundo acaban radicalmente al morir, cuando decimos adiós a todos y a todo. Y cuando el abismo se abre ante nosotros y cerramos por última vez los ojos ¿qué luz contemplaremos al encontrarnos en el otro? El erudito poeta Dámaso Alonso terminó su poema *A la Virgen María* con unos deliciosos versos llenos de fe, ternura y esperanza que todos quisiéramos hacer nuestros y rezar en la última invocación a nuestra Madre:

*Virgen María, Madre,  
dormir quiero en tus brazos hasta que en Dios despierte.*

En la *hora de nuestra muerte*, la Virgen María es de hecho para los cristianos el dulce consuelo maternal y la última gran Esperanza (*Spes nostra*), y así lo rezamos en el Rosario. Los cristianos creemos también de buena fe que, en la noche del Sábado Santo, Jesucristo, el Hijo de Dios y de María, pasó en el sepulcro de la soledad y la *oscuridad* más absolutas a la bellísima luz resplandeciente de la Resurrección. El Señor resucitado por Dios Padre nos dio la alegría de la vida verdadera y perdurable. Fue la victoria



definitiva y triunfal de la vida sobre la muerte, del amor sobre el rencor, de la verdad sobre la mentira, de la felicidad sobre el sufrimiento. «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto».

Tras esta breve introducción comenzaré mi disertación expresando mis respetos y más sincero agradecimiento a mi querido y bienintencionado amigo Manolo Pérez, a pesar del susto que me dio el año pasado por estas fechas al distinguirme de sopetón y por las bravas, sin advertencia previa, con el preciado honor y excepcional privilegio de pregoneero, así como a su predecesor en el cargo, Antonio González, y a su vicepresidente, mi paisano Manuel Ojeda, ambos igualmente buenos amigos y hombres de acción y de bien. También quiero agradecer a mi presentadora, María Antonia Moreno, sus cariñosas y elogiosas palabras. Mujer admirable en todos los sentidos, no solo como esposa, madre y abuela, sino como profesional en su farmacia. No es nada frecuente, y hay que apreciarlo en lo que significa, ser licenciada en Farmacia y en Física. Marián es además envidiable en su dedicación a las actividades en pro de la Fundación Avenzoar, que goza ya de tanto renombre entre los farmacéuticos de Sevilla y de España y dirige con ejemplar entrega y eficacia nuestro compañero Antonio Delgado, muy digno sucesor de Avelino Romero y de Leo Gaviño. Los maridos que tenemos la suerte de haber unido nuestras vidas a mujeres de excepcional valía —como las que ahora resaltan en esta breve introducción— sabemos bien valorar sus méritos. ¡Qué madres y qué esposas las mujeres españolas!

... ..

El famoso escritor jesuita aragonés del siglo XVII Baltasar Gracián, autor de *El Criticón* y por quien sentía gran admiración el filósofo alemán Schopenhauer, dijo: «Más vale quintaesencias que farragos». Efectivamente, quien sabe de verdad puede resumir sus ideas en pocas palabras; pero no puede quien no sabe. Lleno de admiración, gratitud y cariño, voy

a dedicar *in extenso* mi rumiado Pregón a la *Inmaculada Virgen María*, y lo voy a hacer con el mejor empeño y la mayor franqueza, con todo mi corazón y toda mi mente, con descarnado realismo terrenal entreverado de esperanzador idealismo celestial. Estoy convencido que es imposible que me exceda en alabanzas por mucho que lo intente, pues la Iglesia y el pueblo mariano han proclamado universalmente que María se merece en grado sumo todas las invocaciones que nos salen del alma y le rezamos en el Ángelus, el Rosario y las Letanías. La intelectual carmelita judía alemana Edith Stein, Santa Benedicta de la Cruz —Patrona de Europa, como Santa Brígida de Suecia y Santa Catalina de Siena— nos ha recordado en nuestro tiempo que «en la Sagrada Escritura encontrarás pocas palabras de la Virgen, pero que son como granos de oro puro que irradian el esplendor luminoso de las virtudes de María». De hecho, María toma la palabra en los Evangelios solo siete veces. El primer texto bíblico que menciona el nombre de María es Mateo, apóstol y evangelista. *La Gloria de María*, la más sublime y exclusivamente suya, su divina Gracia y Belleza, es sin duda ser la *Madre de Dios*, a la que puedo tratar de tú con adoración y confianza filial porque es también mi Madre. Con la Encarnación del Hijo de Dios en María entra la Creación en una etapa crucial del plan divino.

El cristianismo es la culminación del judaísmo en la búsqueda y encuentro de Dios, *Creador del Universo* y Padre de Nuestro Señor Jesucristo. El mismo Dios de Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, David... nos revela su infinito Amor eligiendo como Madre de su único Hijo a María, en hebreo *Mirjam*, Señora: una sencilla joven judía llena de gracia y pureza (*Mater Purissima*), recién desposada con José, el carpintero de Nazaret, ambos de la casa de David. Para los cristianos, Jesucristo es sobre todo la revelación de Dios y de su Misericordia. Muchos cristianos creen también que la Concepción de María, hija de Joaquín y Ana, probablemente en Jerusalén, tal vez en Nazaret, punto de arranque de nuestro Pregón, fue el prelude del acontecimiento más relevante y deci-

sivo en la historia de la humanidad desde los tiempos de Adán y Eva.

La Virgen María (*Santa Virgo Virgine*), Madre del Hijo unigénito de Dios (*Mater Dei*) por obra y gracia del Espíritu Santo, y Madre nuestra (*Mater Nostra*) desde que concibió a su Hijo y éste nos la confió desde la Cruz, ama a los hombres (*Mater Amabilis*) más que pueda amarlos jamás criatura alguna porque desde su Inmaculada Concepción estuvo siempre *llena de gracia, radiante de belleza y libre de pecado (Tota Pulchra es Maria)*. La gracia, ese don divino con que fue agraciada y embellecida María, y el amor, si es puro y limpio como el suyo, superan y vencen todas las dificultades y obstáculos, y repelen y excluyen el engaño, la maldad, tristeza y fealdad del pecado. El verdadero amor es mucho más que ser bueno: es el más alto y excelso ideal, la más noble y desinteresada entrega, la máxima belleza espiritual, y acabará uniendo en *paz, justicia, solidaridad y concordia* a toda la humanidad, por encima de sus diferencias, celos y enfrentamientos estériles y esterilizadores, que lamentablemente solo producen reacciones viscerales y crispaciones. La medida del amor es un amor sin medida, que lo perdona todo y lo da todo sin esperar nada a cambio. El amor es la riqueza más grande y más importante de este mundo y supera a la justicia. San Agustín —el buscador inquieto, constante e insobornable de la Verdad— aseveró con su gran experiencia cristiana: «Con amor al prójimo, el pobre es rico; sin amor al prójimo, el rico es pobre».

La Madre del Redentor (*Mater Redemptoris*), después de padecer en silencio una vida de inmenso dolor en la Tierra al ver sufrir y morir horrible y despiadadamente crucificado a su Hijo (*Stabat Mater Dolorosa*), tuvo la alegría inenarrable de ser testigo de su Resurrección y Ascensión al Cielo y de recibir con los apóstoles en el Cenáculo la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. También Ella fue elevada al Cielo (*Regina Coeli*) como cuerpo glorioso en la Asunción (*Regina in Coelum Assumpta*) y

con la Santa Trinidad nos espera en la Gloria para que como seres bienaventurados gocemos eternamente de su visión misericordiosa (*Mater Misericordiae*). Para los cristianos, la muerte no es el ocaso desesperanzado de la vida, el triunfo absurdo y sin sentido de la nada y la confusión, sino el renacer glorioso de la resurrección a la vida eterna de la mano de María, Madre de nuestro consuelo (*Mater Consolationis*). En el Calvario, Jesús nos la confió como Madre y nos encomendó a Ella como hijos. La principal razón de nuestra esperanza radica en que Jesucristo, Hijo de Dios y de María, resucitó al tercer día después de su muerte. La alegría de los cristianos es creer con abnegación y confianza que la verdadera meta de nuestra vida es la vida eterna.

Esta es, en esencia, la doctrina mariana que desde hace unos dos mil años y para bien perdurable de la humanidad proclama universalmente la Iglesia, de la que María es Madre (*Mater Ecclesiae*). La Iglesia nace providencial y vigorosamente entonces guiada por el Espíritu Santo y encabezada por Pedro, primer Vicario de Cristo, como grey bienhechora defensora del amor, la verdad y la vida eterna. Todo lo relacionado con María y su Hijo Jesucristo empezó en Israel en la época en que alcanzó su apogeo el imperio romano, cuando el emperador Cesar Augusto funda a orillas del Ebro la ciudad *Cesar Augusta*, la futura Zaragoza, la ciudad de El Pilar, y el cristianismo se extiende por todo el mundo gracias en gran parte a los españoles. Cristóbal Colón fue asiduo devoto de Nuestra Señora de la Antigua de Sevilla, y Fernando de Magallanes y Elcano, de la Virgen de la Victoria, Patrona de los navegantes. La primera imagen de la Inmaculada Concepción que hubo en América fue llevada a mediados del siglo XVI por don Rodrigo Cepeda, hermano de Santa Teresa de Jesús, y la primera santa de Hispanoamérica y Filipinas fue Santa Rosa de Lima, cuya madre fue bautizada en el siglo XVI en la iglesia parroquial de San Pedro de Carmona. Con visión histórica y sin exageración puede afirmarse igualmente que la Revolución geográfica,

económica, lingüística e incluso científica se inició con el Descubrimiento de América y el Primer Viaje alrededor del Mundo.

... ..

El hombre es el único ser vivo capaz de pensar, de sentir y de amar; de decidir con relativa libertad, en medio de innumerables dudas, su propia vida. Dios nos ha dado la inteligencia para descubrir las inviolables e inmutables leyes naturales que gobiernan el Universo, para conocerle, venerarle y adorarle, y la conciencia para libremente obrar bien y amarle, según la ley moral inserta en lo más íntimo de nuestro ser. La vida, y más concretamente la vida del hombre y de la sociedad humana en su conjunto, es el milagro más grande y fabuloso de nuestro mundo, del que poco a poco vamos conociendo muchos de sus misterios y secretos, desde sus más íntimos niveles particulares, atómicos, moleculares y celulares hasta los personales y sociales más universales. ¡Macromoléculas (proteínas y ácidos nucleicos), orgánulos, células y organismos que se reproducen a sí mismos! Los descubrimientos científicos han sido, en general, más que casuales, buscados y rebuscados por la insaciable curiosidad y férrea voluntad de hombres capaces y entusiastas. Recordemos las teorías sobre la naturaleza de la luz y el origen del Universo, sobre la estructura continua o discontinua de la materia, sobre la generación espontánea... En la vida ha culminado de manera portentosa la complejidad natural de composición, estructura y función con una precisión tan fina, una adaptabilidad tan vasta y una perfección tan consumada que sobrepasa todas las maravillas de la moderna tecnología. Basta comparar el águila con el "Concorde", el tiburón con el "Titanic", o el hombre con cualquier robot, así como sus capacidades de gestación. ¿Qué sabemos realmente del misterio del *Homo sapiens sapiens*, de su origen y de su destino?

Desde un punto de vista mecanicista, la vida — alimentada y mantenida providencialmente en último término por la luz solar y el agua— es un equi-

librio dinámico abierto e inestable de infinidad de reacciones fisicoquímicas perfectamente reguladas y controladas que se acoplan y concatenan en perfecto orden y armonía. Hasta tal punto es característico de la vida este milagroso y delicadísimo equilibrio de reacciones biofísicas y bioquímicas que la definen, que su alteración o desajuste es causa de malestar y enfermedad, y su interrupción la más segura evidencia de la muerte. Por otro lado, si los sentimientos se trastornan y desordenan, víctimas de neurosis y angustias, del estrés o de otras muy diversas causas, sobreviene la tristeza y el pesimismo, la depresión y la desesperación. Los trastornos del equilibrio biofísicoquímico, fisiológico y psíquico de la vida afectan pues no solo a la salud del *cuerpo*, pura materia mortal organizada, sino a la de la *mente* y el *corazón*, potencias intelectuales y espirituales del *alma*. Uno de los atributos más admirables del alma es su sed insaciable de amor, verdad, belleza y felicidad. De una persona bondadosa y sencilla se dice que es un "alma de Dios", y "confía su alma a Dios" el que se siente próximo a morir y pone en Él su esperanza.

La Historia y la Ciencia han demostrado que al acto original de la Creación de *¡hágase la luz!* o *big bang* siguió a lo largo de miles de millones de años la evolución fisicoquímica, bioquímica y biológica, programada de acuerdo con las leyes impuestas con extrema sabiduría, precisión y amor y de manera irrefutable por las *constantes físicas universales* y por la *ley natural*, cuyo broche de oro han sido la mente y el corazón del hombre. Nadie ni nada más que un Poder omnipotente y un Saber omnisciente, la suma Verdad, a Quien muchos llamamos Dios, ha podido crear el Universo, nuestro planeta Tierra y la *inteligente mente humana*. Y nadie más que un Amor infinito, la Suprema Bondad, ha podido poner su nido en el *corazón alegre y sufriente de la humanidad*. Los hombres y especialmente los científicos no debemos olvidar nunca que la inteligencia y la ciencia con conciencia son admirables, pero sin conciencia son temibles y terribles.

Como en las parábolas del "hijo pródigo", y del fariseo y el publicano y para humillación de los soberbios, el amor, la penitencia y el perdón superan al egoísmo, la malicia, el relajo y la vanidad. Santa Ángela nos enseñó con sencillez ejemplar que el camino de la cruz, del sufrimiento y de la tribulación es paradójicamente el camino del amor y de la salvación; que el altruismo vence al egoísmo, y el amor al prójimo al amor propio. El corazón, que no piensa pero siente, gana la batalla a la mente en los terrenos donde ésta no puede llegar con su enorme poder de raciocinio y sus ambiciones y potentes resortes económicos. El inspirado y culto poeta santanderino de la generación del 27 Gerardo Diego, joven contemporáneo de Santa Ángela y hombre profundamente religioso, expresó hermosamente estas ideas en el siguiente verso:

*Para llegar a Dios no hay más camino  
que el del amor que vence y perdura.*

San Juan de la Cruz, judeoconverso, Doctor de la Iglesia y uno de los mayores poetas líricos de cualquier época o país, describió en su *Cántico espiritual* la hermosura de la Creación con una altura y finura intelectual y una musicalidad y transparencia de lenguaje difíciles de superar. Dios esparce amor por la Creación, y las criaturas son su rastro maravilloso: María más que ninguna. San Juan vio con claridad en la oscuridad de su celda la luz divina y escribió sus incomparables *Romances*, que inicia relatando el misterio insondable del principio:

*Él moraba en el principio  
y principio no tenía.  
Él era el mismo principio;  
por eso de él carecía.*

San Juan de la Cruz continúa sus *Romances* con el misterio igualmente insondable del Verbo, Hijo único de Dios:

*En el principio moraba  
el Verbo y en Dios vivía,*

*en quien su felicidad  
infinita poseía.*

En el Romance octavo, cuando María da su consentimiento en el momento cumbre de la historia humana a la voluntad del Padre, la Creación y todos los hombres entran en el diseño divino:

*Y quedó el Verbo encarnado  
en el vientre de María.  
Y el que tenía solo Padre,  
ya también Madre tenía,  
aunque no como cualquiera  
que de varón concebía,  
que de las entrañas de ella  
él su carne recibía;  
por lo cual Hijo de Dios  
y del hombre se decía.*

Dios es *Principio y es Amor y Verdad*. Amar significa querer conocer, buscar la verdad con fe hasta encontrarla y conseguir una relación indisoluble entre amor y verdad. Los científicos sienten pasión por la verdad y aman por encima de todo la naturaleza y sus leyes, los hechos naturales y sus misterios, porque buscan con ansia la verdad, porque buscan incansable e insaciablemente a su Autor, al Principio de todo lo creado, lo Quequiera o Quienquiera que sea, a Dios. Para el hombre de ciencia, que no puede creer a ciegas al margen de la inteligencia, nada hay más importante que el conocimiento y la contemplación del Universo en todas sus manifestaciones desde su origen, que ver al Creador y gozar de su Gloria. La ciencia y la teología tienen que potenciarse y nunca ignorarse mutuamente.

El poeta sevillano Gustavo Adolfo Bécquer, en quien alcanza el romanticismo español su más alto grado de innovación formal y de quien decía Antonio Machado, otro de los más grandes poetas sevillanos, que era "el ángel de la verdadera poesía", se preguntó a sí mismo muchas veces en sus rimas, poemas y leyendas sobre la chispa divina inflamada

de amor que anida prisionera y dormida en el fondo del alma como las notas del arpa en sus cuerdas. ¿Habrà siempre luz divina, poesía y esperanza en la vida humana o estamos condenados a que nuestro destino sea *in aeternum* vil materia, podredumbre y cieno? Como ángel que era de la verdadera poesía, Bécquer, su más pura esencia, lo sintió, entendió y expresó con celestial luminosidad y belleza:

*Mientras la ciencia a descubrir no alcance  
las fuentes de la vida...*

*Mientras la humanidad, siempre avanzando,  
no sepa a do camina...*

*Mientras haya un misterio para el hombre...*

*Mientras sintamos que se alegra el alma...*

*Mientras se llore sin que el llanto acuda a  
nublar la pupila...*

*Mientras el corazón y la cabeza batallando  
prosigan...*

*Mientras haya esperanzas y recuerdos...*

*Mientras sentirse puedan en un beso dos  
almas confundidas;*

*Mientras exista una mujer hermosa, ¡habrá  
poesía!*

Mientras haya farmacéuticos en Sevilla y su provincia seguiremos predicando con confianza y entusiasmo el día de nuestra Patrona, la Pura y Limpia, un Pregón que sea un canto a la Gracia, la Belleza, el Amor, la Verdad y la Esperanza.

Dicen que decía Sócrates en los tiempos de la Grecia clásica, varios siglos antes de que fueran concebidos María y su Hijo, que las cosas importantes hay que repetir las muchas veces, y si son muy importantes con las mismas palabras a ser posible. Yo por mi parte añadiría de mi propia cosecha que es importante separar lo principal de lo secundario y que es muy importante distinguir entre saber, que es certeza, y creer, que es confianza y esperanza, hasta llegar incluso a ser ilimitadas. Creer procede del latín (*credere, cor dare*) y significa dar el corazón, y solo se puede entregar el corazón a quien bien nos

quiere y de quien de verdad nos podemos fiar. *El corazón cree* con fe y ánimo lo que es bueno, razonable y fiable, y *la mente sabe* con conocimiento y convicción lo que sin género de dudas es verdad. No debemos nunca olvidar que la iniquidad de la mentira está en función de la naturaleza y alcance de la verdad que intenta suplantar y del daño que causa, sobre todo a los inocentes y a los que creen de buena fe. Perversa es también la mentira que se ejerce con grave injuria para el prójimo por el mero placer de engañar, de herir y hacer sufrir.

*La Verdad* está por encima de cualquier interpretación o creencia y, si de verdad es verdad y no un sucedáneo ni una falacia, *nos hace libres*. Pero si lamentablemente no es verdad, sino falsedad, nos engaña, perturba, esclaviza y tiraniza. Jesucristo no solo enfatizó el poder y la primacía de la verdad, sino que nos puso en guardia contra la inmoralidad de la *mentira*. El mal y la mentira son incompatibles con el bien, la verdad y la libertad. La obediencia a la Verdad, la obediencia a Dios, guardar sus mandamientos es la primera y única libertad de la humanidad. Tenemos que encontrar todos juntos el sacrosanto camino de la Verdad y el Bien, dispuestos a renunciar al mal y, por doloroso que pueda sernos, a nuestras propias creencias e ideologías si se demostrara que estamos equivocados y no son verdad. Estas consideraciones pueden ayudarnos a limar muchas asperezas, a superar en el futuro obstáculos aparentemente insalvables que hoy dividen y enfrentan a la humanidad, y a conseguir que triunfen universalmente la Verdad, el Bien y el diálogo entre los hombres.

... ..

Cumplir con estos propósitos —apoyándome en lo cierto y fiable y evitando en lo posible lo falible— es lo que trato de hacer con el corazón limpio, la mente lúcida y bien asesorada y los mejores deseos y buena voluntad en mi Pregón, centrado en la Gloria y Belleza de la Virgen María, Madre del Hijo de Dios y nuestra gran Esperanza, que inicio con su In-

maculada Concepción en Jerusalén, consolido con el inefable misterio de la Anunciación en Nazaret, y termino con su gloriosa Asunción a los Cielos en Éfeso. Muy buen conocedor de mis limitaciones y de la enorme dificultad y responsabilidad que el tema conlleva, espero y deseo que mi Madre, la Virgen de Gracia, a quien humildemente se lo dedico, me quite los escrúpulos y dudas que me asedian y afligen y me ayude a salir airoso del atolladero en que me encuentro, sin dañar, engañar ni escandalizar a nadie, sino todo lo contrario. Incondicionalmente fiel al principio de la verdad, enemigo declarado e implacable de la mentira —como San Agustín y el Papa San Gregorio Magno— y entusiasta discípulo del mandamiento cristiano del amor, me pongo confiada y conscientemente en sus manos.

La obra cumbre de la Salvación de los hombres se inicia con naturalidad y sencillo encanto con la *Natividad de la Virgen María* en el hogar de Joaquín y Ana, nueve meses después de su *Inmaculada Concepción*, y se celebra el 8 de septiembre. Lope de Vega cantó en lenguaje popular y con ternura angelical el Nacimiento de la *Reina Llena de Gracia*, elegida por Dios desde el principio para ser Madre de su Hijo:

*Canten hoy, pues nacéis vos,  
los ángeles, gran Señora,  
y ensáyense, desde ahora,  
para cuando nazca Dios.*

*Canten hoy, pues a ver vienen  
nacida su Reina bella,  
que el fruto que esperan de ella  
es por quien la gracia tienen.*

*Y nosotros, que esperamos  
que llegue pronto Belén,  
preparamos también  
el corazón y las manos.*

Sin duda, y de ser cierto como reitera una y otra vez la Iglesia, el misterio de más significación y tras-

cendencia en la historia del Universo desde el *big bang* y la aparición del hombre en la Tierra fue la Encarnación del Hijo de Dios en María, una doncella de celestial belleza llena de gracia que le dio al Padre su confianza y conformidad con tanta responsabilidad, prontitud y sentido del deber. Hay una similitud impactante entre el *hágase la luz bíblico*, el *big bang* científico, que en cierto modo corrobora el bíblico, el *sí* de María y el *aleluya* de la Pascua de Resurrección evangélicos. Juan Ramón Jiménez, el “andaluz universal” de Moguer, reflejó la sencillez triunfal del misterio con exquisita fidelidad y delicadeza en su magistral poema *Anunciación*, que rememora con palabras virginales el inigualable cuadro del espiritual cuatrocentista italiano Fra Angélico. Este santo dominico, conocido precisamente como el “pintor de la Anunciación”, fue beatificado por el Papa Juan Pablo II y declarado patrón de todas las artes nobles y especialmente de los pintores:

*¡Trasunto de cristal,  
bello como un esmalte de ataujía!  
Desde la galería esbelta  
se veía el jardín.  
Y María virgen, tímida,  
plena de gracia,  
igual que una azucena,  
se doblaba al anuncio celestial.  
Un vivo pajarillo  
volaba en una rosa.  
El alba era primorosa.  
Y, cual la luna matinal,  
se perdía en el sol nuevo y sencillo  
el ala de Gabriel, blanco y triunfal.  
¡Memoria de cristal!*

También el inspirado poeta granadino García Lorca glosó con su duende el divino misterio maternal de la *Anunciación*, embelleciéndolo con alegres imágenes gitanas inconfundiblemente suyas:

*Dios te salve, Anunciación.  
Morena de maravilla.*

*Tendrás un niño más bello  
 que los tallos de la brisa.  
 ¡Ay san Gabriel de mis ojos!  
 ¡Gabrielillo de mi vida!*

El famoso escritor ruso Fiódor Dostoievski, autor de la novela *Los hermanos Karamazov*, que consideraba como su obra maestra, decía que «el mundo será salvado por la belleza». Desde casi sus inicios la Iglesia ha considerado a la Bienaventurada Virgen María, la *llena de gracia*, como la “toda hermosa” (*Tota Pulchra*), y así lo canta en las vísperas de la *Inmaculada Concepción*. Ella es para los católicos «la más hermosa entre todas las mujeres, la amada del Señor, en quien no hay tacha ninguna», como canta poéticamente *El Cantar de los Cantares*. La perfección espiritual que resplandece en el alma de María, la belleza sin par de sus virtudes, su pureza virginal, su santidad, no tienen igual en la historia de la humanidad. En la primavera dedicamos a la Virgen Inmaculada el “Mes de María”, el mes de las flores, y en la letanía escogemos para Ella el nombre de la flor más espiritual y excelsa: *Rosa mystica*. En su *Carta a los artistas*, el Papa Juan Pablo II nos recordó que «la belleza es la clave privilegiada para el encuentro con Dios».

El camino de la belleza (*via pulchritudinis*) nos lleva al encuentro con Dios, que derramó en María toda la gracia que podía adornar a la Madre de su Hijo. El fervor mariano del poeta alicantino Miguel Hernández, pastor de cabras enraizado en la tierra agreste, se manifestó en tres sonetos a María Santísima: *En el misterio de la Encarnación*, *En el de la Asunción* y *En toda su hermosura*. El dedicado *A María Santísima (En toda su hermosura)* empieza «¡Oh, elegida por Dios antes que nada!» y presenta a la Virgen como «la más hermosa flor del campo, nieta de Adán, trillo es tu pie de la serpiente lista».

Todo en María es un emotivo y revelador misterio. Desde su Concepción hasta su Asunción, María es la criatura más excelsa de la Creación, en quien por

voluntad de Dios Padre han florecido llena de gracia y sin sombra de pecado todas las virtudes para que los hombres la amemos, veneremos y en lo posible imitemos. María es no solo Madre *de facto* del Hijo de Dios y Madre nuestra, sino Reina del Mundo (*Regina Mundi*) y puerta del Cielo (*Ianua Coeli*). Así lo han proclamado abiertamente con sus vidas y con sus obras a lo largo de veinte siglos y bajo las más diversas y bellas advocaciones los más grandes artistas —orfebres, pintores, escultores, arquitectos, músicos, cantantes, escritores, cineastas— y sobre todo los exégetas y teólogos —muchos de ellos científicos—, los pastores de la Iglesia y el pueblo en general: miles de millones de personas inteligentes, prudentes y bienintencionadas. Igualmente las órdenes religiosas, gremios, hermandades y cofradías, universidades, asociaciones y colegios profesionales, entre los que queremos destacar en la solemne festividad de hoy los colegios farmacéuticos y especialmente el nuestro de Sevilla. También muchas ciudades, regiones y naciones. Desde su Inmaculada Concepción, todas las generaciones la bendecimos y llamamos *Bienaventurada*. Solo en España existen más de cuatro mil títulos con los que los hijos de María la veneran en los diversos santuarios de la geografía nacional: Pilar, Guadalupe, Covadonga, Montserrat, Almudena, Aranzazu, Begoña, Reyes, Victoria, Gracia, Merced, Rocío, Cabeza, Candelaria, Nieves, Angustias, Desamparados, Fuencisla... Algunas de las devociones marianas más famosas en Europa y América son Santa María la Mayor en Roma, la Inmaculada Concepción en Lourdes, Nuestra Señora del Rosario en Fátima, el icono de María en Kazán, la Virgen Negra en Czestochowa, la Virgen de Guadalupe en Méjico, Nuestra Señora de la Caridad del Cobre en Cuba, Nuestra Señora de Luján en Argentina, la Virgen de la Aparecida en Brasil... A primeros de este mes de noviembre, el Papa Benedicto XVI ha consagrado en Barcelona la nave central del templo de la Sagrada Familia de Gaudí, el “arquitecto de Dios”, hombre de grandes virtudes y muy devoto de la Virgen María; una magnífica aportación de la Iglesia al arte, la cultura y las necesidades

de nuestro tiempo promovida por la Asociación de Devotos de San José.

... ..

La devoción a la Inmaculada tuvo su origen hacia el siglo V en la Iglesia de Oriente, y San Ildefonso estableció su fiesta en España en el siglo VII, celebrándose en el reino visigodo como una de las grandes solemnidades. En el siglo X, diversas Iglesias de Europa celebraban la fiesta de la Concepción de Santa María Virgen, llamada con el sobrenombre de "la Antigua". Los cistercienses defendieron el misterio de la Inmaculada en el siglo XII, y desde el siglo XIII su fiesta se reincorporó a la liturgia, conmemorándose el 8 de diciembre.

En el siglo XIII, la devoción mariana estaba en auge, no solo entre monjes y clérigos, sino también entre juglares, trovadores, caballeros, nobles y reyes. El rey San Fernando trajo a Sevilla la devoción a la Virgen de los Reyes. Su hijo Alfonso X el Sabio, muy ligado también a la historia de Sevilla y de Carmona y fundador del Puerto de Santa María, fue asimismo muy devoto de Nuestra Señora y dedicó en lengua galaico-portuguesa a la "Santa Dama" el cancionero de *Las Cantigas*, un conjunto de más de cuatrocientas composiciones en su honor de gran importancia histórica, literaria, pictórica y musical. El rey Alfonso, que habla del "avemaría" diciendo que «es loor que le place mucho», dedicó la más hermosa y grandiosa iglesia de Triana a Santa Ana, la madre de la Virgen, por haberle curado del "mal de ojo". En la *Divina Comedia* —escrita por Dante a comienzos del siglo XIV y considerada como el poema central de la literatura italiana y obra maestra de la literatura mundial— el poeta florentino tributa a María en el *Canto del Paraíso* el supremo elogio de que «tiene el rostro que más se parece a Cristo» y dedica a la *Figlia del suo Figlio* el siguiente terceto de enorme belleza:

*¡Oh Virgen Madre, oh Hija de tu Hijo,  
alta y humilde más que otra criatura,  
término fijo de la eterna voluntad.*

Sixto IV, Papa franciscano, mecenas y humanista, encargó la construcción de la Capilla Sixtina, que dedicó a la Virgen, y llamó a Botticelli para decorarla con sus frescos. Sixto IV fue el primer Papa que tomó posición oficial decidida acerca del misterio de la Inmaculada Concepción, extendiendo la fiesta a toda la Iglesia y reprobando y condenando mediante la constitución *Grave nimis* a los que niegan que la Virgen fue concebida sin mancha.

El fervor inmaculista había pasado con los Reyes Católicos de Aragón a Castilla y Andalucía. Santa Beatriz de Silva fundó en Toledo a finales del siglo XV, con la ayuda de Isabel la Católica y de los franciscanos, encabezados por el cardenal Cisneros, la Orden de la Inmaculada Concepción de la Virgen María. Cuando el Papa Pablo VI presidió la ceremonia de canonización de Santa Beatriz destacó su espíritu y devoción a María Inmaculada, nota distintiva de su orden, en un momento en que este tema era objeto de vivo debate teológico antes de su declaración dogmática. La Universidad de París hizo el *juramento inmaculista* en 1496, y las de Valencia y Sevilla lo ratificaron en 1530 y 1617, respectivamente.

La conmoción inmaculista que estalló en Sevilla durante el reinado de Felipe III comenzó siendo arzobispo de su sede don Pedro de Castro, muy devoto de este misterio, con motivo de un sermón pronunciado en el convento dominico de Regina en la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora. Los hombres, incluso los más capaces y de más clara inteligencia y recta conciencia, son fiables, pero también falibles. En 1622, el Papa Gregorio XV envió un breve al pueblo de Sevilla ante el gozo manifestado por los sevillanos al conocer el decreto que el mismo Papa había promulgado prohibiendo enseñar, aun privadamente, la sentencia contraria a la Inmaculada Concepción de María.

Alejandro VII firmó la bula *Sollicitudo omnium Ecclesiarum*, que reafirmó las constituciones de sus predecesores. Sin llegar a la definición dogmática,



fue el último paso previo y dejó definitivamente claro que la creencia de la Iglesia es que la Virgen María fue concebida sin pecado original. La bula llegó a España en 1662 y fue anunciada en Sevilla con tres repiques de la Giralda. Fue año de grandes celebraciones de acción de gracias, que culminaron con la terminación de las obras del templo del Sagrario. A este Papa, gran amigo de las artes y protector de Bernini, se debe la construcción de la columnata de la plaza de San Pedro.

A petición de Carlos III, el Papa Clemente XIII nombró en 1760 a la Inmaculada en su bula *Quantum ornamenti* Patrona de España, de las Indias y de todos sus reinos. También a petición del rey español, introdujo en la letanía lauretana la invocación *Mater Immaculata* en su breve *Eximiae pietatis*. Las letanías lauretanas (relativas a Nuestra Señora de Loreto), que suelen recitarse al término del rezo del rosario, fueron definitivamente aprobadas a principios del siglo XIX por el Papa Pío VII y constituyen el conjunto más popular de alabanzas e invocaciones a la Virgen.

Hace más de siglo y medio Pío IX —que ha pasado a la Historia como el “Papa de la Inmaculada”— proclamó solemnemente que «la Virgen María fue preservada del pecado original desde su Concepción». Pío IX hizo realidad el 8 de diciembre de 1854 lo que todos los católicos del mundo, y los españoles y sevillanos de un modo singular, habían pedido con constancia y esperado con fe: la definición del dogma de la *Inmaculada Concepción de Santa María Virgen*. Ese día de gran fiesta, Pío IX publicó la carta apostólica *Inneffabilis Deus*.

Desde el balcón de la embajada española en Roma, Pío IX bendijo e inauguró en 1857 el monumento a la Inmaculada Concepción erigido en la plaza de España de la ciudad eterna, subrayando en su discurso que «ciertamente la nación española ha sido en todos los tiempos la que se ha distinguido en la defensa de tan augusto misterio». Sevilla hubo de esperar hasta 1918 para levantar su monumento, mu-

chos años después de que Roma y otras ciudades le hubieran dedicado el suyo. Pero desde entonces, la estatua de la Inmaculada de Murillo en la Plaza del Triunfo, esculpida por el artista de Marchena Lorenzo Coullaut-Valera, es una de las más hermosas que adornan y embellecen nuestra ciudad.

La piedad popular sigue identificando mayormente la obra religiosa de Murillo con sus pinturas de la Inmaculada, realizadas durante el muy polémico periodo sobre este tema entre dominicos y franciscanos que le tocó vivir al pintor sevillano. La visión pictórica de la Virgen Inmaculada, ataviada con deslumbrantes ropajes, coronada de estrellas y con la luna bajo sus pies, tiene un trasfondo bíblico en el conocido texto del *Apocalipsis* de San Juan. Fue el maestro sevillano Pacheco quien en su *Arte de la Pintura* estableció las normas para la plasmación del misterio mariano de la Inmaculada: corona con doce estrellas en torno a su cabeza, túnica blanca, manto azul, aureola de luz, y la luna en cuarto creciente a sus pies. Además de Murillo, “el pintor de la Inmaculada”, los más famosos pintores (Roelas, Rubens, Ribera, Zurbarán, Velázquez, Valdés Leal...) y escultores (Martínez Montañés, Alonso Cano...) pintaron y esculpieron entonces imágenes de la Inmaculada que se convirtieron en modelos para la posteridad.

Manuel Machado, el elegante y refinado poeta sevillano del pasado siglo, supo describir con su “ángel” y tiernas palabras celestiales llenas de sensibilidad popular los bellísimos cuadros de la Inmaculada de Murillo. Concretamente el de “la morena”, que se conserva en la Sala Capitular de la catedral hispalense, y el de “la rubia”, expuesto en el Museo del Prado. Su talento fue hacer suyas palabras que son de todos y presentarnos de manera sencilla en el soneto *Las Concepciones de Murillo* a la Madre que mira y consuela a sus hijos desde el cielo con ojos divinos llenos de amor:

*De las dos Concepciones, la morena...  
La de gracia celeste y sevillana,*

*la más divina cuanto más humana,  
la que habla del querer y de la pena.*

*La pintada a caricias ideales...  
La toda bendición, todo consuelo,  
la que mira a la tierra desde el cielo,  
con los divinos ojos maternales.*

*La que sabe de gentes que en la vida  
van sin fe, sin amor y sin fortuna,  
y en vez del agua beben el veneno.*

*La que perdona y ve... La que convida  
a la dicha posible y oportuna,  
al encanto de amar y de ser bueno.*

... \* \* \* \* \*

Hace ochenta años tuve la dicha de nacer en una amplia y acogedora casa de alegres patios y patinillos y soleadas azoteas en la ciudad que es "lucero de Andalucía" y adora a la Estrella de la aurora (*Stella matutina*). La fachada principal daba a una risueña plazuela, donde a las horas de recreo y descanso del vecino colegio de dominicas de Madre de Dios jugábamos con alborozo todos los niños del barrio a inocentes y divertidos juegos infantiles. Nunca olvidaré las muestras de cariño y disciplina con que nos trataban las monjas y, en particular, nuestras tías Gracia y Teresa. A mi hermano Pepe y a mí, tía Teresa nos entregaba sin reservas su emotivo y puro corazón mientras nos enseñaba con eficiencia y ardor a tocar el piano al compás de su batuta, que en una ocasión y por mi culpa me rompió en la cabeza.

Mientras estudiaba por libre en el Instituto San Isidoro de Sevilla los primeros cursos de Bachillerato me divertía los fines de semana y días festivos en Carmona jugando en el colegio de los Salesianos con los amigos de mi edad, a la vez que me formaba como buen cristiano a la sombra de *María Auxiliadora* de la mano de San Juan Bosco, uno de

los grandes educadores del siglo XIX y patrón de la juventud. La invocación de María Auxilio de los cristianos (*Auxilium Cristianorum*) era conocida desde que San Pío V, gran devoto del santo rosario, la incluyó en la letanía lauretana a raíz de la victoria de Lepanto el 7 de octubre de 1571. La Iglesia celebra la fiesta de la Virgen del Rosario el 7 de octubre y llamó a este mes, por mediación de León XIII, "Mes del Rosario".

Don Juan de Austria, antes de partir para Lepanto, se postró ante la imagen de Nuestra Señora de la Victoria, Patrona de Málaga, que los Reyes Católicos regalaron a la ciudad después de su conquista. Algunas de las poesías que don Miguel de Cervantes —"el manco de Lepanto" y cautivo en Argel, que estuvo en Carmona algún tiempo— dedicó a la Virgen María son reveladoras de sus creencias y de su esperanza. Entre otras, las de *El Trato de Argel*:

*En Vos, Virgen Santísima María,  
entre Dios y los hombres medianera,  
de mi mar incierto cierta guía,  
Virgen entre las vírgenes primera;*

*en Vos, Virgen y Madre, en Vos confía  
mi alma, que sin Vos en nadie espera,  
que la habéis de guiar con vuestra lumbre  
de este hondo valle a la más alta cumbre.*

Después de finalizar los dos últimos cursos del Bachillerato en el acreditado colegio de San Francisco de Paula de Sevilla —situado frente al convento de las Hermanas de la Cruz, donde está enterrada Santa Ángela, y algo más lejos la iglesia de San Pedro, donde fue bautizado Velázquez— inicié brillantemente mis estudios de Química y Farmacia en la Universidad hispalense, sita entonces en la antigua casa Profesa de los Jesuitas, mencionada por Cervantes en su *Coloquio de Cipión y Berganza*. En la grandiosa Iglesia de la Anunciación tuve el honor de pronunciar como catedrático de Bioquími-

ca y Biología Molecular el discurso de inauguración del curso académico 1987-88. El precioso patio central de la Universidad de la calle Laraña — hoy tan lastimosamente afeado por una reforma impropcedente— estaba en aquella época presidido por la majestuosa estatua de su fundador, el canónigo carmonense judeoconverso Maese Rodrigo, gran devoto de la Virgen María, que yace enterrado al pie del altar en la capilla sevillana de la Puerta de Jerez del Colegio de Santa María de Jesús. El Colegio se trasladó a la casa Profesa en 1771, año en que se diseñó el nuevo sello de la Universidad con la leyenda *Sigillum Regiae Universitatis Litterariae Hispalensis*. Este es también el sello de la nueva Facultad de Farmacia de la Universidad de Sevilla, a cuyo nacimiento y puesta en marcha tuve el honor de contribuir junto con otro profesor farmacéutico, el botánico Emilio Fernández-Galiano.

Durante los cursos de Bachillerato y motivados por el interés que siempre mostró mi padre por nuestra formación en todos los campos, iniciamos mi hermano Pepe y yo experimentos de Química muy pedagógicos y atractivos en los laboratorios del Colegio de Farmacéuticos, ubicado en aquella época en un piso de la calle Mercedes de Velilla, encima del cual vivíamos nosotros. Es posible que entonces naciera mi vocación por esta rama básica de la Ciencia y se forjaran mis vínculos indisolubles con los fundamentos biofísicoquímicos de la Farmacia. En 1947 me trasladé a Madrid para continuar mis estudios de Farmacia en la Ciudad Universitaria de la Universidad Complutense. Allí conocí a don José María Albareda, aragonés de la compromisoria ciudad de Caspe, y le tuve como profesor. Tras terminar la licenciatura en Madrid, mi carrera experimentó un drástico cambio de rumbo al renunciar con buen sentido y gran dolor de mi corazón a ejercer las funciones de boticario en una de las más clásicas boticas de Carmona, situada en la céntrica plaza de Arriba o de San Fernando. En aquel periodo instalé un doméstico pero bien equipado laboratorio en “la casa de la esquina”, una pintoresca y esbelta

casa-torre aneja a la farmacia de mi tío Luis, donde me familiaricé con las técnicas microbiológicas y bioquímicas y realicé análisis clínicos.

Mi carrera como farmacéutico investigador se planificó y decidió definitivamente en el verano de 1952 tras una sustanciosa conversación con mi maestro don José María Albareda a la orilla de un sereno y precioso lago de Italia durante el viaje de fin de carrera de nuestra promoción de la Facultad de Farmacia. Don José María era miembro de la Academia Pontificia de Ciencias y consiguió que Pío XII nos recibiera en audiencia. En la fotografía realizada durante la audiencia aparezco situado al lado del Papa, no sé si voluntaria o involuntariamente. A mi vuelta de Italia me enclaustré en Ávila para realizar las prácticas de alférez de las Milicias Universitarias. Más adelante, a lo largo de mi carrera en Alemania, Dinamarca y Estados Unidos, tuve la fortuna de conocer y tratar a fondo a otros dos académicos españoles de la Pontificia, los profesores Manuel Lora-Tamayo y Severo Ochoa. A los tres he dedicado varios homenajes y publicaciones. Para mí ha sido además un gran honor haber sido invitado a escribir sus biografías para la Real Academia de la Historia.

Con visión y perspectiva de políticos-científicos de gran alcance, don José María y don Manuel enseñaron a varias generaciones de jóvenes investigadores y profesores el camino para entrar con entusiasmo y confianza en el siglo XXI. Estas jóvenes generaciones cuentan ya con una magnífica legión de científicos de primera línea, muchos de ellos farmacéuticos. Nadie mejor que don Severo Ochoa para mostrarnos la situación y evolución de la biología y especialmente de la bioquímica en España en los tiempos que le tocó vivir en la primera y segunda mitad del pasado siglo. En la sesión de clausura del VI Congreso de Bioquímica celebrado en Sevilla — que tuve el honor de organizar en 1975 por mandato de la SEB, de la que soy Socio fundador y de Honor, y al que asistieron los premios Nobel Cori, Delbrück,

Fisher, Krebs, Leloir y Ochoa— don Severo afirmó con énfasis y rotundidad: «Sin el Consejo, no creo que hubiera podido realizarse en España la labor científica que se llevó a cabo desde que el país, finalizada la guerra civil, pudo rehacer su economía y su vida y salir de la fase de eclipse... Quiero dedicar aquí un sentido recuerdo a la figura del padre José María Albareda, que durante muchos años, más aún que su secretario general, fue el alma y la inspiración del Consejo. Sin Albareda, el Consejo tal vez no hubiera existido y sin él no hubiera llegado la biología, y dentro de la biología la bioquímica española, a alcanzar el grado de desarrollo que tiene en la actualidad. Igualmente quiero recordar el valioso y decidido apoyo prestado al Consejo por don Manuel Lora-Tamayo. El nombre del Consejo está, sin duda, vinculado a muchas personas, pero está ciertamente indisolublemente unido al de estos dos hombres».

El primer Instituto de Biología Celular que con este nombre hubo en España y del que tuve el honor de ser nombrado director nació a mi vuelta de California, tras una estancia de cuatro años con el profesor Arnon, a instancias y con el apoyo inestimable de don José María, primer Rector de la Universidad de Navarra. Para nuestra suerte se instaló en el recién construido Centro de Investigaciones Biológicas, conocido como "el Cajal", de la madrileña calle de Velázquez. El nuevo Instituto tuvo su origen en la fusión de las secciones de Citología, Microbiología, Bioquímica y Fisiología Celular, que dirigían conmigo cuatro discípulos de Albareda, todos farmacéuticos. Algunas de las mayores emociones de mi vida, tuvieron lugar en 1963, mientras vivía en la Residencia de Estudiantes, cuando don José María nos dijo a mi mujer, Antonia Friend O'Callaghan, y a mí la misa de esponsales en la Iglesia del Espíritu Santo del Consejo y, diez años más tarde, cuando tuve el honor de pronunciar mi discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias para ocupar la vacante de mi querido maestro en sesión solemne presidida por don Manuel.

Entre todos los países del mundo cristiano España destacó siempre por su fervor mariano y especialmente inmaculista y asuncionista. Los cristianos comenzaron a celebrar desde antiguo (siglos IV-V) el tránsito y triunfo pascual de María en la fiesta de la Dormición y Asunción. Nuestra Señora de la Asunción es la titular más común de las parroquias de aldeas, pueblos y ciudades de España. En Sevilla se celebra con gran fervor litúrgico y popular coincidiendo con la festividad de la Virgen de los Reyes, Patrona de la ciudad y de su archidiócesis por disposición de Pío XII. El 1 de noviembre de 1950 tuvo lugar bajo el papado de Pío XII la definición dogmática de la Asunción mediante la constitución apostólica *Munificentissimus Deus* y fue una de las fiestas más grandes de la Iglesia del siglo XX.

Gerardo Diego describió con versos musicales el misterio de la subida de María al Cielo en el soneto *A la Asunción*:

*¿Adónde va, cuando se va, la llama?  
¿Adónde va, cuándo se va, la rosa?  
¿Adónde sube, se disuelve airosa,  
hélice, rosa y sueño de la rama?*

*¿Adónde va el que queda, el que aquí abajo,  
ciego del resplandor, se asoma al tajo  
de la sombra transida, enamorada?*

El Concilio Vaticano II fue convocado por Juan XXIII el 11 de octubre de 1962 por ser ese día —desde que la introdujo Pío XI en 1931, mil quinientos años después del Concilio de Éfeso— la fiesta litúrgica de la *Maternidad divina de María*, la fiesta mariana más antigua, que se trasladaría después del Concilio al 1 de enero con el título de *Santa María, Madre de Dios, Theotókos, Dei Genitrix*. En la homilía de la solemne apertura, Juan XXIII quiso expresamente poner el Concilio bajo la protección maternal de María: «El marco litúrgico de la Navidad del Señor es el más indicado para celebrar la maternidad de María, que nos

dio a su Hijo Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre».

Pablo VI, el Papa que llevó a cabo el Concilio Vaticano II, proclamó a María *Madre de la Iglesia*. Esta invocación se incluiría años más tarde en las letanías lauretanas. En su breve *In Spiritu Sancto*, con el que clausuraba el Concilio, el Papa comenzó diciendo: «Reunido en el Espíritu Santo y bajo la protección de la Santísima Virgen María, que hemos declarado Madre de la Iglesia, de su esposo San José y de los Santos apóstoles Pedro y Pablo... el Concilio Vaticano II debe ser considerado sin ninguna duda como uno de los acontecimientos más importantes de la Iglesia». Desde las apariciones de la Virgen en Lourdes y Fátima y la visita a sus santuarios de los últimos Papas ha aumentado la devoción a la Inmaculada Concepción y a Nuestra Señora del Rosario.

La Facultad de Farmacia de la Universidad de Granada cumplió el año 2000 su 150 aniversario y yo tuve el honor de ser invitado a pronunciar la conferencia de clausura, ocasión que aproveché

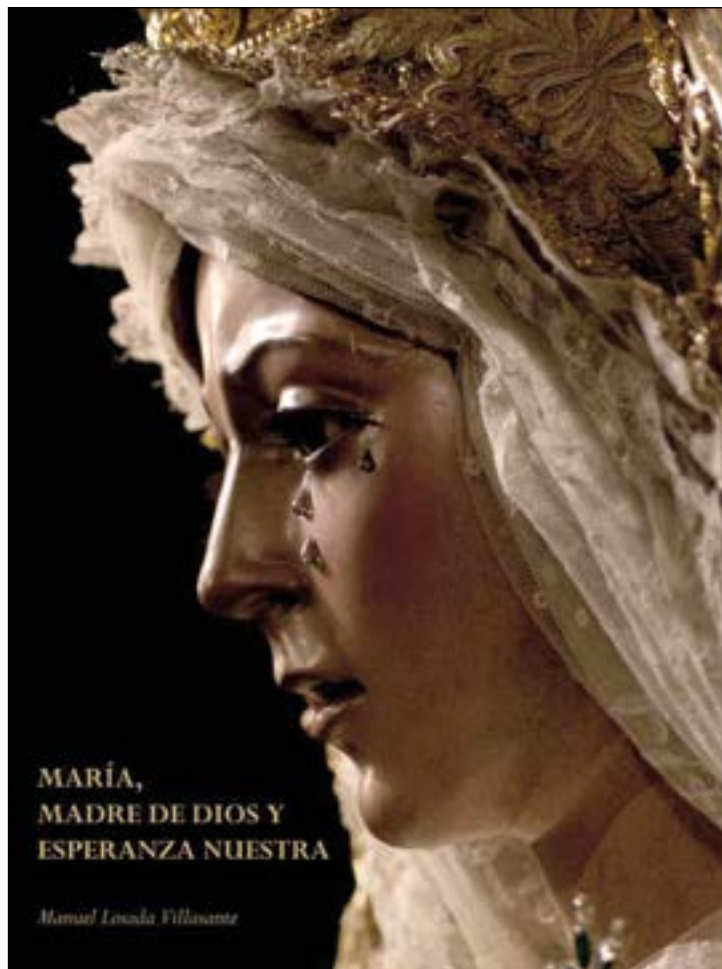
para hablar de las primeras mujeres farmacéuticas. Hace también unos años dediqué en la revista *Amio Informa* un ensayo titulado *Mujeres admirables* a mi profesora de Ciencias doña Isabel Ovín, primera Licenciada en Química por la Universidad de Sevilla el año 1917, y a la primera Licenciada en Farmacia por la Universidad de Granada en 1896, a los dieciocho años de edad, doña Gertrudis Martínez Otero, tía abuela de una de mis jóvenes doctoras, nieta del pintor Rodríguez Jaldón, gran amigo de mi padre, que nos dio clase de dibujo a mi hermano Pepe y a mí. Doña Gertrudis ejerció su profesión en Sanlúcar de Barrameda y fue colegiada activa del Colegio profesional de Sevilla. Mi artículo terminaba así: «Dios nos ha dado la inteligencia y la conciencia como las mejores guías para enfrentarnos airoso y victoriosamente con los problemas que el mundo nos plantea, y María ha sido la respuesta para muchas almas que han buscado el Amor, la Verdad y la Belleza con sencillez, sinceridad y humildad... Saludemos esperanzada y confiadamente cada mañana al levantarnos y cada noche al acostarnos a la Madre de Dios con el *Ave María*».





CAPÍTULO 24

**MARÍA, MADRE DE DIOS  
Y ESPERANZA NUESTRA**







## MARÍA, MADRE DE DIOS Y ESPERANZA NUESTRA

Publicado en: "Esperanza Nuestra". III Época, nº 1. Anuario de la Hermandad de la Esperanza Macarena, pp. 84-103. Sevilla, 8 de septiembre de 2011

**Manuel Losada Villasante**

Los *hombres* no somos ángeles celestiales, demonios infernales, míticos dioses terrenales —como creen algunos fatuos ensoberbecidos— ni rutilantes "supermanes" autosuficientes, sino simplemente hombres: seres humanos, inteligentes, conscientes, sensibles y libres; los últimos eslabones de la cósmica cadena fisicoquímica de la evolución biológica (*Homo sapiens sapiens*), creados a imagen y semejanza del Creador —Luz, Principio y Fin de todas las cosas— hace unos cincuenta mil años según un complejísimo plan preconcebido más que al azar; y no somos uno ni dos (hombre y mujer) sino miles, millones, billones... Los hombres debemos poner nuestra *confianza* y *esperanza* en Dios: la Sabiduría, el Orden, el Poder, la Verdad y el Bien Supremos. *Dios* no es sólo la cuestión crucial, la clave del misterio del *Universo*, sino nuestro esperanzador destino ¡Gloria al Señor, Dios del Universo!, entonan con fervor en el *Sanctus* nuestros corazones agradecidos. Un Universo como el nuestro es impensable sin Dios y sin hombres, y si tuvo un origen requiere también un propósito y su culminación final. Darwin, el padre de la teoría de la evolución, dejó escrito: «Jamás he ignorado la existencia de Dios. Pienso que la teoría de la evolución es totalmente compatible con la fe en Dios. El argumento máximo de la existencia de Dios me parece la imposibilidad de demostrar y comprender que el universo inmen-

so, sublime sobre toda medida, y el hombre hayan sido frutos del azar». De hecho, los hombres somos insólitas y extraordinarias criaturas, pero incompletas e imperfectas, débiles, frágiles y efímeras: los reyes de la *Creación*, nacidos para el amor y la verdad, la felicidad, la creatividad y la eternidad; no para el vicio y la degradación, el inmovilismo y el derrotismo, la violencia y la barbarie. Nuestra alegría y nuestro gozo debe ser ante todo ser hombres, vivir con intensidad y hombría de bien, admirar y disfrutar de las maravillas del Universo y de la superioridad intelectual y espiritual de nuestra especie; y nuestro deber y recompensa, fomentar el progreso y desarrollo moral, social, cultural, científico, tecnológico y económico de la humanidad.

La *esperanza humana* debe aspirar a encontrar el camino para descubrir a Dios, al Universo y al hombre y contribuir a hacer grande, noble y excelsa la *obra de Dios* en su conjunto. Hay que tener buenos principios y una visión sana y clara de las cosas. La *fe* en general, tanto la científica como la religiosa en particular, exige como condición *sine quanon* que sea verdad lo que cree; si no, es vana, pero aunque equivocada puede ayudar en su refutación a encontrar la verdad si reúne valores reales. La inteligencia busca incansable e insobornablemente la verdad

y no se deja engañar por nada ni por nadie, y la conciencia nos mueve indefectiblemente a hacer el bien y a rechazar el mal. La ciencia es cerebral e inflexible y sólo admite como cierta la verdad positiva de los hechos incuestionables, y los científicos, así como otros muchos hombres, tenemos una curiosidad y ansia insaciables de saber y una fe a prueba de bomba en la realidad de la naturaleza y del hombre, en todo lo que buscamos e investigamos con tanto ahínco, dedicación y entrega. Y tenemos también la esperanza avalada por la evidencia de que podemos descubrir y revelar su magnificencia y belleza. Pero los hombres necesitamos no sólo creer, saber y ser rectos sino amar y confiar. El poder de la esperanza proviene de la fe en Dios, en la verdad y el bien. Dios es *luz*, amor y verdad. Un mundo sin Dios es un mundo a oscuras, sin esperanza. Todos los hombres debemos dar responsablemente todos los días gracias a Dios, nuestro Padre, y a nuestros padres biológicos que nos dieron la vida, por los dones de la Creación: luz, agua, aire, tierra... y por las sabias, poderosas y eficientes *leyes naturales* que gobiernan desde el principio el Universo y, en particular, nuestro sistema solar, la vida en nuestro planeta y a nosotros mismos. La *vida*, y en especial la *vida humana*, no es una banalidad sin sentido, sino un fascinante y hermoso milagro —muy simple y muy complejo a un tiempo— lleno de agridulces, dolores y alegrías, de certidumbres, incertidumbres e interrogantes, y lamentablemente no exento de fealdades, maldades y mentiras; de calamidades, catástrofes e infamias. Las amarguras y sinsabores de la vida no deben desanimarnos y deprimirnos ni mucho menos disminuir nuestra esperanza sino fortalecernos, elevarnos y hacernos más humanos.

La *esperanza cristiana* es en primer lugar un mensaje benefactor, una reconfortante realidad presente desde hace dos mil años que cree con firme convicción y buena fe (*bona fide*) en Dios y el hombre, en un ideal basado en el respeto y cumplimiento de la *ley moral*, en las enseñanzas de las Escrituras y especialmente del Evangelio, y en el

triunfo de los valores del espíritu: verdad, bondad y belleza, hasta alcanzarlos plenamente, hacerlos suyos y dar su vida por ellos. No hay nada más grande, poderoso y polifacético en nuestras vidas que el *amor*, un amor siempre vivo que procede de Dios. «Los diez mandamientos son sólo una especificación del mandamiento del amor», recordó el pasado año el Papa a los jóvenes de Roma. El amor de Dios es nuestra verdadera esperanza y supera toda temporalidad; ni siquiera la *verdad* lo iguala, y suya será la victoria. Puede quizás causar extrañeza que un científico —biólogo por más señas— que sabe que saber es certeza, y creer confianza y esperanza pero no certeza, manifieste firme y conscientemente este criterio con conocimiento y sensibilidad anteponiendo a la verdad el amor, si bien subrayando que la verdad es, junto al amor, punto esencial para la esperanza. El amor es verdad, y la verdad es buena y necesaria. La esperanza cristiana se basa tanto en el amor como en la verdad, pues se complementan entre sí.

El amor infinito de *Dios Padre* se reveló y manifestó particularmente en la venida de su Hijo al mundo y su Encarnación en la *Virgen María*, “la amada de Dios”, por obra y gracia del *Espíritu Santo*. La *Encarnación del Verbo* en María, templo y sagrario del Espíritu Santo, ha sido designada como “la obra de los siglos”. María, mujer de fe, es quien más ha creído en Dios. ¡Qué misterio de amor el de la Santísima Trinidad! María concibió por el Espíritu Santo, que nos dota y enriquece con sus dones y frutos. El amor es sagrado: el camino por excelencia, el mayor de los dones espirituales, la única realidad permanente, el carisma al que deben aspirar los cristianos (I Cor 13,1-13). Como subrayó también San Pablo «...los cristianos hemos puesto nuestra esperanza en Cristo resucitado...» (I Cor 15,19-21), el Hijo de Dios hecho hombre y Redentor de los hombres, el *súmmum* del amor, el perdón y la misericordia. *Jesucristo*, cuya verdad es el amor, nos ha dado a conocer a su Padre, que es también nuestro Padre y está en el Cielo, para que santifiquemos su nombre,

gocemos de su reino en la Tierra y hagamos su voluntad. A los hombres —a unos más, a otros menos— nos cuesta comprender y aceptar que un hombre, Jesús— pese a ser hijo de María y por superhombre que fuera— haya podido ser Hijo sobrenatural de Dios. Pero ni la soberbia ni el desvarío ni el engaño, cualesquiera que sean, podrán prevalecer sobre el amor y la verdad. La verdad primordial del Universo es que lo que Dios ha querido que sea, ha sido y es grandioso y bueno; por ello hay que conocerlo, creerlo y vivirlo con obediencia y gratitud.

Cuando la *razón*, víctima de carencias, adversidades, desavenencias, enfermedades, limitaciones, debilidades y decrepitud de la edad y, en fin, de la *muerte* —imperiosa e inevitable, que no tiene mañana, si no es el hoy de la *resurrección*— se desespera y ciega; cuando la capacidad de adaptación falla y las fuerzas se rinden impotentes; cuando todo se desmorona sin remedio, el *corazón* —fe, esperanza y caridad— es la fortaleza inexpugnable y eterna del hombre cristiano. Quienes en definitiva imponen su ley soberana y sobrehumana son el amor y la esperanza: el amor a Dios y al prójimo (Jn 15,9-12), incluso a los enemigos (Mt 5,43-45; Lc 6,27-38), y la esperanza en Dios y en su Madre, que es también nuestra Madre y no nos defrauda. Los hombres estamos hechos para saber y sobre todo para amar; no para la anulación, la extinción y la nada, sino para la eternidad de nuestras almas cuando liberadas del cuerpo material se conviertan en luz resplandeciente y puedan contemplar a Dios. Sólo entonces, después de esta vida terrenal, conoceremos y amaremos realmente a Dios (Jn 17,3). ¿O será verdad que todo es vana ilusión y ensueño, como creen sin ilusión ni esperanza los pesimistas y nihilistas que, creyendo saberlo todo, no creen en Dios ni en nada? En cualquier caso, todos los hombres somos instintivamente reacios tanto a creer como a no creer en la vida eterna. Hoy, por desgracia, muchos viven desilusionados y tristes bajo el pesimismo y la desesperanza de la hartura y la indignación. Pero no hay que desesperar: la alegría y la esperanza

han entrado en el mundo por la *Encarnación* y la *Resurrección* de Jesucristo, los pilares básicos del cristianismo.

¡Estad alegres! ¡No tengáis miedo! ¡Sed valientes! Así nos alentaba incansable en su labor evangélica el Papa Juan Pablo II, que puso toda su esperanza (*Totus tuus*) en manos de la Virgen María, “nuestra Señora”, y perdonó con ejemplar misericordia cristiana, visitándolo en la cárcel, al joven que quiso asesinarle en el esplendor de su vida disparándole a quemarropa en la Plaza de San Pedro un 13 de mayo, aniversario de la aparición de la Virgen de Fátima. Juan Pablo II beatificó en Sevilla en 1982 a sor Ángela de la Cruz y la canonizó en Madrid veintiún años más tarde. Un azulejo expuesto a la izquierda de la fachada de la Basílica de la Macarena recuerda la bondadosa figura inconfundible de Santa Ángela, ya en su madurez. El entusiasta y bienaventurado Papa polaco fue creador en 1986, en Roma, de las *Jornadas Mundiales de la Juventud* —que nos dejó como un valiosísimo y prometedor legado— y condujo al pueblo de Dios a atravesar con ilusión el umbral del tercer milenio, que él llamó *umbral de la esperanza*. Su sucesor, el actual Papa Benedicto XVI, lo beatificó el primero de mayo de este año, Domingo de la Misericordia. El Papa Ratzinger, colaborador en la búsqueda de la verdad (*Cooperatores veritatis*), nos ha confirmado en sus encíclicas *Deus caritas est*, *Caritas in veritate* y *Spe salvi* en el amor y la esperanza.

El amor es eterno y vence a la muerte, que es una vía de esperanza. Cristo es la luz, la verdad indestructible que atravesó personalmente con su Resurrección las tinieblas de la muerte y se quedó con nosotros para siempre en la *Eucaristía* bajo las especies sacramentales de pan y vino, frutos de la tierra y del trabajo del hombre. ¡Qué consoladora y luminosa fiesta de caridad la del *Corpus Christi*, engalanada con doradas espigas de trigo y verdes racimos de uva! Hay que dejar bien sentado que estos dos últimos pontífices, protagonistas de las impactantes Jornadas Mundiales de la Juventud y pregoneros del

amor, no han evadido nunca la verdad ni se han perdido en fantasías ni ambiguos claroscuros, sino que por el contrario han enfatizado y hecho especial hincapié en que «la exigencia de la verdad debe llegar hasta el fondo» y que «hay que reconocer la verdad allí donde se manifieste». No se trata de *decir amen a todo* a ciegas, sino de *decir sí*, con los pies en la tierra y la mirada en el cielo, *al amor y a la verdad*. ¿Quién puede estar en contra de estos ideales? Los hombres de bien debemos creer sin vacilaciones en el amor y la verdad, sólo en la verdad pura y desnuda, y rechazar rotundamente la nefasta mentira, la inmoralidad imperdonable que trata con perfidia o inconsciencia de suplantar a la Verdad Suprema. La vida sin amor y sin verdad carece de esperanza y de sentido. No basta creer, hay también que saber: Queremos saber, necesitamos saber. Es inherente a nuestro ser. Hoy vamos poco a poco conociendo hasta en sus más ínfimos detalles, gracias a Dios y a los hombres, infinidad de cosas buenas y bellas del Universo que sabemos son realmente verdad y merecen nuestro reconocimiento y veneración.

Los hombres —dotados por el Creador de *inteligencia, conciencia y libertad* para pensar y actuar juiciosa, benévola y libremente— tenemos la obligación moral y la enorme responsabilidad de *amar y saber*, de buscar y defender a rajatabla el bien y la verdad indudable e irrefutable de *los hechos* y de proclamarla universalmente, estudiando con rigor científico y fidelidad la historia del Universo y del hombre, y cortando de raíz todas las interpretaciones erróneas y falsas, así como las desviaciones, deformaciones, supersticiones y fanatismos que tanto desconciertan, confunden y descarrían al género humano. Buscar y enseñar la verdad sin restricciones ni prejuicios y con visión global, y desear y practicar el bien con alegría y generosidad deben ser nuestro cometido: nuestra oración como *homo orans* y nuestro oficio como *homo religiosus*. Buscar a Dios con la mente anhelante y el corazón abierto, pero sin afectación, rezar y santificarse, no es nada fácil,

pero debe ser nuestra meta espiritual y moral. Por lo demás, hay que ser muy cautos con las conjeturas, elucubraciones y extrapolaciones para resolver problemas y dudas. La fe se funda en el amor y en el conocimiento de la verdad y cree ciegamente y con fundamento en ella, si bien con el beneficio de la duda. Tener fe significa amar, conocer y saber, y faculta para enseñar la verdad a todos los hombres porque, como nos dijo el mismo Jesucristo, *conocer la verdad nos hace libres* (cf. Jn 8,32).

Sólo se puede y debe amar y *creer* lo que es bueno y es verdad, aunque ésta esté todavía oculta, en litigio o pendiente de verificación: sin amor y sin verdad estamos perdidos y abocados a enfrentamientos estériles y discusiones bizantinas sin fin, pero la fe basada en el amor y la verdad es invencible. Los “hechos” falsos —que no son tales hechos ni en consecuencia han ocurrido en la realidad— hacen mucho daño, sobre todo si perduran. Por eso es tan importante, tan primordial, aunque sea tan difícil, conocer y reconocer la verdad. Predicar la verdad exige como condición previa no sólo creer sino *saber cuál es la verdad*. Podemos y debemos creer sin paliativos lo que ya sabemos es verdad, y reconocer y creer con reserva lo que todavía no sabemos con certeza. Los hechos que son indudablemente ciertos, es decir, que no son falsos, hay que creerlos y acatarlos con humildad y respeto por mucho misterio que encierren y por mucho que nos cueste aceptarlos como tales. Nada de florituras: hay que ir al grano, a lo esencial, y *construir sobre roca* y no sobre arena, como también enseñó con sus parábolas Jesucristo. Nuestra *fe cristiana* nos obliga a practicar el amor y a creer en la verdad. Una fe fantástica y visionaria que creyera imaginativamente lo que no es bueno ni es verdad sería vana y falsa, y nos anularía y esclavizaría miserablemente. Horripila no saber qué es importante y qué no lo es, qué es bueno y qué es malo, qué es seguro y qué es dudoso; andar a la deriva sin saber qué “hechos” han sucedido y cuáles no; creer que es verdad lo que no lo es y, aún más, creer que es mentira lo que es verdad.

Una y otra vez debemos analizar los fundamentos de nuestra fe y esperanza y recapacitar sobre ellos. ¿Idealizaron, se autosugestionaron o mintieron con buena o mala intención los apóstoles y evangelistas al «darnos testimonio y anunciarnos lo que habían oído, lo que habían visto con sus propios ojos, lo que contemplaron y palparon sus manos acerca del Verbo de la vida, pues la Vida se hizo visible... y que la Vida eterna que estaba junto al Padre desde el principio se les manifestó»? (1 Jn 1,1-3). ¿Por qué Jesucristo se mostró sólo a ellos y no al mundo, como le preguntó Judas Tadeo en el Cenáculo? (Jn 14,22). ¿Fueron quizás los discípulos, o su propio Maestro, unos filántropos ingenuos y soñadores, unos arrogantes iluminados y alienados, unos farsantes y embaucadores? ¿Nos hemos extralimitado cándidamente, engañado paradójicamente por exceso de buena fe o exaltado fanáticamente por exceso de celo los cristianos a lo largo de veinte siglos en nuestras creencias, como creen —hay que pensar que también de buena fe y sin doblez— los que creen que la verdad del Evangelio es una superchería? ¿Está hoy cerca o lejos el día en que los hombres podamos saber sin lugar a dudas la verdad sublime, caleidoscópica y eterna del Universo, la *Verdad única y absoluta* que todos añoramos y buscamos con fe, ansiedad y sin reposo y en la que todos creemos con esperanza infinita? Necesitamos hombres buenos y justos, capaces y veraces, y los cristianos tenemos que ser fieles, prudentes y sacrificados testigos de la verdad y el bien, y practicar con ejemplaridad y tolerancia las cuatro virtudes cardinales: *prudencia, justicia, fortaleza y templanza*.

El amor y la verdad, así como la repulsión al mal y al pecado, son brújulas fiables que acabarán uniendo a todos los hombres de buena voluntad por encima incluso de sus ideologías y creencias, que nunca —dicho sea de paso— se deben imponer. La *Unidad humana* debe respetar, amar y valorar la diversidad, pero subordinándolo todo a la verdad, el bien y la justicia, que no sólo son esenciales, sino que unifican las partes y fortalecen el conjunto. Esta

*gran esperanza* de la humanidad en un mundo nuevo y unido por la verdad y el amor, tan añorada por los cristianos y por muchos humanistas, científicos y hombres de bien, fue abordada en la era de la globalización por Juan Pablo II en su encíclica *Ut unum sint* (cf. Jn 17,21). Siguiendo el ejemplo y las directrices de su antecesor, el Papa Benedicto XVI ha convocado para el 27 de octubre con ocasión del 25º aniversario del primer encuentro interreligioso de 1986, una segunda *Reunión ecuménica en Asís*, cuna de Francisco y Clara y faro del amor y de la paz. Esta Jornada por la paz y la justicia ha sido convocada bajo el lema "Peregrinos de la verdad, peregrinos de la paz". No puede haber la menor duda que para poder construir juntos la *paz* es necesario poner como criterio el *amor* y la *verdad*. El viaje que realizará Benedicto XVI a Alemania del 22 al 25 de septiembre será todo un acontecimiento. Bajo el lema "Donde está Dios, allí hay futuro" pondrá también de manifiesto su intenso carácter ecuménico: Encuentros interreligiosos con las comunidades judía y musulmana y con los representantes de las Iglesias evangélica y ortodoxa. Por lo demás, el pasado febrero fue inaugurado a su impulso el *Atrio de los Gentiles* para el encuentro entre cultura y ciencia y el diálogo entre creyentes, agnósticos, paganos y ateos, entre hombres inteligentes y de bien, que conocen las leyes naturales y respetan y guardan la ley moral. Este encuentro, que se inició en la Universidad de Bolonia, la más antigua del mundo, continuó sus sesiones a finales de marzo en varias sedes de la ciudad de París (UNESCO, Universidad de la Sorbona, Instituto de Francia, Colegio de los Bernardinos y Catedral de Notre Dame). El drama del hombre religioso de hoy es que cree de buena fe lo que no sabe con certeza científica.

Todos tenemos que caminar juntos, no desunidos, hacia un futuro de convivencia, armonía y esperanza defendiendo la primacía de los principios intelectuales, morales, éticos y estéticos del bien, la verdad y la belleza; siempre dispuestos, por mucho que nos cueste, a arrepentirnos de cuanto hayamos hecho mal y a abjurar con humildad y valentía de

todo lo que de buena fe hayamos lamentable y dolorosamente podido estar equivocados. La sociedad moderna en su conjunto de razas, lenguas, civilizaciones y religiones tiene que cimentar su *Esperanza en el Amor y la Verdad de Dios, del Universo y del hombre*, ser cada vez mejor educada y justa, estar más preparada en todos los órdenes y aprender a jugar limpiamente con las cartas boca arriba. Bajo ningún concepto —y esto vale para todo y para todos— puede la humanidad infringir los *derechos humanos* ni vivir aferrada con obcecación a creencias que ya se haya demostrado sin lugar a dudas que no son verdad ni en consecuencia creíbles. Nadie puede proseguir empecinado en defender errores fundamentales que se sabe a ciencia cierta son tales, cercenar la libertad de los pueblos, vivir encorsetado por la necesidad y la ignorancia, ni andar desorientado presa de la indignancia, el mal y la mentira. He aquí el quid de la cuestión para lograr sin cortapisas la unión sin fisuras de los hombres de buena voluntad y progresar de veras como *homo faber* trabajando en paz con lealtad y justicia para conseguir *un mundo mejor* y más libre de tantas contradicciones.

Como en las parábolas del hijo pródigo y del fariseo y el publicano y para humillación de los ambiciosos y soberbios, el amor, la compasión y el perdón superan al rencor, el egoísmo, la envidia, la avaricia y la vanidad. Santa Ángela de la Cruz comenzó el 2 de agosto de 1875 en compañía de otras tres mujeres en un humilde cuarto alquilado en una casa de la calle San Luis —cercana a la Macarena, entre las iglesias de Santa Marina y San Marcos— la labor de servicio a los pobres y necesitados que habría de ser la razón de su vida. Empuñando con entereza y total dedicación el estandarte de la cruz vivió con fe, autenticidad y en plenitud las virtudes de la *esperanza* y *caridad*. Santa Ángela fue luz y guía de una interminable procesión de seguidores que ya nunca acabará, encabezada por Madre María de la Purísima, beatificada en Sevilla en una ceremonia presidida por la Esperanza Macarena durante el pontificado del Papa Benedicto XVI. Los *Pensamientos* de Santa

Ángela, originales e inéditos, fueron recopilados por mi buen amigo, el inolvidable cura periodista y gran escritor José María Javierre —un regalo de Aragón a Andalucía— en el libro *Un tesoro en vasija de barro*. Más de seiscientos puntos de reflexión: Abnegación, Alegría, Amor de Dios, Bienaventuranzas, Buen ejemplo, Caridad fraterna, Confianza, Cruz, Esperanza, Eucaristía, Fe, Humildad, Oración, Paz, Pobreza, Santidad, Silencio, Trabajo, Virgen Santísima, Voluntad de Dios... Santa Ángela, dotada de una inteligencia privilegiada y una sensibilidad exquisita, nos enseñó una lección de humanidad y humildad, de amor a la vida que supera a todas las enciclopedias de los sabios: siempre antepuso con su ejemplo, esperanza y entrega el corazón y sus razones a la mente fría y calculadora. La caridad es justa en tanto en cuanto da a cada uno lo suyo, pero supera a la justicia porque además da generosamente lo suyo, hasta su propia vida, a los demás sin esperar nada a cambio, salvo —si cree y espera— la recompensa implícita en la respuesta agradecida ¡Dios se lo pague! ¡Cuántas veces se lo hemos oído decir a las Hermanas de la Cruz! Bajo el nombre de “Santa Ángela de la Cruz” se ha inaugurado recientemente en Salteras un centro de sordo-ciegos, “los más pobres entre los pobres”, en palabras de nuestro arzobispo, don Juan José Asenjo.

Pero ¿merece la pena en este mundo hedonista y materialista, confundido por el “yo”, los celos, la ambición, el relativismo y el rencor, o es una utopía insana y nociva ser bueno, honrado y trabajador; ser amable y misericordioso con todos, empezando por los más pobres; sacrificarse por el prójimo y considerar al prójimo como “otro yo”; sufrir con los enfermos y desvalidos; vivir para los demás y dar la vida por los demás: niños, jóvenes y ancianos, de cualquier cultura o color? Algunos prepotentes critican y menosprecian con altanería a la religión cristiana por ser precisamente compasiva y defensora de los débiles, minusválidos y desahuciados. Santa Ángela nos enseñó con sencillez ejemplar y sin enojos que el *camino de la cruz*, del sufrimiento y de la tribulación

es el camino del amor y de la salvación; que el altruismo vence al egoísmo, y el amor al prójimo al amor a uno mismo, al amor propio. Si reflexionamos como hombres de bien con esperanza, todos tenemos en conciencia la obligación moral de contribuir solidariamente a la *civilización del amor*, «porque Dios es amor» (1 Jn 4,8). En la vida hay muchas cruces y todos tenemos que llevarlas con resignación y paciencia; paradójicamente, muchas veces cuando no las tenemos nos fabricamos caprichosamente una ficticia y además nos rebelamos insensatamente contra ella. Una humanidad que no sienta verdadera compasión y no sea capaz de consolar al que sufre es cruel e inhumana.

Cuando una vez le pregunté de improviso a mi hermana Carmen, religiosa del Carmelo en el convento de la Encarnación de Cuerva (Toledo), de quien se fiaba más, si del corazón o de la cabeza, me respondió de inmediato, sin pensarlo siquiera, que del corazón, señal de que lo había meditado antes miles de veces. Así sienten, piensan y esperan los que han entregado por completo todo su ser para siempre a Dios y a su Madre. El corazón —que no piensa pero siente— y la esperanza —que cree y confía en Dios— ganan la batalla a la mente en los terrenos donde ésta no puede llegar con su enorme poder de raciocinio y sus ambiciones y potentes resortes económicos. Muchos sabios, filósofos y moralistas han alzado su voz para prevenirnos de que el poder y la ciencia sin conciencia son malvados y terribles. Pero el amor del corazón puro y la recta verdad de la razón son bienhechores y en cierto modo divinos. El culto y sensible poeta santanderino Gerardo Diego expresó hermosamente estas ideas y sentimientos en el siguiente verso, inspirado en el *amor a Dios*:

*Para llegar a Dios no hay más camino  
que el del amor que vence y perdura.*

A mediados de agosto se ha celebrado en Madrid bajo el liderazgo del Papa Benedicto XVI con insuperable éxito multitudinario, orden ejemplar y sana

alegría, la vigésimo sexta Jornada Mundial de la Juventud para colocar a Jesucristo y su Cruz, la *única esperanza*, en el centro de la vida de los jóvenes y que sean ellos sus testigos para ayudar a su generación a promover una nueva evangelización y hacer una verdadera reforma social, cultural y política. Cada uno de los participantes recibió un ejemplar del libro *Youcat*, prologado por el Papa, para que sepan qué es lo que cree la Iglesia. A la sobria *Cruz peregrina de los jóvenes* acompañó como siempre en las Jornadas una copia fiel del antiguo icono bizantino de *María, Salus populi romani*, que se conserva en la espléndida basílica romana de Santa María la Mayor, la más antigua de Occidente (siglo V). El Beato Juan Pablo II describió la Cruz en la inolvidable Jornada de 1989 en Santiago de Compostela como “refugio seguro, esperanza cierta y camino de resurrección”. En la Jornada de Toronto en 2002 dijo a los jóvenes allí congregados: «Ninguna dificultad, ningún miedo es tan grande como para ahogar completamente la esperanza que brota eterna en el corazón de los jóvenes». El mensaje del actual Papa en la Jornada de Sydney 2009 fue igualmente esperanzador: «Hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo». Y en Madrid repitió que la Jornada «nos trae un mensaje de esperanza, como una brisa de aire puro y juvenil... Que nada ni nadie os quite la paz».

Por otra parte, es alentador que en su carta dominical “Para dar razón de nuestra Esperanza”, publicada el pasado julio en Archidiócesis Iglesia de Sevilla, el Arzobispo nos comunicara la buena noticia de la creación en nuestra ciudad del *Instituto Superior de Ciencias Religiosas San Isidoro y San Leandro*. Este centro ofrecerá una enseñanza básica sobre las aportaciones de las ciencias humanas más conexas con la filosofía y la teología.

\*\*\* \*\*

La teoría del *big-bang* sobre el *origen del Universo* fue propuesta en 1927 por el físico, astrónomo y sacerdote belga Lemaitre, gran amigo de Einstein. La Creación del Universo habría ocurrido según esta teoría en un instante como consecuencia de la fulgurante y gigantesca explosión de un átomo o huevo

primigenio en un estado de compactibilidad extrema. Parecía inimaginable creer, y más todavía poder demostrar, la realidad de esta *esperanza cósmica*. Pero la verdad incontrovertible de los hechos ha revelado la verdad esperanzadora del ¡hágase la luz! bíblico. ¡Cuánto debemos a la inteligencia y a la fe y voluntad humanas, así como a la ciencia y la tecnología, sus fabulosos frutos! Arno Penzias, uno de los cuatro físicos galardonados recientemente con el premio Nobel por el descubrimiento del big-bang, hizo a este respecto el siguiente comentario, lleno de admiración y reverencia: «Si no tuviera otros datos que los primeros capítulos del Génesis, alguno de los Salmos y otros pasajes de las Escrituras, habría llegado esencialmente a la misma conclusión en cuanto al origen del Universo que la que nos aportan los datos científicos». Efectivamente, según las Escrituras, Dios se ha mostrado de un modo u otro a Abraham, Israel, Moisés y finalmente, a través de su Hijo, al pueblo judío, a los cristianos, musulmanes y todos los hombres. Siglos antes de descubrirse el big-bang, Francis Bacon, uno de los fundadores del Método científico, hizo una profunda y prudente reflexión sobre la existencia de Dios, corroborada por muchos pensadores: «Poca ciencia aleja muchas veces de Dios, y mucha ciencia conduce siempre a Él».

Es un hecho inconcebible e irrefutable —aunque bastante ignorado incluso por muchos científicos, a pesar de ser a nuestro juicio el más firme pilar de nuestra fe consciente— que el Universo esté gobernado y dirigido desde el principio, a lo largo de toda la evolución y hasta ahora mismo, por las sabias, exactas, inamovibles e inapelables *leyes de la naturaleza* (luz de la razón y de la certeza). Esta es la primera de las *verdades básicas* cuyos misterios va poco a poco descubriendo y ratificando la *inteligencia* humana como verdaderos milagros y que además constituye —y así debe resaltarse— el fundamento de la propia *ciencia*. Igualmente es un hecho admirable y sublime que la *ley natural* (bondad del corazón y de la esperanza), base de los principios que rigen nuestra humana conducta y asimismo de nues-

tra religión, esté inscrita en lo más íntimo de nuestra *conciencia* para permitirnos actuar con conocimiento y *libertad*. La *ley moral* —enraizada y nutrida por las leyes naturales, que le sirven de soporte— nos mueve a ser justos, a hacer el bien y evitar el mal, a decir la verdad y no mentir. Gracias a Dios y a nuestra conciencia podemos reconocer la verdad y seguir el camino del bien. La lógica aplastante y sorprendente de la Creación culmina con la emoción subyugante de la perfección y la belleza y con la misericordia y dulzura del amor. La esperanza en la Suprema Sabiduría y Verdad, el Sumo Poder y Bien, a Quien muchos llamamos Dios y Padre, está pues justificada a pesar de la resistencia y objeciones de los ateos recalcitrantes que creen con altiva rigidez y obstinada cerrazón que todo lo que sea creer y esperar —por razonable, bueno, excelso y fiable que sea— es una rendición y sinrazón infamante. ¿O seremos tal vez los creyentes de buena fe, fundamentada en la razón y tradición cristiana, los inocentes engañados y equivocados?

Creer es confiar más allá del saber. La fe del cristiano es ante todo fidelidad a la Palabra de Dios, revelada por su Hijo Jesucristo, la esperanza de Israel (Lc 2,25), que es camino, verdad y vida (Jn 14,6). El cristiano cree con conocimiento y confianza, basados sobre todo en el Antiguo Testamento, los Evangelios, los Hechos y las Epístolas de los apóstoles, que *Jesucristo no sólo es hombre, sino el Hijo de Dios (Filium Dei) hecho hombre*. La Palabra de Dios (*Dei Verbum*) que vive desde el principio en el seno del Padre se encarnó en la plenitud de los tiempos por obra del Espíritu Santo en el seno de María Virgen. Hasta entonces y desde entonces todos los hombres menos Él hemos sido y somos hombres de carne y hueso, hijos biológicos “naturales” de hombre y mujer: sólo hombres, con todo lo que ello significa. Dios quiso para su Hijo hecho hombre no un padre humano, sino una madre humana. Jesucristo sufrió pasión y muerte de cruz, fue sepultado, resucitó al tercer día, convivió antes y después de su Resurrección con sus discípulos y ascendió al Cielo. Dios, justo y miseri-



cordioso, se hizo “sobrenaturalmente” hombre para vivir como hombre y padecer con los hombres, para señalarnos y abrirnos el camino que nos conduzca a la eternidad. La esperanza del cristiano es vivir con amor según las enseñanzas de Cristo y que sus promesas se cumplan en la vida eterna. Resulta increíble que, como rezamos en el *Credo*, hechos tan inauditos hayan podido ser y sean realmente *así*. En consecuencia ¿debemos o no, en pleno siglo veintiuno de su venida, anunciarlo y proclamarlo abiertamente con fe, responsabilidad y entusiasmo —si bien con la pesadumbre de dudas y escrúpulos— por todo el mundo y a todos los hombres? Benedicto XVI, sucesor de Pedro y excelente teólogo, nos acaba de ratificar en la Jornada de Madrid a toda la humanidad, con la mayor franqueza, profundo conocimiento y de todo corazón, que *sí*.

Solidarios y bien avenidos, que no separados y enfrentados, los cristianos debemos profundizar en nuestros conocimientos, confiar en Dios y procurar humildemente enseñar con suma prudencia y transparencia, así como con bien labrado magisterio y ejemplo, que la creencia que proclama como verdad universal la Iglesia y que tanto nos cuesta creer y comprender es *esperanza salvadora* y eterna para todos los hombres: Jesucristo no fue un agitador ni un impostor, ni un alucinado idealista, sino el Hijo del Espíritu Santo y de María, muerto y resucitado. No os engríais ni os dejéis engañar, nos alertaba San Pablo: «Las malas compañías corrompen la moral sana»... Si los muertos no resucitan, «comamos y bebamos que mañana moriremos». Para a continuación añadir firmemente convencido y taxativo: Pero Cristo ha resucitado de entre los muertos (I Cor 15,20; 32-34). Los cristianos así lo creemos de buena fe y celebramos llenos de alegría y esperanza desde el principio de la era cristiana el *Domingo*, primer día de la semana y *día del Señor*, en que fue descubierto el sepulcro vacío y tuvo lugar el encuentro con el Señor resucitado.

La intelectual carmelita judía alemana Edith Stein, Santa Benedicta de la Cruz, Patrona de Europa, cuya

obsesión fue la cuestión de la verdad, nos ha recordado en nuestro tiempo que «en la Sagrada Escritura encontrarás pocas palabras de la Virgen, pero que son como granos de oro puro que irradian el esplendor luminoso de las virtudes de María». *María*, en hebreo *Miryám*, toma la palabra en los Evangelios solo siete veces. La Gloria de María, la más sublime y exclusivamente suya, su divina Gracia y Belleza, es sin duda ser la *Madre de Dios* (*Theotokos, Mater Dei*). María ha sido la única mujer en la historia de la humanidad elegida desde la eternidad para tamaña grandeza sobrenatural y la podemos tratar con confianza filial porque es también Madre y abogada nuestra (*Advocata nostra*) y *nuestra Esperanza* (*Spes nostra*). Con la *Encarnación* del Hijo de Dios en María en tiempos del emperador Augusto entra la Creación en una etapa crucial y se revela el plan divino. Al decir *Sí* al ángel, María, convencida ya su razón, creyó en su corazón antes de concebir a Jesús en su seno. «Dichosa tú que has creído», le dijo su prima Isabel cuando embarazada de seis meses fue a visitarla (Lc 1,45). La Iglesia celebra con veneración —aunque a mi juicio debería celebrarlo con más entusiasmo y resonancia y con mayor y mejor predicación y actualización en todos los órdenes, pues no ha habido milagro mayor ni de más significación y alcance —la fiesta de la Anunciación el 25 de marzo y la de Nuestra Señora de la Esperanza el 18 de diciembre. ¡Cuánto nos gustaría a muchos sevillanos, si hubiera consenso, oír cada día el alegre repique de las campanas de la Giralda a la hora del *Ángelus*!

La *esperanza mariana* de los cristianos se fundamenta en la creencia evangélica de que la Virgen María —pobre y humilde doncella judía desposada con José, el carpintero de Nazaret— es por obra del Espíritu Santo —el verdadero protagonista divino de la Encarnación— Madre de Jesús, el Salvador del género humano (*Mater Salvatoris*). Dios, Padre del Verbo y Creador del Universo, eligió desde el principio a la Virgen María —llena de gracia (*Gratia Plena*), concebida sin mancha (*Regina sine Labe Originale Concepta*) y sede de la sabiduría (*Sedes Sapientiae*)

*tiae*)— nada menos que para ser Madre de su Hijo Jesucristo, el Mesías de Israel, el Ungido de Dios con su Santo Espíritu. María —Madre del Redentor (*Mater Redemptoris*), Madre de la Iglesia (*Mater Ecclesiae*) y Madre nuestra (*Mater nostra*)— es la Estrella del mar (*Ave Maris Stella*), la estrella de la esperanza que nos guía en este complicadísimo y alborotado mundo para que no naufraguemos. Después de despedir con júbilo a su Hijo en la Ascensión y de recibir al Espíritu Santo en Pentecostés —nuestro Rocío— la Virgen María ascendió a la Gloria (*Regina in Coelum Assumpta*) y nos espera como Reina de los Cielos (*Regina Caeli*) junto al Padre y al Hijo para que todos unidos bajo su protección (*Mater unitatis*) gocemos de una vida perdurable como seres bienaventurados. La Asunción de María es un misterio de alegría y esperanza. ¿Puede el hombre, pobre criatura terrenal, aunque también espiritual, aspirar a más, soñar algo más bello? Para que iniciara mi camino en pos de Ella, mi madre me presentó recién nacido a Nuestra Señora de Gracia en la Iglesia de la Asunción de Carmona —ciudad histórica y de santos “lucero de Andalucía” donde vi la luz un amanecer del solsticio de invierno de 1929— confiándome a Ella llena de esperanza maternal.

En nuestro mundo se suceden unas a otras de un modo “natural” y maravilloso —que hoy sabemos no puede ser más sabio, más simple ni más complejo— las generaciones de padres a hijos. Así ha sido siempre desde Adán y Eva a lo largo de la historia y lo seguirá siendo ¿quién sabe hasta cuándo? De hecho, la población humana, en continua renovación, ha alcanzado desde entonces, en inquietante y prometedora progresión geométrica, la escalofriante y astronómica cifra de seis mil millones de personas. La concepción de un nuevo ser en el seno materno sigue siendo desde un punto de vista fisiológico, ético y estético, además de una enorme responsabilidad, un bellissimo acto de amor, de gozo y de alegría sin par entre hombre y mujer; un milagro trascendente de los sentidos, la carne y el espíritu; si se quiere “natural”, pero el proceso reproductivo ha dejado ya de ser

misterio a nivel molecular, celular, tisular... gracias de nuevo a la ciencia y la tecnología.

La Concepción del Hijo de Dios en María, la Virgen del *Fiat*, fue todavía mucho más excepcional y grandiosa, un misterio inimaginable e increíble incluso para los que creemos que pudo ser un milagro “sobrenatural”: el hecho más trascendente de la historia humana. La misma Virgen María le preguntó con perplejidad reflexiva al ángel que le anunció el mensaje celestial: «¿Cómo podrá ser esto?». Pero inmediatamente, resuelta por el ángel su muy razonable duda, aceptó con enorme responsabilidad y obediencia la voluntad de Dios. Y si a la Virgen, tan llena de gracia divina, le sorprendió tanto y tan gratamente este misterio ¡cuánto más a nosotros, indignos pecadores incrédulos!

Es bueno y formativo comparar el *hágase la luz* de Elohim hace quince mil millones de años —la orden imperiosa para que se produjera la sobrecogedora explosión del big-bang que dio origen a la Creación del Universo— con el *hágase en mí* de María hace dos mil años —la silenciosa manifestación de acatamiento de una joven hebrea escogida por el Creador por amor a los hombres para ser Madre de Dios y Esperanza nuestra—. ¿Debemos creerlo así, con humildad, confianza y reverencia? Cabe objetivamente preguntarse: ¿es o no procedente, es o no razonable que si —como asevera con convencimiento y continuidad la Iglesia desde sus orígenes— este “hecho portentoso y único” en la historia de la humanidad fue realmente verdad pueda ser ignorado o negado de buena fe por parte de los hombres después de haberlo conocido por el anuncio del ángel tal como nos cuentan los evangelistas? Alternativamente ¿se debe o no admitir como resuelto, sin darle más vueltas, de acuerdo con las enseñanzas del Concilio Vaticano II, que este “hecho” fue ciertamente verdad y procurar que al despertar cada mañana renazca en nuestras almas esta creencia con el esplendor y la emoción del sol naciente? También ahora, cada Domingo de Pascua resuena igualmente con estupor, alegría y esperanza sin límites en la Cristiandad el transparente *aleluya* de

la Resurrección del Señor, otro misterio “sobrenatural” increíble, otro “hecho prodigioso y único”, que los cristianos creemos y aceptamos igualmente con confianza, humildad y gratitud como verdad divina revelada.

¿Qué razones hay para que estos misterios, si lo han sido, no se hayan mostrado al mundo sino sólo a unos elegidos en toda su plenitud y majestad y sigan siendo todavía discutidos? ¿Cuántos teólogos, filósofos, metafísicos y exégetas han consagrado su vida a tratar de resolver estos interrogantes! ¿Qué enormemente importante además de justo y necesario sería en la *nueva evangelización* —no sólo para los jóvenes cristianos sino para la humanidad entera— saber transmitir y testimoniar abiertamente ante todos, con caridad y razonamientos firmes y convincentes y por todos los medios posibles, estas trascendentales creencias como hechos fiables constatados! ¿Cuánto no daríamos muchos por saber a ciencia cierta lo que con tanta fe y esperanza creemos, por lograr que nuestras creencias pasaran a ser evidencias indiscutibles! Quiero enfatizar una vez más que todos los hombres debemos creer sin discusión todo lo que es verdad y rechazar de plano todo lo que es falso. Debemos enseñar la Verdad, pero no podemos engañar, ser engañados ni que nos engañen. Si la historia del Universo, de la vida y del hombre no hubiera sido como ha sido, como es y cómo será; si los hombres no fuéramos seres inteligentes animados; si la muerte y la vida eterna —o la abrumadora nada— no fueran una realidad cotidiana inevitable e incomprensible para todos los humanos sin excepción, nadie —creyentes o no— nos creeríamos ni esperaríamos nunca nada. ¿Ni la más fantástica y deslumbrante novela “histórica” hubiera derrochado tanta imaginación y suspense ni hubiera tenido un desenlace tan apocalíptico! Todo a nuestro alrededor ¿quién puede negarlo? es un magnífico y asombroso milagro, empezando y acabando por la *luz* ¡bendita sea!, a cuyo estudio he dedicado con fe y entusiasmo, pasión y devoción mi vida. Tenemos que convencernos que aquí en la Tierra estamos para desentrañar los misterios del Universo y nuestra

propio misterio y que sólo la Verdad tiene su propio monopolio.

Dios tiene ¡qué duda cabe! sus razones más que suficientes y justificadas para hacer su voluntad así en el Cielo como en la Tierra. Pero nosotros, sus amados hijos, entreverados de carne flaca y espíritu fuerte, necesitamos que, como a sus apóstoles, nos eche una mano para no caer en la tentación ni en el error, para saber con certeza la verdad de Verdades tan esenciales y complejas que tanto nos conciernen y que nos harían plenamente libres si las conociésemos. ¡Hágase tu voluntad! Así se lo pedimos encarecidamente cada día con fe sincera y llenos de esperanza a nuestro Padre y a su Hijo Unigénito, y también a su Madre, nuestra Esperanza, que lo tuvo en su seno desde su Concepción y le dio a luz en un pesebre. Desde niño hasta su madurez, Cristo, nuestro Señor, vivió entre nosotros y supo y sabe mejor que nadie lo que es ser hombre racional y de bien: la verdad sagrada de ser hombre, el difícil e inevitable conflicto entre razón y fe. El Papa Benedicto XVI ha subrayado repetidamente en sus discursos y escrito en el Prólogo de su primer libro *Jesús de Nazaret* esta necesidad de la Verdad, esta necesidad de Dios que tenemos los hombres: «Sobre todo confío en los Evangelios... Yo creo que este Jesús, el Jesús de los Evangelios, es una figura históricamente plausible y convincente».

\*\*\* \*\*

El *templo de la Esperanza Macarena* fue construido en la década de los cuarenta del siglo pasado en tiempos de Pío XII. La imagen de la Virgen, preciosa escultura anónima del siglo XVII, había sido antes venerada por los sevillanos en el convento de San Basilio y en la iglesia de San Gil. La estructura del templo, que Pablo VI declaró *Basilica Menor* en 1966, es una espaciosa nave única con bóveda de cañón y el presbiterio a los pies. En la parte alta del centro de la fachada y entre jarrones de azucenas hay una alegoría de la esperanza con el ancla dentro de una hornacina y, en segundo plano, se alza una espadaña con dos cuerpos de campanas. En los dos tramos

laterales, sendas lápidas conmemorativas recuerdan la consagración del templo y la Coronación canónica de la Santísima Virgen de la Esperanza Macarena por Breve de Juan XXIII de 1963, siendo arzobispo de Sevilla el cardenal Bueno Monreal. Las Hermanas de la Cruz actuaron de madrinas de la Coronación de la Macarena.

A uno y otro lado de la nave de la Basílica las paredes están decoradas con cuatro escenas seleccionadas de la vida de María, de acuerdo con los relatos de los evangelios de San Mateo y San Lucas, "el evangelista de María". Las dos del lado del Evangelio con la *Anunciación*: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según Tu palabra» y la *Visitación* a su prima Santa Isabel: «Y ¿de dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí?». Isabel la acogió llena de alegría. Por eso María es realmente "Causa de nuestra alegría" (*Causa nostrae laeticiae*). Las dos del lado de la Epístola con el *Nacimiento de Jesús*: «La Virgen concebirá y dará a luz un hijo a quien pondrá por nombre Emmanuel» y la *Presentación del Niño Jesús* en el templo: «Y a ti misma, una espada atravesará tu alma». Sobre cada una de estas escenas evangélicas aparecen inscripciones de las correspondientes advocaciones de María: *Reina de las vírgenes*, *Arca de la Alianza*, *Madre de Dios* y *Madre Dolorosa*. María acogió en su seno virginal al Hijo de Dios, Aquél que es la Alianza nueva y eterna, y le dio su cuerpo y su sangre, acompañándolo hasta su muerte en la cruz. Por eso la invocamos como "Arca viviente de la Alianza" (*Foederis Arca*). En las bóvedas laterales de la nave se pueden leer fragmentos del *Magnificat*, el más bello cántico de alabanza y gratitud que haya pronunciado jamás criatura alguna: «Mi alma magnifica al Señor y exulta de júbilo mi espíritu», «En Dios mi Salvador porque ha mirado la humildad de su sierva», «Por eso todas las generaciones me llamarán bienaventurada», «Porque ha hecho en mí maravillas el Poderoso cuyo nombre es Santo».

En la capilla del lado izquierdo de la Basílica más cercana al presbiterio y frente a la de la *Reina del*

*Santo Rosario* está la imagen de *Nuestro Padre Jesús de la Sentencia*, el cordero de Dios que quita el pecado del mundo, al que en su impresionante paso y llevado por su experto capataz acompaña —escortado por una centuria romana de "armaos" al mando de su emblemático capitán— la Virgen Macarena en su estación de penitencia en la madrugada del Viernes Santo. El rezo del rosario no es ni mucho menos una recitación rítmica, repetitiva y monótona de alabanzas y ruegos a Jesús y María, sino una profunda reflexión de los misterios del Hijo de Dios y de su Madre, desde la Anunciación hasta la Resurrección, Ascensión y Asunción. ¿Cuántas preguntas, respuestas e incógnitas nos plantea la Encarnación de Jesús, judío de Nazaret, en el seno de María, así como el enigmático interrogatorio de Pilato a Jesús en el Pretorio?, juicio que terminó con la sentencia del *INRI* (*Iesus Nazarenus Rex Iudeorum*), rótulo escrito sobre la Cruz en latín, hebreo y griego. Para sarcasmo, Jesucristo fue coronado como rey de los judíos con una corona de espinas: *Ecce homo*. Pilato llamó a Jesús y le dijo: «¿Eres tú el rey de los judíos?»... Jesús le contestó: «Mi reino no es de este mundo... Mi reino no es de aquí». Pilato le dijo: «Entonces ¿tu eres rey?». Jesús le contestó: «Tu lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz». El escéptico Pilato le dijo pragmático: «Y ¿qué es la verdad?» (Jn 18,33-38).

Dios es la Verdad misma. La verdad de Jesucristo es el reino de Dios, su propio reino. ¡Cuánta verdad encierra para el hombre la frase evangélica: *la verdad nos hace libres!* ¡Y qué misterio que la Verdad de Dios sea que es sobre todo Luz y Amor! Si los hombres creyéramos de verdad —como María y José, Isabel, Simeón, Pedro y los demás apóstoles, la Magdalena, Marta, Ángela de la Cruz..., como el centurión y el buen ladrón...— y supiésemos fuera de toda duda que Jesucristo es el Rey del Universo, el camino, la verdad y la vida, el Hijo de Dios y de María que dio su vida por amor a nosotros y resucitó a la vida eterna, una gran mayoría lo dejaría

todo para seguirlo y darlo a conocer al mundo. Los cristianos no daríamos abasto dando ejemplo y testimonio de nuestra fe y alegría en nuestras familias (abuelos, padres, hijos y nietos), escuelas, universidades, hospitales, centros de trabajo y lugares de diversión...; los seminarios, monasterios, iglesias y conventos estarían atestados; habría colas para ser misioneros... Esta fe incondicional no sólo en Dios sino en la ciencia la tuvieron también Colón en la esfericidad de la Tierra y un Nuevo Mundo, Galileo en las Galaxias y nuestro Sistema Solar, Newton en la luz y la gravedad, y legiones de científicos en otros campos. En la próxima Jornada Mundial de la Juventud de Río de Janeiro, el Papa centrará la atención en la evangelización con el lema: «Id y haced discípulos a todos los pueblos».

En el gran arco que da paso al presbiterio de la Basílica están representadas las tres *virtutes teologales*, que hacen grande, fuerte y generoso al hombre: Fe, Esperanza y Caridad. Pedro y los hermanos Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, simbolizan las tres virtudes teologales que nos llevan a Dios. Estos apóstoles, los más cercanos y queridos de Jesucristo, fueron —según nos revelan con fidelidad y casi las mismas palabras los evangelistas Mateo, Marcos y Lucas— los testigos que contemplaron la *Transfiguración* gloriosa de su Maestro, prelude de su Resurrección, en la cima del monte Tabor. Santiago, el apóstol de la *esperanza* martirizado en Jerusalén, fue el evangelizador de España, y su sepulcro en Compostela ha sido meta de peregrinación constante desde la Edad Media. A San Juan, el apóstol de la *caridad*, confió Jesús en el Calvario el cuidado de su Madre, y a Ella nos encomendó como sus hijos (Jn 19,25-27). Entre las tres figuras representativas de las virtudes teologales hay dos inscripciones alusivas a la *Salve*: «Dios te salve, Reina y Madre de Misericordia» y «Vida, Dulzura y Esperanza nuestra, Dios te salve». Debajo, tres leyendas destacadas del *Avemaría*: «Ave María», «Gratia plena», «Dominus Tecum». La *Coronación de la Virgen* por la Santísima Trinidad es el tema central de la cúpula del

presbiterio, apareciendo en sus vértices los cuatro evangelistas acompañados de sus símbolos: Mateo y el ángel, Marcos y el león, Lucas y el toro, y Juan y el águila.

San Pedro —el primer vicario de Jesucristo (*Vicarius Christi*), el apóstol fiel que lloró con lágrimas amargas de arrepentimiento su triple negación al Maestro en Jerusalén y después derramó por Él su sangre en Roma— fue un hombre de fe y esperanza en Dios: fiable, razonable y caritativo. El apóstol Pedro comienza su primera epístola diciendo: «Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia y por la resurrección de Jesucristo nos ha hecho renacer a una esperanza viva» (I Pe 1,3). Más adelante retoma la misma idea inicial sobre la esperanza cristiana, fundamentada en la razón y el corazón, y nos aconseja con premeditada delicadeza y celo: «Estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere, pero hacedlo con mansedumbre, respeto y buena conciencia» (I Pe 3,15). Al mismo tiempo que hombre de carácter noble, decidido y enérgico, Pedro fue duro como una roca y claro como el cristal al dar fielmente con su martirio razón de nuestra esperanza: «No fue fundándonos en fábulas fantásticas como os dimos a conocer el poder y la gloriosa venida de nuestro Señor Jesucristo, sino como quienes han sido testigos oculares de su grandeza» (2 Pe 1,16). «A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos» (Hch 2,32). San Pedro sabe, y así lo hace constar con contundencia, que como enseña el Señor la verdad indiscutible se ha de basar en su propia esencia, en la realidad inamovible de Dios, de la Creación y de los hechos acaecidos hasta su culminación en la gloriosa venida del Mesías, la verdadera razón de nuestra esperanza. Cristo «en cuya boca no hubo engaño» (I Pe 2,22) fue abiertamente defensor a ultranza de la verdad, llegando a afirmar que Él mismo era la Verdad (Jn 14,6), el Hijo unigénito de Dios (Jn 3,16-21), que vino al mundo para salvarnos. San Pedro y San Pablo, los primeros y más firmes y fieles

seguidores de Jesucristo, son patronos de la ciudad de Roma.

Volviendo a la descripción de las capillas laterales del templo, la primera de la izquierda está dedicada al *Cristo de la Salvación* y a *Santa Ángela de la Cruz*, y la de la derecha, a la *Hispanidad*, presidida por la Virgen de Guadalupe y con varias imágenes adyacentes de las principales advocaciones de la Virgen en Iberoamérica. Pablo VI, el Papa del Concilio Vaticano II, definió a América Latina como el “continente de la esperanza”. La original Virgen de Guadalupe del monasterio de Extremadura fue un regalo a San Leandro del Papa San Gregorio Magno (*Servus servorum Dei*), Padre y Doctor de la Iglesia de quien toma su nombre el canto gregoriano y paladín de la Verdad. En los laterales del techo abovedado de la Basílica están reproducidas, además de la figura de San Gregorio, las de San Jerónimo, San Ambrosio y San Agustín, igualmente *Padres y Doctores de la Iglesia* y defensores denodados de la Verdad. De San Ambrosio es la célebre frase «la naturaleza es la mejor maestra de la verdad», predicción completamente ratificada por la ciencia. Los últimos Papas Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II, muy ligados a la renovación de las enseñanzas marianas de la Iglesia y también a la Macarena, aparecen representados a derecha e izquierda de la entrada de la Basílica. Los nombres más hermosos de María son Madre de Dios y la Llena de Gracia y Esperanza nuestra.

En el altar mayor y sobre el camarín de la Virgen, diseñado por el orfebre Fernando Marmolejo, destacan una escultura de la *Asunción* —misterio aceptado por la tradición cristiana y declarado dogma por el Papa Pío XII en 1950— y encima de ella otra que representa la *Esperanza*, con un ancla grande. El ancla es un símbolo de firmeza y seguridad, y en las artes figurativas es atributo de la esperanza, encontrándose ya en los monumentos de los primeros cristianos. *Santa María de la Esperanza Macarena* es, desde su dorado camarín, la luminosa estrella central de la Basílica.

Conmocionada y transida de dolor por la inmisericorde espada que atravesó su corazón inmaculado, y colgado de su muñeca izquierda el rosario de sus misterios y glorias, la Esperanza nos acoge como Madre Dolorosa con los brazos abiertos y extendidos y nos muestra su rostro compungido y trémulo, lleno de gracia y misericordia y de dulzura serena y expresiva. Son innumerables los devotos de la Madre de Cristo, del pueblo llano y de las clases dirigentes, de los iletrados y de los instruidos, que en peregrinación constante acuden confiados y fervorosos desde hace siglos a adorarla en su templo y quedan conmovidos al contemplar extasiados su mirada llorosa y cálida y su *celestial belleza*. La belleza se manifiesta a los hombres de muy diversas maneras. Una, la más excelsa, es indudablemente la de la Madre de Dios y, en particular, la de la Esperanza Macarena, que envuelta en su manto verde nos anima a creer con su maternal sonrisa dolorida y anhelante que con esperanza todos somos ricos y sin esperanza todos somos pobres. La Esperanza Macarena es la Madre bendecida por Dios con graciosa belleza que espera y sufre en silencio —como sólo las madres saben hacerlo— que vengán sus hijos a contarle sus penas para consolarles con la compasión infinita de su corazón, herido una y otra vez por nuestros innumerables pecados. En su *Carta a los artistas*, Juan Pablo II nos recordó que «la belleza es la clave privilegiada para el encuentro con Dios». ¡Cuántos sevillanos no le habrán dado y le darán la razón al Papa que fue para la Virgen María “todo suyo” y declaró santa a Madre Angelita! También los humanistas y los científicos saben cuánto significa la belleza como esencia de la Creación.

Al margen de la impactante *Creación del Universo* y —al cabo de muchos miles de millones de años de penosa y ascendente evolución fisicoquímica, bioquímica y biológica— de la *creación de la vida* y sobre todo *del hombre*, todavía más impactantes, tres de las *anclas grandes de la esperanza cristiana* son obviamente: I. El incondicional *sí* de la Virgen María al arcángel San Gabriel en la Anunciación y Encarnación del Hijo de Dios, después de que Ella dudara lógicamente

de la realización del inconcebible milagro (Mt 1,18; Lc 1,26-36; Jn 1,14). 2. La confiada petición del buen ladrón al Señor en la Cruz: «Acuérdate de mí cuando estés en tu Reino», seguida de la comprometida promesa de Jesús, franca e inequívoca: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23,39-43). Curiosamente, la fiesta de San Dimas, imagen de esperanza, coincide en el calendario litúrgico con la de la Anunciación. 3. La llegada a la carrera de Juan, el discípulo predilecto de Jesús, al sepulcro vacío y su creencia firme en la Resurrección del Señor, confirmada por la aparición de Jesús resucitado a María Magdalena: «Jesús le dice: ¡María!. Ella se vuelve y le dice: ¡Rabboni!, que significa ¡Maestro!». María Magdalena, siguiendo la orden de Jesús, fue y anunció a los discípulos que había visto al Señor y lo que le había dicho (Jn 20,1-18). Pedro, el discípulo escogido por Jesucristo para ser la piedra sobre la que edificar su Iglesia (Mt 16,18-19), fue testigo de las dos apariciones en el Cenáculo de Jesús resucitado a los discípulos (Jn 20,19-29) y también después, junto al lago de Tiberiades, cuando el Señor le encargó el pastoreo de sus ovejas (Jn 21,1-19).

\*\*\* \*\*

Los hombres que hemos vivido mucho sabemos lo corta y rápida que es la vida y, aunque se solapen entre sí sus cuatro etapas: infancia, juventud, madurez y ancianidad, tenemos clara experiencia de que son irreversibles —sin vuelta atrás— y están bien definidas desde la concepción hasta la muerte. ¡Qué milagro inicial y qué pujanza la concepción, y qué enigma final y qué nulidad la muerte! Cuesta hacerse a esta idea novísima y por eso la rehuimos de continuo, pero sabemos con seguridad que en este mundo —donde ponemos todo nuestro empeño— todo es transitorio y secundario, que al morir dejamos aquí todo y a todos, y que tras la *muerte ineludible* —un salto en el vacío tan súbito como insalvable— lo sabremos todo para siempre o no sabremos nunca nada. La muerte es una *realidad* incontestable, y lo que sea después —la verdad última y concluyente tan fuera de nuestra limitada capacidad humana— será. No hay alternativa posible ni cabe la menor duda. Pero ¿acaba la esperanza con

la vida o empieza con la muerte la esperanza? Aunque la esperanza humana esté en crisis, hay que tener fe firme en Dios y en nuestro destino. A los hombres que conscientemente confiamos en Dios —en el Dios que se reveló en su Hijo Jesucristo—, en su Madre —que lo concibió por el Espíritu Santo— y también en los propios hombres, nos queda la esperanza cristiana salvadora, basada en la palabra de Jesús, de que el mal no prevalecerá, no ganará. Pero ¿es nuestra vida sólo la de este mundo o es verdad la fe cristiana? ¿hay o no suficientes y bien fundadas razones para la *esperanza*, para estar contentos y no temer, para no vivir agobiados por la pesadumbre del sentimiento trágico de la vida, para vivir creyendo en la otra vida, en la vida inmortal? ¡Qué hermosas y rumiadas las reflexiones y dudas de Bécquer, el ángel de la verdadera poesía según Antonio Machado!

*¿Vuelve el polvo al polvo? ¿Vuela el alma al cielo?  
 ¿Todo es vil materia, podredumbre y cieno?  
 ¡No sé; pero hay algo que explicar no puedo!...*

Según San Pablo, la Resurrección de Cristo fue primicia: ni nuestra fe ni nuestra esperanza son falsas ni vanas (cf. I Cor 15,12-34). De acuerdo con San Lucas, Jesús se despidió en la Ascensión bendiciendo a sus discípulos, que por ello volvieron de Betania a Jerusalén con gran júbilo (Lc 24, 50-53; Hch 1, 1-14). Como ha subrayado Benedicto XVI en su segundo libro *Jesús de Nazaret*, ésta es la razón permanente de la alegría cristiana. ¿Será así de alegre, deslumbrante y gloriosa nuestra despedida de este mundo y nuestro esperado vuelo al cielo? Esta es nuestra *ESPERANZA ETERNA*.

Entre los acontecimientos álgidos de mi vida científica fue memorable el que tuvo lugar cuando —ya catedrático de Bioquímica y Biología Molecular de la *Universidad Hispalense*— pronuncié mi discurso de ingreso sobre la Fotosíntesis del nitrógeno en la Real

Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales para ocupar la vacante de mi querido maestro don José María Albareda —científico aragonés de pura cepa de la compromisoría ciudad de Caspe— en sesión solemne presidida por mi también querido y admirado científico don Manuel Lora-Tamayo. Ya anteriormente y desde entonces y para siempre mi fe en la ciencia, en las leyes universales que nos gobiernan, incluida la ley natural, ha sido inmovible. Diez años antes, cuando todavía vivía en la famosa *Residencia de Estudiantes* de Madrid, don José María nos había dicho a mi mujer, Antonia Friend O'Callaghan, y a mí la Misa de esponsales en la Iglesia del Espíritu Santo del *Consejo Superior de Investigaciones Científicas*. En el altar mayor de la iglesia figuraba una hermosa representación moderna de la Encarnación, misterio que desde niño, cuando a la sombra de mis padres inicié con el cariño de mis hermanos y amigos mi educación en el Colegio de Madre de Dios de Carmona, y a lo largo de toda mi vida ha estado grabado en el fondo de mi alma como el milagro más grande de nuestra historia. En este misterio inefable y en los de la Resurrección y Ascensión —igualmente gloriosos e inalcanzables— se fundan mis creencias cristianas fundamentales y mi *esperanza en la vida eterna*. De aquí que siempre me haya interesado vivamente y cada vez más hasta llegar al final *conocer a fondo y comprender* en lo posible *la verdad* y el significado de estos "hechos" de relevancia universal tal y como se nos dice que fueron.

Don José María, primer Rector de la Universidad de Navarra, murió relativamente joven mientras celebraba su misa diaria en 1966, pues había luchado mucho y estaba avejentado y en cierto modo acabado, aunque de ninguna manera su férrea voluntad fuera nunca vencida. Cuando su gran corazón no pudo más, cayó fulminado por el rayo de la muerte, entregando triunfante y confiado su alma a Dios, su más firme apoyo, su más deseado anhelo y su más viva esperanza. Don Manuel Lora-Tamayo, testigo también de nuestra boda, andaluz universal muy ligado a Sevilla, en cuya Universidad ejerció antes que en Madrid como catedrático, fue igualmente un hombre de gran

sabiduría, capacidad y fe profunda; unas y otras le darían ánimos para afrontar con fortaleza los momentos difíciles y amargos y para aceptar con paz y resignación los padecimientos de su enfermedad postrera. Es reconfortante el mensaje de esperanza que dejó escrito a sus hijos como precioso legado: «Que los problemas que la vida os presente os ayuden a un íntimo conocimiento de que el dolor y el sufrimiento sólo se superan en un diálogo con Dios, que da el consuelo en la tierra y el gozo de lo que en la otra vida se espera alcanzar... Eso es lo más importante que desearía prendiera en vosotros». Dante, el genial autor de *La Divina Comedia*, captó sabia y entrañablemente la inmarcesible potencia purificadora y santificadora del dolor, que los humanos tanto rehuimos: «Quien sabe de dolor, lo sabe todo».

Durante mi carrera científica en España y en el extranjero —Alemania, Dinamarca y Estados Unidos— tuve también el honor y la fortuna de tratar muy de cerca a otro gran hombre y científico español, el asturiano don Severo Ochoa, a quien conocí en Nueva York antes de que le concedieran el premio Nobel. Con él mantuve desde entonces muy estrechas y sólidas relaciones científicas y de amistad, y como homenaje póstumo le dediqué con admiración y cariño el libro *Ochoa, hombre de ciencia y de bien*. Don Severo fue, como don José María y don Manuel, miembro de la Academia Pontificia de Ciencias. Para mí fue un inesperado privilegio ser invitado a escribir las biografías de estos tres gigantes de la ciencia española contemporánea para la Real Academia de la Historia.

Ningún testigo mejor que don Severo Ochoa para mostrarnos la situación y evolución de la ciencia, la biología y especialmente la bioquímica en España en los tiempos que le tocó vivir en España y Estados Unidos en la primera y segunda mitad del pasado siglo. En la sesión de clausura del VI Congreso de Bioquímica, celebrado en la Universidad de Sevilla durante el rectorado de Manuel Clavero —que tuve el honor de organizar en 1975 por mandato de la So-



ciedad Española de Bioquímica— el profesor Ochoa afirmó con énfasis y sinceridad: «Sin el Consejo, no creo que hubiera podido realizarse en España la labor científica que se llevó a cabo desde que el país, finalizada la guerra civil, pudo rehacer su economía y su vida y salir de la fase de eclipse... Quiero dedicar aquí un sentido recuerdo a la figura del padre José María Albareda, que durante muchos años, más aún que su secretario general, fue el alma y la inspiración del Consejo. Sin Albareda, el Consejo tal vez no hubiera existido y sin él no hubiera llegado la biología, y dentro de la biología la bioquímica española, a alcanzar el grado de desarrollo que tiene en la actualidad. Igualmente quiero recordar el valioso y decidido apoyo prestado al Consejo por don Manuel Lora-Tamayo. El nombre del Consejo está, sin duda, vinculado a muchas personas, pero está ciertamente indisolublemente unido al de estos dos hombres».

Para Ochoa —que vivió la ciencia con tanta pasión y entrega, que como científico siempre buscó con enorme fe y conciencia el origen del Universo y escudriñó con todo su ser y todo su saber los misterios de la vida y de la muerte, del principio y del fin, que recibió tantos honores y distinciones en esta vida— la vida sin su mujer, Carmen Cobián, que murió en 1986 fue una vida sin sentido, una vida vacía de contenido, de la que ya no esperaba nada que le pudiera satisfacer o interesar. Carmen —persona muy religiosa, como la propia madre de don Severo— fue todo para él, su verdadero y único *amor*: en *esta vida* y en la *eternidad*. Emociona releer las palabras que el enamorado y maduro hombre de ciencia dedicó a su mujer: «En mi vida hay algo que ha merecido la pena, y no es la investigación científica, sino el haber tenido su amor. ¿Cómo puede sorprenderse nadie de que diga que mi vida sin Carmen no es vida?». Los restos de don Severo y de doña Carmen reposan juntos en el cementerio de Luarca. En la lápida del sepulcro un meditado e inescrutable epitafio reza así: «Aquí yacen Carmen y Severo Ochoa, unidos toda una vida por el amor, ahora eternamente vinculados por la muerte».

La vida es fugaz como un breve y veloz vuelo, y el tiempo pasa implacable a lo largo de las horas, los días y los años. Cuando los que han vivido a nuestro lado ya no están con nosotros, cuando no se espera ya nada de esta vida, la única esperanza es la vida eterna. Ante el hecho natural pero desconcertante de la muerte material y biológica, la ciencia humana persiste ensimismada buscando la respuesta sólo en la realidad de este mundo terrenal, mientras la fe cristiana se eleva al Cielo y enaltece con entusiasmo la gloria espiritual de la Resurrección. ¡Qué contraste entre la desesperanza y amargura que reflejó en su magnífico soneto *Vida* el gran poeta cántabro contemporáneo José Hierro: «Después de tanto, todo para nada» y la esperanza y dulzura con que coronó su poema *A la Virgen María* el erudito poeta madrileño Dámaso Alonso: «Virgen María, Madre, dormir quiero en tus brazos hasta que en Dios despierte». Aunque otros puedan creer que estamos equivocados —y ni unos ni otros sepamos todavía a ciencia cierta la verdad definitiva y completa, a pesar de lo que nos gustaría saberlo—, los cristianos creemos con esperanza que podemos confiar en el Evangelio y que después de la muerte, cuando vencidos e impotentes nuestros cuerpos mortales nos vayamos a la otra vida, resucitaremos a la luz como cuerpos gloriosos imperecederos. Esta es nuestra *grandiosa esperanza*, nuestra meta: dormir en los brazos de María para despertar viendo a Dios con los bienaventurados. El angustioso pensamiento de la muerte inherente a la naturaleza humana se ve superado en el momento de morir por la esperanza cristiana que, si creemos es verdad, tenemos el deber de compartir caritativa y amorosamente con todos los hombres. ¡Pero es tan difícil y está tan fuera de nuestra realidad y alcance, por mucha fe e imaginación que le pongamos, trasladar nuestro ser y nuestras vivencias de la Tierra al Cielo, creer no sabiendo si continuaremos viviendo después de muertos y de dejar aquí nuestras cenizas!

Verdaderamente —como San Dimas en el Calvario antes de la muerte del Salvador en la Cruz,

aunque sin recibir la consoladora promesa verbal de Jesús— los cristianos creemos con fe sincera ¡pero cuánto le cuesta al mundo aceptarlo! que en la noche del Sábado Santo Jesucristo pasó de la soledad y *oscuridad* más absolutas del sepulcro a la *luz* de su Reino y que con su Resurrección nos dio a todos los hombres la esperanza de poder gozar del Paraíso, de la vida perdurable, y así lo proclamamos llenos de alegría cada Domingo de Pascua con el ¡Aleluya! En la Anunciación, el arcángel Gabriel dijo a María al verla muy turbada y pensativa por las palabras de su saludo antes de comunicarle la buena nueva: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios» (Lc 1,26-38). De nuevo, en la noche en que nació Jesús en Belén, un ángel del Señor dijo a los pastores que dormían



al raso en los alrededores del lugar: «No temáis, os anuncio una buena noticia... Os ha nacido un Salvador, Cristo, el Señor» (Lc 2,8-14). En el sermón de la Última Cena, Jesús dijo a sus discípulos: «Tened valor. Yo he vencido al mundo» (Jn 16,33). Después de

entregar a su Padre su espíritu y de su Resurrección, el propio Jesús salió al encuentro de las mujeres y les dijo: «Alegraos... No temáis: Id y comunicad a mis hermanos que vayan a Galilea, que allí me verán» (Mt 28,9-10). También nosotros esperamos,

y así se lo pedimos con fe millones de veces en el rosario a la Virgen María (*Mater sacratissimi rosarii*), que en la hora de nuestra muerte —el trance individual más decisivo y definitivo de nuestra vida— Ella, la Madre del Hijo de Dios y Madre nuestra, ruegue a Dios por nosotros para que perdone nuestros pecados. Y sobre todo confiamos que Ella misma nos consuele y aleje nuestras dudas, temores y angustias diciéndonos con todo su cariño y ternura maternal: ¡No temas, hijo mío, duérmete tranquilo, descansa en paz, no pierdas la esperanza! ¡Pronto

estarás a mi lado! ¡Yo te llevaré a un mundo nuevo en el que reinan el amor, la paz y la belleza! ¡No estás abandonado ni dejado de la mano de Dios, sino en mis manos, en los brazos de la VIRGEN DE LA ESPERANZA!





CAPÍTULO 25

**MARÍA, MADRE DE DIOS Y  
ESTRELLA DE LA NUEVA  
EVANGELIZACIÓN**

*María, Madre de Dios y  
Estrella de la nueva evangelización*



*Foro Humanismo y Ciencia  
Servicio Religioso de la Universidad de Sevilla  
Año de la Fe*

**Manuel Losada Villasante**





## MARÍA, MADRE DE DIOS Y ESTRELLA DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

*Manuel Losada Villasante*

Conviene comenzar preguntándose: ¿Por qué desde hace tantos siglos hay tanta devoción a la Virgen María; tantas y tan bellas composiciones literarias y musicales, esculturas, mosaicos y pinturas dedicados a Ella; tantas iglesias, catedrales y santuarios marianos por el mundo? María ha sido siempre y es hoy en primer lugar para los cristianos la *Madre de Dios (Mater Dei)* y Madre nuestra (*Mater nostra*). Y porque es la Madre de Dios y de todos los hombres es también desde el Concilio Vaticano II la *Estrella de la nueva evangelización*.



*Creación. Miguel Ángel Buonarroti, 1511. Capilla Sixtina, Vaticano*

Para conmemorar que el Concilio de Éfeso había reconocido solemnemente el año 431 a María como Madre de Dios (*Theotókos, Deipara Virgine*), el Papa Pío XI –fundador de la Academia Pontificia de Ciencias– dedicó, mil quinientos años después, el 11 de octubre de 1931 a la *Maternidad divina de María*. Este título de María expresa plena y magníficamente la unión indisoluble de Dios y el hombre en Cristo y fue treinta y un años después, el 11 de octubre de 1962, el punto vital de arranque de la *nueva evangelización* con la apertura del Concilio Vaticano II por el Beato Juan XXIII.

El Siervo de Dios Pablo VI, el Papa que clausuró el Concilio en 1965, afirmó en la homilía al final de la última sesión:

«Para valorar bien este acontecimiento se lo debe mirar en el tiempo en el cual se ha verificado. En un tiempo en el cual, como todos reconocen, los hombres tienden al reino de la tierra, más bien que al reino de los cielos; un tiempo en el cual el olvido de Dios se hace habitual, casi lo sugiere el progreso cien-

tífico; un tiempo en el cual el “laicismo” se considera la consecuencia legítima del pensamiento moderno y la norma más sabia para el ordenamiento temporal de la sociedad».

En la Carta Apostólica “En el umbral del tercer milenio al concluir el gran jubileo” *Novo millennio ineunte*, el Beato Juan Pablo II escribió:

«Siento más que nunca el deber de señalar el Concilio como la gran gracia que la Iglesia ha recibido en el siglo XX. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza».

En la Iglesia católica, que como su nombre indica es universal, siempre han sido habituales las profundas, piadosas e incluso barrocas invocaciones a la Inmaculada Virgen María. Por ello cabe preguntarse en este Año de la fe para la nueva evangelización si los cristianos –siguiendo con entusiasmo la llamada acuciante de los últimos Papas para actualizar la transmisión al mundo de la Verdad del Evangelio– debemos unir con especial énfasis y veneración, apoyada firmemente en la razón, a la primera y principal invocación de *Madre de Dios* la rutilante y universal de *Estrella de la evangelización*, que ellos mismos, movidos por la luz celestial que María irradia, han promovido desde el Concilio Vaticano II y siguen alentando.

Como hombre y como científico, que ha vivido plenamente su vida y cree ante todo en el amor y la verdad, me he formulado también repetidas veces esta pregunta al preparar y poner título a esta conferencia, con profunda preocupación y los mejores deseos de enseñar y contribuir positiva y moralmente a la nueva evangelización, pero sin afán de proselitismo. Siempre he aspirado a conocer y aplicar a fondo en paz y libertad las leyes naturales y a cumplir fielmente la ley moral y los Mandamientos de la Ley de Dios, a imitación del ejemplar judío Natanael, en quien no había dolo, que nos presentó Jesucristo al comenzar su labor evangelizadora. Dios es la última Verdad que todos buscamos.

No se puede entender a Cristo, el Hijo de Dios (*Filium Dei*), ni a su Iglesia sin María. De ahí la tesis de Urs von Balthasar: «La Iglesia antes que apostólica fue mariana». Debe quedar meridianamente claro que del *título de Madre de Dios*, el título fundamental de la Virgen,



*Pecado original y expulsión del Paraíso. Miguel Ángel Buonarrotti, 1509-10. Capilla Sixtina, Vaticano.*

derivan todos los demás y numerosos títulos con que la Iglesia y el pueblo creyente honran a María, incluso el de su *Hijo Jesucristo*. La Encarnación es no sólo mariológica sino cristológica, pues constituye el misterio central de Jesús, su Hijo. La *primera evangelización* empezó con la Iglesia incipiente en la mañana de *Pentecostés* en el cenáculo de Jerusalén, donde, después de la Ascensión del Señor, los Apóstoles reunidos con María en oración esperaban la venida del Espíritu Santo. La Iglesia celebra el Domingo de Pentecostés cincuenta días después del Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor y una semana después del Domingo de su Ascensión. Hoy gran parte de la humanidad es cristiana por la labor evangelizadora sacrificada e incansable de los apóstoles y misioneros enviados ininterrumpidamente al mundo desde aquel entonces como servidores y testigos de la Verdad del Evangelio. La misión de la Iglesia es llevar el Evangelio en todos los tiempos hasta los confines de la Tierra. En el discurso dirigido a los obispos de reciente nombramiento en el palacio pontificio de Castelgandolfo, el Papa Benedicto XVI les dijo:

«La *nueva evangelización* se inició con el Concilio Vaticano II que el beato Juan XXIII veía como un nuevo Pentecostés que haría florecer a la Iglesia en su riqueza interior y extenderse materialmente hacia todos los campos de la actividad humana».

En el Año de la fe todos los cristianos tenemos que ayudar a la Iglesia y al Papa para que el Amor y la Verdad de Dios revelados en Jesucristo y el mensaje del Evangelio puedan ser transmitidos con los avances

de la Ciencia y de la Técnica de una manera más clara, ejemplar y vigorosa y puedan agarrar con más gancho y poder a toda la humanidad. Tras el nuevo *Pentecostés*, el estilo del *nuevo evangelizador* debe ser *dar testimonio y anunciar el mensaje cristiano* al mundo moderno, un mensaje de esperanza y alegría que es ante todo *paz, amor y verdad*.

Para abordar el tema ineludible de la verdad en su sentido más amplio y profundo desde la verdad evangélica hasta la científica lo primero es distinguir entre *saber y creer*: sólo se puede creer lo que ha sido y es verdad o confiamos con fundamento haya podido ser o sea verdad. No se puede decir que es verdad lo que no se sabe si es verdad: en este caso sólo se puede decir que se cree, que se tiene fe, que se confía. Un padre cree que sus hijos son suyos, pero la que lo sabe, si lo sabe, es su madre. La Historia es la gran maestra de la humanidad, y nadie, absolutamente nadie, puede cambiarla un ápice ni idealizarla a su antojo. Creer lo que no es verdad es una aberración.

San Ambrosio, reconciliador de arrianos y ortodoxos, “padre de la teología mariana”, Padre y Doctor de la Iglesia, y arzobispo de Milán, que convirtió a San Agustín, vio con claridad que «la naturaleza es la mejor maestra de la verdad», revelador aserto cuyo acierto ha corroborado la ciencia. El mismo San Agustín hizo notar que «negar la verdad es el adulterio del corazón».

San Juan de Ávila, declarado Patrono del clero secular por el Venerable Pío XII, canonizado por el Sierro de Dios Pablo VI y recientemente nombrado Doctor de la Iglesia, uniendo su nombre a los 33 Doctores anteriores, fue fiel servidor y testigo de la verdad. Suya es la frase «La verdad no se ha de callar, y débese decir con mucha afirmación, diciendo que, aunque el ángel del Cielo otra cosa evangelizare, no debe ser creído». Saber es certeza; creer, confianza y esperanza.

La Biblia nos dice que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Pero ¿qué somos en realidad los hombres, los hombres de ayer, de hoy y de mañana?: Seres inteligentes, conscientes, capaces y libres. Los cristianos creemos, por no decir sabemos, que gracias a nuestra *inteligencia* podemos llegar al conocimiento de las *leyes naturales* que gobiernan el Universo y a nosotros mismos, y que gracias a nuestra *conciencia* y a la *ley moral* en ella inscrita podemos distinguir el bien del mal y obrar en consecuencia con libertad y justicia. Todo lo debemos a la Bondad, Poder y Sabiduría de un Ser Supremo, Creador del Cielo y de la Tierra, a quien muchos llamamos Dios, y a la venida de su Hijo Jesucristo, que nos reveló al Padre. El corazón y la mente han de potenciarse mutuamente y no anularse.





Elementos de los griegos y propiedades externas que comparten.

El Beato Cardenal Newman, uno de los grandes hombres del siglo XIX y fervoroso amante de la Inmaculada Virgen María, fue sacerdote anglicano antes de su conversión al catolicismo. En el sermón *The reverence due to the Virgin Mary* que predicó, antes de su conversión, el 25 de marzo de 1832, fiesta de la Anunciación, resaltó con gran fuerza las palabras que el Arcángel Gabriel dirigió a la Virgen. Para Newman toda la teología de la Redención cobra sentido gracias a este dogma básico de la Encarnación: «La verdad más grande y más fundamental de la Revelación: Que Dios se ha hecho hombre».

También el día de la fiesta de la Anunciación de este año, el Papa Benedicto XVI se ha expresado en la misma línea y los mismos términos que el Beato Cardenal Newman respecto al misterio de la Encarnación:

«La encarnación del Hijo de Dios es el misterio central de la fe cristiana, y en él, María ocupa un puesto de primer orden... En María, el Hijo de Dios se hace hombre...».

Benedicto XVI, cuyo lema episcopal es colaborador de la verdad (*Cooperatores veritatis*) y su primera encíclica Dios es amor (*Deus caritas est*), ha proclamado repetida y públicamente sin rodeos: «Necesitamos a Dios... necesitamos la Verdad... la Verdad sin componendas...». La búsqueda de Dios es el camino de la Paz, de la Verdad y del Amor. A todos nos llega al alma el discurso de despedida de Jesús a sus discípulos en la Última Cena: «La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo». Son hermosas y actuales las palabras de Benedicto XVI en la celebración de la *Jornada Mundial de la Paz*, instituida por su antecesor Pablo VI, que se celebra el 1 de enero, festividad también de Santa María, Madre de Dios, y de la Imposición del nombre de Jesús:

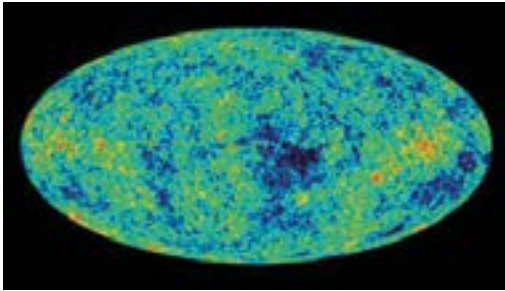
«La paz es un don de Dios y al mismo tiempo un proyecto que realizar, pero que nunca se cumplirá totalmente. Una sociedad reconciliada con Dios está más cerca de la paz. Invito a todos los que

desean ser constructores de paz, y sobre todo a los jóvenes, a escuchar la propia voz interior, para encontrar en Dios referencia segura para la conquista de una auténtica libertad, la fuerza inagotable para orientar el mundo con un espíritu nuevo, capaz de no repetir los errores del pasado».

La humanidad vive momentos de crisis y cambios radicales. En un mundo globalizado, polifacético y cambiante hay que practicar el diálogo entre todos los hombres honrados y sesudos, incluidos incrédulos y ateos. Un mensaje para ser universal tiene que ser abierto, todo amor y verdad y para todos; justo, pacífico, neutral y no sectorial en ningún sentido. Así lo proclama la Iglesia reconociendo arrepenida sus propias luces y sombras. Como sabia y sentidamente reconoció Einstein: «Science without religion is lame; religion without science is blind». En términos similares se manifestó el Papa Juan Pablo II: «La ciencia puede purificar la religión del error y la superstición, mientras que la religión puede purificar la ciencia de la idolatría y absolutos falsos».



Las cuatro estaciones. Camille Pissarro, 1872. Colección privada.



Creación del Universo (Big Bang).  
Radiación cósmica de microondas de fondo.

\*\*\*\*\*

Dicen que decía Sócrates que las cosas importantes hay que repetir las muchas veces con claridad y concisión y, si son muy importantes, con las mismas palabras a ser posible. ¡Que buena y breve lección de un sabio! Este ha sido ciertamente mi lema como investigador y profesor universitario de Bioquímica a lo largo de los años: Buscar con amor y dedicación la verdad en su sentido más amplio y profundo, y enseñar ante todo lo verdaderamente importante, lo más simplemente posible. Los hechos básicos del Universo y de la vida son infinitamente sencillos en su infinita complejidad y sabiduría, que hay que desvelar y conocer; en cambio, los “hechos” que no son verdad hacen mucho daño, sobre todo si perduran, como hizo notar el gran biólogo evolucionista Darwin. Es esencial saber si los hechos son tales, si son verdad. La mentira siempre es falsa y, aunque pueda ser piadosa y bienintencionada, a largo plazo acaba siendo dañina.

La labor del profesor es enseñar y formar, educar a ser hombres. Yo solía empezar la primera lección del curso con la siguiente frase: «Gracias a la luz somos y gracias a la luz vemos y vivimos. ¡Bendita sea la luz!». ¡“Bendita sea la luz y El que nos la envía”! era también la hermosa oración que rezaban al salir de las tinieblas de la noche y ver alegres amanecer en medio del océano los marineros de la “carrera de Indias” que salían de Sevilla, “puerta y puerto de las Indias”.

La vida es maravillosa y hay que procurar vivir con intensidad, generosidad y alegría. Reflexionar sobre el pasado, presente y futuro definitivo del Universo con conocimiento y responsabilidad da sentido pleno a la existencia humana y nos abre horizontes ilimitados pero comprometidos de eternidad. La vida en la Tierra es breve y pasajera y acaba para todos con la muerte en un abrir y cerrar de ojos. Es obvio que no se puede vivir triste, sin amor, fe, entusiasmo ni esperanza. También es evidente para los cristianos que tampoco se debe morir sin tener estos divinos consuelos.

En nuestro Siglo de Oro, fray Luis de León escribió una luminosa y esperanzadora oda sobre la verdad y la vida eterna, que dedicó a Felipe Ruiz:

*¿Cuándo será que pueda  
libre de esta prisión volar al cielo  
y contemplar la verdad pura sin velo?*

*Allí a mi vida junto,  
en luz resplandeciente convertido,  
veré distinto y junto  
lo que es y lo que ha sido,  
y su principio propio y escondido.*

Mi amor por la luz es de nacimiento y, como fray Luis, espero gozar de ella contemplándola después de la muerte. ¡Luz y vida, qué milagro y qué belleza! «¡Hágase la luz!». «Hágase en mí». ¡Qué conmoción tan profunda conllevan y causan estas dos órdenes breves y tajantes que resultaron instantáneamente en grandiosos actos de infinito alcance: uno divino, y otro divino y humano, tan distintos y tan distantes, pero ambos obra de la sabiduría y omnipotencia de Dios! El Universo inició su impresionante andadura hace unos quince mil millones de años, cuando Elohim dijo «¡Hágase la luz!» y la luz se hizo. Gracias a las Sagradas Escrituras, a la Ciencia y a la Tecnología sabemos que a este fulgurante y divino comienzo —que desde que lo propuso el físico y sacerdote belga Lemaitre, gran amigo de Einstein, en 1927 se conoce como *big-bang*— siguió una sorprendente evolución fisicoquímica y biológica que condujo a la aparición increíble y maravillosa de la vida en nuestro planeta, hace unos cuatro mil millones de años. Los grandes filósofos escolásticos medievales —benedictinos, franciscanos, dominicos...—San Anselmo, San Buenaventura, San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, todos ellos Doctores de la Iglesia, supieron iniciar el vuelo hacia el Cielo y hacia Dios con las alas de la razón y la fe. Hoy contamos con la valiosa ayuda de las ciencias experimentales. El último eslabón de la fascinante, larga y compleja cadena evolutiva biológica ha sido *el Homo sapiens sapiens*, rey y culmen de la Creación, creado a imagen y semejanza del Creador hace unos cincuenta mil años. ¡Mayor milagro divino y biológico, todavía lleno de incógnitas, no cabe!

El cristianismo predica ante todo la venida del Hijo de Dios al mundo, como mensajero de Paz, Amor y Verdad, y combate el materialismo abusivo, la soberbia, las ansias insaciables y desordenadas de poder y riqueza. La *teología* es una ciencia teórica y práctica: Su objetivo es buscar y conocer a Dios; su razón de ser, seguir su camino y amarle. En definitiva, la teología es la ciencia de la verdad y el bien. Dios es amor, repite sin cesar el Papa Benedicto XVI, y por amor creó al hombre.



*Nacimiento de la Virgen. Bartolomé Esteban Murillo,  
1660. Museo del Louvre, París.*

¡Qué magnífico profesor de teología debió haber sido San Juan de la Cruz! Judeoconverso, carmelita descalzo y uno de los mayores poetas líricos de cualquier época o país en frase del gran hispanófilo inglés Gerald Brenan, describió en su *Cántico espiritual* la hermosura de la Creación con una altura y finura intelectual y una musicalidad y transparencia de lenguaje difíciles de superar. Dios esparce amor por la Creación, y las criaturas son su rastro maravilloso: María más que ninguna. La contemplación de la belleza y la gracia de la imagen de la Virgen María recreaba, ponía amor e iluminaba el alma del santo más que ninguna otra. San Juan vio con claridad y alegría la luz divina en la celda triste y oscura de Toledo donde sus hermanos de la Orden le tuvieron preso en pleno Siglo de Oro, y en ella escribió también sus incomparables *Romances*, que inicia con profundo conocimiento, brillante ingenio y extraordinaria candidez relatando el misterio insondable del Principio:

*Él moraba en el principio  
y principio no tenía.  
Él era el mismo principio;  
por eso de él carecía.*

El Principio, como la Eternidad, el tiempo y el espacio son conceptos, idealizaciones y realidades que desbordan la inteligencia humana. Como teólogo y Doctor de la Iglesia, San Juan de la Cruz continúa sus romances con el misterio igualmente insondable del Verbo, Hijo único de Dios. Cristo es *el Hijo unigénito de Dios*, en el sentido único y perfecto, la Segunda Persona de la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. En el Principio, antes de todos los siglos, existía el Verbo, y el Verbo era Dios y vivía en el seno de Dios. El Verbo es eterno, engendrado y no creado, consustancial al Padre:

*En el principio moraba  
el Verbo y en Dios vivía,  
en quien su felicidad  
infinita poseía.*

En el romance octavo, cuando María da con su *SÍ* el consentimiento a la voluntad del Padre en el momento cumbre de la historia humana, la Creación y todos los hombres entran en el diseño divino. El Verbo —el *Logos*, la *Palabra* de Dios— se engendra virginalmente en el seno de María por obra y gracia del Espíritu Santo y se hace hombre sin intervención alguna de varón. ¿Cómo podemos los hombres del siglo XXI imaginar siquiera por mucho que sepamos y nos esforcemos que el Verbo, que vive desde el principio eterno en el seno del Padre, Creador y Señor del Universo, haya venido al seno de María, la joven elegida por Dios desde el principio como joya purísima de valor insuperable que vive ignorada en un humilde hogar de la aldea de Nazaret? Ciertamente —se crea o no en este milagro de transcendencia infinita como hecho real— nuestra inteligencia no da para tanto. San Juan de la Cruz describe con sencillez y encanto el misterio sobrenatural de la Encarnación de Jesucristo cuando María da su reflexivo y comprometido *SÍ* al Arcángel Gabriel en la Anunciación:

*Y quedó el Verbo encarnado  
en el vientre de María.  
Y el que tenía solo Padre,  
ya también Madre tenía,  
aunque no como cualquiera  
que de varón concebía,  
que de las entrañas de ella  
él su carne recibía;  
por lo cual Hijo de Dios  
y del hombre se decía.*

Jesucristo —el Hijo de Dios, la Palabra de Dios hecha carne— fue concebido en María por obra del Espíritu Santo. Verdadero Dios y verdadero hombre por tanto, poseyó en una única persona dos naturalezas perfectas: la divina y la humana. ¿Debemos en conciencia —habida cuenta de la estremecedora responsabilidad sobrehumana que conlleva aceptar esta decisión— no solo los cristianos sino todos los hombres de buena voluntad dar juiciosa y confiadamente en el Año de la fe el *sí* al *SÍ* de María; un *sí* que es crítico y decisivo y no admite medias tintas, y contribuir así a la nueva evangelización? A pesar de las ineludibles dudas y de infinidad de avatares, así lo han proclamado con convencimiento y responsabilidad la Iglesia y el pueblo cristiano desde sus orígenes, y ahora particularmente desde el Concilio Vaticano II. Ante la magnitud del dilema debemos considerar de



*La Anunciación. Francisco de Goya, 1785. Colección de la Duquesa de Osuna, Sevilla.*

nuevo lo dicho al comienzo de estas reflexiones: Para el hombre de hoy —científico o no científico— resulta en extremo impactante e iluminador comparar el bíblico ¡Hágase la luz! de Elohim y el evangélico ¡Hágase en mí! de María. No deja de ser interesante y sugestivo que las conversiones al catolicismo de personalidades de la categoría de Manuel García Morente, Paul Claudel y Narciso Yepes ocurrieran en París —“Lutecia”, la ciudad de la luz— fueran instantáneas y cambiaran para siempre las vidas de estos hombres, inquietos e incansables buscadores de Dios.

¿Qué dicen los poetas, pintores, músicos, escultores y demás artistas, acerca de la Anunciación? Juan Ramón Jiménez, el “andaluz universal” de Moguer, reflejó la sencillez triunfal del misterio de la *Anunciación* con exquisita fidelidad y delicadeza en su magistral poema, que rememora con palabras virginales el inigualable cuadro del espiritual cuatrocentista italiano Fra Angélico. Este santo dominico, conocido precisamente como el “pintor de la Anunciación”, fue beatificado por el Papa Juan Pablo II y declarado Patrón de todas las artes nobles y especialmente de los pintores.



*La Visitación. Rafael Sanzio, 1516. Museo del Prado, Madrid.*

*¡Trasunto de cristal,  
bello como un esmalte de ataujía!*

*Desde la galería esbelta  
se veía el jardín.  
Y María virgen, tímida,  
plena de gracia,  
igual que una azucena,  
se doblaba al anuncio celestial.*

*Un vivo pajarillo  
volaba en una rosa.  
El alba era primorosa.  
Y, cual la luna matinal,  
se perdía en el sol nuevo y sencillo  
el ala de Gabriel, blanco y triunfal.  
¡Memoria de cristal!*

La vida, y especialmente la vida humana, es el más fantástico regalo divino y un milagro cotidiano del Universo, y el Universo está lleno de misterios y milagros. La muerte es una realidad incontestable, y lo que sea después —la verdad última y concluyente tan fuera de nuestra limitada capacidad humana— será. No hay alternativa posible ni cabe la menor duda. Aunque la esperanza humana esté en crisis, hay que tener fe firme en Dios, nuestro Padre y Creador, y en nuestro destino. A los hombres que conscientemente confiamos en Dios —en el Dios que se reveló en su Hijo Jesucristo—, en





Natividad. Fra Angélico, 1440-41. Convento de San Marcos, Florencia.

su Madre —que lo concibió por el Espíritu Santo— y también en los propios hombres, sus criaturas, nos queda la esperanza cristiana salvadora, basada en la palabra de Jesús, de que el mal no prevalecerá, no ganará.

En la hora de la muerte, la Virgen María, Madre de Gracia y de Misericordia, es para los cristianos la última gran Esperanza, el dulce consuelo maternal, el confortador abrazo. Los cristianos creemos que Je-

sucristo, después de su pasión, crucifixión y muerte, pasó el sábado Santo de la soledad y oscuridad más absolutas del sepulcro a la luz resplandeciente de la Resurrección en la vida eterna. El Señor resucitado por Dios Padre nos dio la alegría de la victoria definitiva y triunfal del amor sobre el dolor y el rencor, de la felicidad sobre el sufrimiento, de la verdad sobre la mentira. Así lo proclamamos llenos de gozo cada Domingo de Pascua con el ¡Aleluya!

\*\*\*\*\*

El cristianismo nació en Israel con Jesucristo, el Hijo de Dios, hace veinte siglos, en pleno apogeo del Imperio romano, y pronto —gracias a la labor evangelizadora de sus apóstoles y discípulos— se extendió por el oeste de Asia, el norte de África y toda Europa y más tarde por América y Oceanía. Un hecho histórico insólito y admirable que, tras empezar de manera muy sencilla y grandiosamente milagrosa en Nazaret con la Concepción de Jesús en María por obra del Espíritu Santo, llevaría la Buena Nueva a todo el mundo. Los

evangelios de San Mateo y San Lucas narran el misterio biológicamente inconcebible de la Encarnación con una franqueza, concisión y belleza inigualables. Este fue el verdadero principio. El Espíritu Santo, la tercera persona de la Santísima Trinidad, aparece en los lugares clave de los Evangelios: Concepción, Resurrección y Pentecostés. La Iglesia celebra la fiesta de la Santísima Trinidad el Domingo siguiente al de Pentecostés.



La Última Cena. Andrea del Sarto, 1520-25. Convento de San Salvi, Florencia.

Jesús, el Hijo de María, es el Cristo consagrado por Dios y ungido por el Espíritu Santo para la misión redentora. Jesús, Hijo único del Padre, acepta el título de Mesías, precisando su sentido: bajado del Cielo, crucificado y después resucitado. Jesús se atribuye a sí mismo el título de *Señor* y confirma que el primer mandamiento es *amar a Dios* sobre todas las cosas y el segundo *amar al prójimo* como a sí mismo, incluso a los enemigos. No sólo nos reveló este mandamiento y su filiación divina sino que nos dijo que *Él era la verdad* y dio testimonio con su vida, muerte y Resurrección. Tras el amor lo más importan-



*Descendimiento. Rogier van der Weyden, 1435. Monasterio de El Escorial, Madrid.*

te es la verdad y tener la valentía de hombres de bien de jugar esperanzadora y limpiamente con las cartas boca arriba. ¡Obremos siempre como buenos cristianos según estos principios que Cristo nos enseñó!

No nos cansaremos de repetir que los hechos históricos hay que aceptarlos como tales por mucho misterio que encierren y milagrosos que parezcan si de hecho han sido verdad, como la *Encarnación*. Si no, serían creencias falsas y vanas, y los que las creen “los más desgracia-



*La Piedad. Miguel Ángel Buonarroti, 1499. Basilica de San Pedro, Roma.*

dos de toda la humanidad”, como hizo notar San Pablo al dar testimonio de la *Resurrección* del Señor, el otro misterio culminante del cristianismo.

\*\*\*\*\*

La *Maternidad divina de María* es la base teológica de toda la Mariología y de esta conferencia. Hay que subrayar que el Beato Juan XXIII quiso que el Concilio Eucuménico Vaticano II se inaugurara precisamente el 11 de octubre del año 1962 –fiesta de la *Maternidad divina de María*– para dar así comienzo a la nueva evangelización.

Entre todos los países del mundo cristiano España destacó siempre por su fervor mariano y especialmente immaculista y asuncionista. El optimista

Papa Pío IX hizo realidad el 8 de diciembre de 1854 lo que todos los católicos del mundo, y los españoles y sevillanos de un modo singular, habían pedido con constancia y esperado con fe: la definición del *dogma de la Inmaculada Concepción de Santa María Virgen*. Ese día de gran fiesta, Pío IX publicó la Epístola apostólica “La Inmaculada Concepción” *Ineffabilis Deus*.

La piedad popular sigue identificando mayormente la obra religiosa de Murillo con sus pinturas de la Inmaculada. Manuel Machado supo describir con su “ángel” y tiernas palabras celestiales llenas de sensibilidad popular los bellísimos cuadros de la Inmaculada de Murillo:

*De las dos Concepciones, la morena...  
La de gracia celeste y sevillana,  
la más divina cuanto más humana,  
la que habla del querer y de la pena.*

*La que perdona y ve... La que convida  
a la dicha posible y oportuna,  
al encanto de amar y de ser bueno.*

El 1 de noviembre de 1950 tuvo lugar bajo el Papado de Pío XII la definición dogmática de la Asunción *Munificentissimus Deus* y fue una de las fiestas más grandes de la Iglesia del siglo XX.

El Beato Juan XXIII anunció a comienzos de 1959 la celebración de un Concilio Eucuménico para la Iglesia





Resurrección. El Greco, 1596-1600.  
Museo del Prado, Madrid.

Juan XXIII el 11 de octubre de 1962, por ser la fiesta de la Maternidad divina de María. Esta fiesta se trasladaría después del Concilio al 1 de enero con el título de *Santa María, Madre de Dios*. El 1 de enero celebra también la Iglesia la *Imposición del nombre de Jesús*. En la homilía de la solemne apertura, Juan XXIII, el Papa abierto a la unidad de los cristianos, quiso expresamente poner el Concilio bajo la protección maternal de María, que nos dio a su Hijo Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. El Concilio elaboró y promulgó cuatro Constituciones, nueve Decretos y tres Declaraciones.

El largo Capítulo VIII de la Constitución dogmática “Sobre la Iglesia” *Lumen Gentium* está dedicado a “La Santísima Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia” y constituye la más completa síntesis doctrinal sobre la Virgen María, siendo el más importante documento mariano conciliar en la historia de la Iglesia.

Uno de los más logrados frutos del Concilio Vaticano II, en concreto la sección de Mariología, fue la promulgación en 1992 por Juan Pablo II del *Catecismo de la Iglesia Católica*.

\*\*\*\*\*

universal que daría a ésta un conjunto de Mariología más completo que los de todos los Concilios anteriores. El Concilio Vaticano II fue finalmente convocado por

Es una gozosa, luminosa y gloriosa realidad que los Papas Pío IX y Pío XII, que promulgaron los dogmas de la Inmaculada Concepción y Asunción, respectivamente, Juan XXIII, que convocó y abrió el Concilio Vaticano II en 1962, y Pablo VI, que lo clausuró en 1965, así como sus sucesores Juan Pablo II y el actual Benedicto XVI, hayan sido amantísimos devotos y admiradores de María, la Madre de Dios y Madre nuestra. El 4 de octubre de 1962, una semana antes de la apertura del Concilio Vaticano II, el 11 de octubre de 1962, fiesta entonces de la Maternidad divina de María, Juan XXIII emprendió en tren un histórico viaje de peregrinación al Santuario de Loreto a postrarse a los pies de la Virgen para poner el Concilio bajo su protección. Hacía un siglo que un Papa no salía de Roma. El Santo Padre Juan XXIII quería invocar a la Virgen María, Madre de Dios, como «primera estrella del Concilio, como luz propicia en



Ascension. Giotto di Bondone, 1267-1337. Capilla Scrovegni, Padua.



*La venida del Espíritu Santo. Vecellio Tiziano, 1545.  
Santa Maria della Salute, Venecia.*



*San Pedro y San Pablo. El Greco, 1605-08.  
Museo Nacional de Estocolmo.*

nuestro camino que se dirige confiado hacia la gran asamblea ecuménica». La evangelización de nuestro tiempo comenzó precisamente —como vio claramente con su profunda mirada de águila Pablo VI— con el Concilio Vaticano II, que eligió a María, *Madre de Dios, primera estrella* y llenó de luz y esperanza a toda la Iglesia.



*San Juan Evangelista. Bernardo Cavallino,  
1641-43. Colección privada.*

El Concilio Vaticano II definió que María ocupa en la Santa Iglesia después de Cristo el lugar más alto y el más cercano a nosotros. La aceptación por María de la palabra divina precedió al misterio de la Encarnación. El Siervo de Dios Pablo VI declaró a María Madre de la Iglesia el 21 de noviembre —fiesta de la Presentación de Nuestra Señora— de 1964 y convocó en 1967 el Año de la fe para conmemorar el décimo noveno centenario del martirio de San Pedro y San Pablo. El 2 de febrero, fiesta de la Presentación del Señor, de 1974, décimo primero de su Pontificado, publicó la Exhortación apostólica “Para la recta ordenación y desarrollo del culto a la Santísima Virgen María” *Marialis cultus*, el más completo y actual texto sobre el culto a María que, siguiendo las instrucciones y directrices del propio Concilio Vaticano II, no tiene par en la historia de los documentos pontificios marianos.

El día 8 de diciembre de 1975, fecha del décimo aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II, el propio Papa Pablo VI dio en Roma su Exhortación apostólica “La evangelización del mundo contemporáneo” (*Evangelii nuntiandi*) con la Conclusión *María, estrella de la evangelización*:

«En la mañana de Pentecostés ella presidió con su oración el comienzo de la evangelización bajo el influjo del Espíritu Santo. Sea ella, la Santísima Vir-





Beato Pío IX. 1846 – 1878.

gen, la estrella de la evangelización siempre renovada que la Iglesia, dócil al mandato del Señor, debe promover y realizar, sobre todo en estos tiempos difíciles y llenos de esperanza».



La Inmaculada Concepción de los Venerables Bartolomé



Venerable Pío XII. 1939 - 1958.

Juan Pablo II puso todo su ser en manos de la Virgen María, “Nuestra Señora”, y eligió *Totus tuus* (Todo tuyo) como lema de su Papado. En la conclusión de su sexta Carta encíclica La Madre del Redentor (*Redemptoris Mater*), el Papa Juan Pablo II escribió en el apartado María, Madre de misericordia:

«Cuán admirablemente lejos ha ido Dios, creador y señor de todas las cosas en la “revelación de sí mismo” al hombre. Cuán claramente ha superado todos los espacios de la infinita “distancia” que separa al creador de la criatura. Si en sí mismo permanece *inefable e inescrutable*, más aún *es inefable e inescrutable en la realidad de la encarnación* del verbo, que se hizo hombre por medio de la Virgen de Nazaret... En el centro de este misterio, en lo más vivo de este asombro de la fe, se halla María, madre soberana del redentor, que ha sido la primera en experimentar: “tu que para asombro de la naturaleza has dado el ser humano a tu creador”».

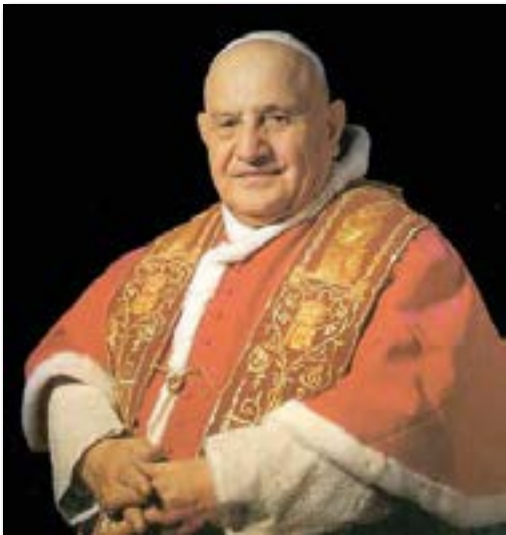
En la conclusión de su Carta encíclica Esplendor de la verdad (*Veritatis splendor*), dada en Roma el 6 de agosto –fiesta de la Transfiguración del Señor– del año 1993, decimoquinto aniversario de su Pontificado, Juan Pablo II llama a María Madre de Dios y Madre de misericordia (*Mater misericordiae*) porque Jesucristo, su Hijo, es enviado por el Padre como revelación de la Misericordia de Dios. Y añade, María es también Madre de misericordia porque Jesús le confía, cuando está al pie de la cruz, su Iglesia y toda la humanidad. En uno de los últimos de los ciento veinte apartados de esta Encíclica, titulado *Moral y nueva evangelización*, Juan Pablo II enfatizó:

«La evangelización –y por tanto la «nueva evangelización»– comporta también el anuncio y la propuesta



*Muerte y Asunción de la Virgen. Domenico Ghirlandaio, 1486-90. Capilla Tornabuoni, Santa Maria Novella, Florencia.*

A Benedicto XVI le gusta llamar a María “la Madre del sí”. El 30 de septiembre –festividad de San Jerónimo, Padre y Doctor de la Iglesia– del año 2010, sexto de su Pontificado, Su Santidad dio en Roma su II Exhortación apostólica “La Palabra del Señor” (*Verbum domini*) en la que subrayó que «nuestro tiempo ha de ser cada día más el de una nueva escucha de la Palabra de Dios y de una *nueva evangelización*». El Sí de María llena la historia de toda la humanidad. Todo hunde sus raíces en el misterio mismo de la Encarnación. Tam-



*Beato Juan XXIII. 1958 - 1963.*

bién subrayó que «el Papa Juan Pablo II, en la línea de lo que el Papa Pablo VI dijo en la Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, pidió con vigor emprender con

todas las fuerzas la nueva evangelización».

Benedicto XVI convocó el 11 de octubre de 2011 el Año de la fe con la Carta apostólica en forma de Motu proprio “La Puerta de la fe” (*Porta fidei*) para conmemorar el cincuenta aniversario del Concilio Vaticano II y el veinte aniversario de la publicación del Catecismo de la Iglesia católica. En este Motu proprio el Papa

«presentando a María como modelo ejemplar de fe, invoco su especial protección e intercesión para el camino de la Iglesia, encomendándole a ella, dichosa por haber creído, este tiempo de gracia».



*Pablo VI. 1963 - 1978.*

En la homilía de la misa de apertura del Año de la fe, celebrada el 11 de octubre de 2012 en la plaza de San Pedro del Vaticano, Benedicto XVI rememoró





Concilio Vaticano II. 1962 – 1965.



Beato Juan Pablo II. 1978 - 2005.



Benedicto XVI. 2005 - 2013

el anhelo apostólico de los Pontífices Pablo VI y Juan Pablo II y confió a María como estrella en el camino de la nueva evangelización en la conmemoración del cincuentenario del Concilio Vaticano II:

«El 11 de octubre de 1962 se celebraba la fiesta de María Santísima, Madre de Dios. Le confiamos a Ella el Año de la fe, como lo hice hace una semana peregrinando a Loreto. La Virgen María brille siempre como Estrella en el camino de la nueva evangelización».

El Año de la fe será clausurado el domingo 24 de noviembre de 2013, fiesta de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo.

La Virgen María es bienaventurada y Reina de la paz y del mundo (*Regina mundi*) para todos los hombres –seres divinamente dotados de inteligencia y conciencia para vivir en paz y libertad– e irradia humildad y amor, verdad y belleza, virtudes que brillan con luz propia en nuestro firmamento. Los cristianos creemos con fiabilidad que la Virgen María es no sólo Madre del Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo y Madre nuestra desde que su Hijo nos encomendó a Ella en la cruz, sino vida, esperanza y dulzura (*Mater amabilis*) de toda la humanidad, a la que va dirigido este mensaje de amor, paz, verdad y alegría con los mejores deseos de que la *nueva evangelización* fragüe pronto en una realidad definitiva.

## ADENDA



*Francisco - 2013*

El Santo Padre Francisco ha publicado el 29 de junio de este año la Carta Encíclica Luz de la fe (*Lumen fidei*), que según sus propias palabras fue concebida y en gran medida redactada por su predecesor Benedicto XVI. Es importante subrayar que el 25 de diciembre de 1931 Pío XI había publicado la Encíclica Luz de la verdad (*Lux veritatis*), en la que proclamó la Maternidad divina de María, espoleta del Concilio Vaticano II.

En su carta del 4 de septiembre al periodista italiano Eugenio Scalfari, el Papa Francisco le hace constar que su Encíclica *Lumen fidei*

«está pensada no sólo para confirmar en la fe en Jesucristo a los que ya se confiesan creyentes, sino también para suscitar un diálogo sincero y riguroso con quien, como usted, se define “un no creyente, interesado y fascinado por la predicación de Jesús de Nazaret desde hace muchos años”... Creo que hay, concretamente, dos circunstancias que hacen que hoy sea obligado y valioso este diálogo.

Además, como es sabido, es uno de los objetivos del Concilio Vaticano II, convocado por Juan XXIII, y del ministerio de los Papas posteriores... que han seguido el camino trazado por el Concilio».

Después de discutir estas dos circunstancias (1ª Ha llegado el momento de entablar un diálogo abierto y sin prejuicios, que haga posible de nuevo un encuentro serio y fecundo. 2ª La verdad que testimonia la fe es la verdad del amor) continúa el Papa Francisco en su Carta:

«La fe cristiana cree esto: que Jesús es el Hijo de Dios, que ha venido a dar su vida para abrirnos a todos el camino del amor. Por eso, tiene razón, estimado Dr. Scalfari, cuando ve en la encarnación del Hijo de Dios el eje de la fe cristiana... Porque la encarnación, es decir, el hecho de que el Hijo de Dios haya venido en nuestra carne... da testimonio del increíble amor que Dios tiene por cada hombre, del valor inestimable que le conceder».





## CAPÍTULO 26

# 25 RAZONES PARA CONOCER SEVILLA







**EPÍLOGO, Texto para el libro 25 RAZONES PARA CONOCER SEVILLA**

Sevilla, 8 de diciembre de 2013

**Manuel Losada Villasante**

Estas sutiles y coloreadas pinceladas y breves pero seleccionadas reflexiones —de índole especialmente histórica y artística y sobre todo científica— han sido perfiladas y rumiadas en la legendaria ciudad del Betis a orillas del Guadalquivir —el Gran Río, al que Góngora llamó “Gran Rey de Andalucía”— enfrente de la Torre del Oro y con la Giralda al fondo. Mientras así divagaba, volvían una y otra vez a mi memoria los siglos XVI y XVII y tarareaba con Lope de Vega lleno de festiva alegría la rutilante sevillana: “¡Qué bien pareces! ¡Ay, río de Sevilla, qué bien pareces! ¡Lleno de velas blancas y ramos verdes!”. Con estos ambiciosos y sanos propósitos he pretendido contribuir modestamente con este texto a las *Veinticinco razones para conocer Sevilla*.

Que la actual Sevilla —la primitiva *Ispal*, la antigua *Hispalis* romana, la medieval *Isbilía* musulmana, la Sevilla cristiana hispano-goda, castellana, renacentista y barroca, la ilustrada de Olavide, la de la Exposición del 29 y la Expo92— un tiempo cercada de murallas abiertas por artísticas puertas de singular renombre sea un crisol maravilloso y único de razas, civilizaciones y culturas que se han entrecruzado y

enriquecido mutuamente con relativa tolerancia a lo largo de los siglos, se comprende al instante cuando se contempla extasiado la rica orfebrería tartésica del tesoro de El Carambolo, la armonía clásica de las estatuas, mosaicos y monumentos romanos, el primor y colorido de las yeserías y azulejos mudéjares, la humanidad, espiritualidad y belleza de sus Cristos y Vírgenes... Cuando se pasea relajado por las alegres calles, plazas, alamedas y jardines de la Judería, la Morería, Triana, San Bernardo, San Lorenzo, la Macarena, el Arenal y tantos otros barrios típicos... Cuando se deambula sin prisa por los más modernos y confortables del Porvenir, Nervión, Heliópolis, los Remedios, el Parque de María Luisa... Cuando se visitan sus patios floridos, sus casas encaladas, corrales, casas señoriales y palacios, iglesias y conventos, y como sùmmum el Alcázar, la Catedral, el Ayuntamiento, la Cartuja, el Hospital de las Cinco Llagas, el Archivo de Indias, los Museos Arqueológico y de Bellas Artes y un largo etcétera.

No podía ser de otro modo el encuentro deslumbrante y embriagador del visitante curioso con una ciudad de ensueño que tuvo a Hércules y Julio Cesar

como sus fundadores, según nos lo recuerdan sus estatuas sobre enormes columnas en la Alameda y reza la lápida desgastada y casi desapercibida por su colocación y altura en la Puerta de Jerez; a mártires, como las alfareras Santas Justa y Rufina y el rey godo San Hermenegildo; a los arzobispos de la Alta Edad Media San Leandro y su hermano San Isidoro. Después de sus constructores romanos, visigodos y musulmanes —el más famoso el rey poeta Al-Mutamid— vivieron



*San Isidoro de Sevilla. 1655 - Bartolomé Esteban Murillo, Catedral de Sevilla*

en el Alcázar tras la Reconquista el rey Fernando III y sus descendientes —destacando Alfonso X, Alfonso XI, amante de “La Favorita”, y Pedro el Cruel, su verdadero creador— y los Reyes Católicos, unificadores de España. También en el Alcázar nació su hijo, el malogrado príncipe Juan, y se casó muy enamorado su nieto el emperador Carlos, primer rey de la casa de Austria, con Isabel de Portugal, dama de irresistible hermosura que tristemente murió joven. La Corte del primer rey Borbón, el enajenado Felipe V, tuvo una dilatada estancia en el Alcázar.

En Sevilla y de Sevilla no se pueden escribir consideraciones de ningún género, ni siquiera científicas, si no se toma como referencia el anchuroso río, comienzo de la Carrera de Indias, y la Giralda, que se alza airosa al cielo en impresionante desafío. Una torre de su categoría y encanto, construida sobre un basamento romano y visigodo, requiere por sí sola un comentario, aunque sea breve, y más todavía porque Sevilla no sólo es la ciudad de los sevillanos

y sevillanas —particularmente en el Corpus, la Semana Santa, la Feria y el Rocío— sino la “ciudad de la Giralda”, la mejor plantada, más agraciada y esbelta y más piropada de todas las torres; su símbolo por excelencia, copiada con admiración, fidelidad y cariño en otras muchas ciudades, incluso en la capital del mundo, Nueva York. El Beato Juan Pablo II, que visitó Sevilla en dos ocasiones y proclamó Beata y Santa a sor Ángela, será canonizado el próximo mes de abril.

El Papa polaco subrayó que Sevilla es mariana, se postró ante la Pura y Limpia del Postigo y rezó el Ángelus desde la Giralda ante la multitud congregada en la Plaza de la Virgen de los Reyes, que con la Catedral, el Palacio Arzobispal y el Monasterio de la Encarnación forman un conjunto único en el centro histórico de Sevilla. Hoy, una estatua del Papa mira a la Giralda, junto a la Inmaculada de la sevillanísima Plaza del Triunfo.

Antes de que a la gentil y engalanada torre almohade del siglo XII le pusieran en el siglo XVI la elegante peineta cristiana renacentista que tanto la encumbra y adorna, Alfonso X el Sabio —hijo de Fernando III, rey de Castilla y León—, insigne historiador y científico y autor del *Código de las Siete Partidas*, *las Cantigas de Santa María* y *las Tablas alfonsíes*, construyó agradecido por su curación de un mal del clavo la iglesia de Santa Ana en Triana. El rey sabio también fundó en 1254 el *Estudio e Escuelas Generales de Latino y Árabeto*, “primera Uni-

versidad” medieval en ciernes, que tuvo su sede en el Colegio de San Miguel, frente al que se levantó en el siglo XV la monumental Catedral gótica más grande del mundo y en cuya Capilla de la Virgen de los Reyes reposan el rey santo y su hijo primogénito. El epitafio del rey Fernando fue escrito en latín, castellano, hebreo y árabe, y una estatua ecuestre cuya se yergue estática en el centro de la Plaza Nueva frente al Ayuntamiento. El lema y logotipo del Ayuntamiento ostenta orgulloso un acrónimo con el jeroglífico NO-MADEJA-DO del rey Alfonso. Los *mottos* propios que ante todo reconoce la historia a padre e hijo fueron santidad, sabiduría y patriotismo y el amor a la Virgen. La Universidad de Sevilla, la más antigua de Andalucía, fue fundada en 1505 por el canónigo carmonés Maese Rodrigo, un devoto humanista judeoconverso que pasó largos años en Bolonia y Roma. El único resto que se conserva del original “Colegio Mayor de Santa María de Jesús” es una preciosa Capilla de estilo gótico-mudéjar tardío, situada en la Puerta de Jerez, donde reposa su fundador a los pies del retablo de Nuestra Señora de la Antigua. La pared que mira a la plaza exhibe una inscripción en caracteres góticos desgastada y borrosa por el paso de los siglos, como su vecina lápida de los fundadores de la ciudad.

La Sevilla renacentista fue capital transatlántica, económica, científica y tecnológica del Siglo de los Descubrimientos, un hecho excepcional y fantástico ignorado por la mayoría de los sevillanos y no digamos de los españoles en general y todavía más de los no españoles. Sin exageración puede afirmarse que la Revolución Científica comienza en 1492 con el descubrimiento de un “nuevo mundo” por Cristóbal Colón, cuyos traqueteados restos, después de descansar temporalmente en la Cartuja, yacen hoy en un sarcófago en una nave de la Catedral. A esta proeza ultramarina seguiría treinta años más tarde otra hazaña igualmente sobrehumana y universal: la primera vuelta a la Tierra, iniciada en el puerto de Mulas del Guadalquivir por el navegante hispano-lusitano Magallanes y terminada tres años después

por Elcano en el mismo puerto. Este viaje conllevó el descubrimiento del estrecho de Magallanes, paso de entrada del océano Atlántico al Pacífico. La gesta de Magallanes y Elcano quedó recogida en la lápida colocada para enaltecer la efeméride en la fachada este del Instituto Hispano-Cubano con vista al río. El moderno Centro de Investigaciones Científicas Isla de la Cartuja, en el que trabajé últimamente hasta mi reciente jubilación como catedrático emérito de la Universidad y profesor de investigación del Consejo, se sitúa al norte de la avenida Américo Vespucio, en recuerdo del famoso cosmógrafo florentino, que se casó y murió en la capital hispalense, aunque se ignora donde está enterrado. Vespucio fue el primero que supuestamente reconoció que las tierras descubiertas por los marinos españoles no eran el extremo oriental de las Indias, sino un nuevo continente al que se llamó *América* en su honor.

La privilegiada situación de Sevilla como “puerta y escala de todas las Indias Occidentales”, según expresión feliz del médico y clérigo sevillano Monardes, fue especialmente apropiada no sólo para Jardines Botánicos y Parques, sino para Hospitales, Gabinetes y Museos de Historia Natural. Monardes fue de hecho el primero en incorporar a la Farmacopea europea numerosos productos vegetales americanos y reunió y aclimató en su Jardín —al que él mismo se refiere como “una huerta que en casa tengo”— muchas plantas procedentes de América. Para conmemorar el cuarto centenario de su muerte, el Ayuntamiento puso un azulejo en el lugar donde estuvo su Jardín Botánico medicinal en la calle Sierpes. El cambio producido por la llegada de géneros alimenticios del Nuevo Mundo es uno de los fenómenos históricos que mayor atención ha merecido por parte de los especialistas en nutrición humana. Los libros sobre Historia Natural americana publicados en la Sevilla renacentista tuvieron un grado de difusión en el resto de Europa incluso superior al de las obras de Náutica y Cosmografía, que por su parte gozaron también de enorme éxito, hasta el punto de que puede decirse que Europa aprendió a navegar

en libros sevillanos. La organización de la enseñanza náutica en la Casa de la Contratación de Indias, fundada en 1503, fue el modelo que siguieron los demás países, comenzando por Inglaterra.

Tras el siglo XVI, fulgurante y glorioso en todos los ámbitos —nuestro gran Siglo de Oro—, el siglo XVII fue decadente, pero todavía plétórico de arte y de maestría literaria. Baste citar a los pintores Velázquez y Murillo y al escritor Cervantes, que vivió a caballo entre uno y otro siglo y estuvo preso en 1597 en la Cárcel Real de Sevilla en la calle Sierpes, donde engendró Don Quijote de la Mancha y en cuya cercanía tiene un busto. Miguel Mañara, que nació en la casa-palacio de la calle Levías y fue autor del *Discurso de la Verdad*, construyó aprovechando dependencias de las antiguas Atarazanas el Hospital y la Iglesia de la Caridad, decorada por conmovedoras pinturas de Murillo y las realistas pero pavorosas *Postrimerías* de Valdés Leal. Don Miguel tiene una hermosa estatua conmemorativa de Susillo en el Jardín de la Caridad, anejo a la Maestranza. No se puede dudar que ambos siglos de gloria y decadencia fueron genuinamente españoles. Según los datos del prestigioso historiador de la Ciencia López Piñero, los libros científicos y técnicos impresos en Sevilla, que habían superado el veinte por ciento durante el Renacimiento —porcentaje notablemente superior al de los primeros centros impresores de Europa—, apenas alcanzaron el seis por ciento en el siglo de Velázquez.

En el último tercio del siglo XVII, la Medicina y la Farmacia españolas —hasta entonces encerradas en sí mismas, cultivadoras de un galenismo a ultranza y acérrimamente opuestas a cuanto significara apertura a la ciencia en el arte de curar que se desarrollaba en el resto de Europa— comenzaron a cambiar por obra de los novatores, especialmente en Sevilla. En 1697, uno de los médicos revalidados más prestigiosos de la ciudad, Juan Muñoz de Peralta, médico de Cámara de sus Reales Majestades, creó en su propio domicilio —según puede leerse en la

placa puesta en su honor en la calle de San Isidoro, al lado de la hermosa iglesia medieval de su nombre— la “Veneranda Tertulia hispalense médico-quirúrgica-anatómica y matemática”, primera institución médica española consagrada a las nuevas ideas al margen de la medicina oficial. En 1700, dicha Tertulia se transformó en la “Regia Sociedad de Medicina y Demás Ciencias de Sevilla”, cuyas ordenanzas oficiales aprobó Carlos II, el desdichado último Austria, y que alcanzaron en 1701 la protección real de Felipe V. A esta Sociedad, llamada por el ilustre médico y escritor Gregorio Marañón “milagro de Sevilla”, pertenecieron como miembros numerarios y de honor los más afamados médicos de la época. En 1830, la Regia Sociedad pasaría a denominarse Real Academia de Medicina de Sevilla y tiene su sede, junto con las de Buenas Letras y Bellas Artes, en la bellísima casa de los Pinelo. El Real Colegio de San Telmo de Sevilla se creó en 1681 a instancias de la Universidad de Mareantes con la finalidad de proporcionar a niños huérfanos una formación en el arte de la navegación para su integración en las dotaciones de los navíos que surcaban las rutas que llevaban al Continente americano. Alumno de San Telmo sería el poeta romántico del siglo XIX nacido en el barrio de San Lorenzo Gustavo Adolfo Bécquer, el autor de las *Rimas*, de quien diría Antonio Machado que era el “ángel de la verdadera poesía”. En esa época el Colegio pasaría a ser Palacio de los Duques de Montpensier, actual sede de la Junta de Andalucía. En el Parque de María Luisa destaca el conjunto escultórico de Bécquer y las tres musas de Coullaut-Valera frente a la incomparable Plaza de España de Aníbal González.

Si bien no tan brillante si lo comparamos con el Siglo de Oro, el Siglo Ilustrado gozó de buena salud en nuestra ciudad. Quizás por haber adoptado en el siglo XVIII el título de “Universidad Literaria”, como muestra su sello, la Universidad Hispalense se preocupó más de confirmar su carácter literario y de proteger las Artes y las Letras que de fomentar la nueva Ciencia teórica y experimental de los iniciadores

de la Revolución Científica, lo que hizo que Sevilla perdiera el puesto de vanguardia que había ocupado anteriormente. Tras el esplendor científico y tecnológico del siglo XVI y la subsiguiente desgracia general por la Ciencia durante el XVII —Siglo del Barroco por excelencia— la Corona



**Alfonso X el Sabio  
(1221 – 1284)**



**Iglesia de Santa Ana  
(1276)**

de España se volvió a interesar de nuevo en el siglo XVIII —Siglo de la Ilustración— por el estudio teórico y práctico de las Ciencias exactas, físicas y naturales. La actividad científica desarrollada durante la Ilustración fue en buena parte una continuación actualizada de la que se había realizado en el Renacimiento. Se organizaron auténticas expediciones científicas: geodésicas, geográficas, mineralógicas, botánicas... La primera de ellas en 1735, durante el reinado de Felipe V, para medir el grado de meridiano en el ecuador, de la que formaron parte los más tarde célebres guardiamarinas Antonio de Ulloa, sevillano, y Jorge Juan, alicantino, que se revelaron como científicos universales de primer orden junto a los acreditados y solemnes académicos franceses. El genial filósofo Voltaire comentó con su sorna y proverbial ironía que la expedición al ecuador tenía como objeto determinar si la forma de la Tierra era la de un melón o la de una sandía.

Para conmemorar el segundo centenario del fallecimiento en 1795 del insigne marino y científico ilustrado Antonio de Ulloa, que vivió entre el Tratado de Utrecht y la Revolución francesa, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la Universidad y el Archivo de Indias organizaron unas Jornadas cuya apertura tuvo lugar en el emblemático

Ateneo sevillano y se cerraron en San Fernando y Cádiz. Otras muchas entidades sevillanas y gaditanas se sumaron a la celebración. Se publicó el interesante libro *II Centenario de don Antonio de Ulloa*, con las Actas de las Jornadas y su retrato, que se conserva en el Ayuntamiento, en la portada.

En la casa donde nació Antonio de Ulloa, esquina a la calle Armas (hoy Alfonso XII), el Ayuntamiento colocó entonces una lápida para que residentes y visitantes de la ciudad supieran la gloria de este "sevillano de renombre universal, descubridor del platino", que no solo supo abarcar y promover los saberes de su época sino aplicar los conocimientos teóricos a la resolución de numerosos problemas prácticos en España e Hispanoamérica. Se salvó así el peligro indudable de que Sevilla, madre de tantos ingenios de las Artes, las Letras, las Ciencias y la Técnica, tanto pura como aplicada, se olvidara de uno de sus más preclaros hijos, quizás por la abundancia de sevillanos ilustres. El prestigioso historiador sevillano de nuestro tiempo Domínguez Ortiz confesó en el Prólogo que muchos sevillanos y forasteros no tenían idea alguna de quién fue Ulloa al leer el rótulo de la pequeña calle donde estuvo la vivienda en que nació. En Ulloa se aunaron la teoría y la práctica y el servicio al Estado, pues estaba convencido, igual que todos los ilustrados, de que las reformas eran el mejor medio y remedio para conseguir el despegue y la modernidad de España. En nuestro país Ulloa desarrolló una actividad tan intensa como variada: Canal de Castilla, Gabinete de Historia Natural, Laboratorio Metalúrgico, Jardín de Plantas... Cuando en 1773 se encontraba en Cádiz, el Cabildo de

Sevilla le encomendó la dirección de las famosas obras de defensa en la Barqueta para evitar las riadas del Guadalquivir, que se concluyeron seis años más tarde. La ciudad agradecida le dedicó una gran lápida cuyo texto muy erudito se conserva. Fue retirada de su emplazamiento



llana y en Trigueros Aguilar Piñal, fue la primera reforma universitaria moderna y primera del reinado de Carlos III, pero quedó frustrada.

El histórico Instituto de Enseñanza Secundaria San Isidoro, muy ligado en sus inicios a la Universidad y situado en la calle Amor de

Dios, fue fundado en 1845, siendo su primer director el sacerdote, escritor y poeta Alberto Lista, catedrático de Matemáticas de la Universidad Hispalense, de vida académica y política azarosa, que tiene un busto en su barrio de Triana. De este Instituto de elevado nivel académico fueron destacados alumnos Gonzalo Bilbao, Serafín y Joaquín Álvarez-Quintero, Manuel Machado, Luis Cernuda, Joaquín Romero Murube, José Hernández Díaz, Severo Ochoa, Felipe González...

Según ha revelado recientemente el expediente académico de Severo Ochoa en el Instituto San Isidoro, por el que me interesé vivamente a mi vuelta a Sevilla, Ochoa se matriculó en 1920 en las asignaturas de quinto curso de Bachillerato. No deja de ser paradójico que en la asignatura de Fisiología, materia en la que sería galardonado en 1959 con el premio Nobel, que compartió con su discípulo Arthur Kornberg, no figure calificación alguna ni en junio ni en septiembre (¿no presentado?). Por otro lado, sí interesa resaltar que obtuvo sobresaliente en Historia Literaria, pues como demuestran sus escritos, científicos y no científicos en inglés y español, Ochoa no fue sólo un gran hombre de ciencia sino un excelente escritor, sobrio, elegante y preciso, al que la Sociedad Española de Médicos Escritores acogió como Miembro de Honor. No es frecuente,

Sevilla, una de las ciudades más importantes de la España Ilustrada, quiso testimoniarlo en 1997 dedicando una nueva Universidad a una de las grandes y controvertidas figuras de la historia española del siglo XVIII: el peruano don Pablo de Olavide, que tomó posesión del cargo de Asistente (Corregidor) de Sevilla en 1767, dejando profunda huella en la vida política, social y cultural de la ciudad. En el Salón de Aposentos del Alcázar sevillano celebraba a diario una Tertulia bajo la presidencia de un retrato dedicado de Voltaire. Entre las personas que solían estar presentes destacaba el oidor de la Audiencia, Jovellanos, que tiene calle en Sevilla entre Sierpes y Tetuán, los hermanos Ulloa, el académico, historiador y botánico Trigueros, vecindado en Carmona, y el bibliófilo conde del Águila, figuras culminantes de la Ilustración. Olavide convocó una Junta para tratar de la reforma universitaria, que encargó a Trigueros. Según el especialista en la Ilustración sevi-

sino más bien excepción, que la misma persona, matrimonio o padres e hijos sean galardonados con el premio Nobel. Esta excepción se rompió de nuevo el año 2006 con la concesión del premio Nobel de Química a Roger Kornberg, que acompañó a su padre a Estocolmo cuando solo contaba 12 años de edad. Mi amistad con A. Kornberg, hijo de humildes emigrantes judíos centroeuropeos de origen sefardí —su apellido era, antes de que lo cambiara su abuelo, el muy español Cuéllar— fue especialmente intensa durante la celebración del 70 y 75 cumpleaños de don Severo en España y América, respectivamente, y culminaron en junio de 2001 con su visita a nuestro Instituto de la Cartuja y el descubrimiento de una placa de cerámica en el atrio del Instituto San Isidoro, donde su maestro se había examinado en 1920. El azulejo de Ochoa fue colocado frente al de San Isidoro y al del texto que resume la enaltecida y elogiada *Laus Spaniae* (“Alabanza de España”) del arzobispo hispalense: *De todas las tierras, cuantas hay desde Occidente hasta la India, tú eres la más hermosa, oh sacra España, madre siempre feliz de príncipes y de pueblos...*

En la década de 1940, Carmona no tenía Instituto ni Colegio de Segunda Enseñanza, por lo que estudié por libre los cinco primeros cursos en el instituto San Isidoro, teniendo la suerte de que fuera mi profesora de Ciencias doña Isabel Ovín, maestra excepcional y primera mujer licenciada en Química por la Universidad de Sevilla en 1917. Continué después los dos últimos cursos en el colegio de San Francisco de Paula, uno de los mejores de la provincia y de Andalucía, frente al convento de las Hermanas de la Cruz, en la que fuera casa solariega de Fernando Villalón, el poeta ganadero de “Diligencia de Carmona, la que por la Vega pasas...”, que quería criar toros bravos con ojos verdes. Durante esos años residí frente a la parroquia de San Pedro, donde fue bautizado Diego Velázquez en 1599, según consta en la gran lápida situada en una pared lateral de la hermosa iglesia gótico-mudéjar.

Inicié después mis estudios de Facultad en 1946 en la vetusta y distinguida Universidad Literaria Hispalense, cuyo precioso patio presidía erguido desde 1900 la majestuosa estatua profesoral de Maese Rodrigo. Al pasar ahora por la reformada y afeada Facultad de Bellas Artes añoro el noble edificio de la antigua Casa Profesa de los jesuitas mencionado por Cervantes en su *Coloquio de Cipión y Berganza*. Precisamente fue en su Iglesia de la Anunciación donde en 1987 —ya catedrático y fundador de la Facultad de Biología en la Fábrica de Tabacos— pronuncié el discurso de Apertura del Curso Académico. En la monumental Fábrica de las Cigarreras del siglo XVIII trabajó Carmen, inmortalizada por Bizet en su genial ópera. Sevilla es la ciudad de las cien óperas, más que ninguna otra en el mundo. La Facultad de Biología no partía de cero en su fundación, pues entre sus antecedentes contaba con destacados profesores. Uno de los más influyentes y de más empuje fue don Antonio Machado y Núñez, que nació en Cádiz con “la Pepa” en 1812 y vino de catedrático a Sevilla en 1846, donde fundó el Gabinete de Historia Natural. Don Antonio fue Decano de la Facultad de Ciencias, dos veces rector, gobernador civil y, con el catedrático de Metafísica don Federico de Castro, fundó el Ateneo Hispalense en 1879. Fue don Antonio padre del folklorista “Demófilo”, nacido en la casa de la calle Pureza que ostenta en su fachada un azulejo con su nombre, y abuelo de los renombrados poetas Manuel y Antonio, que enaltecieron hasta el Cielo a Sevilla, la ciudad que les vio nacer y “cuyo secreto y mayor encanto es la luz” (Manuel) y donde en “un huerto claro madura el limonero” (Antonio).





CAPÍTULO 27

**PABLO VI Y LA MATERNIDAD  
DIVINA DE MARÍA**





## PABLO VI Y LA MATERNIDAD DIVINA DE MARÍA

Publicado en: *Edición Manuel Losada Villasante*. Sevilla, 19 de octubre de 2014

“Portada” de *ABC de Sevilla*, 23 octubre 2014. *Revista MIRIAM*, nº 39. Noviembre-Diciembre, 2014

### Manuel Losada Villasante

La *Maternidad divina de María*, Madre del *SÍ*, ha vuelto a ser tema preferente e indiscutiblemente central de la Iglesia desde el Concilio Vaticano II y de que el mariólogo Siervo de Dios Pablo VI la proclamara *Mater Ecclesiae* el 21 de noviembre de 1964, fiesta litúrgica de la Presentación de Nuestra Señora. Pablo VI, que había sido elevado al cardenalato por su predecesor Juan XXIII, acaba de ser beatificado por Francisco ante una entusiasta multitud en la Plaza de San Pedro. En la etapa de su carrera como monseñor Montini, Pablo VI había sido estrecho colaborador del cardenal Pacelli, entonces Secretario de Estado de Pío XI, a quién sucedió como Pío XII en 1939. Pío XI, de sólida cultura literaria y científica y hondamente preocupado por la familia y las cuestiones sociales, condenó tanto el fascismo como el comunismo. Fue llamado el Papa de Acción Católica y de las Misiones y es también recordado como creador de Radio Vaticano y fundador de la Academia Pontificia de Ciencias.

Pablo VI, el dubitativo y controvertido intelectual del *yes, but...* que sentía profundo respeto por Pío XI, confesaría que había aprendido de él que “el

saber es un prolongado proceso a lo largo de la vida y que la historia es la maestra de la vida”. El valiente reformador y primer Papa viajero Pablo VI ha pasado a la Historia como autor de las encíclicas *Ecclesiam Suam*, *Populorum Progressio* y *Humanae Vitae* y, entre otras muchas acciones benéficas, por el gesto caritativo de empeñar la tiara pontificia que le regalaron sus fieles de la archidiócesis de Milán y dar el dinero a la madre Teresa de Calcuta para los pobres.

Para conmemorar que el Concilio de Éfeso había reconocido solemnemente el año 431 a María como *Theotokos*, *Deipara* (Madre de Dios), Pío XI publicó en 1931, mil quinientos años después, la encíclica *Lux veritatis* (Luz de la verdad), espoleta del Concilio Vaticano II, estableciendo definitiva y universalmente la fecha del 11 de octubre para la festividad de la “Maternidad divina de María”. Creo que muchos católicos hemos sido y somos ignorantes de una de las razones clave que impulsaron al sabio, bueno y gran Papa Juan XXIII —sucesor de Pío XII y como él amante ferviente de la Virgen María— a inaugurar el Concilio Vaticano II precisamente el 11 de octubre

de 1962. Cincuenta años más tarde, el 11 de octubre de 2012, Benedicto XVI —sucesor del otro gran Papa Santo, Juan Pablo II— ha querido volver a subrayar esta fecha abriendo el Año de la Fe para la Nueva Evangelización, que ha movido al Papa Francisco a escribir su encíclica *Evangelii gaudium* (La alegría del Evangelio), para llevar la verdad del Cristianismo a todos los pueblos.

La vida es un maravilloso milagro, lleno de alternativas y sorpresas, del que sabemos mucho e ignoramos casi todo lo esencial, que hay que vivir y aceptar como es, infinitamente simple en su infinitamente sabia complejidad natural, con alegría, mesura y sentido de la belleza, y sobre todo con bondad, fe y esperanza, las tres virtudes teológicas. Recientemente, mi mujer y yo hemos celebrado en unión de nuestros hijos y nietos las bodas de oro, recordando muy agradecidos que el 3 de marzo de 1963 recibimos de Su Santidad Juan XXIII la bendición apostólica. ¡Cuántos virajes, altibajos y agridulces desde entonces! Mi vida profesional experimentó un giro copernicano en 1952 al terminar la carrera de Farmacia en la Universidad Complutense y realizar el viaje fin de carrera a Roma bajo la guía y custodia patriarcal y benévola del profesor José María Albareda, catedrático de la Facultad, Secretario General del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Director de su Instituto de Agrobiología, y primer Rector de la Universidad de Navarra. Yo había proyectado una vida sosegada y fructífera para ser boticario en mi luminoso pueblo de Carmona, pero una reflexiva conversación con mi maestro a orillas de un hermoso lago del valle del Po me hizo entonces cambiar de rumbo e iniciar lo que resultaría una trepidante carrera investigadora y docente. Volvíamos de Roma y habíamos sido recibidos en audiencia por Pío XII, que dos años antes había definido el dogma de la *Asunción* y sería proclamado después Venerable por Benedicto XVI. De ese cercano encuentro guardo con mucho cariño y admiración una foto a su lado con los miembros de nuestro grupo. Pío XII instituyó el 11 de octubre de

1954 la festividad de *Santa María Reina*, que tras la reforma postconciliar de Pablo VI se celebra el 22 de agosto, una semana después de la solemnidad de la Asunción.

Una vez realizadas las prácticas de alférez de Milicias Universitarias en Ávila —la fortificada ciudad medieval de santos y cantos donde me familiaricé y encariñé con la excepcional obra literaria y religiosa de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz— marché a Münster, la histórica capital de Westfalia tan ligada a España, en cuya Universidad sería años más tarde profesor de teología Joseph Ratzinger, el futuro Papa Benedicto XVI. Después de mis prolongadas estancias en Copenhague, Berkeley y mi retorno a Madrid y Sevilla, las circunstancias, no sé si providenciales, han guiado tras mi jubilación mi pluma —dedicada antes casi exclusivamente a trabajos académicos y científicos— para escribir durante los últimos cinco años documentados y rumiados artículos sobre la Virgen María: *Pregón de la Inmaculada Concepción* del Colegio de Farmacéuticos y la Fundación Avenzoar, 2010; Primer número del *Anuario de la Hermandad de la Macarena*, 2011; *Foro Humanismo y Ciencia* del Servicio de Asistencia Religiosa de la Universidad de Sevilla, SARUS, 2012-2013; *Revista Carmona y su Virgen de Gracia*, 2013-2014.

Pablo VI instituyó el Sínodo de los obispos en 1965 al término del Concilio Vaticano II y convocó en 1967 el Año de la Fe. El 2 de febrero, fiesta de la Presentación del Señor, de 1974 publicó, siguiendo las instrucciones del Concilio Vaticano II, la exhortación apostólica *Marialis cultus*, el más completo y actual texto sobre el culto a María, que no tiene par en la historia de los documentos pontificios. Después de la reforma del calendario litúrgico, la solemnidad de la Anunciación mantiene su fecha, el 25 de marzo, pero la fiesta del 11 de octubre de la Maternidad divina de María fue trasladada al 1 de enero con la máxima categoría litúrgica de solemnidad y el título de *Santa María, Madre de Dios*. En la solemnidad de la *Inmaculada Concepción*, el 8 de diciembre

de 1975, fecha del décimo aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II, que él mismo había clausurado, dio su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (La Evangelización del mundo contemporáneo) con la conclusión "María, Estrella de la Evangelización".

Hay que enfatizar que la Encarnación de Jesucristo, el Mesías, el Hijo de Dios y de María por obra y gracia del Espíritu Santo, es sin duda el "hecho discutible" más extraordinario y decisivo de la historia de la Iglesia y de la humanidad. En consecuencia,

la Nueva Evangelización debe arrancar sin duda de la Encarnación, así como de la *Resurrección, Ascensión y Pentecostés*. Creo que como hombre y como científico he hecho bien, en una ciudad tan mariana como Sevilla, recogiendo el énfasis que desde Pío XI han puesto todos los Papas en el misterio y la trascendencia de la Maternidad divina de María y la Encarnación. Al final de la jornada los cristianos podemos confiar en las palabras de Jesucristo al buen ladrón: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso», y al final de los tiempos en que la Verdad y el Bien se impondrán universalmente para todos.

---



CAPÍTULO 28

**MARÍA,  
MADRE DEL HIJO DE DIOS Y  
DE LA IGLESIA**









## María, Madre del Hijo de Dios y de la Iglesia

Manuel Losada Villasante

El 2 de marzo de 2013 –mes de la Encarnación del Verbo, nueve antes de la Navidad– Antonia y yo celebramos en la capilla de la Universidad Hispalense nuestras bodas de oro ante el Cristo de la Buena Muerte y la Virgen de las Angustias de la Hermandad de los Estudiantes. Asistieron a la Misa –oficiada por nuestro amigo y compañero José Luis Vicente Córdoba– nuestros hijos y nietos. Nuestra boda fue celebrada por tío José O’Callaghan el 2 de marzo de 1963 en la Iglesia del Espíritu Santo del CSIC de Madrid ante un precioso relieve de la *Anunciación* y dijo la Misa de esponsales mi maestro don José María Albareda. En nuestra boda se dio la feliz y esperanzadora circunstancia, no sabemos si providencial, de que recibimos la Bendición Apostólica de Su Santidad Juan XXIII (1958-1963).

Nunca agradeceré bastante a don José María haberme enseñado a admirar la grandiosidad y magnificencia del Universo y a buscar con humildad y entusiasmo la verdad científica y también, dentro de su complejidad y limitaciones, la verdad del hombre. Las dos brújulas más fiables de que disponemos los hombres son la inteligencia y la conciencia. Saber es certeza;

creer, confianza y esperanza. El que duda no sabe con certeza, pero busca con amor y fe la verdad, tanto científica como humana. Albareda, igual que Lora-Tamayo y Ochoa –otros de mis grandes maestros en la docencia y la investigación y cuyas biografías he escrito para el Diccionario de la Real Academia de la Historia– fueron miembros de la Academia Pontificia de Ciencias, fundada por Pío XI.

Unos meses antes de nuestra boda, el 11 de octubre de 1962 –festividad entonces de la *Maternidad Divina de María*, instituida por Pío XI con su memorable encíclica “Luz de la Verdad” (*Lux veritatis*) el 11 de octubre del año 1931– Juan XXIII inauguró –por estar precisamente ese día dedicado a la *Madre de Dios*– el Concilio Vaticano II, que continuó hasta su muerte en 1963. El Papa bueno, inteligente y valiente –que había sucedido a Pío XII, ferviente amante como él de la Virgen María– fue a su vez sucedido por otro destacado mariólogo y devoto de la Virgen, Pablo VI, que clausuró el Concilio en 1965 el día de la solemnidad de la *Inmaculada Concepción*.

Las reflexiones y conclusiones marianas del pre-Concilio, Concilio y post-Concilio han sido fundamentales y renovadoras en la historia de la Iglesia y me sirvieron de base para rumiar la preparación, redacción y titulación, con fecha 11 de octubre de 2012, de la conferencia *María, Madre de Dios y Estrella de la nueva evangelización* que, con motivo del *Año de la fe*, fui invitado a pronunciar en enero y febrero de 2013 en el Servicio de Asistencia Religiosa de la Universidad de Sevilla (SARUS) y en la Asociación Cultural San Roque. El texto de esta conferencia, así como el artículo *La Encarnación y el Año de la fe* y otros varios, fueron después publicados in extenso y resumidos en varias revistas y medios de comunicación. Ahora quiero particularmente destacar, por considerarla de palpitante actualidad, la carta, que a continuación transcribo, con la que felicité a mis amigos en la solemnidad de la *Anunciación* del año anterior, 25 de marzo de 2012:

El próximo 26 de marzo la Iglesia celebra, si bien pospuesta, la solemnidad de la Anunciación para conmemorar la Encarnación del Hijo de Dios en María por obra y gracia del Espíritu Santo, un acontecimiento increíble e inconcebible y pleno de amor que marca el nacimiento



La Anunciación. Recuadro del retablo del altar mayor de Santa María y medallones del camarín de la Virgen de Gracia con el saludo del Ángel.



La Anunciación, Murillo (1648). Museo del Prado

del cristianismo y recordamos con gratitud en el rezo del Ángelus y del Rosario. La Encarnación de Jesucristo, el Mesías, es sin duda el hecho más extraordinario y trascendente –si “de hecho” fue de verdad así– de la historia de la Iglesia y de la humanidad. Sorprendentemente, Sevilla, tan mariana, apenas celebra esta solemnidad.

Todo el mundo católico necesita en el Año de la fe volver a leer la exhortación apostólica de su Santidad Pablo VI *Marialis cultus* del año 1974, así como muchos de sus escritos sobre la Madre del Salvador y de sus sucesores –también intelectuales y teólogos de primera fila y elevado nivel ético y moral– Juan Pablo II (*Totus tuus*) y Benedicto XVI (*Cooperatores veritatis*), fundadores y promotores de las Jornadas Mundiales de la Juventud. *Marialis cultus* es el más completo y actual documento pontificio sobre el culto a María –esposa de José, madre de Jesús y madre nuestra– y no tiene par en la historia de la Iglesia, de la que también es Madre (*Mater Ecclesiae*, Pablo VI, 11 de

octubre de 1962- 21 de noviembre de 1964). Después de la reforma postconciliar del calendario litúrgico llevada a cabo en 1969 por el propio Pablo VI, la solemnidad de la Anunciación mantiene su fecha del 25 de marzo, pero la fiesta de la Maternidad divina de María fue trasladada al 1 de enero con la máxima categoría litúrgica de solemnidad y el título de Santa María, Madre de Dios. En la solemnidad de la Inmaculada Concepción del año 1975, fecha del décimo aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II por Pablo VI, este Pontífice vanguardista y viajero dio a conocer su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, que termina con la Conclusión «María, estrella de evangelización». Los cristianos anunciamos el Evangelio de buena fe (*bona fide*) porque amamos la Paz y tenemos FE en el BIEN y la VERDAD y creemos que es verdad el transcendental “hecho discutible” de la Encarnación del Hijo de Dios y lo que sobre la verdad nos dijo el mismo Jesucristo: *la verdad os hará libres*.

En L'OSSERVATORE ROMANO del 4 de marzo, la Comisión Pontificia para América latina llama a la Virgen María –a la que todas las generaciones llaman Bienaventurada– *Estrella de la nueva evangelización*. El mismo periódico encabeza su número del 18 de marzo con la frase *SIN MARÍA NO HAY IGLESIA* (*Sine Maria non est Ecclesia*). Todos los cristianos debemos pues recapacitar y enfatizar entre nosotros y ante el mundo con alegría, amor y esperanza lo que es obvio según el Evangelio: Que el Cristianismo nace en el instante en que María concibe a su Hijo al dar su SI al ángel. Por tanto, el anuncio del Evangelio de Cristo –nuestro Señor, camino, verdad y vida– en la nueva evangelización debe proclamar con alegría y sin complejos la Anunciación del ángel a María y su meditado y escalofriante *FIAT*.



Pío XI (1922-1939)

No cabe duda que el amor y la devoción a la Virgen María se ha renovado teológica e históricamente y ha florecido maravillosa y universalmente desde la proclamación de los dogmas de la Inmaculada Concepción en 1854 por Pío IX y de la Asunción en 1950 por Pío XII, y de manera muy especial y potente desde el Concilio Vaticano II, que ha promovido la nueva evangelización y fue abierto con humildad, valentía y visión de futuro por Juan XXIII en 1962 y clausurado por el avanzado y reformador Pablo VI en 1965. Es para mí grato recordar también que en el verano de 1952 Pío XII recibió en audiencia a la promoción de licenciados en



Audiencia de Pío XII (1939-1958) a la promoción de Farmacéuticos de la Universidad Complutense de 1952

Farmacia de la Universidad Complutense que fuimos a Roma en viaje fin de carrera bajo la guía y tutela del profesor Albareda.

En el apartado *María, Madre de misericordia* de su sexta carta encíclica “La Madre del Redentor” (*Redemptoris Mater*), dada en Roma el 25 de marzo del año 1987, solemnidad de la Anunciación del Señor y noveno de su Pontificado, el Papa Juan Pablo II escribió:

«Para asombro de la naturaleza». Estas palabras de la antifona expresan aquel *asombro de la fe* que acompaña al misterio de la maternidad divina de María... Cuán admirablemente lejos ha ido Dios, creador y señor de todas las cosas en la “revelación de sí mismo” al hombre... Si en sí mismo permanece *inefable e inescrutable*, más aún es *inefable e inescrutable en la realidad de la encarnación* del verbo, que se hizo hombre por medio de la Virgen de Nazaret... *En el centro de este misterio*, en lo más vivo de este asombro de la fe, se halla María, madre soberana del redentor...».

Su sucesor Benedicto XVI decretó el comienzo del Año de la fe el 11 de octubre de 2012, fecha clave en la historia de la Iglesia por ser el cincuenta aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II por Juan XXIII en 1962 y de la proclamación de María como Madre de la Iglesia en 1962-1964 por Pablo VI. Anteriormente Pío XI había instituido en esa misma fecha la festividad de la Maternidad Divina de María en 1931 y también Pío XII había proclamado la Realeza de María en 1954. En la homilía que Benedicto XVI pronunció en Santiago de Cuba durante la Misa el 26 de marzo de 2012, solemnidad (pospuesta) de la Anunciación del Señor a la Virgen María, el Santo Padre dejó cumplida constancia

del deslumbrante milagro de la Encarnación:

«La encarnación del Hijo de Dios es el misterio central de la fe cristiana, y en él, María ocupa un puesto de primer orden... Sí, Jesús, el Verbo hecho carne, es el Dios-con-nosotros, que ha venido a habitar entre nosotros y a compartir nuestra misma condición humana...»

Por eso, al contemplar el misterio de la encarnación no podemos dejar de dirigir a ella nuestros ojos, para llenarnos de asombro, de gratitud y amor al ver cómo nuestro Dios, al entrar en el mundo, ha querido contar con el consentimiento libre de una criatura suya. Sólo cuando la Virgen respondió al ángel, “aquí

está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (*Lc 1,38*), a partir de ese momento el Verbo eterno del Padre comenzó su existencia humana en el tiempo. Resulta conmovedor ver cómo Dios no sólo respeta la libertad humana, sino que parece necesitarla. Y vemos también cómo el comienzo de la existencia terrena del Hijo de Dios está marcado por un doble “sí” a la voluntad salvífica del Padre, el de Cristo y el de María. Esta obediencia a Dios es la que abre las puertas del mundo a la verdad, a la salvación.

Queridos hermanos, hoy alabamos a la Virgen Santísima por su fe, y con santa Isabel le decimos también nosotros: “Bienven-turada la que ha creído” (*Lc 1,45*).

El misterio de la encarnación, en el que Dios se hace cercano a nosotros, nos muestra también la dignidad incomparable de toda vida humana...».

Con gran sorpresa para la cristiandad y para todo el mundo, el Papa Benedicto XVI renunció el 11 de febrero de 2013 como obispo de Roma. Joseph Ratzinger estuvo de profesor de teología en la Universidad de Münster, capital de Westfalia y muy ligada a la historia de España, unos años después de que yo iniciara en 1954 en su Instituto Botánico mi carrera investigadora, que continué después en Copenhague, Berkeley, Madrid y Sevilla. Unas semanas antes de su renuncia, el miércoles 2 de enero –un día después de la solemnidad de Santa María, Madre de Dios– Benedicto XVI había celebrado una Audiencia General en la Sala Pablo VI. El texto de su intervención *Fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo* debe considerarse de actual y excepcional interés en relación con la nueva evangelización en el Año de la fe, y por ello voy a reproducir





cirlo parcialmente como complemento esencial a mis comentarios sobre el misterio de la Encarnación y de la Maternidad divina de María:

«La Natividad del Señor ilumina una vez más con su luz las tinieblas que con frecuencia envuelven nuestro mundo y nuestro corazón, y trae esperanza y alegría.

En los cuatro Evangelios emerge con claridad la respuesta a la pregunta “de dónde” viene Jesús: su verdadero origen es el Padre, Dios; Él proviene totalmente de Él, pero de un modo distinto al de todo profeta o enviado por Dios que lo han precedido. Este origen en el misterio de Dios, “que nadie conoce”, ya está contenido en los relatos de la infancia de los Evangelios de Mateo y de Lucas, que estamos leyendo en este tiempo navideño. El ángel Gabriel anunció: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios” (Lc 1, 35). Repetimos estas palabras cada vez que rezamos el *Credo*, la Profesión de fe: “*Et incarnatus est de Spiritu Sancto, ex Maria Virgine*”, “por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen”. En esta frase nos arrodillamos, porque el velo que escondía a Dios, por así decirlo, se abre y su misterio insondable e inaccesible nos toca: Dios se convierte en el Emmanuel, “Dios con nosotros”. Cuando escuchamos las Misas compuestas por los grandes maestros de música sacra –pienso por ejemplo en la Misa de la Coronación, de Mozart– notamos inmediatamente cómo se detienen de modo especial en esta frase; como queriendo expresar con el lenguaje universal de la música lo que las palabras no pueden manifestar: el gran misterio de Dios que se encarnó, que se hizo hombre.

A veces también en el camino y en la vida de fe podemos advertir nuestra pobreza, nuestra inadecuación ante el testimonio que hemos de ofrecer al mundo. Pero Dios ha elegido precisamente a una humilde mujer, en una aldea desconocida, en una de las provincias más lejanas del gran Imperio romano. Siempre, incluso en medio de las dificultades más arduas de afrontar, debemos tener confianza en Dios, renovando la fe en su presencia y acción en nuestra historia, como en la de María. ¡Nada es imposible para Dios! Con Él nuestra existencia camina siempre sobre un terreno seguro y está abierta a un futuro de esperanza firme...

En nuestras reflexiones se ve claro, desde el inicio de los Evangelios, cuál es el verdadero origen de Jesús: Él es el Hijo unigénito del Padre, viene de Dios. Nos encontramos ante el gran e impresionante misterio que celebramos en este tiempo de Navidad: el Hijo de Dios,

por obra del Espíritu Santo, se ha encarnado en el seno de la Virgen María».

Una semana más tarde, el 9 de enero de 2013, el Papa Benedicto XVI retomó el tema de la Encarnación del Señor y volvió a insistir en su Audiencia General sobre *El misterio de un Dios con manos y corazón de hombre*, del que he entresacado algunos párrafos reveladores de su conocimiento, realismo, fe y esperanza:

En este tiempo navideño nos detenemos una vez más en el gran misterio de Dios que descendió de su Cielo para entrar en nuestra carne. En Jesús, Dios se encarnó; se hizo hombre como nosotros, y así nos abrió el camino hacia su Cielo, hacia la comunión plena con Él.

En estos días ha resonado repetidas veces en nuestras iglesias el término «Encarnación» de Dios, para expresar la realidad que celebramos en la Santa Navidad: el Hijo de Dios se hizo hombre, como recitamos en el *Credo*.

Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de nosotros, en todo semejante a nosotros excepto en el pecado» (const. *Gaudium et spes*, 22). Es importante entonces recuperar el asombro ante este misterio, dejarnos envolver por la grandeza de este acontecimiento: Dios, el verdadero Dios, Creador de todo, recorrió como hombre nuestros caminos, entrando en el tiempo



La Asunción. Recuadro central del retablo del altar mayor de Santa María (1564-1670)



del hombre, para comunicarnos su misma vida (cf. *1 Jn* 1, 1-4)... El hecho de la Encarnación, de Dios que se hace hombre como nosotros, nos muestra el inaudito realismo del amor divino.

El Hijo de Dios se hizo verdaderamente hombre, nació de la Virgen María, en un tiempo y en un lugar determinados, en Belén durante el reinado del emperador Augusto, bajo el gobernador Quirino (cf. *Lc* 2, 1-2)...

Sólo en Jesús se manifiesta completamente el proyecto de Dios sobre el ser humano: Él es el hombre definitivo según Dios. El Concilio Vaticano II lo reafirma con fuerza: «Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... Cristo, el nuevo Adán, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación» (const. *Gaudium et spes*, 22; cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 359).

A pesar de las alentadoras, acuciantes y encendidas llamadas de los últimos Papas –Pío XI, Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI– antes, durante y después del Concilio Vaticano II, el misterio sobrenatural y decisivo de la Encarnación pasa todavía desapercibido en Sevilla y su provincia en este día solemne, como también pasa el vuelo del arcángel Gabriel en fecundo y suave silencio. Esto es tanto más sorprendente cuanto que Sevilla tiene como patrona a la Virgen de los Reyes (*María Regina*, Pío XII 11 de octubre de 1954). Todos debemos pues esperar con confianza e ilusión que en el Año de la fe para la nueva evangelización y en los que felizmente le sucedan las torres de las iglesias de Sevilla, particularmente su torre insignia, la Giralda, echen sus campanas al vuelo, no sólo en la solemnidad de la *Asunción* el 15 de agosto, y de *María Reina* la semana siguiente, sino en la de la *Anunciación* el 25 de marzo.

La nueva evangelización quiere llevar en libertad y justicia a todos los hombres, especialmente a los más pobres, débiles y necesitados, el amor y la alegría del Evangelio y, como pidió Jesucristo a sus apóstoles, el deseo de que todos vivamos unidos en caridad y armonía y evitemos el mal, la mentira, el rencor y la discordia. La nueva evangelización tiene que vencer el egoísmo, acabar de raíz con los pecados capitales de la soberbia, la envidia y la avaricia, y predicar ante todo la solidaridad humana y la Fe a ultranza en la Paz, el Bien y la Verdad, los más grandes tesoros del Cristianismo, tan ansiados y tan difíciles de alcanzar y aplicar.

La nueva evangelización debe anunciar a las nuevas generaciones la unión entre los pueblos, el ecumenismo, el diálogo entre las religiones, los derechos humanos... El Cristianismo nace con el sublime milagro de la Encarnación, fundamento y culmen de la

fe cristiana, y se corona con la *Resurrección del Señor* –proclamada con el júbilo del “aleluya”– la *Ascensión y Pentecostés*. El día de la Anunciación es también la fiesta del primer Santo de la Iglesia, San Dimas. Según San Lucas, antes de la expiración del Señor (*Rey del Universo*, Pío XI 1925) el buen ladrón le dijo a *Jesús Nazareno Rey de los Judíos (INRI)*: «Acuérdate de mí cuando estés en tu reino». Jesús le dijo entonces: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso». ¡Cuánto perdón y misericordia y cuánto consuelo y esperanza para toda la humanidad y especialmente para los cristianos, ahora y en la hora de la muerte!

El entusiasta y buen Papa Francisco publicó el 29 de junio de 2013 la Encíclica *Lumen fidei* y el 24 de noviembre de ese mismo año la Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, a las que me referí en mi artículo *María, Madre de la Divina Gracia*, editado por la revista “Carmona y su Virgen de Gracia” en su número de septiembre de 2014. La Encíclica del Papa Francisco *Laudato Si*, del pasado 24 de mayo ha sido recibida con gran expectación y está promoviendo un vivo debate sobre los problemas ecológicos que afectan al Globo terráqueo en su conjunto y por consiguiente a toda la humanidad. El romano Pontífice va a proclamar a *María, Madre de Misericordia* el próximo 8 de diciembre, solemnidad de la Inmaculada Concepción, al cumplirse el cincuenta aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II por Pablo VI, al que beatificó el pasado 19 de octubre.



Bendición Apostólica de Juan XXIII al matrimonio M. Losada Villasante – A. Friend O'Callaghan (1963)

